

ideas
letras
artes
en la

CRISIS

argentina: trece narradores jóvenes
textos de **arguedas** marechal y kafka
onetti: las fuentes de la angustia
y la nostalgia poesías de fouchet
acosta **vilarriño** y **borda leaño**
ferreira gullar: soy un hombre
ocupado con las cosas del mundo
fotos de luc chessex **dibujos de**
jaguar y **fontanarrosa** obras de
cogorno y **batlle planas**



\$6
precio para el
uruguay: \$650

buenos aires, febrero 1974

10



LOS 4 PRIMEROS CUADERNOS DE **crisis** FUERON:

en 1974 los cuadernos de **crisis** continuarán apareciendo. anticipamos algunos títulos:

COOKE
ONETTI
S. MARTIN
MARECHAL



Con textos y cartas de Ernesto Guevara, un artículo de Eduardo Galeano, un poema de Juan Gelman y una serigrafía del Che.



Con una presentación de Federico García Lorca, texto, poemas, reportaje de Pablo Neruda y un poster con la poesía "Soy un animal de luz".



Textos inéditos de Discépolo, algunos de sus tangos, dibujos de Bourse Herrera, una cronología de la vida de Discépolo donde también se mezclan la Biblia y el ca-féon.



Todo lo que ocurre en el Uruguay de hoy a través de diversos documentos y testimonios conmovedores. Volumen especial.

sumario

trece narradores jóvenes

de la argentina relatos de jorge asís, orlando barone, jorge di paola,
germán leopoldo garcía, luis gusmán, liliana heker,
héctor libertella, juan carlos martini, martini real,
carlos roberto morán, ricardo piglia,
amílcar g. romero, mario szichman

max-pol fouchet la caída de barcelona

josé maría arguedas el mito de inkarri

angel rama josé maría arguedas, el otro
carnet

franz kafka dos cartas de amor

josé ferreira gullar "soy un hombre ocupado con las cosas del mundo"

onetti las fuentes de la nostalgia y de la angustia

poemas de acosta y dibujos de fontanarrosa

poemas de vilariño y borda leaño

carnet

luc chessex madres e hijos en américa latina

josé agustín goytisolo poesías

jaguar

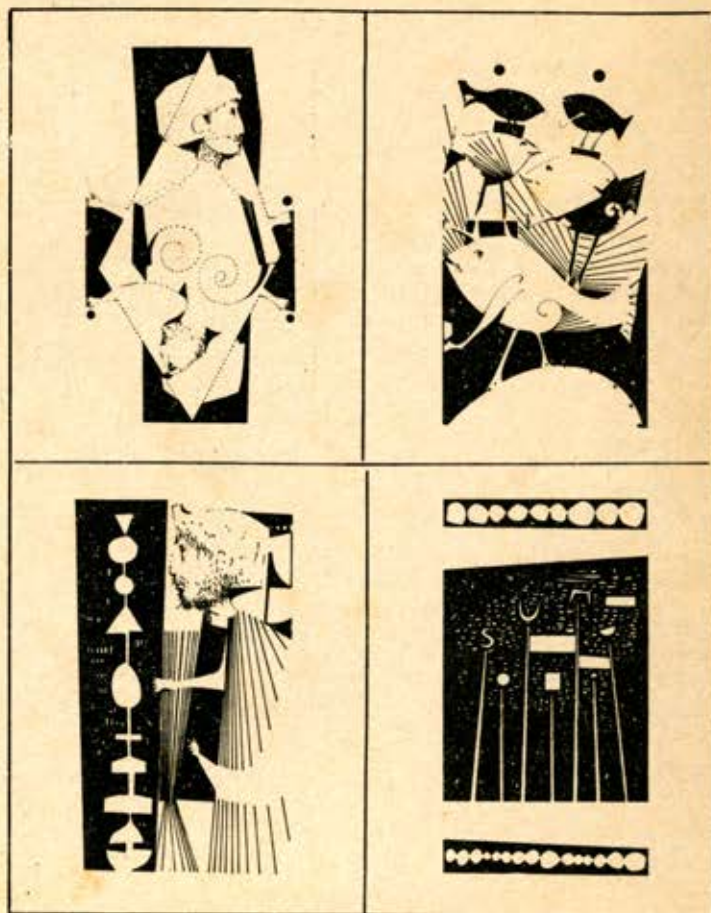
itinerario

reportaje a rodolfo puiggrós

leopoldo marechal la isla de fidel

pancho

3
30
31
34
37 y 56
38
40
49
54
55
56
57
64
66
68
72
74
79



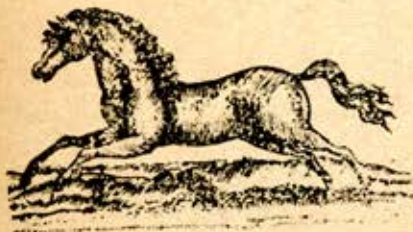
Este ejemplar de **crisis** incluye una serigrafía original de un dibujo de Juan Batlle Planas (1911-1966). Catalán de origen, Batlle Planas es considerado argentino, porque en nuestro país transcurrió la mayor parte de su vida y porque aquí realizó lo más valioso de su obra. Artista sutil, su temática se prodiga en imágenes que conjunta magia e irrealidad. En el Taller de la Orilla se procesaron cuatro dibujos distintos de Batlle Planas. Cada ejemplar va acompañado por una de esas serigrafías.

crisis

redacción y administración
pueyrredón 860, 8º piso
tel. 87-8913 / 87-7363

febrero 1974 - república argentina

año 1 n° 10



director ejecutivo
federico vogelius
director editorial
eduardo galeano
secretaría de redacción
julia constenla
juan gelman
diagramador
eduardo ruccio sarlanga
colaboradores permanentes
hermenegildo sábat
(dibujante)
herman mario cueva
(redactor)
administrador
manuel lira

Es una publicación de
EDITORIAL DEL NOROESTE S.A.I.C.I.
Registro Nacional de Propiedad Intelectual:
Nº 1.193.423

Tarifa Reducida
Concesión N:1165

Franqueo Pagado N: 4486
Distribuidor en Capital
TROISI Y VACCARO
Catamarca 675 - Tel. 93-8940
CAPITAL FEDERAL

Distribuidor en el Interior
CIELOSUR EDITORA S.A.C.I.
Av. de Mayo 1324, Piso 1º, Of. 20/21
Tel. 37-3265/3769 - Cap. Fed., República Argentina
Franqueo Pagado - Concesión N: 4052
CAPITAL FEDERAL

Se terminó de imprimir
en los TALLERES GRAFICOS CELINA,
José C. Paz 3114

CAPITAL FEDERAL
Ejemplares atrasados: 7 pesos
Suscripciones República Argentina:
6 meses 36 pesos
1 año 72 pesos
Suscripciones exterior:
6 meses 6 dólares
1 año 12 dólares
Suscripciones exterior Vía Aérea
América:
6 meses 9 dólares
1 año 18 dólares
Europa:
6 meses 10 dólares
1 año 20 dólares

Cheques y giros a la orden de
Editorial del Noroeste S.A.I.C. e I.

los autores

josé maría arguedas (1911-1969)

Peruano, nacido en Andahuayla (Apurímac). Narrador. En su infancia compartió la vida de los indios y aprendió a hablar en quechua; de esas experiencias procede su profundo conocimiento del hombre y el medio indígenas. Se suicidó de un balazo. *El zorro de arriba y el zorro de abajo*, *Yaguar fiesta* y *Los ríos profundos* (novelas) son sus libros fundamentales; publicó también cuentos: *Agua y Diamantes* y *pedernales*.

max pol fouchet (1919)

Francés, nacido en Argel. Poeta y crítico literario. En 1942, durante la Segunda Guerra Mundial, fundó la revista *Fontaine*. Posteriormente se radicó en París, donde continuó durante algún tiempo su labor periodística.

franz kafka (1883-1924)

Checoslovaco, nacido en Praga. Narrador y ensayista. Tras recibirse de abogado trabajó en una compañía de seguros y en una oficina semiestatal. Enfermo de tuberculosis desde 1917, pasó internado gran parte de sus últimos años. Escribía en alemán. Obras más importantes: *La metamorfosis*, *La colonia carcelaria*, *Informe para una academia* (cuentos); *El proceso*, *América*, *El castillo* (novelas aparecidas post mortem).

josé ferreira gullar (1930)

Brasileño, nacido en Sao Luis de Maranhão. Poeta, autor dramático, ensayista y crítico literario. Teórico del movimiento de "arte neoconcreto". Por motivos políticos, en 1972 se expatrió en Chile; actualmente reside en Lima. Obras principales: *A luta corporal*, *João Boa-Morte*, *cabra marcado pra morrer*, *Quem matou Aparecida* (poesía); *Vanguardia y subdesarrollo* (ensayo).

raúl acosta (1944)

Argentino, nacido en la ciudad de Santa Fe. Poeta, periodista y publicista. Abandonó medicina en cuarto año y fundó (según él, "fundió") varias revistas literarias. Hasta la fecha no ha publicado libro alguno: sus poemas han aparecido siempre en publicaciones periodísticas.

idea vilariño (1920)

Uruguaya, nacida en Montevideo. Poetisa, crítica y traductora. Ejerce la docencia secundaria. Integró el comité de redacción de la revista *Número* (primera época). Ha publicado, entre otros poemarios, *La suplicante*, *Cielo cielo*, *Nocturno*, *Por aire sucio*.

héctor a. borda leaño (1930)

Boliviano, nacido en Oruro. Poeta. *El sapo y la serpiente* (1966) es quizá su libro definitorio. Ha obtenido los lauros literarios más importantes que concede su país: el Primer Premio Nacional de Poesía (1968) y el Gran Premio Nacional de Poesía (1960).

juan carlos onetti (1909)

Ver **crisis** n° 2.

josé agustín goytisolo (1928)

Español, nacido en Barcelona. Poeta, ensayista, traductor y crítico literario, es también licenciado en derecho. Cinco libros resumen su obra poética: *El retorno* (1955), *Salmos al viento* (1959), *Claridad* (1962), *Años decisivos* (1962) y *Algo sucede* (1969). Perteneció a una familia que ha dado otros dos escritores: sus hermanos Juan y Luis, novelistas.

leopoldo marechal (1909-1970)

Argentino, nacido en Buenos Aires. Poeta, narrador, dramaturgo y ensayista. Maestro y profesor normal, ejerció la docencia durante 35 años. Participó en los movimientos literarios promovidos por las revistas *Proa* y *Martin Fierro*. Entre 1955 y 1965, su nombre estuvo oficialmente olvidado. A su vasta obra pertenecen, entre otros títulos, *Adán Buenos Aires*, *El banquete de Severo Arcángelo* (novelas); *Odas para el hombre y la mujer*, *Laberinto de Amor*, *Sonetos a Sophia* (poemarios); *Antígona Vélez*, *Las tres caras de Venus* (teatro), *Descenso y ascenso del alma por la belleza* (ensayo).

Para ilustrar este número se han utilizado trabajos de Santiago Cogorno. Este dibujante y pintor argentino nacido en Buenos Aires, residió largo años en Italia. Allí se perfeccionó estudiando en la Academia de Brera, Milán. Ha recibido numerosas distinciones, entre ellas el Premio Palanza en 1956. Poseen obras cuyas diversos museos europeos y argentinos, así como también numerosas instituciones privadas.

jorge asís:

capítulo
cero de la
vuelta
de don
abdel
zalim

trece narradores jóvenes de la argentina

Esta selección no es, demás está decirlo, exhaustiva. Nos proponemos ofrecer un panorama de la narrativa joven en nuestro país, a través de algunos relatos inéditos que consideramos reveladores de las diversas tendencias creadoras de la nueva generación. Los autores elegidos no forman un mismo grupo; pero tienen, en común, por lo menos la edad y, con ciertas variantes, el momento de su aparición pública.

Pero no se murió

Pasó un poco más de un año cuando volvió a arremeter Don Abdel Zalim; fueron a la casa de mi madre (las viejas manchas de la casa de Domingo) a decirle que el viejo estaba desesperado, que me quería ver, que necesitaba verme. Por supuesto mi madre a la flaca, la flaca en el café a mí; entonces le dije:

—No, que no vuelva.

Me olvidé del viejo durante dos días o tres hasta que hoy —suele ocurrirme— me levanté muy bien, sintiéndome necesario, vital, cosista; debe aclararse que de vez en cuando me despierto así y así fue hoy; después de hacer el amor por la mañana, compré La Opinión y enfilé para Domingo; caminé por América del Norte hacia la vieja casa de Domingo y en el trayecto saludé a todos los vecinos, recibí fuertes apretones de manos, pregunté cómo les iba, encontré algún viejo compañero de colegio, silbé, comprobé no sin asombro con qué precipitación crecían las mocosas, lo bien que se estaban poniendo, abrí la vieja puerta de mi casa entonando un tango que si mal no recuerdo era Guapo y Varón. Desfilaron las novedades, me puse al tanto de los nuevos muertos, mi madre dijo que la muerte se la estaba tomando con nuestra cuadra, tres muertos en diez días, me entristecí de veras, comí milanesas, recomendé extremos cuidados a mi abuela, hasta que Francia volvió a repetírmelo:

—Tú padre quiere verte, dice Coco que está desesperado.

Debe tenerse presente que era un día muy especial, un día en que podía confundir —identificar— a la vida con la sonrisa de mi abuela, un día en que llamé por teléfono a la flaca únicamente para decirle que la quería, un día en que me



sentí solícito, grandioso, sobre todo necesario, y con todo eso en contra fui a enterarme de que otra vez estaba desesperado, y que me quiere mucho, y que antes de morir quiere dejarme algo. Francia me lo decía como si se tratara de cualquier viejo amigo y no de Zalim; le respondí que sí, que iba a ver, y me fui de Domingo un poco turbado, e imaginando, además, que si volvía a verlo iba a volver también literariamente, y no quería. Cuando lo ví por última vez en la cama 18 de la espantosa sala de neurología del hospital Rawson, decidí ponerle punto final, chau, a otra cosa. En realidad, si no quise volverlo a ver, fue más que nada por motivos literarios, porque quería sacármelo de encima. Jorge Anitua la pegó, dio justo en el medio, cuando escribió a propósito de Don Abdel Zalim: "es como si quisiera hablar de una vez y para siempre de Zalim y sacárselo de encima y relatar otras cosas..." (ver Clarín, 22 de febrero de 1973).

Iba a ir, pensé, en la avenida Mitre, apoyado estúpidamente en el palo de la parada; estaba seguro de que iba a ir porque había dejado pasar dos diecisiete, hasta que paré un noventa y ocho y dije, algo turbado:

—Hasta Entre Ríos.

Imaginaba en la que estaba metiéndome; pensé que a lo mejor el viejo ya se habría enterado de la novela sobre él, y que entonces sería una situación muy particular (sobre todo literaria) volver a verlo, y que después de abrazarme y de llorar como corresponde, me diría:

—Leí tu novela. Ché, yo no soy tan hijo de puta.

O sino:

—¿Así me ves?, ¿en serio me ves así?, ¿no tenés vergüenza?

Y cómo haría para explicarle a Zalim. Es que independientemente de la anécdota, viejo, ocurre que la picaresca coloquial, sabés, que el personaje es un "depósito individual de todo un sistema" (ver contratapa de Don Abdel Zalim, Corregidor, 1972).

—Ma qué me venís con el depósito individual, hijo de puta.

Y cómo le explicaría... si no me dejaría hablar, insistiría:

—Pero por qué me viste así, si fui bueno, si te quise mucho, turro.

En realidad, cuando bajé en Entre Ríos y caminé hacia la casa de Zalim (hacia la dirección que me había dado Marcial en el Rawson, anotándola en un papelito que tiré pero que nunca olvidé, Entre Ríos 970, 4to., depto. K) empecé a sentirme raro, no sé. Me dieron ganas de fumar, y eso que había dejado; estaba a media cuadra de su casa, aún era mediodía y no había sol. Pensé que, en caso de escribirlo alguna vez, pondría que Zalimchico dudaba en si entrar o no, describiría a Zalimchico un poco conflictuado, combinaría directamente con un racconto, una pálida introspección, pero cuando yo caminaba hacia la casa, la verdad, no pasaba nada. Apenas, claro está, el débil detalle de los cigarrillos, que adquirí en un quiosco a veinte metros de su casa, parliament y fósforos, y le pregunté al quiosquero no sé bien por qué:

—¿Usted lo conoce a Zalim?

—Puff —dijo el quiosquero— cómo no, es un abogado. Mire —y sacó la cabeza del quiosco— es en el edificio, ese vé, creo que en el cuarto piso, pregúntele al portero.

—Gracias —encendí un parliament, caminé hacia el nueve setenta.

Es un edificio que tiene una puerta de hierro, y tiene tres números distintos en la puerta: uno es el nueve setenta. Tiene un patio muy grande en la entrada, rodeada de tres puertas: cada puerta representa un cuerpo del edificio, cada una tiene un número, una tiene el nueve setenta.

Pero la puerta estaba cerrada.

Miré, desde el centro del patio, hacia arriba: el edificio parecía una enorme cárcel gris.

En una chapa puede leer: encargado. Golpié: nada; volví a golpear: menos. Salí: resignado ya a no verlo; pero al lado del edificio había una lencería. No comprendo muy bien por qué entré y pregunté a la señora que atendía:

—Señora, si es tan amable, podría decirme cómo puedo hacer para entrar en el edificio de al lado (pensándolo bien, pude haber hecho mejor la pregunta; cuando lo escriba va a cambiar, claro).

—¿Por qué? ¿no se puede?

—Está la puerta cerrada, yo voy al nueve setenta.

—¿Y no le golpió al portero?

—Sí pero no sale nadie.

La señora apoyó una birrome en el mostrador de vidrio; le dijo a un pibe flequillado que barría, seguramente el cadete:

—Vos que sos amigo del gallego, no podés decir que le abra a este señor.

El pibe, con la escoba en la mano, respondió mirándome, casi justificándose:

—No porque se enoja. Hasta las cuatro no le abre ni a los bomberos. Es muy chinchudo.

Yo los miraba sonriendo, pensando la gente es buena, se preocupa, si puede hace favores. Como dice mi amigo Rubén: la gente regala una manzana. Repitió el pibe que el gallego era buen tipo pero muy chinchudo; además que recién eran las dos de la tarde, y hasta las cuatro, recién se habrá acostado, señor. De ninguna manera podía esperar hasta las cuatro, salvo, como dijo la señora, que esperara en el patio hasta que saliera alguien, vio, y cuando sale o entra alguien usted se mete. La gente es buena: que yo vigilara esa puerta; no me explico todavía por qué le pregunté también:

—¿En ese edificio vive un abogado, no?

—Don Zalim, sí, no creo que esté pero la esposa seguro.

—A lo mejor está, yo lo ví hace una hora y pico, entraba —dijo el cadete.

Les dije muchísimas gracias y retorné al edificio; volví, por las dudas, a golpearle al portero, no sólo la puerta, sino también el vidrio de la ventana: tampoco. Miré nuevamente hacia arriba; de repente se abrió una puerta pero no era la del cuerpo de mi padre, sino otra del cuerpo que lo enfrentaba: era una señora mayor, casi una viejita. Le pregunté también si

sabía cómo hacer para abrir esa puerta, y me respondió:

—Imposible, joven, hasta las cuatro que se despierte el portero.

Y, bajando la voz, me confió:

—Es un vago, sabe, no le gusta trabajar.

—Son todos iguales —le dije— mi amigo Ike dice que los porteros son lo más malo que hay sobre la tierra.

—Tiene razón su amigo —dijo la viejita—. Y eso que el portero éste gana muy bien. Le hace pasar cada malasangre a una, si le cuento —me decía, en el centro mismo del patio.

—¿En el cuarto piso vive el doctor Zalim, no?

—¿El Turco? —me preguntó.

—Sí.

—Sí, el Turco vive en el cuarto.

Por lo visto, ella tenía muchas ganas de seguir conversando; debe tenerse presente que desde la mañana venía pensando en que la gente era buena, y que yo y todos éramos muy necesarios, importantes, que la vida como la sonrisa de mi abuela y todo eso. La viejita, casi indiscreta, española, me preguntó:

—¿Lo busca por algún asunto muy urgente?

—Más o menos —respondí, y agregué de inmediato: —¿usted es muy amiga del Turco, no?

—No, casi no lo conozco. Yo nunca hablé con él pero me saluda siempre —dijo la española—. Es muy amable, saluda a todos, y parece un hombre muy ocupado, eh.

Me despedí de mi amiga española; no tenía ganas de permanecer hasta que alguien saliera de esa puerta. Me dije (o quizá se lo dije a la española, porque caminamos juntos hacia la puerta de calle, creo) que volvería cualquier mañana, antes de la una, o cualquier tarde después de las cuatro. Me tomé el noventa y me fui hasta el bulín de Hipólito Yrigoyen, pensando únicamente que había vuelto. Apenas llegué saqué el naylon de la máquina de escribir, agarré una hoja de oficio peligrosamente blanca; después de acomodarla en la máquina, viví las primeras cuatro palabras:

Pero no se murió.

Jorge Asís (1946). Nacido en Buenos Aires. Es, sobre todo, narrador. *La manifestación*, libro de cuentos aparecido en 1971, señala su iniciación literaria. En 1972 publicó su primera novela *Don Abdel Zalim*; la segunda, *El infiltrado*, aparecerá en fecha próxima.

orlando barone

este lugar oscuro tan solo

Ya me acostumbré a las sombras.

Con todo iluminado resulta difícil escaparse sin tropezar antes en la contemplación de esos detalles inútiles: las cosas y los otros.

A la sombra en cambio, todo parece no existir; como en la muerte. Claro que yo no estoy muerto; lo prueban algunas evidencias: lo que queda de la mujer, del gato, de mí mismo.

Además los muertos no recuerdan.

Aquí en esta casa, en este cuarto, sospecho que nací.

También intuyo que mi parto fue una trampa de la que salí con un cuerpo sin ganas y esa mancha negra y púrpura cubriéndolo por partes, agrandándose con el tiempo, hasta que nadie supo ya ni el límite ni su poder.

Sé que la mancha siguió inundándome por dentro y acabamos por ser la misma identidad, la misma repugnancia, igual marginación al costado de los otros.

Los de afuera nunca me entendieron; sus razonamientos no alcanzaban. Me miraban lagrimear, acurrucarme tembloroso en los rincones, apretarme con fuerza cada párpado para salvarme de la luz y lo único que se les ocurría era la conmiseración y el asombro.

Allí entonces descubría, que aunque estaba delante de sus ojos y de sus pensamientos, pertenecía a otra dimensión que no llegaban a explicar.

En aquella desesperación por descubrirme trataban de convencerme de que entrara a su mundo de luz, forzándome a curaciones dolorosas, obligándome a soportar asquerosas sustancias, que llenaban mi cabeza de sueños sin motivo.

Algunos más audaces, se atrevieron a intentar descifrarme por medio de otros símbolos: me hurgaban los recuerdos, buscaban confesiones a las que yo me resistía, sabiendo que pugnaban por hacerme caber en un predio minúsculo: el de ellos (sus casas y sus razonamientos).

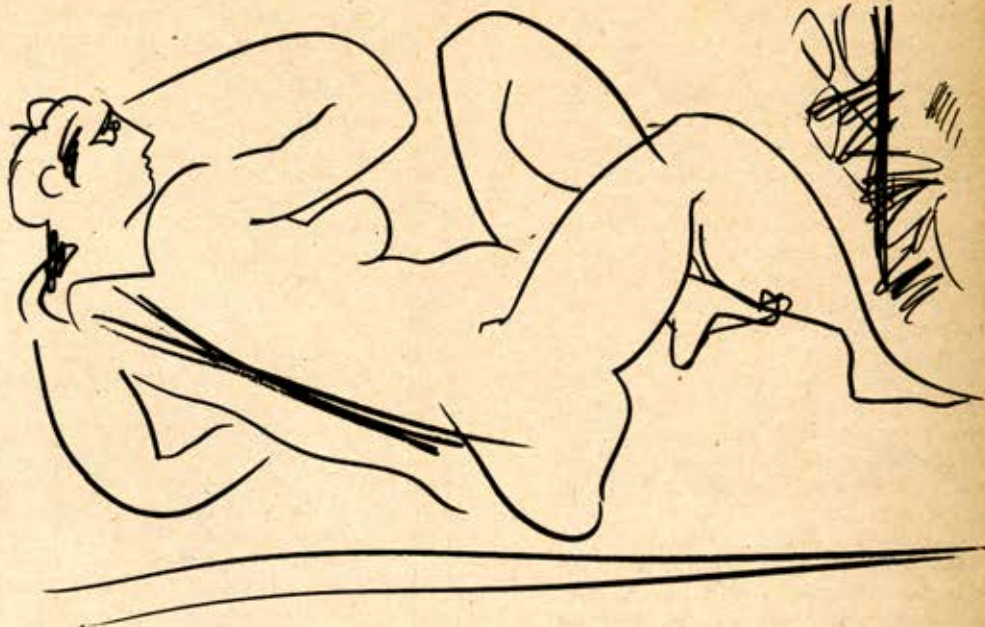
Al final terminaron despreciándome, ocultándome como a esos misterios que por ser tan densos, convierten en humillación la torpeza que nunca llega a descifrarlos.

Yo sin embargo sabía lo que estaba pasando en mí (también ahora, claro que con una intensidad menos mensurable).

Sentía a la gran mancha negra golpeándome en medio de los ojos, despertándome de a ratos y torturándome por intermitencias. Entonces por instantes salía de las sombras, empujado a mirar y detenerme sobre las cosas de ese mundo de otros, obstinada y conscientemente olvidado.

Recuerdo a esta mujer, a lo que fue esta mujer, que siempre me siguió (mis mismos rasgos, igual manera de mirar pero con otra clase de tristeza) consecuente e inmóvil al lado de mi sombra.

Era la única tal vez que no me guardaba repugnancia y que no sé cómo comprendía que para mí no existían diferencias entre ella y un zócalo.



Sucedía como si esa mujer (ésta que yace aquí ahora) empeñosa en perseguirme como un ala o una sombra, entendiéndose sin saber.

Como yo ahora, que alcanzo a comprender muchas cosas sin haber aprendido. Saber por ejemplo, que aquí he venido definitivamente, para soñar sin que nadie me despierte.

Hasta la mancha ha dejado de molestarme; se fue cerrando como un puño, ya no deja pasar ni un resquicio de luz.

El comienzo fue una de esas tardes en que la mancha negra y púrpura insistía en separarme un rato de los sueños para acercarme al mundo.

Me vino entonces a los ojos, aquella desesperación de cuando eran empujados a contemplar la luz y con la luz, las cosas y los otros. Sentí que tenía que luchar, forcejear contra la mancha, para que me volviese a mi casa de la oscuridad.

Y volé.

No fue lo que muchos, todos, podrán presumir, un vuelo intrascendente de esos que se engendran con el sueño vulgar de los que duermen. Fue una terrible prueba de soledad de sentirme en pleno mundo de las sombras, suspendido en el vacío por una gran ala de piel que me crecía desde el pecho.

Allí sí, supe que era posible derrotar a aquellos destellos de luz que cada tanto profanaban la quietud de mis sueños.

Al otro día lo que soñé fue más fértil. El recuerdo era mayor y más extensas las tinieblas y más hondo el silencio.

Sólo percibía a lo lejos el golpeteo de mi ala de piel en la oscuridad, como un raro chasquido de murciélago.

No vale repetir cada otro día, ni recordar cada otro sueño.

Sé que me sobraron fuerzas para clavar furiosamente todas las puertas, las ventanas, los agujeros de la casa que daban hacia afuera.

Realicé el trabajo silenciosamente ante la mirada húmeda de aquella mujer que insistía en acompañarme sin lástima pero con resignación, hasta que desapareció el último vestigio de luz. El gato, ella y yo éramos los únicos habitantes de la pieza bloqueada; pero no fue posible.

Sé que la mujer no gritó, ni lloró, ni puso cara de espanto cuando apreté mis dedos sobre su garganta hasta sentir que se apagaba. Hasta creo que ella se sometió dócilmente; con la misma resignación con que había soportado el parto, la mancha negra y púrpura y un hijo peor que un enemigo: zonzo (como solían definirme).

También el gato acabó con sus ojos derritiéndose como uvas debajo de mis puños.

Me encuentro en este cuarto y ya no veo límites ni paredes ni nada. ¿Será éste un cuarto? Acaso sea una manera de estar en la muerte. O un sueño que estoy en la muerte.

El ala de piel aletea en medio de mi pecho.

La presiento como a las uñas de mis pies creciendo infatigablemente. Ninguna otra cosa o rostro para ver, para sentir que se ven, nada que me haga descubrir la corrupción, las cosas de allá afuera.

La oscuridad es definitivamente la pureza.

Debo de haber enflaquecido mucho. Entre mi sombra y la del gato no existen diferencias.

Ella, la mujer, se ha diluido debajo de mi ala y se confunde con ella hasta parecerse también a un ala inseparable.

Ni siquiera alcanzo a tocarle; ya no me necesito.

A lo lejos escucho el aleteo de un ala de piel que no es la mía. También aquí me han descubierto...

Orlando Barone (1938). Nació en la Boca, a media cuadra del Riachuelo. Poeta y narrador. Ha publicado un volumen de cuentos, *Debajo del ombligo* (1972), premiado por el Fondo Nacional de las Artes. Se reconoce marcado por algunos nombres: Neruda, Sábato, Arlt, Scorza, Marquez.



jorge di paola + la octava nota

Manuel se acercó al piano cautelosamente, como quien intenta hacerse amigo de un gato. Vaciló, antes de sentarse en el taburete. No se sentó.

Se dirigió hacia la ventana, desplazó la cortina y miró, desde la altura, la calle. La gente, como granos de arroz que se deslizan por un plano inclinado, corría hacia el río. De soslayo, espía el piano de media cola, de un color ébano casi mate. Con el tiempo, se habían apagado los brillos del lustre. Era un mueble macizo, ocupaba el centro de la habitación, rotundamente. Salvo las cortinas espesas y un gran retrato del abuelo de Manuel, primer dueño del instrumento, el recinto parecía pertenecer al viejo piano así como un féretro pertenece a su muerto.

Corrió, con amplitud, las cortinas, y la luz dorada penetró. El destello se reflejaba en las teclas blancas, en algunas islas de barniz.

Manuel, que había defraudado las esperanzas de su familia y roto la tradición de los Manueles —vastamente conocidos a principio de siglo— reconoció que esa sangre de concertistas se perdía en él, diluida como el sabor de un hueso usado demasiadas veces para un caldo.

—Mi sangre es sopa de tercer hervor —pensó en voz alta—. La sonata 32... me sale como si fuera 1/32 de sonata.

Resignado, no podía sin embargo dirigirse al piano de frente. Dio un rodeo y se pegó a la cola. Comenzó a hablarle en voz baja y poco a poco se fue atreviendo a encararlo y pudo sentarse en el taburete, como todos los días, aunque cada vez le costaba más. Respiró hondo y bajó la tapa.

El rumor distante de la calle no impidió que se oyera el chirrido áspero de las bisagras. Al fin, se armó de valor y levantó nuevamente la tapa, y miró las teclas. Subió la mano derecha, con la intención de iniciar un arpeggio, pero lo distrajo el griterío de la multitud que corría alegremente. Se paró, cerró la ventana, aunque necesitaba el aire. Al darse vuelta, creyó escuchar que alguien lo llamaba. Puso más atención.

—Manuel —la voz era melodiosa—. Tendrías que pensar más en mí, y menos en vos. No me parece justo.

—¿Por qué no va a ser justo? —de inmediato se sorprendió de contestarle al piano con tanta naturalidad—. ¿Por qué no, si empezó él?

—Hay varias cosas que te tengo que decir. Nos conocemos bien.

—Escucho, escucho —dijo, con impaciencia, Manuel.

—Primero... No quiero que toques más la Zamba de mi esperanza.

—¿Y qué más?

—¿Aceptás o no aceptás no tocar nunca más esa zamba?

—Veremos —no se trataba, pensó Manuel, de conceder así porque sí. Quién sabe lo que pedirá después. Hay que ganar tiempo. —Empezás con eso... bien, pero, si acepto, ¿qué más vas a pedir?

El piano dejó sonar sus notas más graves, parecidas a un gruñido, notas que llenaron el cuarto y se apagaron lentamente.

—Ah. ¿Me estás intimidando?

Se escucharon dos compases cantarines, conciliadores, de registro alto y festivo. De inmediato, el piano volvió a hablar.

—Mirá, Manuel, te conozco desde que medias poco más de dos octavas, cuando te traje por primera vez el abuelo. No te estoy amenazando. Es, cómo decirte, mi estado de ánimo nomás. Ocu... que te quiero pedir otra cosa, si se quiere más importante para mí.

—Te escucho. Somos como de la familia, estoy bien dispuesto.

—Tengo setenta años de piano, y siempre, siempre, con las mismas notas. Eso no sería nada si no fuera que... hace mucho que sé que los hombres (que no son pianos, pero ponete en mi lugar) no se dan cuenta de...

Manuel estaba impaciente. El piano hablaba sin prisa, tal vez por falta de costumbre. Pero Manuel estaba impaciente y se acercó más y lo miró con disgusto, con fijeza. El piano, imperturbable, continuó:

—...que hay otra nota más.

—¿Cómo!, ¿qué querés decir? —las pretensiones de este viejo instrumento traído de Baviera le estaban pareciendo ridículas—. Estás loco —agregó.

—Nada de eso. ¡He tenido tanta paciencia! Ustedes, ustedes que siempre creen que sólo hay do, re, mi, fa, sol, la, si...

—¿Me querés decir qué más va a haber?

—Hay otra nota.

—Hablá con claridad, ¿qué querés decir con "otra nota"? —la voz de Manuel, inevitablemente, se puso sarcástica—. ¿Cuál vendría a ser esa otra nota? ¿Acaso no te basta con las combinaciones innumerables, con los medios tonos, el pedal...

—No —rugió el piano—. No basta con eso. Estoy mal hecho, mal hecho porque estoy construido a la medida humana. Y esa otra nota... la vislumbro nomás, la vislumbro y sé que es posible. No la puedo hacer sonar... todavía. Y no tiene nombre, hay otra nota y eso es todo lo que te puedo decir y tendrías que entenderlo.

Manuel, después de la reclamación exaltada del piano, retrocedió. De espaldas, interminablemente, iba alejándose: habían vuelto a rugir las notas más graves, esta vez con el pedal a fondo.

¿Qué justificaba esta reacción de su piano, contra él, que sólo tenía la culpa de ser escasamente diestro, de tocar de vez en cuando la **Zamba de mi esperanza**? Estaba seguro de que no era para tanto, pero siguió replegándose.

Miró el retrato de su abuelo Manuel, eternizado en un gesto soberbio que miraba al piano de costado. El viejo, recordaba, había tenido a sus pies a esta fiera de sonido, insatisfecha, rebelde, que lo estaba ensordeciendo, acaso en la búsqueda de su utópica nota.

Sin embargo, cuando aún no se habían disipado los armónicos de su habitación, cuando el sol mordía el horizonte y la luz dorada se enrojecía y comenzaba a envolverlo, Manuel tuvo un miedo cervical, un miedo de oveja.

Corrió, entonces, hacia el retrato. Si el instrumento también veía, la despótica imagen sería capaz de amansarlo, pensó. Pero no hizo tiempo, aunque vio la sombra y se apuró. El piano, si es posible seguir llamándolo así, saltó sobre Manuel, con sus cuerdas en tensión, adoptando la figura y la ferocidad de una pantera. El rugido rebelde que lanzó antes de acorralar a Manuel, resonó con las modulaciones de esa nota desconocida.

Abajo, en la calle, mucha gente levantó la cabeza, y algunos exclamaron que esa música era hermosa y extraña. Tenían ganas de volverla a oír.

Jorge di Paola (1940). Nacido en Buenos Aires. Narrador y dramaturgo. Componen su bibliografía **Hernán** (1963, poema dramático); **El acceso y Caballo sin titán** (cuentos aparecidos en sendas antologías); **La virginidad es un tigre de papel**, serie de cuentos de inminente aparición. Prepara otro volumen de cuentos y una novela.

germán leopoldo garcía

la contradicción principal

1. No sé por qué estamos en esta casa, a pocas cuadras del lugar donde vivimos. Tenemos a nuestro padre en un tablón, debajo de la higuera, desde el día de su muerte. Nuestra madre, todas las mañanas, lo enjuaga y le acomoda la ropa. Nuestro padre sólo mueve los párpados. El médico ha dicho que es necesario aguantarlo mientras la sangre termine de enfriarse, mientras tanto seguirá afectado a la familia.

Por la noche lo ponemos detrás de la puerta en posición vertical. El mueve los pá(r)pa(dos) agradecido porque en ese lugar no siente frío, nosotros seguimos pensando en las dificultades inherentes a toda historia.

2. La vieja le pone acordes a nuestra imposibilidad, cantando con sus manos cruzadas sobre el pecho. Cuando se arregla el pelo y mira el cielo —por la ventana— nosotros aplaudimos. Ella ve fragmentos de edificios, encandilada por el atorrante misterio de la ciudad. Nos dice que antes los hombres se apasionaban y las mujeres guardaban secretos entre sus piernas. En el Cabaret donde cantaba el dueño le daba todo por un beso en la bragueta. Nadie puede moverse. Es imposible dar un paso entre todos y ninguno en particular desea irse. Entre canción y canción le damos un cigarrillo. No podemos pasar, no podemos estar. Hacemos el coro cuando ella vuelve a contarnos la historia. Un posterior entrarse hará imposible nuestra anterior huida.

3. Me encuentro en un lugar extraño con dos mujeres desconocidas. Salgo de la escena con ellas y nos vamos a pasear por un baldío lateral a la cancha. Cuando veo un hombre aplastando el tabaco de su pipa con el dedo, me doy cuenta de que estoy siendo llevado **desde** el dedo por una de las mujeres. También mi padre fumaba en pipa y se mojaba el dedo con saliva para aplastar el tabaco. Llegamos al lugar donde vive la mujer de la vida, vemos a su hermano vestido de gitano clavando una sevillana en la planta de eucaliptos donde se ahorcó un vecino la semana anterior.

Recuerdo el brillo de una muñequita de charol, el relato de unos zapatos —también de charol— con botones de vidrio que relucían en la noche.

4. Nos presentan a un escritor curioso, tiene la habilidad de apretarse los párpados y largar unos chorros de lágrimas con los que puede escribir historias en el polvo de ladrillo. También está aprendien-

do a escribir con la orina, pero no domina demasiado esta técnica.

5. Salgo de una casa con muebles amontonados, por encima de pedazos de roperos y separando los trozos de espejos que podrían lastimarme. Llego al lugar donde, tiempo después, me encuentro coiteando en un baño donde se amontonan otros roperos. En el momento de acabar comprendo que esa mujer es demasiado gorda. Me pongo un saco de mi padre y regreso cortando camino por entre los ranchos con mesas en el patio.

Sobre los manteles de hule, como de costumbre, hay pegados restos de comida y semillas de sandías. Las moscas chocan entre ellas y revientan en el aire, mientras un chico con la cabeza en llamas corre a tirarse en un charco de agua.

6. Nuestro grupo es trasladado de Nueva York a Chicago, para poder asistir al ensayo de **El Tango de la Muerte** en un teatro abandonado. Nos dieron la fila seis, el tufo y la humedad eran insoportables, los reflectores nos herían los ojos.

Cuando la danza empezó el productor sonrió a nuestro grupo y pellizcó el pezón de una mujer que lo acompañaba. La mujer respondió hundiendo la lengua en la oreja del productor. Luego se quedaron quietos, mirando fijamente hacia el escenario.

Comencé con mis notas, todo eso que **ustedes** estaban esperando en Buenos Aires. Se rompió mi lapicera, el productor me alcanzó la suya... lo que me obligó a escribir.

En el escenario se desarrollaba la parte más complicada, la que había costado más víctimas y deserciones en los seis meses de ensayo. Un bailarín por atrás y otro por adelante, debían penetrar a la protagonista. Luego, siguiendo el ritmo de la música, levantarla con el solo apoyo de sus vergas y llevarla hasta el retrato de Gardel, en la parte lateral izquierda. Mientras era transportada, con los brazos en alto y la cabeza hacia atrás, ella cantaba el tango de la muerte.

El productor saltó de su asiento, su acompañante dio un grito: la protagonista murió en mitad de una frase que se **apagó** en un quejido desgarrado y sensual.

La muerte de esta chica trajo una serie de problemas que retrasó, hasta quién sabe cuando, el estreno de la obra. La ví, pálida e inmóvil en su cajón, con algo de cansancio y misión cumplida. Era una mexicana de unos treinta años, con catorce en el oficio. Todos completamos aquella palabra en silencio, yo volví a Buenos

Aires al día siguiente y me encontré con ustedes por nuestro medio de comunicación habitual.

7. La ventana de la sala de reunión, que da sobre el parque, es una promesa inútil. No hay ninguna posibilidad real de escapar de este lugar, ni mucho menos del peso infalible de los ficheros. Además, entre nosotros hablamos lenguas distintas —lo que hace imposible una acción proselitista que lleve a una movilización de proyección efectiva.

Los que andan pensando una sola palabra por el patio tienen más posibilidades de caer en la fiebre que de ver el sol del atardecer siguiente, porque nadie domina todas las variantes de la farmacopea y un día bajo la forma de naranja y otro de caramelo de menta, el tratamiento continúa inexorable.

Cuando veo la ficha sobre mi caso, presiento que será necesario... otra manera de encarar la cosa.

Los miércoles y sábados, cuando llegan las mujeres, todos estamos contentos. Para evitar las contradicciones principales inventadas por los médicos, ellas hacen lo suyo sin abrir la boca. Cuando hablan dicen siempre lo mismo, usan unos pocos gestos, se dejan estar y se dejan hacer, sirviendo de adornos a la contradicción, quizá de efectos, pero nunca de causa. Los médicos, apabullados por el eterno femenino, desabrochan sus braguetas y dos minutos después se los ve abotonados por los rincones con los ojos en blanco.

Nos revelamos contra el ritual de los ataúdes, nos negamos a seguir pasando la trompa por la panza de los muertos. No creemos que el mal sea, como dicen ellos, la tendencia instintiva (sic) a negar la muerte. Incluso, aceptando esta hipótesis, es inhumano que a uno le toque un cadáver tres días después. Además, las peleas por lamer al muerto cuando todavía está tibio, ha llevado a inútiles derramamientos de sangre.

Por eso queremos ser tratados en alguna otra clínica donde se nos trate... (sic)... evitando de esa manera... (sic)... esta clínica armada con capitales extranjeros que... (sic)... ¡evitando lo peor! ¡lo peor! ¡lo peor!

germán garcía (1944). Nacido en Junín, provincia de Buenos Aires. Narrador y periodista. *Nanina* se titula su obra inicial, que es una novela de índole autobiográfica. Posteriormente, dentro de ese mismo género, publicó *Cancha rayada*. Es también autor de un ensayo, *Macedonio Fernández: la escritura en objeto*, aún no editado. Responsable de la revista *Literat*.

luis gusmán encantos

1. El hombre de la cicatriz reaparecía y alrededor de él se organizaban todas las cosas. Se metía monedas de oro en las narices y había que acercarse a las marcas de la cara para sacarle las monedas con la lengua. Ante las manchas virulentas no se podían cerrar los ojos. El tigre era víctima también de la enfermedad heredada. Sabe que el hombre del vaciadero ha muerto y ya no busca nada. No puede recordar su historia, sólo puede soñarla.

Detrás de los barrotes de la jaula hay un hombre gordo, blanco y desnudo. Con papel madera se está haciendo un calzoncillo, después lo espera un pantalón floreado. Escapó varias veces. Es el hombre del vaciadero, el que huye, vestido siempre de la misma manera.

2. El tigre arrojó los dados sobre la mesa. La jugada se había repetido una vez más. Esa es la postura, dijo al rival. Los dados sólo sirven para repetir números, como los ecos repiten voces. El Tigre Millán era un morocho de huevos amarillos. Su destino fue anunciado por una voz deformada que escuchó una vez. Una voz en falsete como dicen. Una vez, una voz lo sedujo y lo asustó. Fue un cantante fracasado, cantaba sin convicción, porque era la suya una voz falsificada. Eran tres los hermanos y todos repetían esa jugada que se jugó una vez. En el tapete verde habían quedado manchas de sangre. La vida se organizaba a través de antiguas voces que volvían, de palabras con que los habían apalabrado alguna vez.

3. La sedujo con engaños. Cuando llegaron a la pieza del hotel, ella pidió, antes de desnudarse, ver las marcas de su cuerpo. El hombre desnudo exhibió el tatuaje de su pecho. Era una falsificación. Ella sólo creía en las marcas naturales. Al marinero lo favoreció que la mujer tatuada se parecía a ella. Quedó prendada. La mujer raspaba con sus uñas el azulado tatuaje, pero la figura había sido siempre una mancha borrosa.

4. Estos eran dedos y no dedas. Él quería dedas desnudas y si eran dedos que fueran dedos desnucados. Hermosas dedas con dedales de plata en los blancos dedos. Dedos sin ninguna pinchadura, dedos sin ninguna gota de sangre. Ella solía coserse sus propias ropas junto a la ventana. Desnudate rogaba él y ella se sacaba los guantes y aparecían los desnudos dedos de las manos. Los de los pies, yo quiero los de los pies. Los de los pies están desnudos —decía ella— siempre están desnudos y caminan.

5. En el cuarto amarillo está el oro. En el antiguo dormitorio de la madre. Ahora, la reina enloquece lentamente en una de las torres del castillo. El rey en la capilla, ora ferviente de rodillas. Nada puede detener la enfermedad heredada que se transmite a todos los súbditos. Su palabra es vana plegaria. Desde lo alto, los soldados, víctimas de sus propios espejismos se arrojan hacia el foso de cabeza. El infiel ha desnudado su alfanje y lo blande sobre la cabeza del inocente niño. Desde la torre de los homenajes el rey discurrea sin que nadie escuche su palabra. Cada uno está ocupado con su propio cuerpo. La reina es arrastrada escaleras abajo por la torre. Es entregada a la muchedumbre. Sin embargo, su cuerpo queda sin mancillar, nadie quiere tocar el cuerpo de una loca. El invasor revisa los planes febrilmente, si el oro no aparece, la conquista habrá resultado inútil. Necesitan un traidor. El rey se ha disparado un pistoletazo entre los ojos. La reina adivina la suerte en las manos de los recién llegados. El hijo del rey juega en el trono vacío, de su pecho cuelga una pequeña llave de plata. Él habrá de conducirlos a través de húmedos pasadizos, de secretos subterráneos. Alguien debe pronunciar la consigna. Las manchas comienzan a surgir en los cuerpos mismos de los invasores.

6. El príncipe enfermizo, amarillo por la enfermedad icterica, delira con los ojos abiertos por el miedo. Cautivo de su sufrimiento, sufre sin entender. Qué fortaleza es ésta que nadie la invade. Quiénes son los enemigos, ya que estos expedicionarios no parten a ninguna parte. Por la mañana, aparecen los hombres colgados de las torres. Son colgados porque colgados están.

Qué color adoptará su cuerpo para escapar a la enfermedad de las manchas. La mancha venenosa era un juego que jugaba cuando niño. Donde te toco te llevas la mano. Y la mano enfermiza, contagiosa, quedaba adherida a una parte pegajosa de su cuerpo. Días enteros con la mano pegada al pecho donde estaba la mancha venenosa. ¿Pero es acaso éste el mismo veneno que transmitía aquella mano blanca pero venenosa?

7. Madre: he renunciado a mi herencia. He decidido abandonar la fortaleza y partir para Oriente. La guerra está pronta y mis manos enfermas no están del todo diestras en el arte de manejar la espada. Ya no sentiré miedo al oír el crujido de su manto anunciando su presencia. Escravo de mi deseo parto. Otros partirán conmigo, presos también ellos del deseo

de sus amos. En la gran cruz de plata que cuelga de mi cuello, hay un trozo del manto de Jesús, pero yo quisiera, madre, una hilacha de su blanco manto.

8. La mujer con las vestiduras del sacrificio entró al templo. Eran los suyos, pasos de iglesia. El rey tenía la corona en su cabeza. La escuchó caminar, y escuchó que todos sus secretos estaban en sus pasos. Sin embargo, había una flor aplastada por unas botas blancas durante una caminata. ¿Y cuál sería ahora el sacrificio y quién el sacrificado? Ella se detuvo con un pie en la escalinata. Los súbditos esperaban una palabra real para deliberar. El rey calló. La corona con sus oros pesaba en su cabeza. Los pasos van desnudos, ése es el problema —dijo— sus zapatos bancos bordados con águilas de oro son los asesinos. Que anden. Que enloquezcan al rey andando. Esos son pasos que atraviesan los oídos. Alguien alguna vez caminó así, para llegar a él o para irse. Cerrar los ojos no servía de nada, había que abrirlos bien grandes y con la mirada verlos alejarse. Deben silenciar sus pasos —dijo—, ella debe morir ahora o quedarse quieta para siempre.

Para evitar el mutilamiento decidió renunciar al mundo. Ya no podría apoyar su oreja contra el suelo y escuchar los golpes lejanos de los briosos caballos avanzando. Pronto, intentarían derrocarlo. Entre ellos advertía, ya, sutiles miradas. Murmullos. Verbales ambiciones de poder. El rey había renunciado a su destreza. Todos se acercaban y las palabras eran mimos. Puros mimos. Ella, descalza, caminaba del trono a la ventana, de la ventana a la cornisa y de la cornisa a la torre donde guardaba sus encantos.

Luis gusmán (1944). Nació en la Capital Federal. Narrador. Su actividad como escritor comienza en 1973, con un volumen de cuentos titulado *El fraquito*. Recientemente ha concluido otro libro, *Encantos*, integrado por una serie de relatos. Integra el comité de redacción de la revista *Litoral*.

liliana heker

vida de familia

Hay individuos particularmente no emotivos. Nicolás Broda pertenecía a esa especie. Con seguridad que si al mirar hacia arriba cualquier noche hubiera visto dos estrellas rodando por el cielo en sentido contrario y a punto de chocar, en vez de esperar el cataclismo se habría puesto a reunir las informaciones necesarias y a la mañana siguiente, después de mucho manipular las ecuaciones de Lagrange aplicadas a la mecánica de tres cuerpos, habría llegado a comprobar que, en efecto, un satélite lanzado treinta y ocho días atrás y otro, lanzado hacia apenas cuatro días, debían crear la ilusión de choque desde el lugar y a la hora en que él había estado contemplando el cielo.

La mañana del 7 de julio se despertó porque una olla o algo metálico acababa de caer en la pieza de al lado. **Cada casa suena de una manera distinta.** Y durante un instante tuvo la intención de indagar por qué se le había cruzado la palabra "distinta". **Tengo que levantarme,** pensó, pero ni siquiera abrió los ojos porque solapadamente sabía que no. No tenía que levantarse porque era sábado o (operador de Boole) porque el despertador aún no había sonado. Es cierto que tenía que ir al Centro de Cómputos a revisar la prueba de una rutina (era programador fortran, además de estudiante avanzado de matemática) pero daba lo mismo que fuera en seguida o más tarde. Se desesperó ampliamente y razonó que eso era lo bueno de los sábados: empezaban como cualquier día y de pronto, la libertad. **¿La libertad?**, pero desechó de inmediato esa fuente de reflexiones porque consideró una huevada amanecer tan bizantino.

Hizo un ligero esfuerzo y abrió los ojos. El segundo esfuerzo le llevó más tiempo y un mayor ejercicio de su voluntad: giró la cabeza para mirar la hora. Eran las ocho y veinte: el despertador no había sonado.

Para el tercer esfuerzo (sacar el brazo de debajo de la frazada y alcanzar el reloj) no necesitó ejercitar nada porque su movimiento estaba alentado por un auténtico interés: quería saber si la campanilla se había descompuesto o él se había olvidado de darle cuerda. Comprobó en seguida que se había olvidado de darle cuerda. También comprobó que la aguja del despertador, que habitualmente estaba fija en las ocho, marcaba las siete y media. **¿Qué hice anoche?**, trató de recordar. Ya estaba despierto del todo.

El ruido de la olla volvió a oírse: como un repiqueteo leve que acabó en seguida. Era en la pieza de sus padres. Recordó a su padre, de robe de chambre en el balcón. También recordó lo que

había hecho la noche anterior. Había estado en el departamento de Segismundo Dantón y habían hablado de la teoría de la complejidad de una cadena binaria, de algunas mujeres, de Musil, y de cuando iban al cine Medrano a ver las series de Tarzán. Nicolás había regresado a su casa caminando; se sentía liviano como un pájaro. (Su condición de pájaro, comprobó después, había estado cruelmente motivada por el olvido, en el departamento de Segismundo, de un portafolios que contenía varios manuales de IBM, un dump que ocupaba lo menos treinta páginas, una edición casi desconocida de los cuentos de Maupassant, un tratado universal de matemática pre-pitagórica, documentos, otros utensilios, y las llaves, que si bien no gravitaban mucho en el sentido literal de la palabra, lo obligaron a llamar durante casi diez minutos y a compartir algunas impresiones de índole socio-económica con su desvelado padre.) Lo cierto es que pese a este incidente se había sentido tan exaltado y juvenil que no era extraño, reflexionó, que se hubiera olvidado de darle cuerda al despertador. Por el momento no le interesó dar una respuesta al hecho de que la aguja marcara las siete y media. Estaba contento. Así que se levantó a lo recluta y se puso a cantar **Ay, Jalisco, no te rajes** con toda la voz que le salía del alma. **Porque es peligroso querer a las mala-aaas.** Extendió el sonido "as" hasta donde le fue posible, y abrió la puerta de la pieza.

Una mujer desconocida en enaguas, corpulenta y de pelo oxigenado, estaba saliendo del dormitorio de los padres de Nicolás.

—¿Quieres dejarte de gritar? —dijo la mujer.

Y entró en el baño y cerró con un portazo.

Nicolás había interrumpido el canto como si le hubieran cortado la corriente. **Hay una barrera para la sorpresa,** se le ocurrió; **por encima de la barrera se produce una inhibición.** Se quedó quieto en mitad del corredor, sin saber muy bien qué hacer.

La mujer abrió la puerta del baño y se asomó.

—Oíme, Alfredo —empezó a decir; pero se interrumpió y lo miró con detenimiento—. Tenés la farmacia abierta —señaló un lugar, debajo de la cintura de Nicolás.

Nicolás se acomodó los calzoncillos. Con toda modestia, no podía dejar de admirar la sangre fría que estaba demostrando en circunstancias tan extrañas. **Trató de imaginarse la escena, cuando se lo contara a Segismundo.** "Y entonces una jovata salió del baño y me llamó

narradores argentinos

Alfredo". "Claro, y ahí nomás se pusieron a cantar el Brindis de la Traviata". "Palabra, te digo, estaba ahí como estás vos: la hubiera podido tocar".

—¿Y? —dijo la mujer; sin embargo, algo en el aire de Nicolás seguramente la estaba preocupando porque cambió de tono—. ¿Te sentís mal, Alfredito? —dijo.

—No —dijo Nicolás—. No.

Advirtió que la mujer se le estaba aproximando con la mano extendida y el propósito inequívoco (y maternal) de tocarle la frente para ver si tenía fiebre.

—No, no —repitió Nicolás. Arqueó el cuerpo hacia atrás como quien está por sacar de cabeza, dio media vuelta, reculó, y se metió en el baño con tanta violencia que la mujer dio un grito.

Lo primero que hizo en el baño fue acercarse y mirarse. Necesitaba reflexionar con serenidad. No, lo que necesito es lavarme la cara. Se lavó la cara, y se lavó el cuello, y metió la cabeza entera debajo de la canilla. Pensó que tratar de racionalizar (con tan pocos datos verificables) algo en apariencia tan irracional como lo que acababa de ocurrirle, implicaba de algún modo aceptar lo irracional. Él era capaz de no dejarse llevar por las apariencias. Se secó con energía, se estiró el pelo con los dedos, e inició el movimiento de extender la mano para alcanzar el cepillo de dientes.

Lo que vio le hizo detener la mano antes de llegar a su objetivo. Allí había cinco cepillos de dientes. Y si él nunca hubiera podido describir los cepillos que usaban sus padres y su hermano, en cambio hubiera podido afirmar tres cosas: a) no era ninguno de los que estaba viendo; b) allí siempre había habido cuatro cepillos; c) el suyo, con punta de caucho —especialmente indicado para la prevención de la parodontosis—, no estaba.

No trató de comprenderlo; se propuso algo más expeditivo: vestirse. Estar en calzoncillos agregaba al caso una dificultad accesorias que convenía eliminar. Se peinó. Colgados de un clavo, en la puerta —nunca había visto un clavo allí— encontró un blue-jean y una camisa. Aceptó que no eran suyos. El fin justifica los medios, pensó algo inconexamente mientras se ponía los pantalones. Verificó que los pantalones y la camisa le quedaban bien.

Salió del baño muy nervioso. No tenía una idea muy clara de cómo debía actuar. ¿Debía llamar a esa mujer? Y, sobre todo, ¿cómo debía llamarla? Era un hecho que la mujer le había dicho "tenés la farmacia abierta". También era un hecho lo de la fiebre. Dio un breve suspiro y trató de pensar lo menos posible en lo que iba a hacer.

—Mamá —dijo.

Después de algunos segundos la puerta del dormitorio fue entreabierta y la cabeza de la mujer rubia apareció en la abertura.

Nicolás avanzó unos pasos hacia la mujer.

—Señora —le dijo con decisión—, en principio quiero aclararle que usted no es mi madre. También quiero aclararle que yo no la conozco. También quiero acla-

rarle que me gustaría saber qué significa todo esto y dónde está —tosió fugazmente— y dónde está de verdad mi madre.

Sintió que le estaba latiendo un párpado, cosa que siempre lo obsesionaba.

La mujer respiró hondo —era realmente corpulenta—, apretó los labios y se dio vuelta. Se dirigió a alguien que estaba dentro del dormitorio.

—¿Y? —dijo—. ¿Qué me contás ahora?

—¿Qué te cuento? —respondió una voz ronca, de hombre—, que hace una hora que quiero un poco de té, eso es lo que cuento.

La mujer volvió a respirar hondo, emitió un sonido como *hmm*, y miró otra vez en dirección a Nicolás.

—Mirá —le dijo—, tu padre está con otro ataque de gota. Y vos sabés muy bien que tu padre está con otro ataque de gota. Y encima te venís a hacer el gracioso.

Nicolás la contemplaba un poco maravillado.

—Perdón, mamá —dijo, con una especie de presencia de ánimo de tan fino humor que realmente lamentó que, dentro de ese corredor, él fuera la única persona capaz de apreciarlos.

La frase pareció tener algún efecto sobre la mujer. Salió del dormitorio, cerró la puerta, y se acercó a Nicolás con un vago aire de intrigante teatral.

—Es terrible, Alfredito —le dijo en tono confidencial—, de verdad es terrible. Que esto, que lo otro, que los sillones, que lo de más allá. Decime si es vida esto, Alfredito —sacó un pañuelo del bolsillo del deshabillé (ahora tenía puesto un deshabillé ciruela) y se sonó la nariz—. Y para colmo anoche. ¿Vos no lo oíste? —hizo una pausa, pero demasiado breve para que Nicolás pudiera contestar algo—. Chelita vino como a las seis, también, si será desgraciada tu hermana sabiendo cómo se pone, te juro, creí que se iba a quedar muerto ahí mismo. ¿En serio no oíste nada?

Nicolás hizo un movimiento comprensivo con la cabeza.

—Bueno —dijo la mujer—, ya te das una idea. Te juro, mirá, te juro, a veces me dan ganas de dejarlos a todos y mandarme a mudar. ¿Vas a salir? —dijo de pronto.

Nicolás observó que, sin que nada lo hiciera prever, la mujer había cambiado de tono, como si la última pregunta correspondiera a otra escena.

—Sí —dijo.

—Ah, bueno —dijo la mujer—, menos mal. Cuando volvés, me traés del almacén una harina de maíz, una virulina, dos sachettes de leche y fideitos para la sopa. Preguntale si llegó la vaselina, él ya sabe.

Sólo un instante, Nicolás naufragó. Pisó tierra firme como un conquistador. Había comprendido que, en adelante, no debía perder el control de la situación.

—¿No puede ir Chelita? —dijo.

La mujer suspiró.

—Se acostó como a las seis —dijo—. ¿Vos te creés por si acaso que se va a levantar antes de la una?

Oyeron que el hombre de la voz ronca pedía té a través de la puerta.

—No te digo —dijo la mujer—. A veces me dan ganas de dejarlos a todos y mandarme a mudar —señaló los pies de Nicolás, "ponete zapatos", le dijo, y salió por la arcada que daba al comedor.

Algo que notó Nicolás cuando entró a su pieza fue que en el lugar donde siempre había estado la biblioteca se hallaba una especie de cómoda con estantes en la parte superior. Encontró zapatos abajo de la cama. Las medias estaban una adentro de cada zapato, cuidadosamente enrolladas. Nicolás razonó que una persona que se esmera tanto para guardar sus medias sin duda siempre debe usar ropa limpia, de modo que se sentó en la cama y se calzó. Comprobó que los zapatos le quedaban bien.

Sobre el respaldo de una silla estilo francés encontró un pullover y un gabán. Sin saber por qué, cuando vio que también eran de su medida se acordó de la historia de Ricitos de Oro. Se guardó en el bolsillo del gabán doscientos pesos que había visto sobre una especie de mesita ratona, y se fue.

Era una mañana gris, y bastante fría. Díaz Vélez estaba a su izquierda, Cangallo a su derecha, el taller de tapizados, pegado a la casa, la colchonería La Estrella, justo enfrente. En la esquina, Nicolás saludó al diarero y el diarero lo saludó. Pensó que lo más indicado sería volver a su casa, comprobar que todo estaba en orden, y dejarse de pavadas. Pero en seguida desistió de esa idea. Si en efecto todo estaba en orden, el acto impulsivo de volver sólo habría significado que su estado de ánimo era anormal. Y si por el contrario la mujer estaba, Nicolás se encontraría otra vez en medio de una situación irresoluble de la que justamente necesitaba salir. De modo que siguió con su propósito de ir al Centro de Cómputos, y tomó el 26 en Corrientes.

Se bajó en Uriburu y caminó hasta Paraguay. Atravesó la entrada y el gran hall y, mecánicamente, se dirigió a la puerta marrón de la izquierda donde, sobre una plancha dorada, se leía "Centro de Cómputos".

Empujó la puerta y entró.

La sensación que tuvo, no era la primera vez que la experimentaba. Ya le había ocurrido una noche, dos o tres años atrás. Estaba yendo al cine Lorraine y desde que había subido al ómnibus venía creando y perfeccionando, algo delirantemente, un programa que serviría para escribir teletatros por computadora. Se había bajado donde su corazón le dijo que era Paraná (era Ayacucho) y había cruzado la calle al mismo tiempo que volvía hacia atrás con su programa para ver si no había entrado en un loop sin salida. Reclén cuando estuvo a punto de entrar al cine comprobó que allí no había ningún cine, ni librería a la derecha, ni teatro enfrente. Estaba en un lugar totalmente extraño. Durante varios segundos había tenido la intolerable impresión de que la realidad se había desplazado, sintió que todo aquello en lo que había creído era falso, y que las referencias con las que hasta ese momento había contado para ubicarse, súbitamente carecían de sentido.

En el Centro de Cómputos volvió a pasarlo. Sólo que esta vez no era porque

hubiese cometido algún error. Cuando salió, un minuto más tarde, ya había averiguado algo importante: allí no trabajaba ni nunca había trabajado una persona llamada Nicolás Broda.

Otro dato de importancia lo obtuvo ante una casa de departamentos de fachada amarilla. Había ido a esa casa a recuperar su portafolios (adentro tenía los documentos) y a confiarle a Segismundo Dantón lo que le estaba ocurriendo. Había pensado muy bien la forma en que se lo iba a explicar a Segismundo. Pero cuando se acercó al portero eléctrico e iba a apretar el botón correspondiente al 10° "B" comprobó que no había ni décimo ni be. La casa tenía ocho pisos y los departamentos estaban numerados del 1 al 27.

Caminó bastante. Se había figurado, algo patológicamente, que todo consistía en no gastar los ochenta pesos que le quedaban. Pero después de mediodía empezó a lloviznar y Nicolás acabó reconociendo que si bien era la idea de volver a esa casa lo que lo angustiaba, no existía por el momento ningún otro lugar al que pudiera volver. De modo que contó seis monedas de a diez y tomó el ómnibus. Cuando le faltaba poco para llegar vio por la ventanilla a un hombre grandote, de cara colorada, que estaba apoyado en una puerta cancel y pareció ponerse muy contento de haberlo descubierto en el ómnibus. El colorado chifló, agitó ampliamente un brazo, le indicó que lo telefonara haciendo girar un dedo alrededor de la oreja, y cuando el ómnibus ya estaba arrancando señaló con el pulgar hacia una ventana que tenía a su derecha, le guiñó un ojo a Nicolás, e hizo que sí con la cabeza. Nicolás sintió que las orejas le quemaban. Desvió la vista de la ventanilla: la señora que estaba sentada a su lado le sonrió, completamente enternecida y feliz.

Nomás bajó del ómnibus se le presentó un problema: ¿debía entrar al almacén y comprar lo que la mujer rubia le había pedido o debía ignorar esa situación? Imaginó que si llegaba sin el paquete y la mujer estaba, no sólo se pondría furiosa sino que muy probablemente lo obligaría a bajar de nuevo para hacer las compras, de modo que decidió ahorrarse problemas y hacer las compras desde ya.

Le pareció que el almacenero era el de siempre, aunque no hubiera podido asegurarlo.

—Anótelos en la cuenta —dijo, un poco ansioso, cuando el hombre le entregó el paquete.

—Andá tranquilo, cuñado —le dijo el almacenero.

Antes de salir, Nicolás se impuso una pequeña tarea.

—¿Ya llegó la vaselina? —preguntó.

La vaselina no había llegado. Nicolás se apuró a decírselo a la mujer nomás la mujer le abrió la puerta y agarró el paquete. Lo preocupaba la posibilidad de tener algún roce con ella —las mujeres tan corpulentas siempre le habían producido una cierta aprensión. Sintió un gran alivio —exagerado alivio, pensó— cuando la mujer le dijo que no importaba. "No importa, Alfredito", le dijo la mujer; "andá a comer".

Nicolás entró al comedor y los conoció a todos. El de la cabecera, flaquito y de pijama rayado, era el señor con gota. A

su izquierda, estaba Chelita. A su derecha, había una silla vacía en la que se estaba sentando la rubia. Al lado de la rubia, el Quinto Cepillo. Y al lado de Chelita, otra silla vacía en la que se acomodó él. Estaban comiendo la sopa.

El señor con gota hizo tamborilear el dedo índice sobre el borde de la mesa y lo encaró a Nicolás.

—¿Se puede saber dónde estuviste? —dijo.

Nicolás trató de organizar una respuesta apropiada pero no llegó a hablar porque el Quinto Cepillo salió en su defensa.

—Si está bien que se orée un poco, Rafael —dijo. Tenía la voz que Nicolás esperaba de sus anteojitos redondos. Suspiró—. Es un día tan lindo.

Le lanzó una tierna guiñadita a Nicolás, para lo cual tuvo que levantar notoriamente el carrillo e inclinar la cabeza hacia el lado del ojo cerrado.

—Está bien, está bien —refunfunó el señor con gota—, en esta casa todo está bien. Que te escupan el betún, está bien; lo de las hormigas, está bien. Que esta desnaturalizada vuelva a las seis de la mañana, está bien. Todo está bien en esta casa.

La expresión del Quinto Cepillo pasó de la ternura a la insidia.

—Ah, yo no sé —dijo—, yo no sé qué tiene que hacer una chica decente toda la noche fuera de su casa.

Nicolás la miró de reojo a Chelita y no pudo dejar de admirarla: comía su sopa como una princesa entre los piratas. Pensó que la imagen se la había sugerido el pelo de ella, largo y rojizo. Fugazmente, se vio mordiéndole el pelo, en la cama. **Esto es una monstruosidad**, pensó. Y tuvo un sobresalto. Acababa de darse cuenta de que lo monstruoso había sido justamente eso, haber estado a punto de pensar: **eso es una monstruosidad: ella es mi hermana**.

—Lo que yo no sé —dijo la rubia—, es por qué no te metés la lengua en el culo.

Con esto, el grupo se desanimó. Cada tanto, el Quinto Cepillo sacaba un pañuelito y se sonaba la nariz. En esos casos, la rubia emitía un breve sonido nasal y lo miraba al señor con gota. Finalmente, pareció que el señor con gota no toleraba más la tensión porque le dijo a Nicolás que encendiera el televisor. Nicolás no dejó de advertir el papel que él (o el otro) desempeñaba en esa casa.

Hizo una pequeña experiencia: le pidió la sal a Chelita. Con una especie de esfuerzo mental había conseguido recuperar —le pareció— un aire habitual de "científico displicente e irónico". Se sentía atractivo. Discretamente desinteresado esperó el desenlace. Tuvo un desencanto: cuando Chelita dio vuelta la cabeza y le alcanzó la sal no demostró haber notado nada especial en su semblante. Todo lo que hizo fue un rápido gesto de fastidio con la boca. Después siguió comiendo. Nicolás sintió —nunca había sentido algo parecido— que Chelita lo despreciaba.

Después de ese fracaso, desistió de deslumbrar a nadie. Se comportó como los demás esperaban que se comportase y eso le evitó disgustos. En realidad, tuvo pocas oportunidades de comportarse de cualquier manera porque apenas terminó de comer se encerró en su pieza. (Si es válido llamar su pieza a una habitación donde no había un solo libro, una

sola cifra escrita, la más oculta quemadura de cigarrillo, que Nicolás pudiera reconocer como suya.)

En un cuaderno de cuarto grado supo su nombre completo: Alfredo Walter di Fiore. También supo que su maestra estaba segura de que con tesón y perseverancia iba a conseguir vencer los escollos y salir adelante. El material de lectura no le fue particularmente revelador; el único indicio de una pasión —aunque bien podía ser producto del azar— consistió en que había dos libros dedicados a contabilidad. Encontró: **Mis Montañas**, de Joaquín V. Gonzalez, **La Noche Fatal**, de Cronin, tres o cuatro libros de la colección **Rastros**, uno de Corin Tellado. **El asesinato considerado como una de las bellas artes**, **La Historia de San Martín**, por Bartolomé Mitre, **El Conde Lucanor**, varios anuarios de la revista **Fantasia**, un número de **Idilio**, tres de **Selecciones**, una **Botánica de Dembo**, una **Contabilidad de tercer año**, **Los enánitos jardineros**, **Lo que usted debe saber sobre Contabilidad**, **Lo que usted debe saber sobre el Pensamiento de la Humanidad**, **Lo que usted debe saber sobre la Digestión**, **Pepita Jiménez**, **La Ninfa Sedienta**, y el libro **Corazón**.

Cartas no había por ningún lado. Encontró una foto de una gordita bastante insulsa, **Para Alfredo, con mi cariño de siempre**; también encontró un talonario de remitos con varias páginas arrancadas y en cuyo remito 43 estaba escrito a lápiz —la letra era bastante parecida a la suya—: flor, color, amor, y un poco más abajo, se van todos a la puta que los parió.

A las siete ya había conseguido, de alguna manera, sistematizar su caso: o esto era un sueño, o esto le estaba pasando. Suponiendo que fuera un sueño, era posible que él considerase, dentro del sueño, esta posibilidad de estar soñando? Si, ya que cosas como esa suelen ocurrir en los sueños. Pero, suelen ocurrir, también en los sueños, esta clase de razonamientos? A las siete y veinte aceptó que esto le estaba pasando, y salió a caminar.

En el almacén de la esquina le pidió al almacenero que le fiara un atado de cigarrillos (el almacenero había accedido con un gesto de socarrona complicidad) y en la puerta de una librería no se animó a sonreírle —inesperadamente temió que su sonrisa pudiera parecer estúpida u obscena— a una adolescente que salía con varios paquetes y un enorme rollo de papeles pintados. Siguió de largo con un vago sentimiento de culpa, oyó que los paquetes y el rollo acababan de caerse y se dio vuelta y los levantó. "Gracias", le dijo la adolescente, y lo miró.

Nicolás había sido mirado como Nicolás.

Y entonces le sonrió a la muchacha. **Todo me lo quitaréis**, se le cruzó. Y él ahora era un estudiante avanzado de matemática, amante de Musil, antiguo partidario de las series de Tarzán en el cine Medrano, que le estaba sonriendo a la muchacha.

Ella se acomodó los paquetes y el rollo, volvió a agradecerle efusivamente, y se fue.

Nicolás se dio cuenta de que había estrellas. Consiguió ubicar dos estrellas de la Constelación de Centauro. **Todo me lo quitaréis**, pensó. ¡**Todo me lo quitaréis!**

¡Todo! ¡El laurel y la rosa!... ¡Pero qué-dame una cosa que arrancarme no podréis! Y algo, en el corazón, le cantó.

Pero no era que de pronto se sintiese feliz. Los que había amado, lo que había compartido, aquello que hasta el día anterior había sido su pasado, ¿a dónde iba a buscarlo ahora? Estaba solo hasta donde se puede estar solo. Pero era él. Y ni todas las mujeres rubias, ni todos los señores con gota, ni todos los hombres colorados que se apoyan en todas las puertas cancel del mundo, podían quitarle esta sensación (era como un canto, era como la alegría de alguien que canta), esta sensación de ser él bajo la nítida noche de julio.

Decidió que había un solo camino y que él iba a ser capaz de seguir ese camino. Iba a asumir a Alfredo Walter di Fiore, y lo iba a hacer crecer hasta que se abriera paso por entre las mujeres rubias y los hombres con gota. Iba a hacer por Alfredo Walter di Fiore lo que tal vez nunca hubiera llegado a hacer por Nicolás Broda. Porque desde sus tiempos de Tarzán había esperado una prueba: el acto heroico o desmesurado que sólo él iba a ser capaz de realizar. Y él iba a ser capaz de realizarlo.

Esa misma noche, cuando llegó a su casa, dio el primer paso. "Tengo que hablarle", le dijo a Chelita. Su triunfo, lo fue leyendo en los ojos de la muchacha, "Creo que vos nunca me conociste bien". Los ojos de ella pasaban del desprecio al asombro y Nicolás supo que iba a triunfar. Habló como el imbécil que al final no era imbécil sino que tenía un alma contradictoria y tortuosa, estaba como aplastado por la vida, aplastado por una familia que desde chico lo había condicionado, ella también, sí, que no llorara ahora, ella también había contribuido a todo esto, y él estaba harto y había decidido cortar con todo y empezar de nuevo. Le comunicaba que había decidido estudiar matemática. ¿Matemática, él? Sí, matemática, siempre había soñado con estudiar matemática y estaba seguro de que podía llegar lejos. Había estado preparándose a escondidas todo este tiempo, había leído muchos libros a escondidas, y estaba seguro de lo que estaba diciendo. También le comunicaba que dentro de muy poco, nomás consiguiera un nuevo trabajo, pensaba irse a vivir solo.

Ella lo admiraba al fin. Estaba arrepentida y avergonzada y quería pedirle perdón. El no necesitaba su perdón pero permitió que ella lo besara y hasta la abrazó un poco. Se fue a dormir como de fiesta.

Recién a la mañana siguiente, cuando se despertó y reflexionó en todo lo que le había sucedido, pudo salir de su situación de autoengaño. Se dio cuenta de que sólo había dado el primer paso: lo que le restaba era largo y difícil.

Lo invadió una gran desazón. De pronto sentía que no iba a tener fuerzas para seguir adelante. No, se dijo, no tengo que dejarme ganar por la angustia. Una a una fue repitiendo las decisiones que había tomado. Lenta y voluntariamente empezó a recuperar su entusiasmo de la noche anterior. Pensó que la exaltación

es una estado incomprensible cuando uno no está exaltado. Se acordó de que Weininger había dicho algo parecido respecto del genio.

Oyó un ruido y miró. Alguien estaba abriendo la puerta de su pieza.

Nicolás vio entrar a una mujer alta y flaca, de pelo gris. La mujer se acercó a la ventana y alzó la persiana. Miró hacia la cama de Nicolás.

—Ya son las nueve, Federico —le dijo.

Después se acercó a una especie de escritorio, pasó un dedo por la superficie, y se miró el dedo. "Otra vez hay tierra aquí", dijo.

Antes de irse de la pieza lo miró de nuevo y le pidió que se apurara. Le recordó que la noche anterior él había prometido que se levantaría temprano para pintar el techo de la cocina.

héctor libertella caraquiada

Salgan ustedes a las terrazas. Verán entonces unas hogueras impresionantes diseminadas sobre Caracas, espesas humaredas que le nacen del vientre a nuestros edificios. De extremo a extremo no hay más que una tenue capa de neblina que recién empezó a crecer. Apliquen el oído. Esos tableteos espaciados son un presagio. Parecen cohetes de año nuevo, como si alguien celebrara por anticipado. Pero no. Son por supuesto nuestras balas, un poco escasas es cierto, pero bastante efectivas en estos primeros momentos. Después habrá que pensar en el cambio de tácticas. Agréguese a las columnas de obreros que empezaron su concentración por las calles del centro, y que avanzan ahora hacia la plaza donde unas hileras de gendarmes y policías están adornando como muñecos de mal agüero lo que dentro de un rato serán gases y corridas. Lleven sus pertrechos de piedras y fierros y destrocen cuanto vidrio se les cruce ante la vista, cuanto vidriera o cosa frágil se les aparezca, arranquen las cadenas que rodean el monumento de la plaza y arrástrenlas y hundan los postes y después incendien cuanto auto esté allí tan solo y abandonado en el tumulto. Sepárense en grupos de fácil desplazamiento. Traten de hostigar a la policía con objetos manuales, las pequeñas unidades de acción son muchos más efectivas, el enemigo de las veinte cabezas, una vieja artimaña. Agredan y refúgiense. Insulten y corran. Un ritmo de destrucciones que enloquecerá a los guardianes del orden de los sepulcros.

Cuando lleguen a las galerías desiertas, y una patrulla los haya cercado y ellos bajen con sus cascots contra las paredes, ustedes deberán estar bien escondidos, ningún punto débil a la vista, será un tableteo incesante, retumbarán los tiros bajo el techo y sonarán por toda la ciudad. Entonces las aterrorizadas amas de

liliana heker (1943). Narradora, crítica y ensayista. Ha publicado dos libros de cuentos *Los que vieron la zarza* (mención única Casa de las Américas 1966 y faja de honor de la SADE en 1967) y *Acuario*. Sus ensayos han aparecido en *El escarabajo de oro*, revista de la que es codirectora. Prepara un nuevo libro de cuentos y, también, una novela.

casa, aquí por el centro y allá por los barrios de la periferia, se tomarán desesperadas la cabeza, ¡guerra!, ¡guerra!, y esconderán a sus hijitos pobrecitos, no te asomes querido, no se expongan al peligro, mientras el balerío será insopor-table y ustedes aguantarán bien escondidos. Entonces cuando pase el peligro salgan nuevamente, provoquen otro pequeño incendio —ya se les indicó todo el procedimiento, grandes llamas en cuestión de segundos gracias a estas sustancias químicas que les hemos distribuido— y con las cadenas sigan corriendo para destrozarse los restos que todavía quedaron en pie.

Si horas después caminan despacio por las calles en ruinas, observan tanto estropicio y tanto vidrio roto o madera quemada. Los dueños insoportables estarán vociferando en la puerta de sus negocios, gritarán ¡asesinos!, deberían fusilarlos, ¡infiltrados!, sacudirán sus manos compadeciéndose de los destrozados; ustedes caminen impersonales como ajenos al desastre y observen todo como turistas estasiados. Las cadenas que sirvieron para tanto estarán colgadas de algún foco, no quedarán bancos en la plaza, en las bocacalles será una de trincheras, escombros apilados, olor a quemado, restos chamuscados de cualquier objeto que ha volado de las ventanas porque la gente colaboró.

Cuando tengan alguna dificultad llámenlos; nosotros estamos bien establecidos y protegidos con nuestros compañeros. Cada tres minutos un ring de teléfono. Una ayuda. Un chimento. Apresaron a algún amigo. Va alguien para allá. El teléfono es la comunicación, la única onda intocable por debajo de las mareas y las tempestades. Tranquilícense mientras tanto, porque en otras zonas los grupos de refresco están haciendo estropicio. Son turnos perfectos. Cuando llegue la noche

deberán tomar ustedes las armas, toda escopeta o máuser que tengan cercanos, y empezarán el concierto de medianoche, balazos espaciados cada diez o cinco minutos, hasta que logren detectarlos y los soldados estén ya apostados en los baldíos cercanos. Han anunciado como un plazo: si en tres horas (digamos) no decrece la subversión, el control de la ciudad será asumido por el Cuerpo de Ejército y los responsables serán castigados bajo código militar. Los tiros simétricos y matemáticos provocarán el desvelo de la ciudad. Las municiones no son abundantes, hay que aprovecharlas, el asunto es mantener un ritmo espaciado durante toda la noche, ya veremos qué pasa cuando llegue el día.

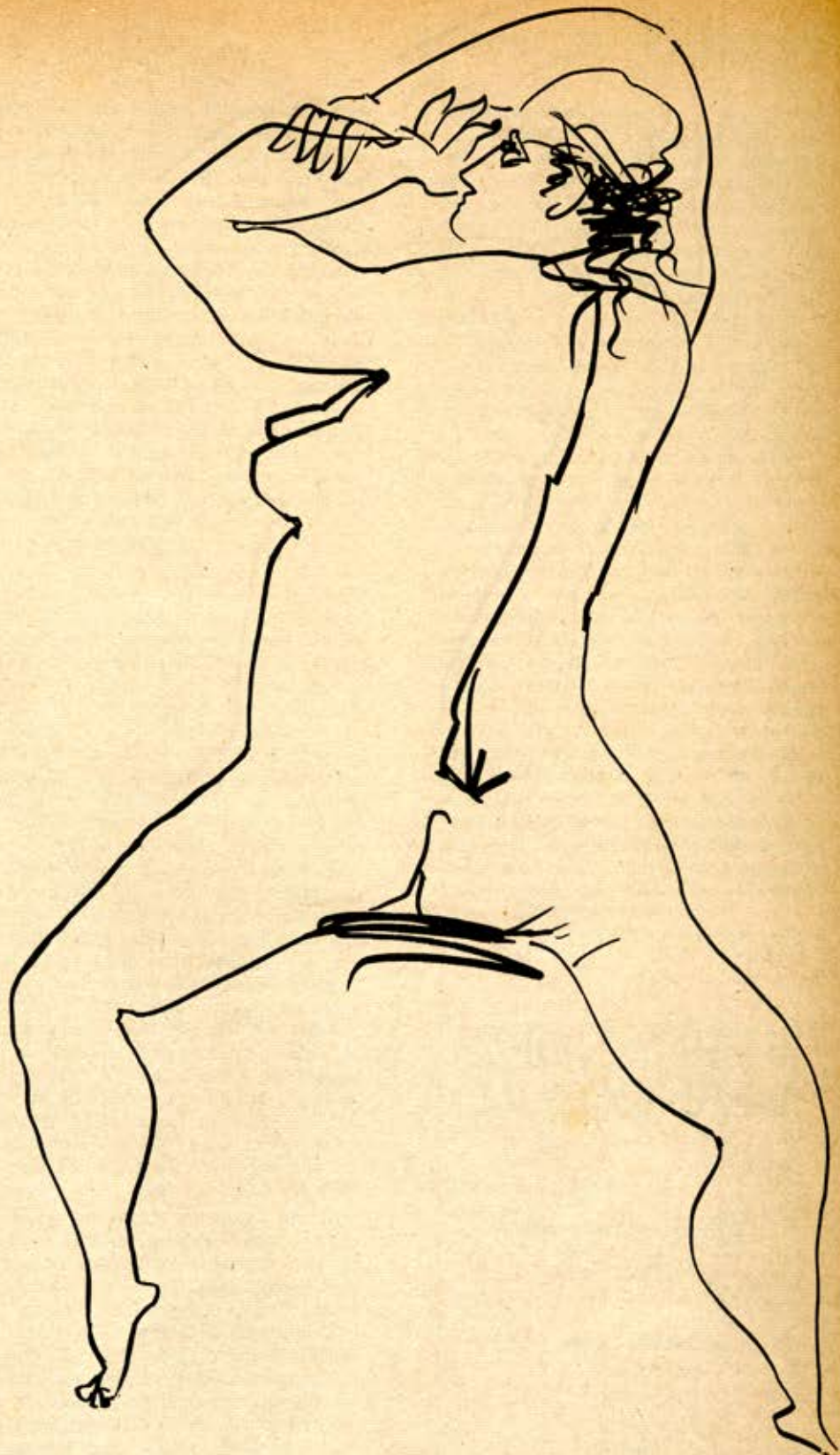
A veces, debajo de la oscuridad, dos o tres muchachos saldrán bien guarecidos, y tomando sus cuidados correrán con una goma de tractor, rociarán, encenderán el fósforo, enseguida una llamarada circular iluminará con sus contorsiones la negrura, en cada esquina y en cada barrio un simulacro de incendio. Esto colaborará, es como una pequeña escenografía para dar ambiente de guerra. Lo psicológico es asunto clave en todas estas cosas. Arriba en el cielo los aviones han estado en picadas todo el tiempo. Llegó la noche y una tenue lucecita sibilante sube y baja tratando de asustarnos. Pero son aspavientos de ejército que nunca estuvo en guerra. Ustedes pueden retozar y hacer travesuras, elegir los negocios más suntuosos, cuanta compañía extranjera haya instalado sus tentáculos por aquí nomás, liquidar las borlas y los lujos de los señores buitres locales, y de vez en cuando (porque nada es arbitrario) salvarle el pellejo y los ahorros a algún pobre desgraciado que defiende su negocio con uñas y dientes. Vean los arreglos privados: aquel mecánico les está regalando una docena de gomas para consumo nocturno, a cambio de salvar sus vidrios biselados, y ustedes hacen trueque, grandes negocios humanitarios en medio de la refriega. En cambio será el estrépito en la casa de los usureros. Llegó la hora utópica de la justicia. Esto parece un sueño, y sin embargo es tan fácil.

Después entran ustedes por los callejones laterales, llegan a la abigarrada confitería donde las tortas y los sandwiches esperan quietos el momento del zarpazo. Ustedes son unos bebitos en los umbrales de la maravilla. Los más lentos esperan las órdenes, han roto las puertas de acceso y ante sus narices se despliega un festín de dulces en la sección repostería. Toda clase de bollos, pasteles y empanadas los saludan desde sus vitrinas, apilados y palpitantes. Empiezan a volar bandejas de masas, cremas blanduzcas, tortas de tres pisos, azúcar impalpable, sale por las ventanas una gama riquísima de sandwiches de zanahoria, de choclo desgranado, los mejores sandwiches de Venezuela sin discusión, vuelan por el aire las empanadas de dulce, es un otoño de mil-hojas sequitas y especiales para el manotazo. Tanto destrozo y todo fue a la calle: allí es un mar de salsas y chocolates, han caminado empastados y han diseminado por todas las calles cercanas esos vaporismos de buena cocina, botellas rotas, vodka y las más exquisitas pociones de plaza, es un río de licores que se desliza lentamente ha-

cia las canaletas de la calle, ron, vinos espumantes, miles de sobrecitos de té, terrones de azúcar, panes y hasta pastas, masas a medio cocer han sido serpentina o guirnalda y la policía tan lejos cuidando el desborde por otros barrios. Pero no se felicitan todavía porque saben que pronto morirá todo; en diez días, con un poco de buena suerte en unos meses tal vez los señores consumidores vendrán a comentar sobre estas mismas mesas, habrá una música sentimental, parejas de enamorados engullirán los sandwiches de la casa, las vitrinas lucirán sus panzas repletas, las hornallas eructarán sus hedores de frutas brillantadas y dulces de

leche, trincheras de alfajores sobre el mostrador serán un nuevo parapeto de la civilización en paz. Negocios prósperos. Además están las barricadas costosas, algunas valvadas en millones de bolívares, máquinas importadas que han salido volando al medio de la calle y que defenderán de los próximos embates militares.

Corran ustedes con los tachos de pintura y gritenle a nuestros hermanos soldados que están luchando contra el pueblo, que no tiren porque pueden matar a sus amigos. Al día siguiente, si recorren otra vez como turistas, verán toda una literatura de combate por las paredes y en los portones, soldado unite al pueblo.



no mates a tu hermano, un poco patéticos, es cierto, pero aquí no habrá lujos. Imposible hablar de imaginación o de amor. Saquen de quicio el bostezo de las familias, rompanles el ritmo normal, a veces viene bien plantear las cosas desde cero. Despiértenles el miedo, que entiendan por fin los privilegios del vivir en paz. Sin embargo de noche o de día, si ustedes vuelven a aplicar el oído, podrán escuchar una especie de sinfonía atenuada, casi en semitonos, clinches y clancos, vidrios rotos, zapatos, trastos viejos e inservibles que la gente está tirando a la calle para entorpecer el paso.

Arriba en El Hatillo ocurren cosas increíbles. Los guardias han asesinado a cuatro muchachos, una descarga a boca-jarro y ahora las madres gritan, son gemidos desgarrantes que se levantan aquí en el cielo de Caracas. Vean: han organizado una manifestación que baja hacia la ciudad, es incontenible, son mujeres de todas las edades, pobres y mal vestidas, llevan brazaletes negros y rojos, banderas negras y rojas atadas a palos y agitadas en lo alto con una furia que ellos no podrán detener. Habrá más balas. Es negro de luto y rojo de sangre lo que circula allí viniendo directo a la ciudad, y seguro que habrá orden de represión. La revuelta salió ya de las casas. También es emocionante saber que el pueblo colabora; durante todos estos días estuvieron ayudando con sus porquerías y

estorbos que los represores han debido apartar. Son signos, un código menor que dejará sus frutos. Ustedes ya deberían ir sabiendo que todo es un signo en realidad. Nadie espera ganar nada, en un tiempo equis todo volverá a la calma pero quedarán estos días de fuego, la piedra debajo del edificio que esperamos reventar pronto. Lo único que vale será la acción. Ustedes inyectarán argumentos prácticos a los más ideólogos, les mostrarán el resultado del músculo y el brazo aunque algún señor realista esté preguntándose para qué tanta destrucción. La revolución trunca es un cliché de los diarios, ustedes saben que la verdadera revolución no terminó aquí, así que a preparar las armas y a aceitar los ojos para evitar el sueño de la noche.

Y a la noche, infalibles, nuestros francotiradores. Es así: dormir en la calma tropical de los barrios y sentir tiros tiros en la lejanía, espaciados y desgastados, contra un enemigo nadie porque son tiros al aire (esto los burgueses no lo pueden creer, es cierto). De pronto una pistola que funciona aquí a unos pocos metros. De pronto el epicentro se desplaza a esta mismísima manzana. Una bala cada cinco minutos. Qué pretenden. El habitante dormido tendrá un sobresalto. En pocos minutos llegará alguna patrulla para detectar a los agitadores. Les costará su tiempo. Con buena suerte se desplazarán los tiroteos hacia otros barrios. Encarnizamiento en varias urbanizaciones, allí tienen mucho ánimo de grescas, los aviones haciendo picadas, unas hogueras cada tres pasos, humo negro y de mal agüero, estampidos y corridas, silbatos tal vez, las pan que funcionan ra-tatá-tatá, un débil gatillo de matagatos de nuestro lado, la orquestación de la pólvora en el concierto de la noche de trincheras, y hasta algún simulacro de asalto al puesto de la Guardia Nacional allá sobre la ruta (esto los sorprenderá por un buen rato).

Al día siguiente empiecen ustedes a aflojar. Serán descomunales el orden y la batida por todos los barrios. Una represalia como nunca. Quedarán pocos de ustedes. Habrán cumplido su función. Vienen entonces los mismos policías que habían escapado en los primeros momentos, y se encargarán de las vigilancias y los allanamientos, zorros viejos, y se sentirán patrones. Recuerden qué bueno fue hace diez días, cuando corrían y corrían porque nosotros éramos un fuego arrollador. Gustazos de tiempo en tiempo. Entonces qué hacer. Hagan esto: retiren todo asunto comprometedor, preparen las ropas más sencillas, protejan lo más frágil para la vuelta, porque siempre hay una vuelta, y salten a los techos y de allí a otros techos. Esperen escondidos. Cuando se produzca un claro caigan sobre la calle y cuidense de los vecinos (si invade el miedo hasta sus padres pueden ser traidores, no confíen sino en los matres como ustedes). Y después dispérsense de a uno y pasen los cercos policiales.

Ahora miren cómo se llevan a la muchachada. Centenares de chicos que van hacia el cuartel, casi como en día de fies-

ta. Y por las calles la gente comenta, para qué tanta destrucción, de qué valió, qué pena, qué picardía, que ganaron con esto, ¡cómo detienen el progreso!, ¡inexplicable! ¡inconcebible! No se dejen enternecer: son floriqueos de privilegiados. Acuérdense: el otro medio país los está esperando. No caigan en trampas de sensiblería, sean duros e inalterables. Serán vestiduras rasgadas cuando ustedes pasen en los camiones dando vítores rumbo al cuartel y ya en las radios compradas fabricuen una noticia sobre las primeras sentencias militares, cinco años de cárcel, ocho años de cárcel, un actuado bien, empezaron por las cabezas; son hábiles porque siempre el Poder incrementa sus mañas y sus tretas, y ustedes quedarán con la sola intuición y la sola creación de variantes novedosas que después serán asimiladas. Aprendan.

Además alguien los querrá intimidar. Alguien los tratará de sobornar. En el momento de las catástrofes siempre aparecen los cuervos. Alguien los querrá chantajear. Alguien los querrá apremiar. Amenazar. Prevenir. Desde hace dos días estamos con el toque de queda encima. Miles de soldados patrullan las calles. Están apostados en las esquinas. Los carros de asalto son el pan nuestro cotidiano. Un corte de luz general en la ciudad. Todo es negrura en la noche, y el motor de algún camión y la sirena de algún celular. Están desinfectando y desratizando. Nos van a triturar. Qué difícil parece escapar con tanto ojo vigilante, y sin embargo hagamos esto: los habitantes de Caracas consérvense en sus cuevas, los extranjeros esperen las gestiones (pequeñas ayudas y compromisos anteriores o intercambio de deudas, todo esto debemos explotar ahora para salvar el pellejo), y los demás preparen las valijas y escapen al interior, como puedan, acaban de habilitar algún servicio de ómnibus antes de la queda y ustedes deben aprovechar el tiempo, esperen horas sentados en la estación terminal (lugar inocente), consigan un taxi cualquiera, paguen el triple, salten al asiento de atrás, lleguen a la estación y manténgase sentados y solitarios. Y pongan cara de inocentes corderos aburridos cuando venga la policía de civil para echar un vistazo cada diez minutos. Y después los que se van suban al ómnibus, un pasaje comercial inofensivo y salgan de Caracas, y los que se quedan regodéense con todo ese despliegue de ametralladoras y sigilos, grandes vocerios desde las radios y en los canales de televisión locales (pequeñas convulsiones en la corteza del Hipópótamo). Y para todos desde mañana: razonar concluir esperar, otra vez esperar los efectos mientras el mundo se regenera y ustedes descansan los músculos fatigados, y tan tranquilos porque por fin, por fin la acción después de muchos años de antecelas e impotencias.

héctor libertella (1945). Nació en Bahía Blanca. Licenciado en Letras. Es narrador y ensayista. En su bibliografía figuran tres novelas (*La híbrida*, mención Concurso Primera Plana 1965; *El camino de los hiperbóreos*, premio Paidós 1968; y *Aventuras de los misticistas* (premio internacional Monte Avila 1971), y un ensayo aun no editado, *La conciencia expandida*.

FERNANDEZ BLANCO, S.R.L.

Libros Antiguos y Modernos

- Publicaciones periódicas
- Literatura
- Economía
- Sociología
- Historia

**SOLICITE
NUESTROS
CATALOGOS**

TUCUMAN 712 • T.E. 392-1010
BUENOS AIRES • ARGENTINA

cuarteles de invierno

Llegaron en un helicóptero verde, sin inscripciones. Unos cuantos minutos antes de localizarlo en el cielo el ruido del motor les había anunciado que estaba cerca. Después fue Ramón el que dijo:

—Allá está.

No había gritado. Simplemente había señalado un punto en el espacio celeste, sobre los árboles, y enseguida había apoyado otra vez la mano sobre el caño de la escopeta.

El Gordo había mirado primero la mano de Ramón y después el punto en el cielo. Ya no era un zumbido. En otras circunstancias no hubieran necesitado escrutar hacia lo alto haciendo viseras con las manos para identificar el vuelo de un helicóptero.

—Sí —dijo el Gordo—. Allá está.

El aparato había sobrevolado un par de veces antes de descender. Ramón y el Gordo esperaron sin moverse. Volando en círculos, a media altura, parecía un insecto.

—Son cuatro —dijo Ramón—. Contando al piloto.

—Cuatro con el piloto —repitió el Gordo, sin necesidad.

El helicóptero había iniciado, por fin, el aterrizaje.

El Gordo quitó el seguro de su ametralladora y acarició el gatillo. Era una costumbre. Siempre lo hacía. "Vos viste muchas películas de pistoleros", le había dicho el día anterior Ramón. "Sí, vi muchas", había contestado el Gordo, "y siempre me gustaron los tipos que trataban bien los fierros". Ramón se había reído: "Vos no los tratás bien, los adorás. Sos un maniático". El Gordo se había quedado mirándolo. "Qué querés decir con eso", le había preguntado, y Ramón había dicho que nada, que no le diera bola. El Gordo había alzado los hombros y no le había dado bola.

Los esquis de goma del helicóptero tocaron tierra. El enorme rotor continuaba girando y el ruido lo molestaba. El primero en bajar fue un hombre alto cubierto con un sobretodo azul y guantes de cuero. Había saltado empuñando una ametralladora y se había plantado sobre las puntas de los pies, con las rodillas flexionadas, casi rozando el suelo con el culo. El viento le revolvió el pelo corto y gris y sus ojos se desplazaban de un lado a otro, por el claro, sin detenerse más que un par de segundos en los tipos parados a treinta metros. Pero los tenía bien cubiertos con su Halcón.

Observó que el hombre gordo también empuñaba una Halcón, apuntando al suelo, y no le quitaba los ojos de encima. Tendría unos 35 años, mediría un metro setenta y parecía confiable. Sólo la piel rojiza, el pelo rubio y escaso sugerían cierta debilidad. El otro, en cambio, el de las manos sobre el cañón de la escopeta, era un tipo duro y frío. También le había clavado la mirada pero sus ojos estaban pendientes al mismo tiempo de los movimientos en el interior del helicóptero.

Caminó unos pasos inclinado y luego se incorporó del todo. Los dos tipos no se movieron. Con una mano hizo señas al helicóptero. El piloto detuvo el motor.

—Gente cuidadosa —dijo Ramón, observando al hombre de azul, parado a unos veinte metros con las piernas abiertas y una ametralladora entre las manos.

—En serio —dijo el Gordo—. Cuidadosa en serio.

—No te muevas hasta que no bajen todos —dijo Ramón.

—Está bien. Ya me lo habías dicho. Que no tenía que moverme hasta que no estuvieran todos abajo. No soy un imbécil.

—No creo que lo seas. Pero por las dudas.

—No me hinchés los huevos.



EDICIONES LIBRERIAS FAUSTO

CORRIENTES 1311 Y SUCURSALES 40/1222

poetas
italianos
del
siglo XX



selección, traducción
prólogo y notas de
horacio armani

jacques
prévert
cuentos
para chicos
traviesos



traducción:
maría irene
bordaberry
dibujos:
elsa henriquez

BIBLIOTECA DE POESIA UNIVERSAL

POETAS ALEMANES DEL SIGLO VEINTE
POETAS INGLESES DEL SIGLO VEINTE
POETAS FRANCESES CONTEMPORANEOS

selección, traducción, prólogo y notas de rodolfo modern.
selección, traducción, prólogo y notas de e. l. revol.
selección, traducción, prólogo y notas de raúl gustavo aguirre.

narradores argentinos

Otro tipo saltó del helicóptero. Usaba un sobretodo gris, guantes de cuero y era tan alto como el primero. Llevaba una escopeta en la mano derecha y el sobretodo cruzado por un cinto del que colgaba una cartuchera con una pistola 45. Se acercó a su compañero.

—¿Qué te parece? —preguntó.

—Por ahora todo en orden —dijo el hombre de azul. Hizo una nueva señal. Pasaron algunos minutos. Los hombres que quedaban en el aparato hablaban entre ellos sin decidirse a bajar.

—¿Por qué tardarán tanto? —preguntó el Gordo.

—No tengo la menor idea —dijo Ramón—. Callate.

El claro había quedado en silencio.

Un tercer hombre descendía del helicóptero con gestos vacilantes. Vestía un traje marrón con chaleco, camisa blanca, corbata roja y zapatos relucientes. En la mano izquierda sostenía una pistola y en la derecha una valija. Mientras caminaba se secó el sudor de la frente con un pañuelo.

—Este debe ser —dijo el Gordo.

—Es —dijo Ramón.

—Me dí cuenta porque no usa sobretodo —dijo el Gordo.

—Tiene miedo.

—¿Miedo?

—Sí, mucho miedo.

—¿El de gris andará siempre así?

—¿Cómo?

—Con la cartuchera arriba del sobretodo.

—A lo mejor —dijo Ramón—. Ahí sale el piloto.

No estaba armado. Se quedó apoyado contra el helicóptero, encendió un cigarrillo y metió una mano en un bolsillo de la campera.

El hombre de traje marrón se detuvo junto a los otros.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Ellos tienen que venir para acá —dijo el de azul.

—¿Todo va bien, entonces?

—Sí, mi general.

El general suspiró aliviado. Guardó el arma en la sobaquera y sacó el pañuelo de un bolsillo. Se secó las manos con cuidado.

—Menos mal —comentó.

Ramón y el Gordo comenzaron a caminar hacia ellos.

El hombre de gris retrocedió dos pasos y se quedó quieto, con el dedo sobre el gatillo de la escopeta.

—¿Por qué hace eso? —preguntó el general.

—No se mueva, por favor —dijo el hombre de azul.

Escucharon el canto de los pájaros en el monte y los pasos de Ramón y el Gordo sobre los yuyos. El piloto miró el cielo despejado y echó una bocanada de humo. No disfrutaba el cigarrillo. Tenía la boca seca y el tabaco le aumentaba la sed. Observó cómo el gordo con ametralladora y el tipo de la escopeta se unían, en el centro del claro, a los hombres que él había transportado. Todas las armas apuntaban al suelo.

—¿Quiéren ir a la casa? —propuso Ramón.

—De acuerdo —dijo el hombre de azul.

El piloto los vio iniciar la marcha por un sendero que se introducía en el monte.

Al frente iban el tipo gordo y el de la escopeta. Después el hombre de gris. Después el general. Después, cerrando la hilera, el hombre de azul. Se dispuso a esperar. Bajó del helicóptero una cantimplora, y tomó agua. Se sentó en el suelo, arrancó un yuyo seco y le prendió fuego con un encendedor. Sostuvo el yuyo hasta que las llamas estuvieron muy cerca de sus dedos. Entonces lo dejó caer esperando que el fuego se prolongase. Pero se apagó.

—¿Es muy largo el camino? —preguntó el general.

—No, no mucho —contestó el Gordo.

—De todas maneras, esto no es un camino —se quejó el general.

—No, no lo es —dijo el Gordo.

—¿Entonces por qué razón me llevan por acá?

Ramón dio vuelta la cabeza y lo miró a los ojos. El general sonrió como avergonzado por sus lamentos.

—Por razones de seguridad —dijo Ramón.

—Tiene razón. No me haga caso.

Se abrían paso en medio de una vegetación tupida. El suelo que pisaban era húmedo y resbaloso. Iban envueltos en una nube de mosquitos. El Gordo daba manotazos al aire y resoplaba. El general abrazaba la valija contra el pecho y sacudía la cabeza.

Por fin llegaron a otro claro, junto al río. La casa, edificada sobre grandes pilares, parecía confortable y amplia.

—¿Hay alguien adentro? —preguntó el hombre de azul.

—No —dijo Ramón.

—Dale un vistazo.

El hombre de gris corrió hasta la casa. Subió la escalera y entró. Reapareció después de unos minutos.

—¡Todo en orden! —gritó.

—Vamos —dijo el hombre de azul.

Subieron la escalera y entraron a la casa. El general dejó la valija en el suelo y se sentó en un sillón, mirando alrededor, desanimado.

—¿Alguien quiere café? —preguntó el Gordo.

—Yo —dijo el hombre de azul.

El Gordo fue a la cocina y un rato más tarde volvió con un pocillo.

—Le puse dos terrones de azúcar —dijo.

El hombre hizo un gesto con la cabeza y tomó el café.

—¿Qué puedo hacer acá? —preguntó de pronto el general.

Los cuatro hombres lo miraron.

—Pe scar —dijo el Gordo—. ¿Le gusta la pesca?

El general movió una mano, fastidiado.

—Ya veremos qué puedo hacer. No se preocupe —dijo Ramón.

El hombre de azul dejó el pocillo sobre una mesa.

—Nuestra misión ha terminado, mi general —dijo—. Estos hombres cuidarán de usted.

—Gracias —dijo el general—. Pueden irse.

Los dos hombres se cuadraron y salieron de la casa. Cruzaron el monte y llegaron al claro adonde habían aterrizado. Al verlos venir, el piloto se paró y aplastó con un borceguí el yuyo encendido que sostenía entre las manos. Trepó al aparato, puso

en marcha el motor y pronto levantaron vuelo. Desde el aire individualizaron el claro donde se alzaba la casa. En el sur advirtieron un frente de tormenta.

—¿Quiénes eran esos tipos? —preguntó el hombre de gris.

—No sé. Particulares.

—¿Buenos o del montón?

El otro alzó los hombros.

Comenzó a soplar un viento fuerte y el lomo del río se encrespó.

—Quiero un whisky —dijo el general.

Ramón bajó los ojos y miró sus botas embarradas. Estaba sentado en una silla, la escopeta apoyada en el suelo sobre la culata, y las manos cerradas alrededor del caño.

—El señor quiere un whisky —dijo.

—Con hielo y agua —dijo el general.

El Gordo preparó la bebida.

El general era un hombre de 50 años, pequeño y nervioso. Su cabeza calva y brillante se llenaba de gotitas de sudor que cada tanto secaba con el pañuelo blanco. Tomó dos tragos, prendió un cigarrillo y cerró los ojos.

—Después de todo es un lindo lugar —comentó.

—Es verdad —dijo Ramón.

—No lo pasará mal acá —dijo el Gordo.

El general abrió los ojos.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó.

El Gordo dudó.

—No lo sé —dijo—. Se me ocurrió. Siempre quise tener una casita como ésta para las vacaciones. A mí me gusta el río.

—A mí no —dijo el general—. Hay demasiados mosquitos.

—Uno se acostumbra a los mosquitos.

—Aquel es su dormitorio.

—No creo que pudiera acostumbrarme. Las nubes avanzaban y en la casa oscurecía. El viento silbaba entre los árboles.

—Voy a dar una vuelta antes que llueva —dijo el Gordo.

Salí dando un portazo.

—Ese hombre habla demasiado —dijo el general.

Ramón asintió con la cabeza.

—No me gusta eso.

—¿Prefiere el silencio?

—Creo que sí.

—Tendrá silencio. No se preocupe.

—Estoy agotado. Me gustaría dormir un rato.

—Aqué es su dormitorio.

El general terminó la bebida y fue hacia la puerta que Ramón le había indicado.

Caían las primeras gotas cuando encontró al Gordo sentado en el muelle. Se sentó a su lado y dejó que la lluvia le mojara la cara.

—¿Qué hace? —preguntó el Gordo.

—Duerme.

—Decime, al caso éste se la tienen jurada, ¿no?

—Seguro.

—Por eso viene a aguantarse acá, por que anduvo en manos raras, ¿no?

—Seguro.

—¿Y cuánto tiempo tiene que quedarse?

—No sé.

—Se hubiera traído una mina por lo menos.

Contemplaron una rama de sauce que la corriente arrastraba por el río.

El general se despertó asustado. Tardó en reconocer el lugar. Ya era de noche y seguía lloviendo. Fue al baño y se lavó. Después se puso una camisa y un pantalón y salió del dormitorio. Encontró a Ramón en la cocina, la espalda contra la pared,

los pies sobre la mesa, la escopeta entre los brazos.

—Buenas noches —dijo el general.

Ramón no contestó.

—Quiero comer algo.

—Coma.

—¡No me hable así! ¡Siéntese bien!

Ramón sonrió.

—¿Qué le pasa a usted? ¿Dónde está el otro?

—No sé. Afuera.

—¿Con esta lluvia?

—Le gusta caminar bajo la lluvia.

El general se acercó a Ramón.

—Póngase de pie.

Ramón obedeció.

—Prepáreme algo de comer. Es una orden.

Ramón le pegó con la mano abierta. El general golpeó contra un armario y el miedo le cambió la cara.

—¿Qué quiere hacer? ¿Adónde está el otro?

Se frotaba el hombro dolorido.

—¿El Gordo? —preguntó Ramón—. Por ahí, bajo la lluvia. Me contaba que siempre le había gustado el río y la lluvia.

El general abrió una ventana y se asomó afuera.

—¡Eh! —gritó—. ¡Eh! ¡Usted!

Nadie contestó su llamado.

Se dio vuelta. Tenía los ojos llenos de lágrimas y temblaba.

—¿Qué quiere? —murmuró—. ¿Qué es esto?

Ramón alzó la escopeta hasta encañonar la cabeza del general.

Juan Carlos Martini (1944). Nació en Rosario, provincia de Santa Fe. Es narrador y poeta. Hasta la fecha ha publicado dos libros de relatos, *El último de los onas* (1969) y *Pequeños cazadores* (1972), además de un poemario: *Derecho de propiedad* (1973). Acaba de aparecer su primera novela, *El agua en los pulmones*, y ha concluido otra hace un par de meses.

martini real

tres historias con macoco

1

Se robó, por fin, el enanito de Gath & Chaves. Bajó del auto, dijo esperá, y se lo trajo de pronto debajo del brazo, como a un paquete, mientras el pequeño bicho pateaba y pedía socorro. Se metió detrás y me ordenó que picara. Y vos callate, piojo, que no te va a pasar nada. Le dijo al enano que estaba tan sorprendido como yo. ¿Y para qué sirve?, pregunté por preguntar. Siempre me apasionó la degeneración de la especie, dijo Macoco. Lo miraba y tanteaba el cuerpo del atrofiado como si buscara algo especial; después empezó a torturarlo con un interrogatorio bastante idiota. ¿Tenés novia? No, dijo el enano que se caía del miedo. ¿Y si yo te presento a una mujer?, insinuó el turro. Me acordé de mi primer encuentro con Macoco y lo miré de reojo al infeliz. La cabeza, hinchada y desproporcionada, se le podía venir abajo en cualquier momento: era un adoquin con ojos y no sabía qué decir. En la casa de tu finada vieja podían poner uno en la puerta, dije yo. ¿Te pagan sueldo común o por la mitad?, dijo sonriendo Macoco. Eso está bueno, dije. El enano también se rió y confesó que le pagaban por un tercio de hombre. Ahora nos ablandamos los tres. Piola el piojo. ¿eh?, lo alentó Macoco y le desprendió parte de la ropa.

Habíamos llegado a la Costanera. Con un buen sentido de la moral pública, y sin que me lo indicara Macoco, había ido para el lado en donde menos gente podía haber. Paré junto al murallón y me dediqué enteramente a saborear la situación: apenas uno estaba aburrido. Macoco salía con una de las suyas y la vida tomaba otro color, un dinamismo que nadie imaginaba. Desvestite, le dijo al enano. No, qué me van a hacer, se negó el pequeño monstruo. Nada, quiero ver, sacate la ropa. Fue inútil. El enano se resistía y entonces Macoco empezó a desabrocharles los botones por la fuerza. ¿Querés que te ayude?, dije y me acordé también de una escena similar una noche en los bosques de Palermo cuando Macoco tuvo

la misma ocurrencia con una mina que levantó por Olivos, y tuve que darle una mano para sosegarla, mientras él la iba desvestiendo poco a poco con una indiferencia casi increíble. Dejé, me paró Macoco. El enano no podía hacer mucho que digamos. Le fue sacando cosa por cosa, hasta los ridículos zapatitos y las medias de miniatura. Desnudo por completo, el enano pedía por favor que no le hagamos nada. Che, pero mirá que es rara la naturaleza, dijo Macoco. Nos quedamos fríos frente al enanito que temblaba un poco por el viento del río y otro poco por el jabón que tenía. El espectáculo lo volví a revivir varias noches, entre sueños: fue como si nos colocaran frente a un espejo deformante y nos viésemos comprimidos, metidos en una prensa, achicados y repugnantes. Macoco me dirigió una mirada y yo apenas pude con el gesto. Ves, Bocha, yo siempre te digo que sólo se puede filosofar si conocés estas cosas de frente. Lo dijo con una seriedad que me asustó. Luego jugueteó con los genitales del enano, como si no estuviese convencido de que aquello que nos miraba espantado era un hombre de carne y hueso. Bajá, dijo por fin Macoco. El enano tiró las manos hacia la ropa. Macoco lo detuvo en el camino. Bajá así, le ordenó apretándole los garfios. El piojo quiso decir algo, protestar, implorar: No, señor, no me haga esto. Bajá, que si no te tiro por la ventanilla. Abrió una puerta y lo empujó. El enano trataba de cubrirse: parecía tener frío y vergüenza. Hizo que miraba hacia todos lados, por si venía alguien y salió corriendo, buscando un pequeño refugio donde esconderse.

Arranqué y apreté el acelerador a fondo. Cuando llegamos a un recodo, Macoco se bajó, trizó las ropas en el río y se sentó luego en la parte de adelante. Apenas pude correr, le metí con ganas. Nos quedamos en silencio: aquello, indudablemente, había sido una experiencia metafísica que no olvidáramos por mucho tiempo.

2

Parecía que el cielo negro o de pronto azul iluminado por las bengalas iba a estallar en cualquier momento: desde el ventanal uno podía mirar el cruce de las puntitas rojas que trepaban hasta lo alto y se granizaban luego en los aires, confundidas con algunas estrellas que nada tenían que envidiarle a las cañitas voladoras, los ojos llenos de luces repentinas, las pequeñas explosiones como ruidos cosquillosos en los oídos ya acostumbrados a los cohetes y los rompeportones lejanos, mientras Macoco abría una tras otra las botellas de champagne que apenas dejaban un rumor sordo, seco, igual que el sonido agónico de un vientre estreñado y sin cura, después de haber digerido un soberbio plato de porotos. Hay momentos para la poesía, nadie lo duda, y los 31 de diciembre tienen su encanto especial. Hasta el tono melancólico, los recuerdos y esa tristeza que se le mete a uno en el cuerpo tienen algo de encanto, de hechicería. De tanto en tanto, o entre sorbo y sorbo, Macoco se paraba ante el ventanal y concentraba la mirada en aquel espectáculo de resplandores y relámpagos que reventaban en la noche. No dijo ni una sola palabra pero yo sabía que reflexionaba sobre la felicidad y la alegría de la gente. La copa de champagne en la mano la usaba como manija. Año nuevo, vida nueva: la joda de siempre. Me extrañó cuando fue hasta uno de los muebles y se vino con una pistola de caño largo y me la tiró sobre el sillón con dos o tres cartuchos. Tomá, tirate unos tiros, dijo y se quedó sonriendo como el Conde Drácula. Metí una bala y salí al aire libre: apunté hacia arriba y disparé. Metí otra bala y entré. No me causa ninguna sensación nueva, dije. Esta vez dirigí el caño a la cabeza de Macoco. Estábamos a dos metros de distancia. Tirá, Bocha, tirá, insinuó, haciendo un movimiento de cabeza, aprobando la elección. Era el momento de jugarse: apreté el gatillo y la lámpara de pie que estaba junto a Macoco se hizo pomada.

narradores argentinos

en mil pedacitos. Sin un rasguño, inmutable, tampoco puedo decir que se lo veía sorprendido, algo aturdido, como yo, por la resonancia de la detonación, apenas me alcanzó a preguntar:

—¿Matarías a un hombre?

Era una provocación, una posible sugerencia: me avivé en seguida.

—No —dije.

Volví a cargar la pistola con la última bala que tenía y esta vez hice que apuntaba con sumo cuidado, alargando el brazo y cerrando un ojo, centrando el punto de la mira en medio de la frente de Macoco. Ni siquiera mosqué. El silencio que se abrió de golpe empezó a joder demasiado.

—Yo en tu lugar no erraría —dijo y se llevó la copa de champagne a la boca, despaciosamente.

Tenía miedo de que, en el caso de no usar la bala, a Macoco se le diera por cambiar el jueguito. Debía disparar, a cualquier lado, pero tirar de una vez. Una imagen me invadió de pronto: la pistola en manos de Macoco y dirigida hacia mí. Procuré alargar la situación:

—Y vos, ¿no tenés ni una mínima sospecha?

—No te creo capaz; menos así, en frío. Además no tenés motivo y eso para un socialista es terrible.

—Te puedo hacer papilla en un segundo.

—¿Y después?

Allí tuve la visión, me tragó como una onda sonora y ya no pude oír ni una sola palabra de Macoco. De lejos empezó a venir aquel zumbido: no sé si era una sirena o un ronroneo especial del oído, pero todo se impregnó de pronto de aquella conmoción y las cañitas voladoras incentivaron sus vuelos y las explosiones comenzaron a superponerse. El tiempo. Nos habíamos preparado para constatar la aceleración del tiempo, y ahora el tiempo se nos escabullía estúpidamente. Miré el cronómetro. Esperé unos latidos, la sangre, los ojos expectantes de Macoco, y sólo dije lo necesario: Treinta segundos exactos. Como si hubiese dicho sésamo, el cielo se agrandó como una mancha blanca por detrás de la ventana y comenzó a dilatarse. Era el momento de abandonarse a la prueba que durante todo un año habíamos intuido o planeado cada uno por separado, pero sabiendo que algo en común íbamos a descubrir a través de aquello que Macoco llamaba "la ruptura temporal" y con la que hinchó toda una época. Cerré los ojos, casi resignándome a la ceremonia. La visión fue una y me puso triste inexplicablemente: estaba mi vieja, cortaba en ese instante un pan dulce y Narváez le dirigía el brazo por detrás y los dos sonreían y mis hermanos y yo, mirando el pan dulce y abriendo la boca, ovejitas, tiernas ovejitas, en torno a esa mujer que se le caía un mechón de pelos sobre la cara y se lo recogía una y otra vez con la mano izquierda, la misma escena mil veces, el cuchillo suspendido, casi inmóvil en medio justo del pan dulce, y el mechón cayendo, todo fijo o detenido como en una fotografía y sin embargo el pelo de la vieja echado hacia arriba y enroscado en un rodete que no podía mantenerse y que caía a un costado de la frente y el brazo reincorporar-

dolo y así incesantemente, una y otra vez, hasta entender que no podía romper la escena, que era imposible presionar sobre el brazo derecho de mamá y cortar el pan dulce que había traído Narváez de la casa de los Jiménez Toledo, porque no tenía sentido quebrar aquel gesto del brazo recogiendo y del mechón de pelo cayendo, la alegría de la vieja con los ojos llenos de lágrimas mirándonos a nosotros que apenas asomábamos las cabezas sobre el borde de la mesa. Entonces Narváez la ayudó y mamá hundió hasta el mango el cuchillo en el pan dulce y largó aquella carcajada temblorosa, corta, increíblemente hermosa con los años.

Abrí los ojos y miré el cronómetro: fue al mismo tiempo que miraba a Macoco, ahora con la pistola en sus manos. Treinta segundos exactos. Medianoche en punto anunciaba el comienzo del año nuevo. Ahí me puse a llorar como nunca y entendí aquel pedido desesperado e inútil que me salía desde adentro: Tirá, no seas boludo, tirá. Esta vez el estallido no se pudo oír tan nitidamente porque el ruido infernal de afuera ensordecía la habitación y no dejaba un poco de respiro a los oídos. Era tan cobarde como yo: ni siquiera pudo romper el florero al que apuntó con tanta prolijidad.

3

El Ford T daba tumbos y hociaba en cada lomo de burro. El aire se había enrarecido y Peñaloza parecía un condenado a morir, aferrado al volante y con la fiata pegada al vidrio, tratando de acertar con el camino. La huella, desdibujada por el ripio y la escarcha, desaparecía por instantes y el baqueano debía parar, bajarse del auto, retomarla nuevamente. Detrás quedaban la infamia, la traición, el destierro forzado. Diez meses antes, en Buenos Aires, alguien tuvo la idea de hacerle firmar un contrato con la Marina, y el inocente Macoco, engañado por Enrique Fritz, jefe de explotación de petróleo de aquella época, fue enviado a Comodoro Rivadavia en el "Ingeniero Huergo", un buque de Yacimientos Petrolíferos Fiscales, cuando en realidad soñaba con embarcarse en el "Pampa", rumbo a los Estados Unidos. Recién en la travesía se enteró de la manganeta. La sugerencia partió de un administrador de las estancias de unas tías encargadas de la educación de Macoco. El capitán del barco le había regalado un fusil para cazar ciervos, mientras le pedía calma, pensando que a los diecisiete años nadie se muere por equivocarse de destino.

—¿Falta mucho?

—Algunas leguas —dijo el paisano.

Escapaban como salidos del infierno.

Comodoro Rivadavia era por entonces un pueblito con casas de lata y calles de tierra enmarañada, llenas de torbellinos y de vientos feroces. Macoco fue, sucesivamente, asistente de sondeo, ayudante en el Laboratorio, y centinela. Subido a las torres de petróleo, a casi cuarenta metros de altura, el vértigo y la soledad lo enloquecieron por completo. Allá el mar, del otro lado el cerro Yenque, abajo los pantanos, de aquí una compañía privada, Astra, y arriba el cielo que de

noche se confunde con la obscuridad: todo se concentraba en los puños agrietados que empuñaban la carabina, mientras el viento hacia de las suyas, estremeciendo a la torre como a un junco. Cuando lo vio pasar a Peñaloza con su Ford T, Macoco comprendió de pronto que no había tiempo que perder. Vendió las cámaras fotográficas, el Winchester para cazar ciervos, el fusil particular y dos o tres chucherías que los malandras miraban con ojos tormentosos. Peñaloza aceptó llevarlo a Bahía Blanca por cuatrocientos pesos y hubo que conseguir tachos de todo tipo para almacenar el combustible y cargarlo en el auto, para los tres días de recorrido. Lo de la huella fue una treta de Peñaloza, temeroso de decirle la verdad: el campo pelado no tenía otro horizonte que las lomadas vecinas y alguna que otra claridad al fondo del paisaje blanco, arrebujado de escarcha que Macoco confundía con nieve. Sólo al mediodía asomaba una luminosidad emantecada, algo cálida, rompiendo en parte con esa tenebrosa sensación de andar por una superficie de la Luna.

Al divisar un punto alto del terreno, Peñaloza metió el coche por la pendiente, retomando la cuesta. Luego se bajó, subió al techo del Ford y empezó a gastar los ojos en la distancia.

—Carajo —exclamó por lo bajo y señaló con una mano.

Macoco trepó también.

—No veo nada —dijo.

—Aquel puntito, allá lejos. Es Bahía. Ahora lo vio: brillaba sobre una curva, entre la escarcha y el cielo gris.

—Vamos —dijo Macoco—. Déjeme seguir a mí. Ya no podemos perdernos.

—Pero tenga cuidado, mocito. No me arruine la matraca.

Macoco sonrió y dejó que el hombre se desahogara: habían cruzado medio territorio patagónico y sin pinchar siquiera una goma. Ese auto era como un juguete cosquilleando en sus manos. Entre tanta desolación se había acostumbrado al rugido de aquel motor y lo sentía como una parte de su cuerpo.

—Adelante —dijo y arrancó con todo.

Tomó velocidad al bajar de la lomada, dejando que el Ford se metiera sólo por una cuchilla del terreno que apuntaba para el lado del puntito en la lejanía. Peñaloza volvió a confesar su miedo, un poco entre dientes, agarrado como estaba al asiento, prendido como una mancha. El grito de júbilo lo dio Macoco al saltar sobre una cresta de piedras mezcladas con algo de nieve, el coche por los aires, lanzado ya como un bólido hacia el punto que apareció bruscamente recortado en el horizonte y hacia donde se encaminaban, raudos, atrapados por el vértigo, encima de ese auto que ahora apenas arañaba el suelo, entre salto y salto, cortando esa especie de escarcha gomosa y blancuzca que resbala por debajo de las cuatro ruedas, cada vez más rápido, el motor a fondo, a punto de estallar, como una máquina del tiempo apuntada hacia el porvenir.

martini real (1940). Nació en Buenos Aires. Narrador y crítico literario. Entre 1964 y 1969 publicó algunos libros de los que, afirma, prefiere olvidarse. Otras obras: *La carta al General* (1971), *Antología de los mejores cuentos argentinos de hoy* y *Antología de los mejores poemas de la poesía argentina*.

carlos roberto morán

rodeo

1

¿Dónde queda la salida?

El hombre, atestado de paquetes, pregunta. La mujer lo mira algo confundida. El hombre se esfuerza por hacerse entender (los altavoces, los ruidos, las personas que pasan, los automóviles, los ómnibus). ¿Dónde queda la salida? La mujer con la cara confundida (¿alterada?) La salida la salida, dice el hombre transpirando. La mujer señala, finalmente, con un dejo de duds, hacia el fondo del pasillo.

El hombre agradece pero al mismo tiempo se le cae un paquete que trata de tomar pero al vuelo le agarra el vestido a la mujer que hace esfuerzos (cara enrojecida) y tira.

El hombre trata también de desprenderse, pero las manos están agarrotadas y la mujer nerviosa, asustada, le da un empujón, grita, sale corriendo.

El hombre se cae.

Procura levantarse de inmediato (la cara congestionada), rojo de vergüenza o irritación. Algún comedido le extiende la mano pero él es pesado y su peso se duplica con los paquetes y la ropa de invierno y por el simple hecho de estar tirado.

(La mujer contempla, algo azorada).

El hombre-comedido mira al hombre-en-el-suelo y hace un gesto de resignación y coraje con los hombros y la cara y deja al hombre en el suelo que hace un esfuerzo, parándose como puede, hasta quedar allí: centro de atención, paquetes sobre paquetes.

Después reemprende la marcha, se le van cayendo los paquetes y la mujer se rasca la barbilla mientras los perritos paquetes siguen cayéndose, jugando con el hombre que transpira mientras llega a la salida. Desde aquí, un punto entre el coro en oposición: los altoparlantes, las luces de los kioscos —intermitentes—, la música, el idioma, la gente que se repite hasta en la salida misma de la estación.

Ahí el hombre toma un taxi.

El lleva anotada una dirección y se la pasa al del taxi. La secuencia: el del taxi, sesentón y flaco, mira la dirección con detenimiento, después por el retrovisor observa al hombre, después o nuevamente, la dirección (ha prendido la luz interior del coche), el hombre se impacienta (el auto sigue detenido), el hombre dice —en su idioma— que se apure, y el taxista, tiene que haber entendido que lo insultaba o tiene que saber que la dirección dada por el pasajero es una **dirección prohibida**, lo que sea.

La secuencia concluye cuando: el taxista lanza una exclamación, una imprecación obscena y "se lanza raudo" hacia el primer cuartel que le salga al paso.

Y aunque afuera hace frío mientras el hombre trata de hacerse entender transpira. El pañuelo por la cara.

2

¿Se arrepintió el taxista?

No lleva al hombre al cuartel, como era su intención, prefiere obligarlo a que baje allí, en mitad de una larga avenida, des poblada, solo, rodeado de sus valijas,

de vez en cuando un vehículo que pasa pero que pese a sus señas no se detiene.

El hombre mira su reloj: no tiene hora, el reloj detenido en algún horario distinto e inservible, el hombre mira las estrellas, pero por mirar. Entiende eso sí, que es tardísimo para ir hacia cualquier parte. El hombre solo.

Trata de caminar pero cuando ha hecho dos o tres pasos una valija, un bolso o un paquete cae y enseguida otro y después un tercero. Entonces queda con sus partes que parecen independientes de su persona, de lo que él quiere disponer.

Se sienta en el borde de la vereda, se mesa los cabellos, sin darse cuenta canturrea, silba, mientras piensa el qué-será-demí-ahora, da cuerda al reloj. Le duele muchísimo la cabeza, le duele también todo el cuerpo, tiene algo de frío: logra ubicar una manta, una bufanda.

Ahí está, sentado: la imagen de la desolación.

Se adormece. Ha hecho nuevas señas a los vehículos que pasan, (escasos), dormita, se despierta, sueña (la cara del hermano, un patio) trata de despabilarse: sacude la cabeza, se aprieta el entrecejo, se soba los párpados, pestañea, el sueño se va pero vuelve enseguida.

Queda semicaído entre los bultos, la manta algo enrollada, un sueño con pesadillas que después no se recuerdan.

El sombrero se va lejos: el viento.

El viejito sesentón y flaco se ha arrepentido: informa escuetamente. Toman los datos y allá va el celular. Encuentran al hombre, lo hacen salir del sueño, del pozo neutro en que está.

El hombre procura levantarse pero en la confusión (la oscuridad, el susto, los paquetes) pierde pie, habla en su idioma, los del celular se enojan, lo meten en el coche, no le permiten hablar más.

Cuando lo suben él alcanza a ver —lucos del vehículo— cómo su sombrero sigue solo la dirección del viento.

3

Sentado en el banquito y colocado en la pieza de circunstancias (cerrada, poca luz, ventana chica y alta, moho, orines) el hombre **cavila**.

Después se lo ve rodeado de hombres vestidos con ropas oscuras y sombreros calados hasta los ojos. Ellos preguntan; exigen respuestas rápidas. El hombre desespera: trata de contestar pero en su idioma mientras que los otros no, en el de ellos, él acá, los otros en lugar opuesto, opuesto. El hombre desesperado se desequilibra.



**LIBRERIA
DEL PLATA
S. R. L.**

LIBROS NUEVOS

En todos los temas:

Historia, Literatura, Ciencias Sociales,
Política, Derecho

PERIODICOS Y REVISTAS

Antiguas y Modernas

**El mejor servicio
del Río de la Plata
para todo el mundo**

EDICIONES
DE LOS
MEJORES
LIBROS
AMERICANOS

**Solicite nuestro boletín
mensual de novedades**

**LIBRERIA
DEL PLATA
S. R. L.**

San José 358 - Tel. 38-0335

Buenos Aires - Argentina

narradores argentinos

¿recibirá allí golpes o no será golpeado? ¿tendrán en cuenta su condición de extranjero? ¿es un extranjero?

Los otros (nuevo coro en oposición) se ponen también nerviosos, el lenguaje, los modos extraños del hombre, su aparente impasibilidad. El trata de mantener la calma lo más que puede, está lívido y se siente dolorido, semidesmayado, confuso, desesperado.

El hombre trata de entender, pero no entiende, salvo (apenas) palabras sueltas, trata de ajustarse al plano movedido en que está situado como eje pero todo se mueve muy rápido, siempre llega tarde y en un desdoblamiento: se ve contestando idioteces, a esos, **los otros**, que "tienen que haber salido de un loquero".

Se dice: Esto tiene que ser un sueño, **los otros** siguen preguntando. Una situación de irrealidad, pero concreta.

Transpira, la corbata desanudada (colgante) el ambiente cerrado, frío, la respiración agitada. **Los otros** se cansan, antes han ido a preguntar, a pedir instrucciones, el hombre en pleno estado de semiinconsciencia (lo han llevado a dos o tres o cuatro piezas similares, le han preguntado, comió algo que le provocó vómitos, el agua es rancia, escasa, el dolor muy fuerte en algún lado del cuerpo. Es de presumir que lo trataron groseramente y de tanto en tanto algún golpe sordo y rápido (dolores musculares).

Ahora está solo.

Reacciona lentamente.

¿Cuánto tiempo pasó?

4

"El hombre toma conciencia de su entorno con lentitud y torpeza"

Cuando los dolores son agudos, le dicen que se vaya. Se lo dicen sorpresivamente, con gestos, (especialmente), le entregan sus cosas y tratan (es una manera de decir) de calmarlo, le entregan sus pertenencias aunque quedará retenido algún bolso o paquete o valija, y el hombre sale a la fría intemperie.

Lúcido y dolorido, de noche —¿pasó un día, diez días?— muerto de hambre, magullado (el dolor un poco más abajo del estómago, insoportable), se ha ido alejando del lugar (gestos secos, imperiosos, le señalaron que ahí no podía quedarse) peregrinación del hombre en la oscuridad y la ignorancia, cargando sus bártulos, confundido, cansado, yendo hacia cualquier parte, la ciudad desconocida se le caen los paquetes

Tiene hambre, sed, ganas de orinar, de defecar, está transpirando, quisiera cambiarse, las calles no le dicen nada, la gente —escasísima— lo mira con expresión hosca, las palabras incomprensibles, los cafés (muy pocos) desconocidos, la noche pero enseguida la madrugada, los vehículos que no se detienen, el caminar sin rumbo, muy cansado, imágenes confusas, dolores de pies, una vieja mujer, una mujer joven, la amiga, dos amantes, el hermano, el del tren, colores, pijamas en las camas cómodas, miradas, risas, festejos.

corte a: el hombre que está pidiendo algo para tomar, una bebida cualquiera, algo fuerte. Pero lo que traen lo descomponen, paga (mal) y se va, dio dinero de más, sale mareado, se rien de él, lo adierte a medias: crece el mareo.

Orina en el parque, detrás de un árbol, pero como no puede evacuar sigue molesto, las ganas de bañarse, camina por el parque (todo hostil y hosco), trata de encontrar un lugar abandonado para evacuar tranquilo, siente los gases por el cuerpo, duermevela, cree que fue de cuerpo pero no, duermevela, maldormido, mal despierto.

Desde acá se ve perfectamente la estación, piensa.

5

Se reanima. Desde acá se ve la estación, lo único, **lo único**, lo único que retiene con fidelidad, la única identificación: su propia señal de identidad. Sus pasos hacia allá.

Llega a la estación que es la misma pero que no lo es: rostro de él, distinto —días después—, hora distinta (9 de la mañana ahora, la noche, la otra vez) enseguida va corte y empalma con: el rostro de la mujer a la que él cree ver como a una vieja amiga y le pregunta cómo estás qué hacés y la mujer se sienta desprotejida frente al hombre extraño hablando una lengua extraña, barbudo, con paquetes y paquetes, nervioso, paquetes deshinchados.

Un loco, un loco, pero no, desplazamiento de pensamiento y pase a: recuerdo de ella del hombre con paquetes que caía (cámara lenta) entre sus propios bártulos y la mujer detiene el gesto de llamar al guardia, que igual se acercó, quiere intervenir, no, no, está bien, dice la mujer, mientras el hombre trata de ponerse a tono (persistencia de los dolores).

Por eso trata de ajustar cuerpo y cara a las circunstancias mientras el guardia se retira confuso y molesto y murmurando. La mujer lo hace pasar a su oficina (cristales que dan a los pasillos, la ventanilla de **Informes**).

El hombre tiene un olor agrio, rancio, pide un baño, **un baño**, la mujer no entiende, le alcanza una silla y después agua, **arrepentida** por haberlo hecho entrar, la gente se acerca, los cristales con sus sombras, algún comedido que pregunta, la mujer que dice que no, está bien, que después tiene que cerrar las ventanillas mientras el hombre se cae entre los paquetes, grita: ¡un baño!

¿Entendió la mujer? sí, lo conduce por un pasillo interno, el dibujo de un hombre en la puerta con vidriecito, sí, sí, el hombre sonríe, por fin, el lugar: allí el hombre, se reanima, se despeja. **¿Allí el hombre se reencuentra?**

6

¿Cómo sigue?

La mujer está espiando por el visillo entreabierto. A lo lejos —en la calle— se ve el consabido automóvil oscuro detenido y dos o tres de **los otros** fumando, el sombrero encasquetado.

El hombre esta a medio vestir, se ha acicalado pero también trata de disimular sus rasgos (un bigote incipiente, el pelo recortado, ropa diferente. Está sentado en la cama, arregló su equipaje, ha reducido sus cosas particulares al mínimo.

El teléfono está descolgado, la radio prendida al mínimo, la mujer, en salto de cama, tiene aún la respiración agitada, el hombre ha tirado al piso papeles que ahora recoge, lleva a la cocina, quema uno a uno, impidiendo que "las cenizas se expandan".

¿Están sitiados? La mujer no sabía hacia dónde llevarlo (la sonrisa de cordero del solitario), la mujer **atina** (si se puede decir así) a darle refugio en su casa, allí él trata de agradecer cordialmente pero ella entiende que es un avance de otro tipo, mescolanza que no quieren, pero los distintos idiomas, los gestos ambiguos, tratan de eludirse pero no, se entremezclan, se entremezclan las vidas.

¿Están sitiados? observan, sí, sí, él habla en su idioma, ella trata de calmarlo en el suyo. Señas de identidad de él que propalan por radio, ella está molesta, "¿debi meterme?" entreverándose en una situación que no le pertenece.

para colmo: él sigue rompiendo papeletos.

7

Llega el momento en que la mujer lo acosa. Antes: observa al hombre con sus nervios, con sus espiadas por el visillo, con su forma acogotada de amarle (nervioso, **nervioso**), en su manera de fumar y comer y —especialmente— con su manera de romper papeles, en los papeles cortados: ahí.

El acoso: la mujer le pregunta que qué, que por qué, pero le pregunta en su idioma y el hombre no entiende, no, porque ella habla distinto o emplea formas giros términos que él desconoce, porque el hombre sigue vivo en su propio mundo: ahí.

La mujer se ha vuelto a asomar por la ventana, vuelve con el rostro demudado: la guardia frente a la casa se multiplicó. El también mira, y su expresión serena de recién deviene en expresión hierática, está pálido y no dice una sola palabra a la mujer que, para peor, la está esperando.

La mujer —rubia, algo grande de cuerpo— ha estado trabajando en el desván, trastos que la dejaron perlada de sudor, bastante sucia. Vuelve contenta y hace que el hombre vaya al desván, mire la ventanita por donde se llega al patio por donde se llega a la callecita por donde se podría (tendría) que huir.

El hombre mira la ventanita y murmura algo (¿agradecimiento?), la rubia sonríe también. El la acaricia al pasar, estremecimiento de ella pero el hombre nuevamente en su mirador (la ventana **con visillo**).

Y con sus papelitos.

La mujer está desesperada. Ha faltado al trabajo, me van a echar, —mientras él, **desatento**, sigue mirando, arreglando, buscando la manera de huir— ella lloriquea en la cocina, la única luz que cae sobre su cabeza.

El hombre toma su café, lentísimamente (¿piensa?).

Los otros han rodeado el lugar. La presencia de sus autos, y la presencia de

sus sombreros, la presencia de sus armas (escondidas, pero **sentidas** tras sus trajes, tras sus abrigos) el frío sigue, y la gente comienza a apiñarse, se dice circulen señores, circulen, algunos lo hacen pero otros no, la mayoría no: se quiere la rutina.

El fuma, en tanto, trata de hacerse entender por la mujer, han procurado dibujar para ello, pero como no son prácticos no lo han conseguido. Optan entonces por los gestos, pero de inmediato él ve insultos donde tendrían que aparecer amabilidades y ella en tres ocasiones (**seguidas**) invitaciones de tipo sexual.

cualquier idioma,
cualquier gesto emplearon para tratar de entenderse pero no,
se confundían,
entendían mal.

"tenían que hacer esfuerzos para no tirarse el uno encima del otro y reventarse a golpes".

¿Cómo me meti en esto? se dice la mujer. El, él tiene que explicar. ¿Qué es? ¿cómo es?, la mujer está congestionada, él sigue ahí, con **sus** cosas. ¿Qué es? dice la mujer y él contesta algo tan particular y tan de él que la mujer grita ¡basta, basta! y sale dando un portazo y el hombre queda **estupefacto**.

Porque ve que la mujer abre la puerta, sale de la casa, sale llorando y se refugia gimiendo en los brazos (siempre listos) de **los otros**, que ahora tiran puchos y sombreros y sacan armas y se lanzan sobre la casa.

A buir.

8

El huye por la ventanita, por el patio, por la callecita.

Tiene de todo lo que poseía— apenas una valijita con las (sus) pertenencias más escuetas. Corre por calles solitarias y empedradas, el frío convertido en lluvia, corte y zoom sobre **los otros** que corren agitados, corte a automóviles que tardan en ponerse en marcha (ronroneo de motores enfriados hasta recién).

La cámara toma un primer plano de él, se ve que se toma el hombre, gesto de dolor, cansado. El cuerpo sensibilizado al máximo, no se ha repuesto, el cuadro es una panorámica de desolación, ver al hombre con la valijita: **sus cositas esenciales**. Jaqueado.

El hombre en la soledad del campo, lento travelling, él un puntito negro deslizándose en los pastizales reventados de agua. Los coches (¿algo viejos?) rodeándolo de a poco, lleno de **los otros** (¿la mujer entre ellos?)

La cámara, instalada en el parabrisas del coche uno, desde allí se ve la escurridiza silueta del hombre que corre, que traspasa, que tropieza, que trata de ocultarse entre los esqueléticos arbolitos, cubierto de barro, gimiendo (el coche, casi pagado a él, sonrisitas en **los otros**).

El corre, zigzaguea. La cámara ahora toma el primer plano del hombre acorralado, rodeado y después corte, panorámica donde se ven los coches rodeándolo, vaca allí, manso allí, tapándose inútilmente con el brazo sobre el rostro, la valijita perdida, el saco barro y mugre: el hombre tirado.

Seguidilla de primeros planos:

- a) **los otros** se acercan después de bajar de los coches;
- b) él, al verlos, se cubre más, se encoge más, sobre sí, en sí;
- c) **los otros** comienzan a hacerle preguntas;
- d) pero él contesta en su idioma;
- e) pies de **los otros** cuando lo patean minuciosamente;
- f) él acusa los golpes, se queja en su idioma;
- g) el lenguaje particular del hombre enfurece a **los otros** que más lo golpean y rodean;
- h) el hombre se mueve, gime, gesticula, siempre en su idioma, con su lenguaje. Se termina levantando (¿cómo lo logra?) pero es el levantarse del herido de muerte: su prolongado grito. Se desploma;
- i) uno de **los otros** se acerca a él, le hace una pregunta simple, sencilla, por ejemplo: nombre, apellido;
- j) el hombre mira el sol, perdido entre las masas de nubes, mira en especial una nube blanquita y gorda desprendida, la ve deshilacharse enseguida, la ve engrosar entre otras nubes gruesas y oscuras, mira **al otro** frente así (quizás la mujer rubia, al fondo), son miradas finales, lentas, forzando párpados, entrecerrándolos.

ricardo piglia agua florida

El Jailaife bajó en Piedras y Avenida de Mayo, justo enfrente del Hotel Majestic. En esa zona, Buenos Aires parece envejecer o corromperse, carcomida por la mugre y los años, perdida en el alejarse sorpresivo de las palomas que hacen nido en las tétricas galerías de techo alto y columnas de mayólica andaluza. Turistas brasileiros o marineros daneses, viudas tristes fatalmente condenadas a acostarse bajo la primera claridad de la mañana con solitarios músicos de tango arruinados por el spleen, por el alcohol, matan el tiempo en la vereda de los bares viendo venir la noche. Hay un esplendor que ya no queda, metido en esa calle sucia; y adentro de las casas, en los patios vagamente españoles, se respira una decadencia lujosa que hace pensar en las carrozas que desfilaban de Congreso al Cabildo para las fechas patrias.

El Hotel Majestic con su entrada de mármol y sus paredes descascaradas encaja muy bien en esa zona. Es una de esas sombrías construcciones alzadas en la euforia del Centenario, con amplias puertas de dos hojas y balcones de hierro, que terminaron usándose de hoteles o conservatorios musicales o reparticiones públicas.

Al final de una escalera, en un entrepiso, había un mostrador y atrás un viejo que acariciaba un gato barcino hablándole en voz baja, con la cara pegada a la trompa. El Jailaife se detuvo, cauteloso,

Después se mira (lentísimamente) su cuerpo, mira **al otro** frente a sí, llueve, observa cualquier punto, suspira, empieza con un ahogo de muerto o de recién nacido, un berridito, va no más contestando en el idioma de **los otros** lo que **el otro** quiere, lo que quieren todos los otros, todos reunidos en torno a él, sonrisas de ellos cada vez más amplias, lluvia que cae, ruido de motores, panorámica (travelling de primer plano a panorámica: helicóptero) que se aleja hasta desdibujarse todas las imágenes, confundándose con las cosas, con el paisaje, con los nubarrones negros e iguales que siguen tapando al sol.

carlos alberto morán (1943). Nacido en la ciudad de Santa Fe. Narrador y periodista. Novelista todavía inédito, figuró como semifinalista en el concurso Barral de 1972. Como crítico (aunque él prefiera autodenominarse "comentarista de libros"), colabora en publicaciones argentinas y extranjeras.

y prendió un cigarrillo. En el aire flotaba un olor dulce, a goma de pegar, a aserrín húmedo. El viejo estaba arrinconado entre el tablero de las llaves y una mampara de vidrio donde la última luz de la tarde se disolvía, opaca, frágil.

—Este animal, así como lo ve —dijo el viejo de pronto sin levantar la cara— cumplió quince años. ¿Usted tiene idea de lo que es esa edad para un gato? —Habla arrastrando las palabras, con una entonación entre respetuosa y ladina, el cuerpo flaco hundido en una destañada chaqueta de cordero con solapas de lustrina. Después con gestos blandos acomodó el gato sobre el mostrador, sosteniendo el lomo arqueado con los dedos huesudos. El animal se empezó a mover torpemente, desarticulado y vacilante—. Es un milagro de la naturaleza, este animal. Entiende como si fuera una persona. Piensa, está siempre pensando.

El Jailaife se inclinó sobre el gato que respiraba con una especie de temblor y se pasó la mano por el lomo.

—Está nervioso ¿ve? se da cuenta de todo, lo pone mal el olor del tabaco, ¿siente cómo respira?

El Jailaife dio otra pitada y tiró el cigarrillo por el hueco de la escalera.

—En realidad —dijo—. Necesito ver al señor Lettif.

—¿Y? —dijo el viejo con una contracción recelosa.

—¿Usted sabe si está?

—¿El señor Lettif? No sabría decirle

narradores argentinos

—Lindo gato —dijo el Jailaife y se apoyó en el mostrador—. Me podés dar el número de habitación.

El viejo se había replegado contra la pared y miraba al Jailaife por sobre el cristal de los anteojos. Tenía unos ojos grises, líquidos, que parecían envueltos en una nube blanca.

—Yo no sé nada. Si quiere hable con el administrador.

El Jailaife le mostró un papel de mil pesos doblado al medio. El viejo sonrió destapando los dientes; se acercó al billete como si lo olfateara y después se lo guardó en el bolsillo alto de la chaqueta con un gesto furtivo.

—Dos veintitrés. Habitación dos veintitrés. A mí no me vio, yo no estaba —dijo y volvió a enterrar la cara en el cuerpo del gato.

El ascensor parecía una jaula y subió traqueteando. El Jailaife miró su rostro en el espejo oval, enmarcado por el enrejado de la pared, su cráneo afeitado, los anteojos sin aro que le daban esa expresión melancólica, abstraída.

En el pasillo desierto, el áspero rumor de la ciudad se ahogaba, sofocado en los cristales sucios de la ventana, cerrada sobre las terrazas y los techos oxidados.

El Jailaife llamó en el dos veintitrés y el timbre pareció sonar en otro lugar, lejos, fuera del pasillo y del hotel.

—¿Qué pasa? —dijo al rato una pastosa voz de mujer.

—Para Lettif —dijo él.

La mujer entreabrió la puerta y el Jailaife puso un pie para no dejarla cerrar.

—Le quiero hablar —dijo sin verla, hacia la oscuridad, hacia ese resplandor pálido que era la mujer en la penumbra de la pieza.

—Por qué no se va a la mierda, diga, ¿quién lo conoce? —Hubo una leve vacilación en la mujer, un jadeo. —El no está —dijo.

—Escuche un momento —dijo el Jailaife empujando la puerta que se abrió, suave, sin que la mujer se resistiera.

Adentro, la atmósfera era turbia, el aire olía a sudor y a alcohol y a perfume barato. La mujer empezó a retroceder hacia el centro de la pieza y el Jailaife se acercó, lento, tratando de ubicarla entre la sombra pesada de los muebles.

—No me toqués porque grito —dijo ella—. Me tocás y empiezo a gritar.

—Tranquila, no pasa nada —dijo él y cuando terminó de acostumbrarse a la claridad verdosa del cuarto le vio la cara abotagada, los labios tumefactos, la piel violácea y como corroida por los moretones y los golpes. Estaba vestida con una camisa que apenas le tapaba los muslos y calzaba un par de zapatos de varón, sin cordones.

—¿Quién te hizo eso? —dijo él.

La mujer se movió arrastrando los pies y se sentó en la cama, el cuerpo tirado hacia adelante, cansada, abstraída.

—¿Y vos quién sos?

—Yo te voy a ayudar.

—¿Te mandó Lettif?

—Me dijo que viniera, que iba a estar.

—Se fue. No vuelve más. En la puta vida. —Empezó a llorar en silencio y después se inclinó hacia el piso buscando

una botella de ginebra. Estaba desnuda bajo la camisa rayada y los pechos saltaron sin que ella se cubriera.

—Mierda —dijo empujando la botella vacía—. Ojalá reviente. —Hizo un esfuerzo para sonreír, dulcificada, ensayando una expresión amable—. ¿Dale que *sos bueno y bajás a comprar?

—Ahora. Primero hablamos, después yo voy y te traigo ginebra. ¿Por qué no prendés la luz?

—No —se atajó—. ¿Para qué? Deja así. Dame un cigarrillo.

El Jailaife le alcanzó un atado. La mujer buscó un cigarrillo torpemente, atropellada y empezó a fumar con avidez.

—Mirá si será podrido que se llevó la ropa para no dejarme salir. ¿Qué se pensó?, decime. ¿Que yo iba a correrle atrás?

—¿El fue?

—Por culpa de Larry, esa yegua, esa puta podrida. Seguro está con ella. —Se inclinó para hablar en voz baja. De cerca su cara era una máscara vidriosa, la piel se le agrietaba, como si fuera a disolverse—. Me quiere dejar por ella. A mí, a Mabel, por esa yegua puta. —Se paró



y empezó a moverse por la pieza, fumando—. Después que yo, ¿sabés lo que hice por él, yo, por ese hombre? —Se detuvo en un costado, de frente a la silla donde él se había sentado—. Si vieras lo que soy —dijo juntando los pies y levantando los faldones de la camisa para mostrarle las piernas calzadas con los zapatos de suela de goma—. ¿No ves? Bailé en el Maipo, yo, bajaba vestida de celeste, llena de plumas, ¿sabés cómo me aplaudían? ¿Qué se cree, esa? Desde los dieciséis años que soy primera bailarina y ahora la yegua viene y me lo saca. —El Jailaife calculó que la mujer iba a largarse a llorar—. Decidió mandarme a Entre Ríos, ¿te das cuenta? Dice que yo acá estoy muy junada. Pero te das cuenta lo que me quiere hacer, que me quiere enterrar en vida. —La desesperación la hacía moverse en su lugar y respirar con fuerza—. ¿Qué hago yo si me manda a Entre Ríos? ¿Qué hago, me podés decir?

De golpe, como olvidada del Jailaife, caminó hacia un ropero antiguo, con espejo de luna, arrinconado en el fondo de la pieza. El Jailaife alcanzó a ver el

resplandor del espejo que cruzaba la penumbra y después unos trajes de hombre colgando de las perchas. La mujer se paró en puntas de pies y empezó a buscar en los estantes altos. Desde atrás parecía muy joven, casi una muchacha. Cuando se dio vuelta tenía un frasco de perfume en la mano. Lo destapó con gesto manso y tomó un trago largo alzando la cara hacia el techo. Se tocó los labios y volvió a mirar al Jailaife.

—¿Qué pasa? —le dijo.

—Nada. ¿Qué va a pasar? —dijo él.

La mujer dejó abierto el ropero y caminó hacia el medio con el frasco de colonia apretado contra el vientre. Se movía con cautela, como si estuviera a punto de caerse, y miraba al Jailaife con expresión recelosa.

—Pero decime ¿y vos para qué era que lo querías a él?

—Traigo un encargo.

—¿Y te citó acá? ¿Si lo querés ver por qué no lo vas a buscar al Bambú? Oíme, ¿no serás amigo del gordo Almada, vos?

—Tranquila —dijo el Jailaife—. Tranquila. Lettif me dijo que viniera acá. Ahora, si vos decís que él está en el Bambú...

—¿Yo? —La mujer se empezó a reír, nerviosa—. ¿Yo qué dije, nene? —Volvió a levantar el frasco de perfume y bebió un trago. Después se volcó unas gotas en la yema de los dedos y se golpeteó atrás de las orejas. Al Jailaife le llegó el perfume suave del agua florida mezclado con el olor a tabaco y a encierro de la pieza.

—En el Bambú —dijo ella— por ahí está, por ahí no está. Si sos tan amigo del gordo Almada, algo debés saber. Por qué no le decís a él que te cuente de Larry. —Se empezó a reír otra vez, como si tosiera—. Decime la verdad, ¿está con ella o no, Lettif?

—Bueno, empezó a llorar y ya no va a parar", pensó él y de todos modos sintió pena por la mujer y le pidió que no llorara.

—¿Cómo no querés que lllore, decime un poco? Con lo que me hace, que me arruina la existencia.

—Tomá —le dijo él y le estiró un pañuelo, tratando de sosegarla—. No llores.

Ella se limpió los ojos y la cara con un ademán infantil.

—Te lo manché todo —dijo y trató de doblar el pañuelo, sonriendo, tímida, agradecida—. ¿A vos te parece que me van a quedar las cicatrices? —y se palpaba las lastimaduras con la yema de los dedos.

—No —dijo él—. No. Pero por qué no te limpiás, vení, a ver.

Humedeó el pañuelo con el agua colonia y le limpió la sangre seca, las heridas, mientras ella lo dejaba hacer, los ojos cerrados, la cara hacia el resplandor gris de la ventana.

—Ya está —dijo ella—. Ya está, esperame que prendo la luz. —Fue hasta un velador de pantalla con volados que tiraba una luz azulada y después se paró frente al espejo del ropero—. Madre santa, pareczo un monstruo —dijo y empezó a acomodarse el pelo—. No me mirés, cerrá los ojos, no me mirés.

El Jailaife esperó que la mujer terminara de ordenarse el pelo y arreglarse la cara que estaba gris, ahora, tirante y brillante como si fuera de metal.

—Escuchá —dijo él—. Quiero que mires esta foto.

Era la instantánea de una mujer joven, vestida con un pullover de cuello alto.

—¿Y ésta, quién es? —dijo ella tomando la foto con cuidado.

—¿La viste alguna vez?

La mujer negó con un gesto.

—¿Se la llevaron? —dijo.

—No sé —dijo él.

—¿Quién fue, Lettif?

—¿Vos pensás que fue él?

—¿Yo? ¿Estás loco, pibe? Yo no sé nada. —Se agazapó hecha una madeja sobre la cama y empezó a limarse las uñas—. A mí no me hagas caso, mirá que yo soy media loca. ¿Y a la pituquita esa, quién la conoce? —Alzó la cara—. Nunca la vi —dijo.

Por la ventana llegaba el eco suave de una música que se perdía en el rumor de la ciudad.

—Está bien —dijo él y se levantó.

—¿Qué, ya te vas? —dijo ella, ansiosa.

—Me voy.

—¿Y no me vas a traer la ginebra?

—Sí —dijo él.

La mujer se cruzó una mano por la cara y trató de sonreír.

—Ginebra y si podés un poco de pan.

—Bueno —dijo él.

—Pan, un poco de salame, cualquier cosa. Para acompañar la ginebra.

—Está bien, ginebra y algo para comer —dijo el Jailaife que caminó hacia la puerta, acompañado por la mujer que se movía con dificultad, arrastrando los pies.

El pasillo estaba en sombras, alumbrado, apenas, por la macilenta luz de un par de lamparitas que colgaban del techo, desnudas, sin pantalla.

—Oíme —dijo ella.

El Jailaife se dio vuelta, la mujer estaba parada atrás, junto a la puerta, apretando la camisa contra el cuerpo para defenderse del frío.

—Traé lo que consigas, una latita de paté, lo que haya.

—Bueno —dijo él—. Sí.

En la calle, era noche cerrada. El Jailaife detuvo un taxi y le pidió al chofer que lo llevara hasta el Bambú.

ricardo piglia (1941). Es narrador y ensayista. En 1967 publicó una serie de relatos con el título común de *La invasión*. Tiene editados, además, diversos trabajos críticos sobre Puig, Arlt, relaciones entre literatura y sociedad, etcétera. Es asesor de la editorial Tiempo Contemporáneo y codirige la revista *Los libros*.

amílcar g. romero

compás de espera en la plaza alberdi

—El amigo quiere camión, Antonio —intervino el Cuervo—. No te metas, si no te preguntan. —Y volvió a mirarlo a Fuentes.

—Antes de que amanezca sale el carga para Buenos Aires —repitió don Antonio, moviendo un poco la pierna del pie vendado, apoyándola sobre uno de los bordes del cantero—. Si usted me ayuda a ir hasta allá —le dijo a Fuentes, señalando la estación—, yo le digo cuál es. Hoy día hay cuatro parados, esperando.

—No me gusta viajar en cargas —dijo Fuentes—. Pero tampoco le gustaba la manera de mirar del Cuervo: insistente, dura. Lo ponía fuera de sí. En cambio, el del sombrero no prestaba atención y el que estaba sentado en el banco no dejaba de mirar a don Antonio, ahora recostado y quieto. Hay que andar escondiéndose en cada estación que para —siguió Fuentes. No todos los guardas son buena gente. Prefiero trabajar en el camión.

—¿Qué te dije, Antonio? —intervino otra vez el Cuervo, contento—. El amigo no quiere viajar en un carga. No te metas, si no te preguntan. —Estaba irritado—. Vos de acá no te vas a mover —recalcó—. Nadie te va a llevar.

Por un momento creyeron que el viejo iba a mover la pierna del pie vendado, porque se tocó la rodilla con la mano de ese lado. A la noche, el calor aumentaba la infección y perdía ese poco de movilidad que le iba quedando.

—Antonio está enfermo —dijo el del banco, acariciando, envolviendo las palabras con notoria afectación—. Muy enfermo. Hace días que está así, pero no hace nada. ¿Por qué no se sienta, señor?

Fuentes dudó; no quería perder tiempo; cuanto antes se pusiera en campaña, mejor.

—La plaza es de todos —se rio el del sombrero, encogiéndose de hombros—. A los bancos de este lado no vienen las parejitas.

—Quisiera conseguir alguno que me acerque a Córdoba —repitió Fuentes, sentándose sobre el césped, cerca del cantero. Dejó el mono hecho con un viejo pedazo de tela vasca a un costado, y se acomodó. Llevaba una muda, una colcha, un pedazo de queso y una botella de grapa recién empezada; pero las cuatro puntas, bien anudadas, dejaban ver solamente un pedazo de colcha—. ¿Ninguno de ustedes va a viajar? —preguntó.

—Ninguno —dijo el del banco, tranqui-

narradores argentinos

lo—. Todos somos de acá —pero titubeo—. Hasta después de las doce no tiene nada que hacer. Muy pesada está la noche para salir con camión.

—¿No probó con la Chevalier? —dijo el del sombrero.

El Cuervo lanzó una risotada.

—Ya estaría allá —dijo Fuentes en voz baja, sin hacerles caso.

—Después de medianoche van a salir varios —volvió a intervenir el del banco, sin dejar de mirar, de vez en cuando, hacia donde estaba don Antonio, que había apoyado la cabeza contra la pata del banco y estaba quieto, adormilado—. Seguro que salen varios.

El del sombrero se movió e inclinó el cuerpo hacia Fuentes.

—¿No tiene cigarrillos? —Lo miraba.

Fuentes metió la mano en el bolsillo de la camisa y tiró el atado sobre el césped, cerca de las manos del otro.

Este no dejó de mirarlo. El del banco no aceptó, negándose cortésmente.

—Antonio, ¿quieres fumar?

Fuentes sacó los fósforos y esperó. Le convenía seguir allí. Esos tres eran changadores —el del banco, no, estaba seguro—, se pasaban el día en la plaza, de la mañana a la noche esperando que cayera algún camión para descargar.

—Antonio, ¿no quieres fumar?

El viejo irguió un poco la cabeza para orientar la mano. Una vez que los tres ascendieron, el atado cayó cerca de Fuentes.

Gracias, don —dijo el del sombrero. Lenta y sobradamente, se estaba burlando.

Pero Fuentes se acodó sobre el mono sin hacerle caso. Ese calor ya era imposible. Quince días sin llover. Se notaba que todo el mundo estaba despierto y que se tomaban recaudos; que nadie, en todo Tucumán, iba a dormir a gusto esa noche.

—Habría que ir pensando en llevarlo a Antonio, Cuervo —dijo el del banco—. No está nada bien este hombre. Cómo anda eso, don Antonio. —Después se dirigió a Fuentes—. ¿Usted puede entender a la gente que no quiere curarse? Mire cómo está este pobre cristiano; y no hay quien le haga entender que en un hospital es donde va a estar mejor que en cualquier parte. Total, es cuestión de aguantar y no tomar vino durante unos días. —Se volvió—. ¿Está doliendo mucho, don Antonio?

De la sombra que el banco daba en el suelo salió el chisporroteo del cigarrillo.

—El viejo no se va a mover de acá —dijo el Cuervo, los ojos inmóviles sobre el del banco—. Si el viejo no quiere, nadie lo va a tocar.

—No diga eso, Cuervo —dijo el del banco, modulando la voz con tristeza—. Usted es el amigo y tendría que obligarlo. No está nada bien.

El Cuervo lo miró a Fuentes con la misma mirada burlona de antes. Pero ahora estaba sonriendo.

—No se va a mover, don —contestó sin volverse, sin quitarle los ojos de encima a Fuentes—. El viejo se ha venido para acá porque con nosotros la pasa bien. ¿No le gusta? —Se sentó con brusque-

dad y lo encaró—. Nos importa una mierda si no le gusta! —Dudó un momento—. ¿Sabe dónde estuvo a la tarde? ¿Donde la sobrina casada?

El viejo no se había movido para nada y el Cuervo se dirigió a Fuentes:

—Sabe lo que le hicieron —dijo. Los ojos, otra vez hirientes, le brillaban—. Lo echaron con cincuenta pesos en la mano. Eso le hicieron. La muy puta le dio a entender que al marido le gusta que vaya por ahí por los chicos, y el viejo le rompió la plata en cara. ¡Bien en la jeta se lo hizo! —gritó—. ¿No es cierto, viejo? —Se inclinó—. Contale, Antonio, así se deja de joder con lo de querer llevarte al hospital. ¡Cómo no va a andar teniendo ganas de ir a la estación y hacer macanas!

El del banco bajó la vista.

—Irse a curar —rezongó el Cuervo—. A la mierda se tendría que ir. ¿Quién va a ir a cuidarlo, a acompañarlo? ¿Eh? Ninguno de nosotros puede; andamos de aquí para allá.

—Yo pediría permiso —gimoteó el del banco—. Esa herida está mala; desde hace dos días que está echando olor. —La cara se le contrajo—. Eso está cada día peor. ¡Le van a cortar la pierna! —chilló como una mujer histérica.

—No joda, diga —contestó tranquilamente el Cuervo—. El viejo sabe lo que hace. ¿De quién es la pierna? ¿Suya? Si él no quiere ir, por algo será. ¿A qué se mete? Y nadie —lo señaló con el dedo— nadie, mientras esté yo aquí, va a moverlo un metro. ¡Qué joder! Con nosotros está bien, el viejo. ¿Eh, Antonio?

El del sombrero empezó a manipular algo envuelto con una hoja de diario. Fuentes notó que, por el tamaño, no podía ser otra cosa que vino o caña, y siguió observando atentamente, viendo cómo el otro se la empinaba, sin haber desenvuelto nada más que la punta.

—¿Gusta?

Le limpió el pico y se la empinó; vino, vino caliente.

—No mucho, diga —dijo el Cuervo—; no mucho, que no va a alcanzar.

Fuentes devolvió la botella. Ahora tenía la boca llena de tierra. El Cuervo tomó un sorbo largo; el segundo, mucho más corto.

—Tomá, Antonio. —Se la alcanzó—. Con esto no curan en los hospitales. —Largó la carcajada—. Tomá despacio —recomendó.

El del banco se mostró abatido. Dijo: "Hasta mañana", se levantó y le deseó suerte a Fuentes, que había sido el único que contestó.

—Vamos, Antonio —insistió el Cuervo—. Levantá un poco la cabeza. Así te vas a chorrear.

La garganta del viejo gorgoteó como pileta que está acabando de desagotarse. El Cuervo le quitó la botella y, agitando la cerca del oído, controló lo que quedaba.

—Casi nada —dijo en un murmullo.

—¿Quién es ese mozo? —señaló Fuentes con la cabeza.

El Cuervo ni se volvió. El otro estaba cruzando por entre las mesas de la confitería de la plaza.

—Nos trae de comer —contestó—. Es ascensorista del Claridge.

—Nunca me gustó ese tipo —dijo el del sombrero. Seguía tal cual; ni se había movido para hablar—. No me gusta la gente que me ronda. Y ese parece puto.

—Le gusta meterse donde no lo llaman —admitió el Cuervo—. Pero ayuda; hoy trajo algunas cosas para comer y la botella. Nos saca del apuro.

El del sombrero gruñó.

—Una botella no alcanza para nada —dijo el Cuervo.

—Llévame, Cuervo —dijo el viejo—. No me dejés acá.

—¿Puedo dar una mano? —preguntó Fuentes.

El Cuervo hizo una mueca de disgusto.

—Anda por hacer macanas —contestó, molesto—. Pero de acá no se va a mover. Hombre viejo, carajo, y anda pensando como una muchachita preñada.

La hinchazón iba a terminar de aflojar el vendaje; por uno de los boquetes brillaba el pedazo de tobillo que asomaba.

—No aguanto, Cuervo.

—Va a pasar, viejo. Dormi y no jodas.

—¿Habrá algún camión? —dijo Fuentes.

El Cuervo se encogió de hombros.

—El viejo está desde temprano —dijo—. Salí ya el Mercedes de Benitez, Antonio?

—Se volvió. —Lo cargaron de mañanita.

El del sombrero se revolvió:

—Esta tardecita —contestó sin moverse, abriendo un poco los ojos—. Querían cruzar las Salinas con la noche. Vuelve pasado mañana.

—Llévame, Cuervo —insistió el viejo—. Yo no voy a decir nada.

—Llévalo, Cuervo —remedó el del sombrero, riéndose—. Si le pasa por arriba de la cabeza, seguro que ni va a chistar.

—Es lo que uno tendría que hacer —dijo el Cuervo—, así no jode más. Pero se va a curar; no puede seguir así. ¿Por qué no dormis, Antonio?

—Me duele, Cuervo.

Fuentes desató una de las puntas del mono y sacó la botella de grapa. Los ojos del Cuervo brillaron, dulcemente alegres.

—Eso sí que es bueno —dijo—. Antonio, mirá lo que tiene el amigo. Grapa, Antonio. Levantate.

Hicieron la primera ronda en silencio. La garganta del viejo no hizo tanto ruido como con el vino.

—Carajo, no dan ganas de moverse —dijo el Cuervo al pararse. Fuentes vio que era un hombre bajo y esmirriado y que enderezaba para lo oscuro, hacia donde estaban estacionados los dos Sxcania Vabis con chapa de Salta, donde se apoyó y empezó a orinar, creciendo el ruido del chorro y abriéndose de piernas. Por un momento pensó en ir y hacerle compañía, pero no se movió. Estaba bien ahí; el pasto conservaba cierto fresco y el calor tenía la virtud de amodorrarlo, de quitarle toda voluntad. Por eso tal vez el alarido no lo sobresaltó. Apenas si volvió la cabeza y vio que el otro todavía sonreía abajo del sombrero, manteniendo la botella sobre el pie vendado del viejo, que lloriqueaba como una criatura.

El Cuervo apareció como llovido del cielo.



—¿Qué le hiciste? —Lo agarró del cuello y empezó a zamarrearlo—. ¿Qué le hiciste, hijo de puta? —Estaba a punto de pegarle: por momentos, cedía la presión de la mano derecha—. Vas a volver de donde viniste, hijo de puta. ¿Qué le hiciste? —Empezó a soltarlo cuando vio que el otro trataba de alcanzar, tanteando, sin dejar de mirarlo, el mango que asomaba del bolsillo del saco, un poco más allá, también envuelto en papel de diario— ¡Animal! —dijo cuando lo soltó.

El del sombrero se acomodó la camisa, pero con cierta dignidad.

—Le va a hacer bien —comentó, serio—. Desinfesta.

El viejo gimoteaba lastimeramente, apenas. Por momentos ni se lo oía.

—¿Duele, viejo? —El Cuervo sacó un pedazo de trapo de uno de los bolsillos y se lo pasó por la boca y la frente—. No tengas miedo: ya va a pasar. Nosotros estamos con vos.

—Llévame, Cuervo. Me voy a dormir en seguida y no va a pasar nada. No me dejes seguir con esto. Llévame, Cuervo, por Dios.

—Dormí, Antonio, que es tarde. Mañana empiezan a joder temprano y no vas a poder pegar un ojo. ¿Oerés otro trago? —No esperó la respuesta; se dio vuelta y le quitó la botella al otro, de mal modo.

—No me hagás enojar, Cuervo —canturreó el del sombrero, echándose aún más sobre los ojos—. Vos me conocés —dijo. Tenía el saco sobre la falda y la mano derecha metida entremedio—. Yo no jodo, Cuervo. Me enojo y se acabó.

El Cuervo se inclinó sobre el viejo y le dio de tomar. Después se sentó y se la empujó. Una vez que hubo tomado, la depositó entre sus piernas, mirando para otro lado.

—Le conviene ir yendo para el lado del quilombo viejo, amigo —dijo, dirigiéndose a Fuentes—. Allí paran un rato unos vaqueros de Marcos Juárez después de ce-

nar. Son buena gente. Difícil que digan que no.

Fuentes notó que estaba traspirando otra vez. Unos gotones como sebo de vela derretido le rodaban desde la garganta, pecho abajo, cosquilleándole a la altura de la barriga.

—¿Ustedes se quedan? —dijo.

El Cuervo hamacó la cabeza:

—¡Mierda!, no sé a dónde vamos a ir —contestó—. Tenemos que cuidarlo hasta que se duerma. Quiere ir a acostarse abajo del carga que sale a la madrugada y es capaz de irse arrastrando como una víbora. El viejo está amargado por las cosas que le pasan.

Los oyó:

—Dame más, Cuervo —dijo el viejo, irguiéndose un poco—. No puedo cerrar los ojos.

—Esto te va a hacer dormir —dijo el Cuervo, alcanzándose la.

El viejo se la empujó hasta largar un quejido. Quedó con la boca abierta, jadeando.

—Pincha —dijo al rato—. Pincha mucho, Cuervo. Desde abajo hasta acá. —Se tocó la frente—. Es el calor, Cuervo.

—Dormí, Antonio —dijo el Cuervo—. A nosotros también nos jode el calor. ¿O por qué te creés que estamos despiertos? Mañana va ser otro día.

—Llévame, Cuervo —rogó—. No le voy a decir a nadie. ¿Quién se va a enterar?

El Cuervo volvió a empujarse la botella. Le dio dos sorbos cortitos y se la entregó a Fuentes.

—El quilombo viejo después de la barrera —indicó—. Dos cuerdas derecho, media a la izquierda. Es un zaguán con puerta de dos hojas, color verde. La mayoría de los camioneros paran ahí.

El otro, la cara tapada por el sombrero y la nuca apoyada en el banco, parecía dormir. Pero el brazo derecho seguía entre el saco, enterrado, como si fuera manco.

Amilcar G. Romero (1943). Nacido en Quilmes. Licenciado en Letras, ha ejercido en Chile y actualmente dicta literatura hispanoamericana en una universidad de China comunista. Su libro *Relatos*, editado en 1968, mereció ese año la única mención del Fondo Nacional de las Artes. Ha publicado también una novela: *Las fiestas*. Integra el comité de redacción de *El escarabajo de oro*.

crisis

SUSCRIPCIONES

Ejemplares atrasados: 7 pesos

Suscripciones República Argentina:

6 meses 36 pesos

1 año 72 pesos

Suscripciones exterior:

6 meses 6 dólares

1 año 12 dólares

Suscripciones exterior Vía Aérea

América:

6 meses 9 dólares

1 año 18 dólares

Europa:

6 meses 10 dólares

1 año 20 dólares

Cheques y giros a la orden de
Editorial del Noroeste S.A.I.C. e I.

mario szichman

el retorno del anciano fantasma

Faltaban veinte días para las elecciones municipales en Puerto Wilde y todas las encuestas nos ponían en segundo lugar. La acción popular oscilaba entre un treinta y dos y un treinta y cuatro coma cinco por ciento del total de votos, y nosotros, los de la Unión Vecinal, apenas si podíamos trepar el veintinueve por ciento.

Como en Puerto Wilde votan aproximadamente ocho mil personas, necesitábamos que se pasaran a nuestras filas unos quinientos electores.

Yo, Jaime Nogaró, era el jefe de la campaña de Unión Vecinal, y en la mañana de ese veintinueve de mayo en que se me encendió la lamparita, andaba un poco desesperado porque habíamos agotado todos los recursos del poder, y nuestro porcentaje no crecía. La reelección del intendente Ezequiel Rosales era cuestión de vida o muerte. Habíamos reclutado demasiados enemigos y con la pérdida de la intendencia perdíamos también a los veintitrés policías del destacamento de Villa Concepción que de noche nos cuidaban las espaldas. Además, era previsible que un nuevo gobierno municipal echaría a los jueces y a los empleados del catastro y empezarían las investigaciones. No es que hubiéramos hecho cosas malas. O por lo menos, no demasiadas cosas malas. Por ejemplo, nadie había metido la mano en la lata. Pero cuando se empieza a escarbar, siempre se encuentra mugre. Y el eslogan de visionario que le habíamos adjudicado a Rosales podía volverse contra nosotros. Ya algo de eso había insinuado el diario opositor "El Sol" al decir en un editorial que las profecías de nuestro intendente incluían la compra de terrenos en Las Charquitas, exactamente dos meses antes de iniciarse la construcción de un ramal ferroviario entre Villa Concepción y Puerto Wilde, que cruzaba por el medio las tierras de Rosales. Además, estaba la explosión de la fábrica de pirotecnia, el mismo día en que se apareció el fantasma. El dueño de la fábrica era Crisóstomo de Luca, presidente del Consejo Municipal. En el incendio había fallecido la chica Venanzi y el liquidador de seguros descubrió dos cosas: que la muerta no tenía óxido de carbono en los pulmones y que el permiso municipal estaba vencido.

Tuvimos que esperar a las primeras lluvias para votar una partida extraordinaria de socorro a las víctimas de la inundación. En el interín, unas dos semanas, el liquidador de seguros se encargó de informar en los tres bares de Puerto Wilde que si a un cadáver encontrado en un incendio le falta óxido de carbono en los pulmones, es porque estaba muerto de antes.

Respiramos tranquilos cuando canjeó el veinte por ciento de la partida extraordinaria por un informe donde el incendio de la fábrica aparecía como accidental. En cuanto al ochenta por ciento restante, fue el que nos dio tres puntos más en las encuestas. Las ciento cuarenta familias de Villa Concepción afectadas por las lluvias, estaban chochas con el subsidio de un gobierno comunal otorgado antes de una inundación de dos centímetros que les dio la mejor cosecha de la última década.

Bueno, la cuestión es que necesitábamos ganar otra vez las elecciones, y el tipo que descubriera alguna maniobra para dar vuelta la tortilla, tenía el porvenir asegurado. Al menos así lo había prometido De Luca.

Como lo venía haciendo todas las mañanas de los últimos seis meses, ese veintinueve de mayo hice una recorrida por el pueblo. Salí de la plaza en dirección a la playa y me recorri las ocho cuadras a tranco lento, subiendo y bajando las tarimas de madera de un metro de alto que servían de base a los negocios. Fui por la vereda izquierda y volví por la derecha y me detuve en cada negocio un rato largo, exagerando la vitalidad de nuestro partido, prometiendo el asfalto y la corriente eléctrica en no más de un año, preguntando por la salud de la patrona y por los chicos, ofreciendo cigarrillos y pastillas de goma y sintiendo en la piel de la nuca, la temperatura que irradiaban los cuerpos, su grado de amistad o encono. Terminé deprimido frente al restaurant de los griegos. Me dolía tener que amplificar mi amistad con la gente, amistad que por otra parte era real, y sentir de parte de ellos un recibimiento falsificado por partida doble: porque ellos sabían que sólo buscaba sus votos, y porque yo sabía que ellos sabían eso. Me di cuenta que me estaba empezando a fallar la cabeza cuando ví que sacudía en la mano una papafrita. En la mesa tenía una botella de vermut, una de biter, un sifón, y una bandeja de acrílico veteada de azul con divisiones, dónde había papafritas enroscadas que entre los dientes se doblaban como hule, caracoles y pedazos de pescado frito. Aunque sabía que Filipidis me miraba, no pude resistir la tentación de pinchar un pedazo de pescado con un escarbadiente y trazar en el aire un cuadrado para encerrar el edificio del hotel Escorial. Y ahí fue cuando me vino la inspiración. A medida que imaginaba variantes, el plan se iba enriqueciendo. Hay planes que empiezan a fallar apenas uno les aprieta un poco las clavijas, pero este resistía todas las pruebas y cualquier idea nueva lo hacía más sencillo.

Todo el malestar se me escurrió por la garganta como un llavero por un bolsillo roto, y pedí que me trajeran el menú y una botella de Caballero de las Cepas. Invité a mi mesa al abogado Reimundes, el director de "El Sol", un tipo amargado que se aprovechaba de los lentes bifocales para mirar con desprecio las manos de sus interlocutores y obligué al vino a que me soltara la lengua para hacer pronósticos sobre nuestra segura derrota. Reimundes estaba tan sorprendido que bajó la guardia y se sacó los lentes antes de disminuir los votos probables de la Acción Popular. Llegó un momento en que había tres botellas de Caballero de las Cepas sobre la mesa y nos peleábamos para ver quién era más condescendiente al opinar sobre el adversario.

Al final hice como que escribía en el aire con la mano derecha para avisarle al griego Filipidis que me anotara el almuerzo en la cuenta, me puse los lentes oscuros y enfilé tambaleando hacia el local del partido.

Adentro no había nadie. Me senté en mi escritorio, trencé las manos y dejé que sostuvieran la barbilla. **A ver a ver, pensé, tenemos tres datos. Uno, o primero y principal: el hotel.** Era una gigantesca mole de una cuadra de largo con trescientas veinte habitaciones, que nunca había sido puesto en funcionamiento. Construirlo en Puerto Wilde no tenía sentido. Cualquiera podía darse cuenta con sólo ver el pueblo. El hotel parecía pensado por un idiota que imaginaba convocar la misma gente que iba a Mar del Plata, solamente porque instalaba un edificio del tamaño del Provincial. Segundo, tenemos la del fantasma. La única leyenda con que podía congratularse el pueblo. A pesar de lo reciente del caso, los habitantes se habían encargado de envejecer la historia espolvoréandola con ese humo bajo de incensario que usan en las películas de terror. Y tercero estaba la curiosidad de los wildeanos. Nadie querría perderse la rentée del fantasma.

Saqué una hoja membretada del cajón central del escritorio y diagramé el plan en dos patadas. Después me entretuve en hacer firuletes en la hoja hasta que vino Atanasio Wilde, nuestro apoderado.

—Y ¿qué tal ese ánimo? —me saludó.

—¿Dónde estabas la vez que se apareció el fantasma? Despegó el traste de la silla, y apoyando las manos en el escritorio, fue olfateando el ambiente.

—Esnif, esnif, aquí se huele a curda.

—La curda me la agarré después de pensar en algo que va a salvarnos la vida. —¿El fantasma?

—Sí, y ahora contestame, ¿dónde estabas cuando se apareció el fantasma?

—En el mangrullo. Lo de los griegos. La mejor torre del pueblo. Vi a la hija de De Luca cuando salió corriendo del Escorial y vi como a la media hora el incendio de la fábrica. Lástima no haber tenido una cámara para filmarlo.

—¿Será cierto lo del fantasma?

—La piba parece centrada.

—¿Qué pasaría si vuelve el fantasma?

—En diez minutos tenés a todo el pueblo rodeando el hotel. Qué digo diez. En un minuto.

—¿Sabés guardar un secreto?

—Viejo, si no supiera, a estas horas estaríamos todos en cana.

—Bueno, un ratoncito me contó que el fantasma va a volver.

Al rato se apareció nuestro intendente con cara larga y tristonera, y otra vez tuvimos que hacer la comedia de festejarle los chistes con que prologaba las conversaciones sobre la campaña electoral. Pero justamente ese día Rosales estaba más deprimido que nunca y cuando nos quedamos solos, entró a hacerme reproches.

—No te gustaron mis chistes. Te reíste para chuparme las medias nada más.

—Le juro que no, Rosales.

—Antes festejabas mejor mis chistes.

—Usted solamente se fija en mis defectos. ¿Y el abrazo al entrar? Lo abracé bien fuerte y encima le palmeé el hombro para que viera lo entusiasmado que estaba.

—Podrías ser un poco más considerado. El chiste era para mí mucho más importante que el abrazo.

Le prometí que iba a portarme mejor y fui a la relojería de Venanzi para ultimar los preparativos.

Al principio no quería aceptar mi oferta. Descolgué un cuadro de la pared y me lo mostró. Aparecía en una foto usando gorra de visera. Tenía las mejillas pintadas con redondeles negros y las comisuras de los labios marcadas violentamente con un pincel y ofrecía una cadena a Luis Arata.

—¿Te parece que puedo olvidarme de esto? —Tampoco podía olvidarse de su hija. Me señaló una foto que tenía en su mesa de trabajo, aplastada por un vidrio. Yo veía la foto al revés pero ya me la conocía de memoria. Era el retrato de una nena gorda con dientes separados y peinada con raya al medio que apretaba un conejo de trapo con el brazo derecho. El único recuerdo de la muerta. De Venanzi se agarraba a esa foto como su hija se había agarrado del conejo, y esa imagen de la perfecta inocencia le taponaba las orejas para eludir los chimentos y los chistes verdes que habían murmurado de ella cuando se hizo señorita.

—¿Qué hubiera dicho ella de esto? ¿Te parece que puedo ofenderla disfrazándome de payaso? —Ya en la segunda frase se hizo el dramático y me alivió pensar que todo podía arreglarse con unos pesos. La relojería iba de mal en peor y en cualquier momento tendría que cerrar. Le firmé dos pagarés que lo librarán del alquiler del local por seis meses y agarró viaje.

La última semana de campaña, recorrí las casas de nuestros afiliados y les pedí que fueran a votar apenas abrieran las mesas.

—Eso me lo enseñaron en el cuartel —les dije— las cosas se hacen al pedo, pero temprano.

Entre tanto, De Luca consiguió que el horario de votación fuera de cuatro de la

tarde a ocho de la noche, y Jaske, el re-matador, contrató a una trup de luchadores que iba a debutar el domingo a la tarde.

De las cuatro a las cinco de la tarde del domingo, nuestros trescientos y pico de afiliados depositaron su voto. Hice una recorrida por las mesas y todos los fiscales se quejaban por el porcentaje muy chico de votantes.

—Hasta que no se termine la lucha —les decía— esto va a andar muy tranquilo. Los apurones van a ser después de las seis y media.

Terminé de chequear la última mesa que habían montado en un garage y me fui al club. Alcancé a ver la lucha entre el comisario Bill y el cacique Ojo de Aguila. El comisario usaba un antifaz como el del Llanero Solitario y luchaba con el sombrero puesto. Ojo de Aguila tenía toda la cabeza rapada y una coleta le salía de la coronilla. Había peleado ya una vez usando el nombre de Fu-Kian, el mandarin chino disfrazado con una salida de baño larga que simulaba un quimono y el antifaz que ahora usaba el comisario Bill. Con el rebusque de antifaces y caretas, según me contó Jaske, una trup de seis personas podía organizar un espectáculo de diez peleas.

En el momento en que Ojo de Aguila le hacía al comisario Bill un piquete de ojos y gesticulaba su maldad mirando con cara de loco a los espectadores que lo insultaban; hubo una aglomeración frente a la salida y un movimiento nervioso que abrió un surco hasta las primeras filas de platea.

—Se apareció otra vez el fantasma —me gritó Wilde ahuecando la voz entre las manos. Las conversaciones empezaron a subir de volumen, y la maldad de Ojo de Aguila se fue desinflando hasta que alineó las manos a la altura de las caderas y se quedó mirando el desbande de la gente.

Frente al Escorial, había fácil cinco mil personas. El fantasma podía reunir más gente que los dos partidos juntos en un mitin.

—Está adentro —me dijo la hija de De Luca. Tenía los ojos brillantes y una risita de resignación. La misma cara que debía ponerles a los muchachos del pueblo cuando le ofrecían ir a charlar a un lugar **Qué se yo, más tranquilo.**

—¿Es el mismo de la otra vez? —Le pregunté.

—No, este fantasma tiene cara de alguien conocido. —Le apreté el brazo con la mano derecha y me la llevé para el lado de la playa.

—¿No podés callarte? —Le pedí.

—Vi muchas porquerías, pero ésta es la mejor de todas. —Me dijo.

—Por favor, esto es cuestión de vida o muerte.

—Te estás poniendo dramático. ¿Te contagié Venanzi?

—¿Por qué no te vas a dar una vuelta y volvés después de las ocho?

—A los tipos hay que conocerlos con la soga al cuello. Cuando están encima tuyo, todos se parecen a Sandokán.

—Muy graciosa.

—Estás verde de miedo.

—No te voy a llevar la corriente. Si querés nos peleamos mañana. —Se me acercó, me pellizcó con rabia en la tetilla izquierda y se fue. Si hubiéramos estado solos le hubiera pegado una patada en el

traste, porque me hizo subir la mostaza a la cabeza. Dejé que el dolor se evaporara en las sienes a fuerza de latidos, imaginé que veía todo rojo y una pared de ladrillos y volví para el hotel. Como el rumor había salido de seis personas al mismo tiempo, cada uno preguntaba al de al lado por el fantasma. Si Venanzi no imaginaba algo, eso se terminaría con rapidez. Pero por suerte, Venanzi estaba inspirado. Mientras el cielo se ponía del color de los edificios y los contornos del hotel empezaban a ser más imaginados que vistos, un fogonazo se encendió en el tercer piso. Fue como si el viejo hubiera hecho shhh poniéndose un dedo delante de la boca. Primero se apagaron las conversaciones y después, la gente gritó a coro: "Ahi". Dos minutos después, otro fogonazo se prendió en el cuarto piso, y esta vez, a través de uno de los ventanales se pudo ver una tela flotando. Miré el reloj: Eran las siete y cuarto. Cuarenta y cinco minutos más con todo el pueblo frente al hotel, y ganábamos las elecciones por varios cuerpos. Cuando volví a mirar el reloj eran las siete y veinticinco, y Rosales estaba temblando al lado mío.

—Esta bien, me jodiste —reconoció— pero a vos también te voy a reventar.

—Oiga Rosales, ¿qué pasa? —Le pregunté. Empezaba a asustarme.

—Yo te voy a reventar. Como que hay Dios. —Pidió permiso a los policías que trababan la entrada al hotel y se metió por la puerta principal. Al rato apareció en el balcón del primer piso arrastrando de la mano al viejo Venanzi. Evidentemente, el viejo había usado las técnicas de maquillaje de la vieja escuela. Grandes manchas de lapiz labial en las mejillas, las cejas y las comisuras pintadas con corcho quemado, y una sábana tomasolada con pintura.

ARGENTINA INEDITA

"Explorar la patria
en todas sus dimensiones"

APARECIO N° 3

Publicación periódica
dedicada al análisis
y divulgación
de los problemas
de la realidad nacional

Director:

Andrés López Acotto

Pídala en librerías
y kioscos del centro

Suscripciones y ejemplares
atrasados, solicítelos en:

Av. Belgrano 3175

Tel. 93-2903

Plus Ultra presenta las obras de Raul Scalabrini Ortiz.

POLITICA BRITANICA EN EL RIO DE LA PLATA

Los estudios que integran este volumen son resultado de las profundas investigaciones del autor sobre los problemas político-económicos de nuestro país. \$ 42.-

HISTORIA DE LOS FERRO- CARRILES ARGENTINOS

Las consecuencias de la política ferroviaria mantenida implacablemente durante más de ochenta años y la denuncia, tras un minucioso análisis, de cómo el ferrocarril fue el mecanismo esencial de la explotación y del imperialismo económico. \$ 42.-

YRIGOYEN Y PERON

Una obra de gran vigencia que satisface una inquietud política actual. \$ 21,50

EL HOMBRE QUE ESTA SO- LO Y ESPERA

El hombre argentino. "combinación química de las razas que alimentan su nacimiento" surge de la palabra poética de Scalabrini. \$ 15.-

LA MANGA

A través de estos cuentos Scalabrini medita sobre el hombre cósmico, a la vez individual y solitario, pero inmerso irremediablemente en un todo organizado y teleológico. ... \$ 15.-

TIERRA SIN NADA TIERRA DE PROFETAS

Un hombre partió desde el comienzo de su vida en busca de una creencia. En ella se cifraría el atrevimiento del ser potente que se yergue y que lo elige todo. Y eligió la tierra sin nada, donde será profeta hasta de su propia creencia. \$ 15.-

BASES PARA LA RECON- STRUCCION NACIONAL

Puntos de partida para una apreciación de la situación económica y social de la Argentina y la demostración de cómo detrás de una soberanía puramente nominal se debate a veces, un país sometido a los imperios financieros del mundo. \$ 75.-



VIAMONTE 1755
TE. 44-6788/6694/6605
BUENOS AIRES

Rosales se paró frente al viejo como para retarlo, y de repente, se arrojó y dijo:

—Perdóneme Venanzi, perdóneme por lo de su chica.

—Yo no quería... soplaban un poco de viento y no se escucharon las palabras siguientes.

—Más fuerte —gritaron del público.

—Yo no quería hacerlo —gritó Venanzi mirando a Rosales, y después volvió a gritar: Yo no quería hacerlo— mirándonos a nosotros —Nogaró fue el que me chantajeó.

—Ese está loco —dije a los que me apretujaban contra la verja.

—Perdóneme Venanzi —gritó Rosales hacia nosotros— Yo la quería mucho a su hija. Me enloquecí —enfocó su boca contra Venanzi.— Me enloquecí.

Y entonces largó todo el rollo. El había matado a la hija de Venanzi. Se había citado con la chica en el hotel, como lo hacían desde enero, y ella le dijo que estaba metida con Wilde y que lo iba a largar.

—Me enloquecí —volvió a gritar Rosales— y la maté. —Cuando iba a sacar el cuerpo de la chica, se apareció la hija de De Luca, así que gritó como un lobo y sacudió su campera. Después llevó el cadáver a la fábrica de pirotecnia y le prendió fuego

—Haga de mí lo que quiera —dijo al final a Venanzi poniendo los brazos en cruz. Venanzi lo agarró del brazo y se alejaron del balcón. Los dos reaparecieron en la azotea.

—Don Venanzi quiere que me suicide y yo le voy a hacer caso —informó Rosales y se largó para abajo, flotando en cámara lenta como uno de esos muñecos que usan en las películas para simular la caída de un cuerpo.

Al otro día, de madrugada, subí al tren que me trasladaría a Bahía Blanca. El diario "El Sol" daba en primera la muerte de Rosales. En un editorial, Reimundes decía que el caso significaba "el certificado de defunción para todo un estilo político". En la última página, informaba del triunfo de nuestro partido por 432 votos sobre 241 de Acción Popular. Había 8 votos impugnados y 2 en blanco.

mario szichman (1945). Porteño, nacido en el barrio de Liniers. Narrador, periodista y crítico. Hasta la fecha ha publicado tres novelas: *Crónica falsa*, con la que obtuvo mención en el Concurso de Casa de las Américas 1969; *Los judíos del Mar Dulce* (1971) y *Verdadera crónica falsa* (1972). Su obra más reciente es *La tierra de Carper*, de próxima aparición.



1-422 ¿No lo conoce a Juan?
LOS OLIMAREÑOS



MUSICA EN SERIO

es la única frase con la que
podemos definir la tarea
de estos auténticos
creadores

SE-434
Imágenes-ATILIO STAMPONE



1-418-ZITARROSA en la Argentina



en Microfon,
por
supuesto!

Los Ultimos Libros de **CIENCIA NUEVA**



Editorial CIENCIA NUEVA: Av. Roque S. Peña 825 / 9º / Of. 93 / Tel. 45-7175 / Bs. As.

CUESTIONARIO

la actualidad política analizada
dirige: rodolfo h. terragno

CUESTIONARIO

EL 6 DE FEBRERO APARECE EL N° 10

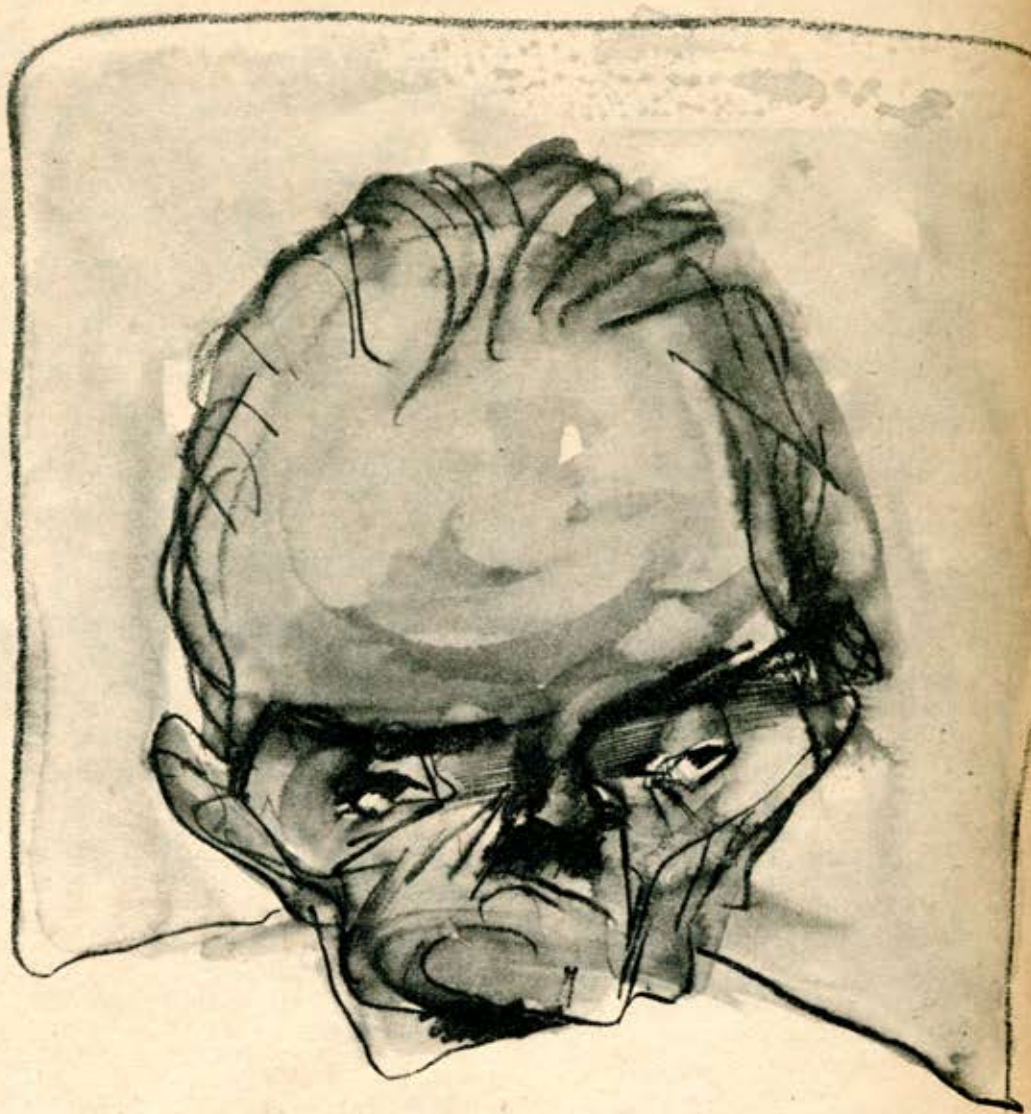
En todos los quioscos: \$ 4,00

josé maría arguedas

el mito de inkarri

"Diosninchikqa separawmi", dice categóricamente don Mateo Garriaso, el más sabio viejo de Puquio, de la comunidad de Chaupi. "Nuestro Dios (el católico) es separado". Con los mismos términos, el auki* de Chaupi afirmó que el Cóndor es Wamani, pero "payqa reparawmi" (él es separado) "Mannan Metekuncho" (no se mete). Es decir que es un Wamani no Dios, no tiene influencia, no se mete en las cosas de los hombres.

Nuestro Dios católico es separado. El es el primer Dios, está por encima de todo. Don Mateo Garriaso se quitaba el sombrero cada vez que pronunciaba su nombre. Pero es "Separado". Don Viviano Wuamancha afirma, también categóricamente: "Nuestro Dios (el católico) creó la nube, la lluvia; nosotros las recibimos como una bendición suya. Y de nuestros padres, los wamanis, recibimos el agua, porque así Dios lo ha convenido y mandado". Sin embargo, la lluvia y los rayos son obra del Amaru, según don Mateo Garriaso. "Parata, rayuta chupallanwanmi Amaru choqamun. Manan amaruga machaqwalychu; kay allqo kaqlam, misi kaqlam. Parataqa hispakunmi; chupanwan chapchln" (La lluvia y el rayo, con su solo rabo arroja el Amaru. El Amaru no es serpiente; es solamente como un gato, como un perro. Él orina la lluvia y la esparce con su rabo). Luego de reflexionar un instante dijo: "Santiagupa, San Filipipa castigunmi rayuga, animalpapas, runapapas. Yuraq caballupi purispam kananaramun Taytacha Santiago, San Felipe". (El rayo es el castigo de Santiago y de San Felipe, para los animales como para el hombre. Caminando sobre un caballo



blanco, lanza el trueno, Santiago, San Felipe).

Recogimos tres versiones del mito de Inkarri. Insertamos la traducción de los textos quechuas. Nuestros informantes fueron los cabecillas, mayores cabildos (hombres respetables por su edad o buen juicio), de los ayllus de Chaupi y Qollana. De Chaupi, don Viviano Wamancha y Don Mateo Garriaso; de Qollana, don Nieves Quispe.

1 - versión de mateo garriaso

Dicen que Inkarri fue hijo de mujer salvaje. Su padre dicen que fue el Padre Sol. Aquella mujer salvaje parió a Inkarri que fue engendrado por el Padre Sol.

El Rey Inka tuvo tres mujeres.

La obra del Inka está en Aquñu. En la pampa de Qellqata está hirviendo, el vino, la chicha y el aguardiente.

* Nombre del espíritu de las montañas y del sacerdote que lo representa en la comunidad y, que al mismo tiempo, representa a la comunidad durante la fiesta del agua.

arguedas

Inkarri arrió a las piedras con un azote, ordenándolas. Después fundó una ciudad. Dicen que Oellqata pudo haber sido el Cuzco.

Bueno. Después de cuanto he dicho, Inkarri encerró al viento en el Osqonta^{***} el grande. Y en el Osqonta pequeño amarró al Padre Sol, para que durara el tiempo, para que durara el día. A fin de que Inkarri pudiera hacer lo que tenía que hacer.

Después, cuando hubo amarrado al viento, arrojó una barreta de oro desde la cima de Osqonta, el grande. "Si podrá haber el Cuzco", diciendo. No cupo en la pampa de Oellqata. La barreta se lanzó hacia adentro, "No quepo", diciendo. Se mudó hasta donde está el Cuzco.

¿Cuál será tan lejana distancia? Los de la generación viviente no lo sabemos. La antigua generación, anterior a Atahualpa, la conocía.

El Inka de los españoles apreso a Inkarri, su igual. No sabemos donde.

Dicen que sólo la cabeza de Inkarri existe. Desde la cabeza está creciendo hacia adentro; dicen que está creciendo hacia los pies.

Entonces volverá, Inkarri, cuando esté completo su cuerpo. No ha regresado hasta ahora. Ha de volver a nosotros, si Dios da su asentimiento. Pero no sabemos, dicen, si Dios ha de convenir en que vuelva.

2 - versión de viviano wamancha

Los Wamanis existen, propiamente (como ser y como cosa original, nuestra). Ellos fueron puestos (creados) por el antiguo Señor, por Inkarri.

El Wamani es, pues, nuestro segundo Dios.

Todas las montañas tienen Wamani. En todas las montañas está el Wamani.

El Wamani da los pastos para nuestros animales y para nosotros su vena, el agua. Nuestro Dios puso (creo) la nube, la lluvia; nosotros lo recibimos como una bendición suya. Y de nuestros padres, los Wamanis, recibimos el Aaguay unu, porque así Dios lo ha convenido y mandado. Pero, todo (lo que existe) fue puesto (creado) por nuestro antiguo Inkarri. El creó todo lo que existe.

Entonces, cuando él trabajaba, le dijo a su padre el sol: "Espérame". Y con unas cinchas de hierro amarró al sol, en Osqonta, en la montaña, junto a Wanakupampa.

Y el padre de Inkarri fue el sol. Inkarri tiene abundante oro.

Dicen que ahora está en el Cuzco.

Ignoramos quien lo habría llevado al Cuzco. Dicen que llevaron su cabeza, sólo su cabeza. Y así, dicen, que su cabellera está creciendo; su cuerpecito está creciendo hacia abajo. Cuando se haya reconstituido, habrá de realizarse, quizá, el Juicio.

Cuando iba a morir Inkarri, "Oy plata y oro!" diciendo en toda la tierra desapareció la plata. "Ocultaos, en los siete estados, oro y plata", dicen que ordenó Inkarri.

No sabemos quien lo mató, quizá el español lo mató. Y su cabeza la llevo al Cuzco.

CON VISTA CORTA LE LACAVESAA ATA GVALDAMGA VMATA CVCHV



muerto atahualpa
esta ciudad de hoy es mara

jeoomo

Le cortan la cabeza al Inca Atahualpa

Y por eso, los pájaros, en la costa, cantan: "En el Cuzco el rey", "al Cuzco id" están cantando.

3 - versión de nieves quispe

Inkarri, él, dicen, tuvo la potencia, de hacer y de desear.

No sé de quién sería hijo. Quizá del Padre Sol.

Como era el segundo Dios podía mandar.

En la pampa de Oellqata está hirviendo, aguardiente, vino, chicha. Obra de Inkarri.

La pampa de Oellqata pudo haber sido el Cuzco. Desde el Osqonta, Inkarri arrojó una barreta hasta el Cuzco. Por encima de la pampa pasó, ensombreciéndola. No se detuvo. Llegó hasta el Cuzco. ¿Dónde estará el Cuzco? No lo sé.

Inkarri arrojaba las piedras, también. En las piedras también hundía los pies, como sobre barro, ciertamente. A las piedras, al viento, él les ordenaba. Tuvo poder sobre todas las cosas.

Fue un hombre excelente. Fue un joven excelente. No lo conozco.

No es posible que ahora viva. Dicen que su cabeza está en Lima. ¡Cuánto, cuánto, cuánto habrá padecido! No sé nada de su muerte. Ya su ley no se cumple. Como ha muerto, ni su ley se cumple ni se conoce.

Debe haber sido nuestro Diosito quien lo hizo olvidar. ¡Qué será! Yo no lo sé. Pero, ahora, el agua, los naturales, y todas las cosas se hacen tal como Dios conviene que se hagan.

Está claro en Oellqata, la chicha hirviendo, el vino hirviendo, el aguardiente hirviendo. Obra de Inkarri.

La religión católica practicada por los indios es separada (*separaumi*) de la religión local, cumple una función diferente.

El primer Dios es Inkarri, como aparece en el texto de la información de Viviano Wamancha. Los Wamanis fueron creados por el antiguo Señor (Dios) Inkarri, y son los segundos dioses. Inkarri es el primero. "Wamanikunaga segundo diosninchikmi, riki" (Los Wamanis son, pues, nuestros segundos dioses). Sin em-

bargo, Don Nieves Quispe afirma: "Según Dios kaspá Inkarrí madakuyta karga (Como era el segundo Dios, Inkarrí podía mandar). Segundo Dios con respecto al Dios católico, pero primer Dios, creador de los Wamanis y de todas las cosas, entre los dioses indígenas.

A Inkarrí no lo conciben como Dios pudente sino latente. Cuando a Don Mateo Gariaso se le preguntó, luego de haberse recogido el texto del mito, si Inkarrí creó el mundo, contestó, quitándose el sombrero y con evidente turbación: "Diosninchikmi mundutaqa ruwarqa, Diosninchikmi, taytay" (Fue nuestro Dios el católico— quien creó el mundo, fue nuestro Dios). No se le hizo la pregunta a don Viviano Wamancha. Al Sulka (menor) Auki de Chaupi se le planteó la misma cuestión, aunque de manera indirecta, en la entrevista grabada, después de haberse recogido el himno cuyo texto publicamos más adelante. Se le preguntó qué relación había entre los wamanis y el Dios católico. La entrevista se realizó, desgraciadamente, delante de muchos testigos mistis. El Sulka Auki se demudó y, con semblante en que se reflejaba el desconcierto, dijo: "Manan, taytay, manan; chaytaga equivocaronim" (No, señor, no; me he equivocado en eso). El Auki acababa de afirmar que los Wamanis eran los protectores de la vida de los hombres y de los animales. El Sulka Auki se negó a contestar toda pregunta y permaneció mudo. El Hatun (Grande) Auki que estaba algo ebrio, aceptó continuar la conversación.

Con un método que alguien podría considerar como destinado a encubrir lo principal, pero que corresponde a la lógica original del pensamiento del indio puquiano y probablemente del indio peruano, los tres informantes muestran a Inkarrí como el Dios creador. "Pero, Iliuga (todo) —dice Don Viviano— fue puesto en la antigüedad por nuestro Inkarrí. Él había puesto (creado) todo lo que existe". Don Mateo fue menos explícito; dice que Inkarrí amarró al Sol en la cima menor del Osqonta, para que duraran el tiempo y el día, a fin de que Inkarrí pudiera hacer lo que tenía que hacer. El mismo concepto aparece en la información de Don Viviano: "Entonces, cuando él trabajaba (Inkarrí), le dijo a su padre el Sol: "Espérame". Y con unos cinchos de hierro amarró al Sol en Osqonta..." Don Nieves afirma que tuvo poder sobre todas las cosas y que fue "Munayniyoq", es decir, quien deseaba, en virtud de que lo que deseaba se hacía.

Los tres informantes hablan de Inkarrí como de un Dios decapitado, sufriente, que ha de volver... Don Nieves, el más joven y combativo de nuestros informantes, hombre de Oollana, dijo con vehemencia: "Maytas, maytas, maytas paderca (¡Cuánto, cuánto, cuánto habrá padecido!). Y luego de haber afirmado que los mistis morirían sin el auxilio de los indios, y que sería de desear que el Gobierno dispusiera que cada clase —indios y mestizos— dependieran de sí mismos y fueran "separados", porque en Oollana los indios eran cruelmente tratados, dijo al narrar el mito de Inkarrí: "Ya su ley no se cumple. Como ha muerto, ni su ley se cumple ni se conoce..."... todas las cosas se hacen (ahora) tal como Dios conviene que se hagan". Y si bien no se refirió a la vuelta de Inkarrí, dijo con

energía: "Clarun kachkan Oellqatapi..." (Está claro en Oellqata, la chicha hirviente, el aguardiente hirviente, el vino hirviente. ¡Obra de Inkarrí!).

Don Viviano habló con ternura "del cuerpieto de Inkarrí que se está reconstruyendo". Y serenamente se refirió, no con significación de amenaza, sino casi de temor por los que pagarían cuentas: "Pay qespiqtinqa, juisiupas kanqachá". (Cuando él se haya reconstituido deberá realizarse, quizá el juicio). Y que es considerado como un Dios latente queda explícitamente anotado en la referencia de Don Viviano al canto de los pájaros de la costa: "¡En el Cuzco el rey, al Cuzco id...!", están cantando. Y en la afirmación de que el cuerpo del Dios está en proceso de reconstitución, de la cabeza —inmortal— hacia los pies, y dentro de la tierra, no a la luz en la que podría ser descubierto.

Nos sorprendió el hallazgo de ese mito. Fue el Prof. Roel Pineda quien lo descubrió, por haber participado en la misión al pueblo de Oero, de la Provincia de Paucartambo, que se realizó bajo la dirección de Oscar Núñez del Prado y con el apoyo económico de "La Prensa", de Lima. En Oero también fue descubierto



El encomendero hace ahorcar al cacique principal don Juan Cayanchire y se alegra de su acción.

el mito del Inkarrí, con motivos semejantes al hallado en Puquio, según Roel Pineda.

El mito y el Dios dan una explicación necesaria acerca del origen del universo y del hombre y de la historia y situación del indio puquiano, y de su destino final, hasta la iniciación del actual proceso revolucionario de cambio.

El mito de Inkarrí aparece en Puquio, hasta donde nos fue posible investigar, como patrimonio exclusivo de algunos ancianos, ni siquiera de todos. Los jóvenes lo ignoran; los hombres maduros, entre 40 a 50 años de edad, que se han convertido en personas influyentes, "cabeceillas" de los ayllus, lo ignoran también o conocen sólo pasajes incoherentes o mezclados con la leyenda de la aparición del Niño Jesús de Praga, en Puquio. Don N.N., de Pichqachuri, cabeceilla desde hace quince años, licenciado del ejército y comunero con mucha ascendencia en el Cabildo, nos dijo que Inkarrí lanzó una barreta de oro de la cima del Osqonta, que la barreta cayó en Oollpapampa, lugar donde se fundó la primitiva ciudad de Puquio, y que, luego, un niño indio que pastaba ovejas en la loma donde está la ciudad actual descubrió al Niño Jesús, "un niño «misti» que venía a jugar con él diariamente". El Niño fue atrapado por los padres del pastor y la ciudad tuvo que ser trasladada de la pampa al sitio donde el pastor solía jugar con el Niño Jesús de Praga.

Consideramos que al cabo de pocos años los últimos depositarios del mito habrán, muy probablemente, desaparecido. La economía y la cultura del indio puquiano están siendo removidas en sus bases. Los indios analfabetos de poca fortuna son aún tratados con el menosprecio tradicional, que viene desde la Colonia, por las autoridades, por los mistis y buena parte de los mestizos, pero los indios "acomodados" han construido casas nuevas, han enriquecido su equipo personal de manera creciente, hasta convertir sus casas en viviendas donde se dispone de los mismos elementos de comodidad (muebles, vajilla, etc.), que los mestizos. Los comuneros han construido locales escolares en los barrios y, en los cuatro ayllus, existe, como ya dijimos, el propósito confeso de convertir a las últimas generaciones en mestizos, no en "mistis".

Don Nieves Quispe, hablando con exaltación, afirmó que deseaba que todos los hijos de los naturales, como suelen llamarse los indios a sí mismos, pues jamás se denominan indios, se convirtieran en mestizos, a fin de que las autoridades oficiales y la directiva de la Comunidad fuera ejercida por ellos, por los mestizos hijos de indios, y no siguiera siendo patrimonio exclusivo de los mestizos de casta antigua. "Naturalpa churin mestisupa mainpi, allin autoridar kanga" (En las manos de los mestizos, hijos, de naturales, la autoridad será excelente). Esta posibilidad se advierte como inminente en Puquio.

** Vestidos ceremoniales o lugar donde se realizan ceremonias, según Holguín. La pampa de Oellqata es una meseta, a 4,000 m. de altura; se encuentra a unos 30 Km. de Puquio. Todos aseguran que en la pampa existe un manantial hirviente de aguas termales.

*** Montaña, al E. de Puquio. Se asegura que existen ruinas en la cima.

entre el kechwa y el cas

Vallejo marca el comienzo de la diferenciación de la poesía de la costa y de la sierra en el Perú. Porque en Vallejo empieza la etapa tremenda en que el hombre del Ande siente el conflicto entre su mundo interior y el castellano como su idioma. El cambio violento que hay entre "Los Heraldos negros" y "Trilce" es principalmente la expresión de ese problema. Ya José Bergamín lo dijo; observó que el estilo oscuro de "Trilce" es consecuencia de la lucha entre el alma del poeta y el idioma. Aunque Bergamín no conoce la causa íntima de este conflicto. Nosotros lo sabemos. Y este conflicto explica, además, el retraso de nuestra poesía de tema y de inspiración mestiza.

El kechwa es la expresión legítima del hombre de esta tierra, del hombre como criatura de este paisaje y de esta luz. Con el kechwa se habla en forma profunda, se describe y se dice el alma de esta luz y de este campo, como belleza y como residencia.

Pero vino otra gente con otro idioma, otro idioma expresión de otra raza y de otro paisaje. Con ese idioma hicieron, tanto tiempo, mala literatura, los hombres nacidos en este lado del Perú. La armonía entre el hombre de la costa y este idioma se logra en un proceso de cuatro siglos. Y se logra pronto, porque el yunga era de menor resistencia cultural que el kechwa; porque el paisaje de la costa es de menos influencia sobre el hombre que este mundo del Ande y sus hombres son más independientes de la tierra; y porque el empuje del español y de Occidente fue más violento y continuo en la costa. Al cabo de cuatro siglos, Eguren y Westphalen hablan el castellano, como el francés su francés y el hispano su español.

En nosotros, la gente del Ande, hace pocos años ha empezado el conflicto del idioma, como real y expreso en nuestra literatura; desde Vallejo hasta el último poeta del Ande. El mismo conflicto que sintiera, aunque en forma más ruda, Huamán Poma de Ayala. Si hablamos en castellano puro, no decimos ni del paisaje ni de nuestro mundo interior; porque el mestizo no ha logrado todavía dominar el castellano como su idioma y el kechwa es aún su medio

legítimo de expresión. Pero si escribimos en kechwa hacemos literatura estrecha y condenada al olvido.

Y permítanme aquí que me refiera a mi propio problema que es, seguramente, un ejemplo tipo. Cuando empecé a escribir, relatando la vida de mi pueblo, sentí en forma angustiante que el castellano no me servía bien. No me servía bien ni para hablar del cielo y de la lluvia de mi tierra, ni mucho menos para hablar de la ternura que sentíamos por el agua de nuestras acequias, por los árboles de nuestras quebradas, ni menos aun para decir con toda la exigencia del alma nuestros odios y nuestros amores de hombre. Porque habiéndose producido en mi interior la victoria de lo indio, como raza y como paisaje, mi sed y mi dicha lo decía fuerte y hondo en kechwa. Y de ahí ese estilo de "Agua", del que un cronista decía en voz baja y con cierto menosprecio, que no era ni kechwa ni castellano, sino una mistura. Es cierto, pero sólo así, con ese idioma, he hecho saber bien a otros pueblos, del alma de mi pueblo y de mi tierra. Mistura también, y mucho más, es el estilo de Huamán Poma de Ayala; pero si alguien quiere conocer el genio y la vida del pueblo indio de la Coionia, tiene que recurrir a él.

Esa mistura tiene un signo: El hombre del Ande no ha logrado el equilibrio entre su necesidad de expresión integral y el castellano como su idioma obligado. Y hay, ahora, una ansia, una especie de desesperación en el mestizo por dominar este idioma.

De la mala y advenediza literatura en castellano que hasta hace poco se ha hecho en la sierra no se puede deducir en forma concluyente que el castellano no es idioma apropiado para la expresión del mestizo. Hasta los primeros años de este siglo hicieron literatura aquí sólo gente desarraigada de nuestro suelo, gentes que no sentían nuestro paisaje y que vivían en un tremendo aislamiento de las inquietudes y del alma de nuestro pueblo. Y de ahí la pobreza y la intrascendencia de esa literatura.

Pero hoy que el hombre auténtico de esta tierra siente la necesidad de expresarse y de expresarse en un idioma que ha hablado

ángel rama

josé maría ar

"Yo no soy un aculturado: yo soy un peruano que orgullosamente, como un demonio feliz, habla en cristiano y en indio, en español y en quechua" prorrumpía jubiloso José María Arguedas al recibir en 1968 el premio Inca Garcilaso de la Vega. Y ésta era su gloria y ésta fue su cruz, ésta la raíz de un arte impar en América Latina.

Más que dos razas, dos culturas vivían separadas por un muro que piedra sobre piedra levantaron los conquistadores y sus descendientes de la República para cercar y ahogar a una alta cultura, transformándola en sus harapos, en sus desperdicios. Pero, como en ese texto dijo Arguedas, "a mí me echaron por encima de ese muro, un tiempo, cuando era niño: me lanzaron a esa morada donde la ternura es más intensa que el odio y donde, por eso mismo, el odio no es perturbador sino fuego que impulsa".

Una de esas insólitas jugadas del destino, cuando parece que se le mezclan las barajas a los dioses de las vidas humanas: un niño maltratado por sus parientes, hostigado por una madrastra de

cuento, un niño solo en un pueblo de la serranía peruana, con su padre distante, huye un día de esa casa enemiga buscando poner fin a su dolor y desconsuelo, pidiendo la muerte entre lágrimas y se topa con la vida. Los indios de un paupérrimo "ayllu" lo reciben, le dan casa y alimento, lo alojan como a un hijo, pero más que nada le enseñan la ternura, ponen dentro de él un fuego que será inextinguible. Es ésta una historia mítica que atraviesa todos los tiempos de Occidente bajo la fórmula del "niño raptado" y que Europa consignó a la cuenta de sus bárbaros irreductibles, los gitanos. No implicaba perder a un niño (¿eran tantos los que se perdían en tales civilizadas sociedades!) sino aceptar una rajadura dentro de la esfera cerrada de una cultura, permitir que se abriera una puerta a la "otredad" de la cual se defendían rabiosamente porque ella podía poner en entredicho todos los valores que los sustentaban. Por eso no ha habido ninguna fórmula tan drásticamente inválida de la cultura occidental como la de Rimbaud y por algo él es eje sobre

quien rota la contemporaneidad: "*Je suis l'Autre*".

No podía prever don Felipe Maywa, el viejo indio del "ayllu", que ese niño retornaría al mundo de los blancos, de los *mistas*, de los dominadores, de los poderosos, al mundo de la cultura occidental y cristiana, como "el otro", o sea el que ha entrado y se ha formado en otra cultura, ha descubierto que la originaria suya no es la única y por lo tanto no es obligadamente la mejor, que es posible revisarla y comprender que esos supuestos "esenciales" de que se precia no son sino operaciones convencionales para levantar un edificio, pues se ha adquirido otra mirada, otro sistema de valores. Con este *otro*, la cultura quechua, que hasta quedaba desapercibida bajo la urgencia rebelde de José Carlos Mariátegui, vuelve a hablar luego de siglos de silencio, emprendiendo una de las tareas trans-culturadoras más empinadas que conocamos en la historia de América.

Cuando en 1935 Arguedas publica su primer libro de cuentos, *Agua*, ya se ha fijado el plan del que no habrá de apar-

castellano / la angustia del mestizo

poco, se ha visto ante esta angustiante realidad: el castellano aprendido a viva fuerza, escuela, colegio o universidad, no le sirve bien para decir en forma plena y profunda su alma o el paisaje del mundo donde creció. Y el kechwa, que es todavía su idioma genuino, con el que habla en la medida de sus inquietudes y con el que describe su pueblo y su tierra hasta colmar su más honda necesidad de expresión, es idioma sin prestancia y sin valor universal.

De aquí nace el ansia actual del mestizo por dominar el castellano. Pero cuando lo haya logrado, cuando pueda hablar y hacer literatura en castellano con la absoluta propiedad con que ahora se expresa en kechwa, ese castellano ya no será el castellano de hoy, de una insignificante y apenas cuantitativa influencia kechwa, sino que habrá en él mucho del genio y quizá de la íntima sintaxis kechwa. Porque el kechwa, expresión legítima del hombre de esta tierra, del hombre como criatura de este paisaje y de esta luz, vive en el mestizo como parte misma, y esencial, de su ser y de su genio.

Esta ansia de dominar el castellano llevará al mestizo hasta la posesión entera del idioma. Y su reacción sobre el castellano ha de ser porque nunca cesará de adaptar el castellano a su profunda necesidad de expresarse en forma absoluta, es decir, de traducir hasta la última exigencia de su alma, en la que lo indio es mando y raíz.

¿Y por qué recién brota en la literatura, por qué recién se ve en sus frutos este tropezarse del mestizo con el castellano como su idioma?

En casi todo el período republicano se mantuvo al mestizo en la misma condición de inferioridad y de silencio que tuvo durante la Colonia. Es por esta causa que ni en la literatura de la Colonia ni en la de los primeros tiempos de la república se encuentra ninguna obra de verdadero valor como expresión del pueblo andino y del paisaje en que vive. Ya me referí a esta cuestión en otra parte de mi artículo. Pero los mestizos siguieron aumentando

en número y en cultura, y llegaron a ser el pueblo, mayoría en el Ande del Perú como ciudadanos y como espíritu. Y no pudo dominar Occidente a este mestizo porque su profunda entraña india lo defendió. Y siguió y sigue pugnando por crearse una propia personalidad cultural.

Al mismo tiempo que el mestizo conquistaba el dominio espiritual del pueblo andino, se definía en su alma la lucha entre lo indio y lo español, que empezó con el primer mestizo. Lo indio es ya dominio en la psicología del mestizo peruano; ha ganado la contienda porque le ayudaron todo este mundo del Ande: la tierra, el aire, la luz; y este gran pueblo indio que es aún el sesenta por ciento del ambiente humano del Perú. Y por eso, porque en el espíritu del mestizo es ya más lo indio que lo español, el castellano puro no puede ser su idioma legítimo.

Esta realidad social y humana que he descrito no podía dejar de tener su expresión en la literatura. Dominio como número y como espíritu, la literatura que se hace en el Ande del Perú es literatura mestiza. Y en toda esa literatura se siente la angustia del mestizo, su ansia por un medio legítimo de expresión. Y esa ansia, esa angustia tiene la culpa de que casi toda esta literatura sea aún de escaso valor. Y la obra de algún mérito que aquí se ha escrito es de aquellos que han hablado en castellano influenciado ya por el kechwa.

Estamos asistiendo aquí a la agonía del castellano como espíritu y como idioma puro e intocado. Lo observo y lo siento todos los días en mi clase de castellano del colegio Mateo Pumacahua, de Canchis. Mis alumnos mestizos, en cuya alma lo indio es dominio, fuerzan el castellano, y en la morfología íntima de ese castellano que hablan y escriben, en su sintaxis destrozada, reconozco el genio del kechwa.

(Escrito para "La Prensa" de Buenos Aires, desde Sicuani, Perú, en 1939.)

Arguedas, el otro a berta y darcy ribeiro

tarse, haciendo de la literatura un servicio civil infinitamente más fundado que la trivial literatura comprometida de los núcleos radicales, y que consiste en redescubrir el verdadero rostro de un pueblo y restablecer la dignidad de sus valores culturales: "¡Describir la vida de aquella aldea, describirla de tal modo que su palpación no fuera olvidada jamás, que golpeará como un río en la conciencia del lector! Ése fue el ideal que guió todos mis trabajos desde la adolescencia".

Los dioses seguían mezclando sus barajas. Este librito inesperado, donde vuelve a hablar una cultura sometida, y en español, para que se comprenda bien, a pesar de las palabras quechuas que ingresan al torrente como los guijas del río, se adelantada en un año a la publicación en París, por Paul Rivet, del primer texto que en el siglo XVII escribió un indio puro, descendiente por su madre del décimo emperador, Topa Inca: el singular texto de *Nueva Corónica y Buen Gobierno* de Felipe Guamán Poma de Ayala. Este manuscrito de 1614, o sea

inmediatamente posterior al libro fundacional del Inca Garcilaso de la Vega, es el primer esfuerzo de transculturación cumplido por un indio que aún maneja torpemente el español y que puesto en la disyuntiva de tener que hablar a dos culturas, la que domina y dominará y maneja la lengua de Castilla y la de los indios sometidos que sólo hablan quechua, opta por un dificultoso español que va alternando con innumerables dibujos de su pluma que cuentan las vicisitudes y dificultades de su pueblo. A diferencia de Garcilaso, como ha visto Nathan Wachtel¹ aquí presenciamos una cosmovisión india que se mantiene fiel a sí misma y procura hacer ingresar dentro de ella a los elementos de la cultura extranjera sin destruir los propios.

Eso, exactamente eso, pretenderá hacer José María Arguedas trescientos años después. Lo hará con todos los recursos que tiene a su mano: como cuentista y novelista, como folklorista, como etnólogo, como traductor. En cualquiera de esos campos, encontramos un mismo proyecto, el que movió la pluma de Guamán

Poma, indio ladino del XVII: dar a conocer los valores de esa cultura *otra*, obligar al lector ajeno a que los reconozca y los acepte, permitir de ese modo que la cultura india se desestaque y se transculture sin ser destruida, sin perderse, enriquecer a los miembros de la cultura occidental, que haya pacto y no destrucción como pedían sin cesar los indios americanos de las praderas. Inmensa tarea, que puede vislumbrarse en sus narraciones pero que es menos conocida en las restantes disciplinas ejercitadas por Arguedas.

Como traductor le debemos la nueva y rotunda versión del *Apu Inca Atawallpaman*², la elegía por la muerte de Atahualpa que descubriera J. M. Farfán, quizás el texto poético quechua de más alta temperatura lírica y que en la traducción de Arguedas es de una austera belleza. Pero sobre todo le debemos un libro entero que por él se ha traducido íntegro al español por primera vez y que no era sino un manuscrito anónimo, guardado en la Biblioteca Nacional de Madrid entre la papelería de Francisco de Avila,

el que comienza con las palabras: "Runa yndio niscap machoncuna..." y al que Arguedas tituló *Dioses y hombres de Huarochiri*³. Creo que acierta cuando en el prólogo lo llama el *Popol Vuh* de las culturas andinas. Ese texto, recogido por Francisco de Avila al finalizar el XVI como parte de su celebrada obra de "detectador de herejías" y "asesino de dioses" (fue el Sahagún peruano) se conocía sólo fragmentariamente, en traducciones a lenguas extranjeras. A pesar de las condiciones adversas en que debió ser recogido, transcribiendo la versión oral de un indio peruano para uso de un fraile cazador, es un testimonio insustituible sobre las creencias indígenas, sobre sus dioses pero también sobre sus costumbres. Es en ese texto donde se encuentra el pasmoso diálogo de los zorros sobre asuntos sexuales que sirvió a Arguedas para escribir su última e inconclusa novela: *El zorro de arriba y el zorro de abajo* (1971).

También en este caso, esos zorros cuyo diálogo quedó interrumpido a fines del XVI, retomarán el hilo de la conversación trescientos cincuenta años después, volverán a "bailar bajo la luz azul sosteniendo trozos de bosta agusanada sobre la cabeza" y el zorro de abajo tratará, otra vez infructuosamente, de contarnos la historia que nos dejó en suspenso, la de la "hija de un sacro y poderoso jefe" que "está que muere por (tener contacto) con un sexo viril".

El mismo tenaz proyecto lo encontraremos en su vasta obra de etnólogo, desperdigada en revistas especializadas y en periódicos de toda América. De lo mucho que estudió sobre las culturas indígenas, nada que le haya importado más —y aun emocionado— que el descubrimiento que hiciera junto con Josefafat Roel Pineda, en la misma ciudad de Puquio donde pasara su infancia y adolescencia, del mito de Inkarrí (Inka Rey) conservado por los ancianos y mayores de las comunidades indias. Se trata de un mito pos-hispánico, aunque utiliza algunos elementos provenientes de la mitología incaica, y que por lo tanto testimonia una actividad creadora de la cultura sojuzgada en la que va implícita una reivindicación social, transparente para quienes lo narran. En 1955, cuando recién comenzaba *Los ríos profundos* (1958) que aún estaba en plan de cuento, narró el hallazgo del mito en un ensayo publicado en una revista académica provocando la sorpresa de los investigadores. François Bourricaud, que lo había acompañado en la investigación, comentará esos textos en un ensayo sociológico subrayando sus significaciones ocultas y el alcance revolucionario que se le debía conferir.

Pronto empiezan a descubrirlo en otros lugares del Perú y los estudiantes universitarios se dan a la regocijada caza de sus variantes. El pueblo capaz de engendrar esa estructura mítica evidentemente no es un pueblo destruido: está vivo, está viviente su cultura, y guarda intacta su esperanza de triunfar nuevamente. Las distintas versiones recogidas serán examinadas por Arguedas a la luz de los datos aportados por la antropología acerca de la situación de cada una

el diálogo de los zorros

Entonces ese Huatyacuri, caminando de Uracocha hacia Sienequilla, en el cerro por donde solemos bajar en esa ruta, se quedó a dormir. Ese cerro se llama ahora Latauzaco.

Mientras allí dormía, vino un zorro de la parte alta y vino también otro zorro de la parte baja; ambos se encontraron. El que vino de abajo preguntó al otro:

—¿Cómo están los de arriba?

—Lo que debe estar bien, está bien —contestó el zorro— sólo un poderoso que vive en Anchicoca, y que es también un sacro hombre que sabe de la verdad, que hace como si fuera *dios*, está muy enfermo. Todos los "amautas" han ido a descubrir la causa de la enfermedad, pero ninguno ha podido hacerlo. La causa de la enfermedad es ésta: a la parte vergonzosa de la mujer (de Tamtanañamac) le entró un grano de maíz mura saltando del tostador. La mujer sacó el grano y se lo dio a comer a un hombre. Como el hombre comió el grano, se hizo culpable; por eso, desde ese tiempo, a los que pecan de ese modo, se les tiene en cuenta, y es por causa de esa culpa que una serpiente devora las cuerdas de la bellísima casa en que vive, y un sapo de dos cabezas habita bajo la piedra del batán. Que esto es lo que consume al hombre, nadie lo sospecha.

Así dijo el zorro de arriba. Enseguida preguntó al otro:

—¿Y los hombres de la zona de abajo están igual?

El contó otra historia:

—Una mujer, hija de un sacro y poderoso jefe, está que muere por (tener contacto) con un sexo viril.

(Pero el relato de cómo esa mujer pudo salvarse es largo y lo escribiremos después; ahora volvamos a continuar lo que íbamos contando.)

(De *Dioses y hombres de Huarochiri*.)

de las comunidades emisoras⁴ pudiendo llegar a la convicción de que a mayor autonomía social de la comunidad (indios libres de los ayllus⁵ en vez de indios colonos) mayor vigor muestra, en el mito, la reivindicación de los derechos del pueblo, que habrán de ejercerse y cumplirse sobre la misma tierra en que habitan y no sobre el cielo que nos tienen prometido.

En cierto modo, esos nuevos textos de Arguedas, que pertenecen ya al año 1967, son la coronación de una larga larga larga empresa. Apartándose de las consignas indigenistas de tipo exclusivamente socio-económico de los maestros de los

años veinte (inclusive Mariátegui) él había buscado la singularidad de un pueblo, los valores que atesoraba, la dignidad y grandeza que sólo puede medirse en la obra magna de construir una cultura. Y había logrado, luego de treinta años de lucha, que eso se hiciera visible también para sus contemporáneos, que ellos aprendieran a respetar y considerar esa cultura como un valor que no debe perderse porque es fuente constante de enriquecimiento humano. No se trataba ya de los derechos del indio a integrarse a la civilización occidental, sino de los derechos del indio a desarrollar también libremente su cultura, incorporando a ella lo que necesitara de Occidente, sin que eso lo obligara a negarse.

El "otro" había, al fin, dado su testimonio. Y había sido oído.



1. En su excelente ensayo *Pensée sauvage et acculturation. L'espace et le temps chez Felipe Guamán Poma de Ayala et l'Inca Garcilaso de la Vega*, en *Annales E.S.C.*, mayo/agosto 1971, p.p. 793-840.
2. *Apu Inca Atawallpaman*. Elegía quechua anónima. Recogida por J. M. Farfán y traducción y nota preliminar de José María Arguedas. Lima, Juan Mejía Baca y P. L. Villanueva, 1955, 23 pp.
3. *Dioses y hombres de Huarochiri*, Lima, Perú, 1966. [Trad. de José María Arguedas, estudio biobibliográfico de Pierre Daviois].
4. "Puquio, una cultura en proceso de cambio" en *Revista del Museo Nacional*, t. XXV, 1955, pp. 184-232.
5. "El mito de Inkarrí" en *Folklore Americana*, Lima, IV, 4, dic./1956, pp. 178-187.
6. En "Mitos quechuas pos-hispánicos", Lima, *Amaru*, N.º 3, jul./set. 1967. Asimismo, con la colaboración de Alejandro Ortiz Rescaniere, "La posición de la tierra: Los mitos posthispánicos y la visión del universo en la población monolingüe quechua" en *Les Problèmes agraires des Amériques latines*, Paris, 1967. También en la revista *Casa de las Américas*, La Habana.

carnet

para imitar

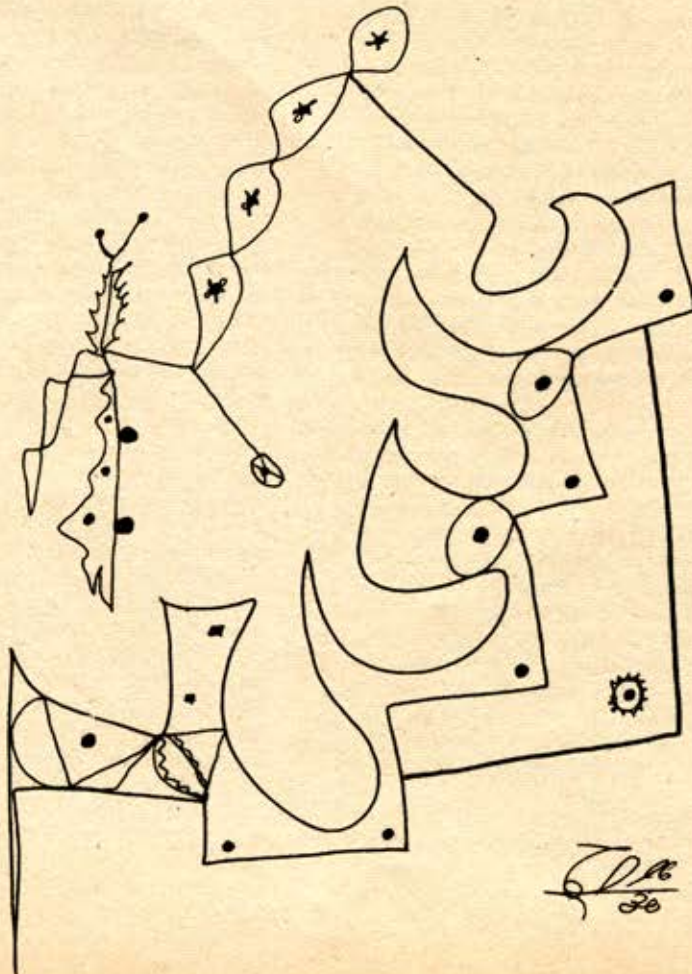
crisis aspira, entre otras cosas, a ser el vocero de los muchos hechos culturales que prodiga el interior de nuestro país. Vamos a empezar por el sur de la provincia de Buenos Aires: por General Villegas. Allí, hace diez años, el matrimonio compuesto por Maruca Echave y Tito Carrozzi decidieron embarcarse en "una patriada": privándose de comodidades y de espacio, instalaron, en algunos ambientes de su casa, un estudio de pintura y artesanía. Pero no para ellos, sino para los chicos de la localidad. Desde entonces, General Villegas cuenta con el "Taller La Fragua", escuela gratuita de pintura y artesanía, en la actualidad con ciento veinte alumnos. No sólo son gratuitas las clases: el matrimonio Carrozzi provee todos los materiales indispensables para el aprendizaje (pinturas, papel, lápices, arcilla, etcétera). Cabe señalar:

- que los chicos han demostrado su contracción al estudio y su capacidad de asimilación ganando varios premios en concursos internacionales (Tokio, Varsovia y Nueva Delhi);
- que las clases las dicta la misma Maruca Echave, quien tuvo como profesor a Enrique Urcola;
- que el dinero que exige el mantenimiento de la escuela, Tito Carrozzi lo gana fabricando mosaicos.

ofrecimientos

Lido Iacopetti, platense y pintor, ha realizado desde 1963 casi medio centenar de exposiciones. Creador de lo que denomina "pictografías" (pinturas con acrílico sobre linex o chapadur), ofrece gratuitamente sus obras: una de las mismas será enviada a toda institución pública del país (escuela, instituto, biblioteca, etcétera) que lo solicite a: Tedy Pelayo, Diagonal 79 n° 1066 esq. 55 - Local 4, La Plata.

Asimismo, quien desee una "imigrafía" del mismo autor (se trata de dibujos originales en serie), puede escribir a la dirección arriba consignada o a **crisis** (Pueyrredón 860, 8° piso - Capital Federal).



"imigrafía" de Lido Iacopetti

trayectoria

Son numerosas las revistas que aparecen en la Argentina, reaparecen dos o tres veces y terminan por desaparecer definitivamente. Las revistas literarias suelen tener ese fugaz destino que "Testigo" está dispuesta a contradecir. Aparecida por primera vez en 1966, muestra, después de siete años y alguna suspensión involuntaria, su decisión de seguir saliendo. Dice su director, Sigfrido Itadaelli:

—Cuando, en 1970, reaparecimos con el n° 5, un organismo oficial del SIDE la colocó dentro de las prescripciones de la llamada Ley de Represión de Actividades Subversivas. La prohibición se refería únicamente al uso de los medios postales, pero es difícil, para una publicación de este tipo, mantenerse cuando se la priva de correo para su distribución.

—¿Qué pasaba en el n° 5?

—En el n° 5, "Testigo" decidió que debía ser un testigo de su tiempo en todos los órdenes. Lo que equivalía a adoptar una posición ideológica definida. Su editorial decía, más o menos, que estábamos en la década de la guerra de Vietnam, del nacimiento de treinta nuevos países en Africa, de la vigencia de un tercer mundo entre potencias que se reparten dos mundos y que la necesidad de testimoniar sobre todos esos cambios se nos hacía cada día más imperiosa.

—¿Fueron esos enunciados de intenciones los que determinaron la sanción?

—No; creo más bien que fue un poema de Leopoldo Marechal al Che, acompañado de un retrato hecho por Seoane.

El poema era también una enunciación de principios:

*Quando se haya redimido este ya largo
deshonor que gravita sobre Latinoamérica;
cuando esa gran vergüenza sea lavada con
el buen jabón que da la sangre de los héroes;
cuando la libertad no sea entre nosotros un
giro en dólares y una ilusión tramposa;
entonces, compañero, se verá cómo un fénix
puede resucitar de su acostada ceniza.*

—¿Cuál es el tiraje de la revista?

—En sus mejores momentos ha llegado a cinco mil quinientos. Pero la irregularidad de la aparición daña mucho el tiraje. El 25 de mayo de este año, la derogación de la Ley de Represión de Actividades Subversivas dio a la revista la esperanza de una salida regular.

(Entrevista realizada por María Esther Gilio.)

invitación

En Montevideo, un grupo de escritores uruguayos acaba de fundar una revista de poesía internacional (bilingüe) titulada *Poesía y Realidad*. La revista, que sustenta una estética realista, invita a los poetas rioplatenses y latinoamericanos a enviar sus colaboraciones, junto con una nota bibliográfica a: Américo Vidal, Dr. Luis A. de Herrera 3545, A. 5, Montevideo.

delirio tropical

La última línea de la lista de los Lunches Chivas Dog, restaurantes que funcionan en Río de Janeiro, dice textualmente: *Com a queda do regime chileno, a Argentina está sózinha na sua política. Agora e mesmo: Avante Brasil!* (Traducimos: "Con la caída del régimen chileno, la Argentina está sola en su política. Ahora mismo: Adelante, Brasil!")

Si: huelgan los comentarios.

dos cartas de amor de

franz

Las cartas de Kafka a Felicia Bauer (escritas entre setiembre de 1912 y octubre de 1917, o sea durante el lapso en que fueron elaborados El proceso y La metamorfosis) habían permanecido inéditas. Ahora han sido editadas por Erich Heller y Jürgen Born. Kafka estuvo dos veces comprometido con Felicia Bauer; dos veces también rompió con ella, la última pocos meses después de que los médicos praguenses diagnosticaran la tuberculosis del escritor. En 1919 Felicia desposó en Berlín a un acaudalado hombre de negocios. Posteriormente se trasladó con su familia a Suiza. A partir de 1936 residió en los Estados Unidos, donde falleció el 15 de octubre de 1960.

Enero 14 a 15 de 1913.

Querida mía:

En cierta ocasión dijiste que te gustaría estar sentada a mi lado cuando escribo. Pero te aseguro que en ese caso no podría escribir; de todas maneras, no es mucho lo que escribo, pero así no podría hacerlo en absoluto. Escribir significa una extrema revelación frente a uno mismo, ese extremo de auto revelación y entrega en el que un ser humano, cuando se siente relacionado con otros, cree que se pierde a sí mismo; extremo sin embargo que siempre habrá de evitar mientras esté en su sano juicio (ya que cada uno quiere vivir tanto como se sienta vivo) y aun ese grado de autorevelación y entrega no es suficiente para poder escribir. Una escritura que surja de la superficie de la existencia (cuando no existe otra vía y los más profundos manantiales se han agotado) de nada sirve, y fracasa en el preciso instante en que una emoción verdadera sacude la superficie. Esta es la razón de que uno nunca esté lo bastante solo cuando escribe; la razón de que el silencio nunca sea suficiente cuando uno escribe; la razón de que aun la noche no sea bastante noche. He ahí porqué nunca hay bastante tiempo a nuestra disposición, ya que los caminos son largos y es fácil extraviarse; incluso hay veces en que uno se amedrenta, y —aun sin ninguna clase de duda o de tentación— desea retroceder (un deseo que luego será severamente penado), tanto más si uno recibe de pronto un beso de los labios más amados!

A menudo he pensado que para mí el mejor estilo de vida sería sentarme en el espacio más recóndito de un amplio y clausurado sótano, con mis enseres de escritor y una lámpara. La comida debería ser traída y ubicada siempre lejos de mí, en la parte exterior de la puerta más externa del sótano. Mi único ejercicio sería entonces ir a buscar la comida, arrebujado en mi bata, transitando bajo las bóvedas del sótano. Luego regresaría a mi mesa, comería con lentitud y deliberación, y luego me pondría nuevamente a escribir. ¡Y cómo escribiría! ¡Desde qué profundidades extraería mis temas! Y sin esfuerzo, ya que la extrema concentración no requiere un esfuerzo extremo. El problema es que no soy capaz de mantenerla por mucho tiempo, y al primer fracaso

(que aun en esas circunstancias sería difícil de evitar) estaría condenado a terminar en un grandioso acceso de locura. ¿Qué opinas de esto, querida mía? No seas reticente con tu habitante de sótano.

Franz

Junio (10 al) 16, 1913.

Queridísima Felicia:

Ahora debes comprender mi particular situación. Quien se interpone entre nosotros es, sobre todo, el médico. Lo que él vaya a decir ofrece dudas, pero el diagnóstico médico no es el factor más importante en estas decisiones; si lo fuera, no valdría la pena obtenerlo. Como ya te lo he dicho, no he estado verdaderamente enfermo; sin embargo, lo estoy. Es posible que diferentes circunstancias me favorezcan, pero en cambio es imposible crear esas diferentes circunstancias. La decisión médica (y aclaro que no tiene por qué ser decisiva para mí) dependerá tan sólo del carácter de un doctor desconocido. El médico de la familia, por ejemplo, con su estúpida irresponsabilidad, ¿vería acaso la menor objeción? De ninguna manera. Un médico mejor, tal vez se limitara a levantar las manos, consternado.

En vista de estas circunstancias debes admitir, Felicia, que es difícil pronunciar la palabra decisiva. Y además es seguro que sonaría extraña. En realidad, es demasiado pronto para pronunciarla. Pero después será demasiado tarde: no habría tiempo para discutir aspectos como los que mencionas en tu última carta. Sin embargo, tampoco hay tiempo para interminables cavilaciones, por lo menos eso es lo que siento sobre el particular y por eso pregunto: en vista de las ya mencionadas condiciones (¡ay, irremediables!), ¿considerarás siquiera ser mi esposa? ¿Lo harás?

Hace ya algunos días que detuve la carta en este punto, y desde entonces no la había reanudado. Puedo comprender perfectamente por qué no la reanudé. Fundamentalmente porque era una pregunta criminal la que te formulaba (tu carta de hoy me lo confirma), pero en mi conflicto de fuerzas vencieron las que querían plantearse esa pregunta.

Lo que dices acerca de ser iguales, etc. —con tal que no sea un pretexto (claro que inconsciente) para otras cosas— es pura fantasía. No soy nada, absolutamente nada. ¿Más adelantado que tú "en cualquier campo"? Tengo cierta capacidad para entender a la gente y para ponerme en su lugar, pero no creo haber encontrado jamás una sola persona que en el largo itinerario de sus corrientes relaciones humanas, en su vida normal y cotidiana (¿de qué otra cosa se trata?) haya podido tener menos esperanzas que yo. No recuerdo haberla encontrado, ni en cosas aprendidas o leídas, ni en cosas experimentadas o escuchadas, ni en personas ni en acontecimientos; me siento como si no hubiera experimentado nada, leído nada, y en realidad en muchos rubros conozco menos que un escolar promedio. Y aun lo que sé, lo sé tan superficialmente que la segunda pregunta en el tópico suele sobrepasarme. No soy capaz de razonar; mis razonamientos se estrellan constantemente contra una pared en blanco; hay ideas aisladas que puedo captar en un instante, pero carezco absolutamente de la capacidad de razonar de modo coherente y constante. No sé contar debidamente una anécdota; ni siquiera sé hablar. Cuando relato una historia, experimento probablemente lo mismo que los niños pequeños cuando intentan dar los primeros pasos, no por cierto debido a que ellos sientan la necesidad de caminar, sino a que los adultos, que caminan perfectamente, confían en que así lo hagan.

De modo que no te sientas, Felicia, igual a semejante tipo. ¿Tú, que eres alegre, vivaz, segura de ti misma, saludable? Todo cuanto poseo son ciertos poderes que, a una profundidad casi increíble, toman forma literaria; poderes en los que, sin embargo, en mis actuales condiciones físicas y profesionales, no me atrevo a confiar, debido fundamentalmente a que, para cualquier íntima exhortación de esos poderes, existen tantos o más alertas interiores. No obstante, creo firmemente que si pudiera confiar en tales poderes, de inmediato me rescatarían de mi miseria interior.

Sobre el aspecto teórico de la igualdad —ya que, de cualquier manera, y como dije, la práctica no autoriza el sentido que tú le otorgas— sólo quiero agregar que el grado de similitud en educación, conocimiento, altas aspiraciones, ideales, que pareces exigir como requisitos previos para un matrimonio feliz, en mi opinión constituye algo casi imposible, y

kafka

además no importante, y por último ni siquiera ventajoso o deseable. Lo esencial en el matrimonio es la armonía personal, armonía mucho más profunda que la de las opiniones; armonía que no puede ser analizada sino sólo sentida, o sea: la necesidad de la proximidad personal. Pero esto no quiere decir que la libertad de cada parte esté de alguna manera en peligro: está en peligro por la innecesaria proximidad humana que constituye la mayor parte de nuestras vidas. Dices que es verosímil que yo no sea capaz de soportar la vida junto a ti. Ahí casi tocas la verdad, pero desde un ángulo totalmente distinto al que imaginas. Verdaderamente, creo que soy incapaz de cualquier relación social. Incluso soy incapaz de mantener con cualquier individuo una conversación prolongada y vigorosamente desarrollada. Esto, con excepción de ciertas terribles, excepcionales ocasiones. Por ejemplo, durante los largos años en que nos frecuentamos, he estado, después de todo, solo con Max (*) en muchas ocasiones durante días seguidos, o viajando durante semanas enteras y casi de continuo, y sin embargo, no recuerdo —y de haber acontecido, seguramente lo recordaría— haber mantenido con él una larga y coherente conversación que involucrara todo mi ser, como inevitablemente ocurre cuando dos personas con una gran independencia e ideas vivaces y experiencias, tienen una estrecha relación. He escuchado muchos monólogos de Max (y de tantos otros), pero lo que faltaba siempre era el vociferante (y aun el silencioso) interlocutor.

(Querida mía: se ha hecho tarde, esta carta ya no saldrá hoy. Es una lástima, y lo peor es que no ha sido escrita de un tirón, sino párrafo a párrafo, y esto no por falta de tiempo, sino por intranquilidad y autotortura.) Si me hallo en el más llevadero de mis ámbitos familiares, con dos o tres amigos, entonces me siento libre, no me veo obligado a estar atento y cooperar en el diálogo, pero puedo participar en lo que acontece cuando y como lo quiero, tanto o tan poco como lo desee, ya que nadie me echa de menos ni nadie se muestra incómodo con mi presencia. Si por casualidad está presente un extraño, mejor aún, ya que entonces, con fuego prestado, puedo convertirme en alguien bastante vivaz. Pero si estoy en un sitio poco familiar, totalmente rodeado de gente extraña, o de gente que yo perciba como extraña, entonces siento el peso de toda la habitación sobre mi pecho, y no puedo mover-



me; mi personalidad quiere esconderse, y todo me parece desolado.

Fue eso lo que sucedió aquella tarde en tu casa, y la noche anterior en lo del tío de Weltsch, con gente que, de manera incomprensible, me tiene afecto. Lo recuerdo con toda nitidez: me había arriado a una mesa, y la hija de los dueños de casa se había acercado a mí —no hay en Praga otra muchacha que me guste tanto— y sin embargo, en presencia de todos esos buenos amigos, no fui capaz de pronunciar una sola palabra sensata. Me limitaba a mirar fijamente y de vez en cuando decía algo disparatado. Si hubiera estado amarrado a la mesa, posiblemente no me habría sentido tan alterado, tan atormentado. Mucho más podría decirse acerca de esto, pero creo que por hoy es suficiente.

Así que piensa, Felicia, en el cambio que el matrimonio significaría para ambos; piensa qué perdería y qué ganaría cada uno. Yo perdería, en su mayor parte, una terrible soledad, y tú, que eres lo que más quiero, serías mi ganancia. De tu lado, perderías la vida que has vivido hasta hoy, una vida que te satisface casi totalmente. Perderías Berlín, el trabajo que te gusta, tus amigas, los pequeños placeres de la vida, la perspectiva de casarte con un hombre decente, alegre, saludable, y tener los niños saludables y hermosos que, si lo piensas bien, realmente deseas. En compensación de esas pérdidas incalculables, obtendrías un hombre débil, enfermo, insociable, taciturno, melancólico, tieso y casi sin esperanzas, alguien que probablemente tiene una sola virtud y es la de quererte.

En vez de sacrificarte por niños reales que serían la adecuada respuesta a tu naturaleza de muchacha saludable, tendrías que sacrificarte por este hombre añorado, pero añorado en el peor sentido, y que en el mejor de los casos podría aprender de ti, letra por letra, las formas del lenguaje humano. Y perdería todas las pequeñas cosas. Mis ingresos no deben ser mayores que los tuyos: gano exactamente 4.588 coronas por año; tengo derecho a una pensión, pero mis ingresos, como sucede en todos los empleos similares al servicio civil, sólo pueden aumentar con tremenda lentitud. En lo que tiene que ver con mis padres, no concibo mayores esperanzas; ninguna, en relación con la literatura. De modo que tendrías que vivir mucho más modestamente de lo que ahora vives. ¿Realmente lo soportarías por mí, por este hombre que acabo de describirte?

Y ahora, Felicia, tienes la palabra. Piensa en todo cuanto te he expresado desde el comienzo en mis cartas. No creo que los datos sobre mi persona sean muy distintos. No creo haber exagerado. Más bien te diría que en algunas cosas me he quedado corto. No precisas decir nada sobre el informe exterior: es suficientemente claro y prohíbe estrictamente un "sí". Lo que queda es tan sólo el informe interior. ¿Qué te parece? Responderás con todo detalle. O, si no tienes tiempo, ya no con detalle sino con claridad, tal como conviene a tu naturaleza básicamente clara, sólo enturbiada ligeramente por mí.

Franz

(*) Max Brod, amigo y albacea de Kafka.

(traducción de mario benedetti)

josé ferreira gullar

'soy un hombre ocupado con las cosas del mundo

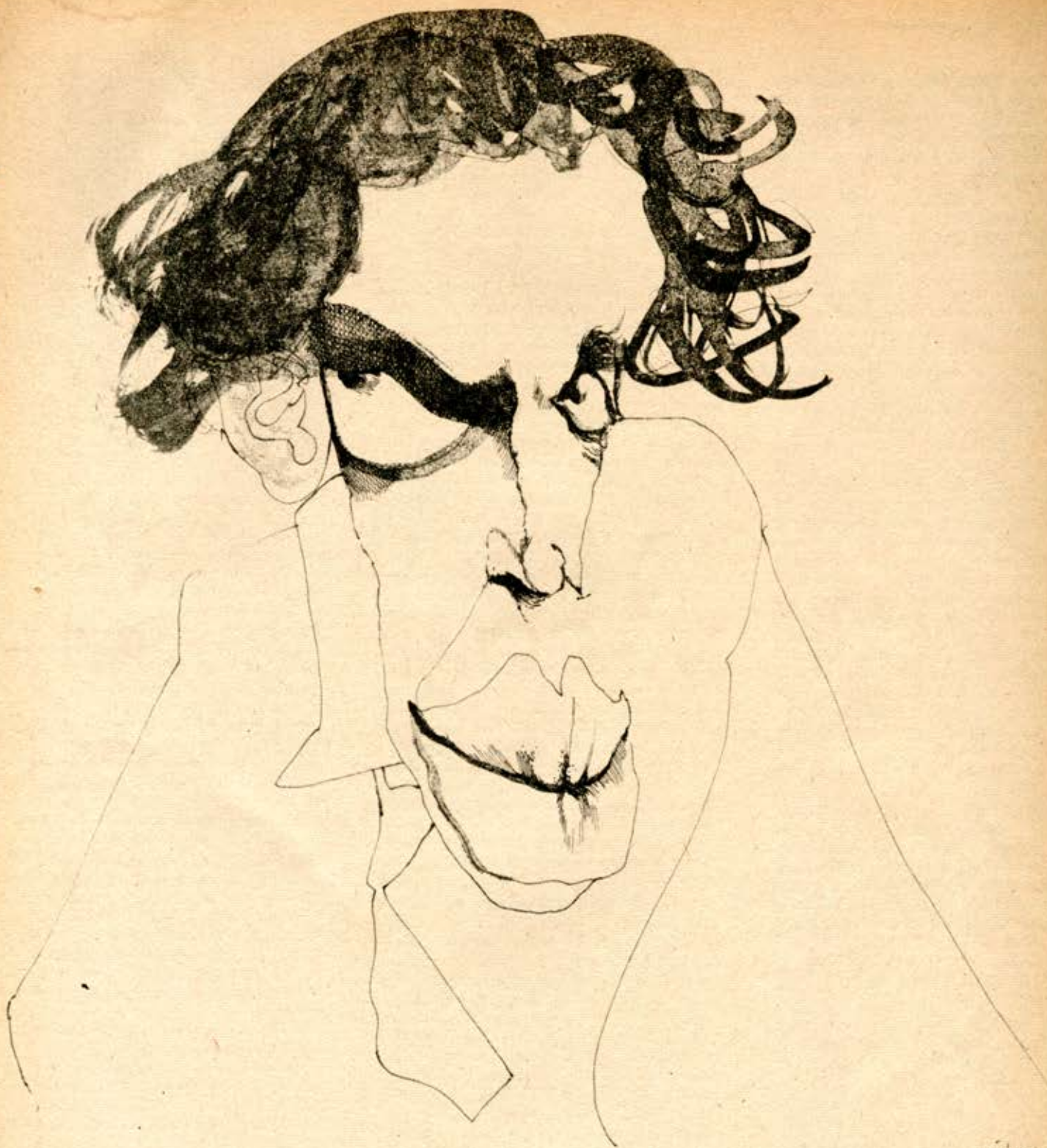
—Acabás de llegar de Chile, Gullar. ¿Qué dejaste allí? ¿Cómo te explicás lo que pasó en setiembre de 1973?

—Trabajé en Chile como periodista durante los últimos cuatro meses del gobierno de la Unidad Popular. Llegué a Santiago en mayo y dejé el país 21 días después del golpe militar. Esos fueron los 21 días más terribles de mi vida. Yo vivía solo en un departamento de Providencia, el más activo de los barrios reaccionarios de Santiago, base de la agrupación fascista "Patria y Libertad". En el edificio había un comando de esa organización. A partir del día del golpe, la emisora de los militares, la única de la cadena radial que funcionaba, instaba a la población a denunciar a los extranjeros. La puerta de mi departamento apareció esa mañana cruzada por el símbolo fascista. Otros extranjeros encontraron la misma marca sobre sus puertas, varios brasileños entre ellos. Al mismo tiempo y diariamente, recibía amenazas telefónicas. Grupos fascistas controlaban permanentemente la entrada del edificio. Todas las casas marcadas fueron saqueadas. Se llevaron tocadiscos, televisores, aparatos de radio, joyas, grabadores, dinero. En principio, yo no tenía nada que temer. Mis documentos estaban en orden y yo ejercía normalmente en Chile mi profesión de periodista. Decidí no abandonar la casa pasara lo que pasase. De madrugada escuchaba disparos en las calles y los aviones sobrevolaban el barrio. Durante el día, grupos militares revisaban las casas próximas. Las noticias que me

llegaban eran tétricas. Una chilena que había sido llevada al Estadio Nacional vino a visitarme y me contó cómo se fusilaba a la gente en los fondos del Estadio, durante la noche. Poco después, a las cinco de la mañana, mientras regía el toque de queda, golpearon violentamente mi puerta. Eran ellos. Les abrí. Entraron dos hombres. Uno empuñaba una ametralladora. Preguntaron por una persona que yo no conocía. No me creyeron, revisaron metro por metro todo el departamento y se quedaron allí dos horas. Revolvieron todo: cajones, valijas, armarios, libros. Intentaron aterrorizarme con amenazas de todo tipo. Cuando se fueron, la casa era un caos. Me puse a ordenar las cosas frenéticamente. Necesitaba descargar la tensión que me dominaba. Me llevó casi todo el día reorganizar el departamento. Por la tarde recibí la visita de un brasileño cuya casa había sido invadida y estaba bajo control militar. No tenía donde vivir. No quiso quedarse conmigo por temor a que los fascistas del edificio tomaran represalias. Sin embargo, esa misma noche, a las once, volvieron a golpear mi puerta. Esta vez eran seis hombres, cinco de ellos armados con ametralladoras. Se precipitaron en la casa como alucinados. Estaban seguros que allí iban a encontrar a otra persona. Como no hallaron a nadie se volvieron contra mí: preguntas, amenazas, provocaciones. Traté de no perder la serenidad, de mantenerme firme. Sólo mis ojos les transmitían el odio y el desprecio que sentía por ellos y por la violencia fascista que habían desenca-

denado contra el pueblo chileno. Entonces recibí un ultimatum: debía salir de Chile inmediatamente. Pero pude hacerlo recién una semana después. Conseguí el salvoconducto en la víspera del día de embarque. Cuando el avión levantó vuelo de Pudahuel, sentí un alivio inmenso y al mismo tiempo un cansancio enorme. Habían sido 21 días de terror. ¡Imaginate que, flaco como soy, perdí tres kilos en esas tres semanas!

¿Cómo me explico lo que ocurrió en Chile? Durante los cuatro meses que allí estuve vi cómo se extendía y se cerraba el cerco que fue tendido a la Unidad Popular y a su gobierno. Era un plan trazado y subvencionado por el imperialismo y puesto en práctica por la reacción interna. La táctica del enemigo era presionar hasta que Allende rompiera los cuadros de legalidad. Mientras tanto, se trataba de crear el caos económico y social para posibilitar la intervención de los militares. El papel que en todo esto tuvieron Eduardo Frei y la derecha de la Democracia Cristiana fue decisivo. No menos valiosa fue la colaboración que prestaron a los golpistas la ultraizquierda y el ala radical del Partido Socialista. Esa gente sigue sin entender que la revolución es, ante todo, un problema político. La derrota del gobierno popular la determinó el cambio en la correlación de fuerzas sociales actuantes. No se puede medir esa correlación de fuerzas en términos exclusivamente cuantitativos. No son menos fundamentales el poder económico, la influencia política, la capacidad de sa-



botaje, conspiración y creación de un clima subversivo y caótico. Los militares fascistas conspiraban contra Allende desde mucho tiempo atrás pero no lograron conglomerar a la mayoría de las fuerzas armadas hasta que tuvo lugar el **impasse** político y la situación social se volvió incontrolable. Sólo entonces estuvieron en condiciones de dar el golpe. A esa altura del proceso todo el mundo esperaba una determinación. Era imposible seguir así. Lo que ocurrió en Chile es una trágica lección para América Latina. Cuanto a los militares chilenos, que sofocaron en sangre un movimiento revolucionario democrático que deseaba realizar las transformaciones sociales necesarias sin que Chile pagara por ello un alto precio, cometieron uno de los más infames

crímenes contra la humanidad; un crimen que, además de abominable, fue innecesario e inútil. Ninguna fuerza podrá detener para siempre el proceso de liberación. Ni en Chile ni en ningún otro lugar de Latinoamérica.

—**Sigamos hablando de tus éxodos, Guillermo. ¿Por qué te fuiste de Brasil?**

—Te aseguro que no fue por mis propias ganas... Después de 1964, junto a toda la intelectualidad brasileña, luché en defensa de la libertad de expresión y como autor teatral, contra la censura. Mi lucha en Brasil fue siempre abierta, pública, al servicio de los derechos que la Constitución otorga a los ciudadanos del país. Uno de los resultados de toda esa actividad fue que, en diciembre de 1968, me encarcelaron. Se inició entonces un

proceso contra mí. Era el quinto y como todos los anteriores, infundado. Tampoco esa vez lograron probar nada. Finalmente, por tercera vez, mi casa fue invadida por militares armados. Entraron empuñando pistolas y ametralladoras. No me encontraron. Para ese entonces yo ya no podía trabajar ni estudiar ni pensar ni escribir. Ya no podía vivir en Brasil. Me fui por eso. El alejamiento fue para mí un golpe profundo. Desde entonces me siento como un pez fuera del agua. Necesito mi país. Amo a mi tierra, a mi pueblo. Soporto a duras penas el exilio. Cuando ya no estaba allí, iniciaron un nuevo proceso. Supe que me juzgaron y fui absuelto. Pero eso no significa que, si vuelvo a Brasil, pueda vivir en paz. Nadie puede asegurarlo.

—Vos te debés haber preguntado muchas veces, a lo largo de este exilio que te llevó por Europa y América Latina, para qué, para quién ser poeta. ¿Cuáles fueron, cuáles son las respuestas que diste a estas preguntas?

—Por todo lo que hasta aquí te dije te podrás imaginar que la vida en el exilio es difícil; sobre todo, porque estoy lejos de mi mujer y de mis hijos. Esta situación, prácticamente, me impide escribir. Es algo comprensible. Cuando un escritor se exilia por su propia voluntad, lo hace buscando condiciones adecuadas para trabajar y para vivir. Pero cuando el exilio es algo impuesto, la cosa cambia de aspecto. La dificultad de adaptación a una situación a la que uno ha sido arrojado, los problemas a que da lugar esa situación, pasan a ser preocupaciones primordiales. La poesía, en mí, es siempre el resultado de una experiencia profunda, de intensa meditación sobre cuestiones que me parecen esenciales. No puedo descender al fondo de las cosas cuando me absorben cuestiones inmediatas y que escapan a mi control. Además, soy un escritor brasileño. Escribo en portugués, lengua que ya fue definida como "la tumba del pensamiento". ¿Cómo escribir poesía en una lengua extranjera? ¿Cómo publicar poesía brasileña en el exterior? Es duro, realmente duro, seguir siendo poeta en tales condiciones. Siempre escribí poco. Durante estos últimos años, menos todavía. Pero no renuncié ni voy a renunciar. La historia no empieza conmigo ni va a terminar conmigo.

—Hablamos de tu tránsito de la poesía concreta y neo-concreta a la lírica de los Novos poemas, es decir a la estética social. ¿Qué lo provocó? ¿Te parece que ese paso lo dieron, también, otros poetas brasileños? ¿Cómo se tradujo, en términos de poesía, la situación que vive Brasil desde 1964?

—La poesía fue siempre para mí un instrumento de indagación de la vida, de su sentido, y del sentido de la propia poesía. Hay que comprender esto para entender por qué *A luta corporal* termina con la desintegración del lenguaje y por qué hice poesía concreta y neo-concreta.

A fuerza de buscar en la poesía, en las posibilidades de revelación del lenguaje, el sentido de la vida, terminé destruyendo mi propio lenguaje poético. No me interesaba la farsa, la "literatura", el título de poeta y la consagración académica. La vida es demasiado seria para derrocharla en esas tonterías. Yo no buscaba un estilo poético que definiera mi mercadería, mi "obra", en el mercado literario. Yo no pretendía construir una "obra literaria" para la posteridad. Yo era y soy un hombre ocupado con las cosas del mundo, con su sentido: la poesía, entonces, se confunde en mí con esa indagación permanente. La obra nace como consecuencia de esa indagación, que no está hecha en el aire, sino sobre la materia viva del mundo y sobre el lenguaje. El estilo también nace de allí, porque el poeta indaga con las formas verbales, criticándolas, destruyéndolas, recreándolas. Justamente, en la época en que escribí los poemas que constituyeron *A luta corporal*, yo su-

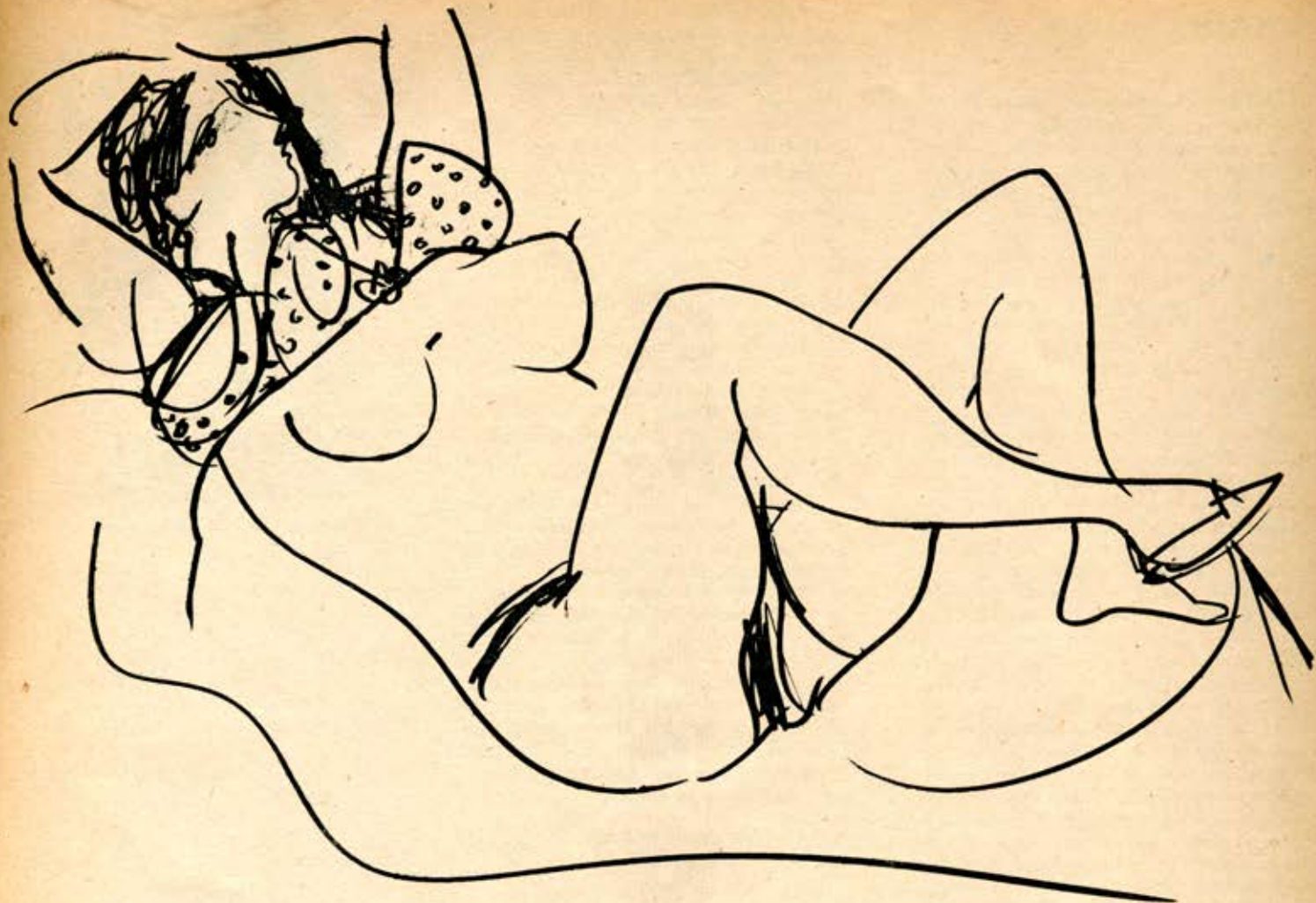
ponía que era posible llegar a la esencia de lo real alcanzando la esencia del lenguaje. Yo confundía la realidad con el lenguaje y terminé aprendiendo en la práctica que eso es un mito, que dentro de las palabras no hay nada más que alusión al mundo y que esa alusión no se encuentra en cada palabra aislada sino en el conjunto del lenguaje. Sin embargo, sólo más tarde terminé comprendiendo todo eso. Cuando en 1954 apareció *A luta corporal*, se advirtió que el libro contrastaba con la poesía brasileña de la época, que era la de la llamada generación del 45: era ésta una poesía preciosa, formalista, sin carne ni sangre. Mi libro, bueno o malo, era todo lo contrario: la voz de un hombre buscando exasperada y desesperadamente un sentido a la vida. Por ese entonces, en San Pablo, surgió un grupo de jóvenes poetas que también repudiaba aquella poesía academizada: el grupo *Noigandres*. Sin embargo, no nos parecíamos. Ellos eran "paulistas", civilizados y librescos. Sentían horror frente a Oswald de Andrade, que escribía malas palabras y no se comportaba como un erudito. Eran muy serios, con anteojos y bigote. Me propusieron que me uniera a ellos para marchar juntos a la vanguardia de una nueva poesía que, de cierta manera, coincidía con mis preocupaciones. En un comienzo, rechacé la propuesta. Después, sin renunciar a mis puntos de vista, decidí intervenir en la Primera Exposición de Poesía Concreta, realizada en San Pablo y Río en 1966 y 1967. Pero entonces, mis amigos concretistas inventaron una teoría de acuerdo con la cual la poesía debía ser hecha mediante la aplicación de estructuras matemáticas. Como ni ellos ni yo éramos matemáticos, aquello me pareció un disparate y me separé del grupo.

Jamás acepté los postulados de la poesía concreta que, si bien reflejó en un momento un propósito sincero de renovar el lenguaje poético, fue fruto de una visión distorsionada del problema cultural y, especialmente, del contexto latinoamericano. Pero al romper con el concretismo no adopté una posición correcta. Me alejé de él porque sentía que ese movimiento conducía (como de hecho condujo) a un callejón sin salida. Surgió entonces el neo-concretismo, cuyo manifiesto redacté y que llevó todas aquellas experiencias formales hasta sus últimas consecuencias. Fue la época de mis "libros-poemas", mediante los cuales yo supe estar creando un nuevo lenguaje poético trabajando el silencio (las páginas de esos libros tenían distintos tamaños y formas). Realicé un "poema sepultado". Era así: en un sótano de dos metros por dos yacía oculta bajo tres cubos coloridos y superpuestos una única palabra. De ese período son también los "poemas-caja" y los poemas espaciales, hechos con placas y cubos. El último poema de esa serie ya no constaba de palabras. Y así, después de la desintegración del lenguaje en 1953, llegaba yo nuevamente al silencio. ¿Cómo saltar de allí a una poesía comprometida con la lucha social? De hecho, nada está tan lejos y al mismo tiempo tan cerca de lo político-social como las formas extremas del

vanguardismo estético. Yo trabajaba por entonces como crítico de arte en el *Jornal do Brasil* y me empeñaba en analizar las expresiones de vanguardia en el campo de la pintura y la escultura. Enfrenté el mismo *impasse* en el plano teórico. Jânio Quadros fue elegido en esa época presidente de la república. Su gobierno me invitó a dirigir la Fundación Cultural de Brasilia. Mi trabajo, en esa ciudad nueva, construida en el planalto central brasileño, en contacto con problemas administrativos, políticos y culturales, fue decisivo. Cambió mi visión del mundo y de la poesía. Comencé a leer obras sobre el Brasil real (al que desconocía) y sobre las cuestiones candentes de la vida contemporánea. En 1962 me integré al grupo de intelectuales que constituyó el Centro Popular de Cultura, entidad vinculada a la Unión Nacional de Estudiantes (UNE) y propulsora de una concepción no elitista del arte y la cultura brasileños. Decidí recomenzar. Traté de escribir poemas en el lenguaje rudimentario de la *literatura de cordel* —literatura popular producida por los poetas del interior del nordeste del Brasil. La poesía que escribo hoy nació de allí, de ese recomienzo, de ese reencuentro con la palabra simple del pueblo. Fue muy difícil para mí liberarme de toda la carga de experiencias estéticas y de ideas metafísicas que acumulara a lo largo de años y años. Tropecé, caí, me levanté, volví a caer, me levanté de nuevo y así ando, hace once años, luchando con palabras duras, antipéticas, gastadas por el lenguaje político, sofocadas por el preconcepto de las *bellas letras*, buscando un modo de formular mi visión del mundo, mis emociones y experiencias de hombre comprometido con mi época, que es ésta, de lucha, de masacres y esperanzas a veces desesperadas. Tal vez hasta ahora no haya conseguido demasiado, pero no abdiqué de mi búsqueda. Hay quienes confunden la búsqueda, la investigación literaria, con el gusto por las excentricidades formales. Pero, para mí, lo que el poeta debe buscar es la forma que le permita expresar el mundo actual, en toda su complejidad y con todas sus contradicciones. La forma que le permita comunicarse.

Quizá resulte un poco extraño que yo me demore tanto en esta cuestión del formalismo que no es, de ninguna manera, una tendencia predominante en la poesía latinoamericana. Pero ocurre que en Brasil, el formalismo, derrotado ya en 1961, volvió a tener vigencia en los últimos años, dadas las condiciones propicias al desarrollo de una literatura que no diga nada, que no se comprometa con nada. Claro que también hay en mi país poetas que no renunciaron a expresar sus experiencias reales, las que no tienen por qué ser necesariamente políticas. Han de ser, eso sí, vitales, profundas, veraces y no un hueco juego de letras y palabras. En este sentido, la poesía latinoamericana en lengua española, está hoy más avanzada que la nuestra. Por lo demás, la crítica literaria brasileña también contribuye al fomento de este retraso, regodeándose ociosamente en reiterados análisis de problemas siempre repetidos, incapaz de cuestionarse a sí misma, de considerarse y de considerarse a la literatura ámbitos culturales abiertos.

—Acerquémonos un poco al aspecto "casero" de tu actividad literaria, a tus hábitos de escritor. ¿Escribis tus textos a



mano? ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Reelaborás tus poemas? ¿Te interesa escribir o lo hacés como quien cumple con una 'fatalidad'? ¿Cómo se explica la poesía en Ferreira Gullar?

—Escribo, ya te lo dije, poco. Eso se debe a varios factores. Incluso en los años comprendidos entre 1950 y 1953, cuando la poesía constituía la obsesión de todas mis horas (entendida siempre como eje de una indagación general sobre la vida, el arte y la cultura), escribí relativamente pocos poemas. El libro que publiqué en 1954 —*A luta corporal*— tenía nada más que 130 páginas y reunía todo lo que escribí en ese período. Esa experiencia exasperada, de búsqueda de una realidad esencial, me permitió entrever que me encaminaba hacia un abismo: o la accessis o la locura. O el suicidio. El desenlace más probable era el suicidio porque jamás acepté la posibilidad de vivir al margen de la vida. Luchaba para que fuera plena, no para reducirla a una contemplación mística. El mundo es hermoso, el amor fascinante, la vida rica y compleja. El mundo es mi reino, el nuestro. Mi desesperación consistía en que toda esa riqueza de la que yo me percataba, desfilaba ante mis ojos como una película sin que yo fuera capaz de sumergirme en ella. Comprendí que debía confundirme con la vida —cosa que, hasta entonces, había evitado— al precio que fuere. Es el viejo problema de siempre: el arte nos da lo esencial pero excluye la vida. La vida, en cambio, nos arrastra en su caudal y nos dilapida en actos y hechos superficiales. Elegí: había

que entrar en la batalla de la vida, ensuciarse las manos, arriesgarse a perderse con los demás para intentar encontrarse como expresión de muchos. La posición de profeta, de mago o de genio no me agrada. Odio todas las formas de mistificación. Soy un hombre común, como mi padre, como mi madre, mis hermanos y mis amigos de infancia. Nunca me circundó ningún halo de divinidad. En compensación, la vida, aunque muchas veces dura y cruel, fue siempre fascinante. De ella nace mi poesía; de lo real y común, de las cosas banales, de la luz sucia pero verdadera que hay en las cosas y en las personas. De allí nace mi compromiso social: de la necesidad de decir la verdad, de encontrar para mí y para los otros una felicidad real y no un sueño. La poesía y el engaño son incompatibles. En el mundo en que vivimos hay explotación y cinismo, y sobre todo la crueldad de los que insisten en mantener privilegios a costa de la felicidad de los demás. La vieja concepción que se tiene del poeta es la de un pobre diablo débil, sentimental, ajeno al mundo y sus cosas, dedicado a engalanar la vida con palabras bonitas. Contra todas las apariencias, esta concepción mantiene su vigencia, claro que bajo otras formas. Ella perdura en quienes hacen poesía para deleite de la exégesis crítica, en los que se entregan a la mistificación de supuestos saberes arcaicos y mágicos. El poeta no debe contribuir a crear más subterfugios absurdos o situaciones alienantes. Ya basta lo que existe. Creo que el hombre avanza hacia una vida más plena que la actual.

El trayecto, a lo largo de esa marcha, ha sido y es sangriento, combativo; en él se pierde a veces la perspectiva y la esperanza. Cabe al poeta, hondamente arraigado en la vida como está, nutrir en los otros esa misma esperanza; esperanza que no es una palabra, una frase, un *slogan*, sino la revelación del sentido más hondo de la vida, de la belleza real que palpita bajo el tumulto, de la felicidad que el hombre quiere y que, por eso, alguna vez alcanzará. Estoy lejos de considerar que esto es una cosa simple y que yo mismo sea capaz de asumir, a cada instante, esa función que atribuyo al poeta. Pero debo reconocer que cuando no lo consigo, fracaso. Y no quiero transformar mi debilidad en justificación. En medio a tantos problemas como los que abundan en este mundo vasto y voraz, el poeta no puede ser apenas un intuitivo, un ingenuo. La poesía constituye un trabajo cada vez más complejo que exige abarcar las nuevas dimensiones que la vida moderna va ganando. Vivimos una época penosa, de luchas, pero estoy seguro que, mañana, el mundo será mejor y la misión de la poesía más amena. Pero nuestra vida se juega ahora y debemos hacer la poesía en este momento. Ello, sin sobrestimar el papel del poeta en un mundo donde el *rol* protagonista lo tienen las masas. Ellas hacen la historia y el poeta debe ser, por eso mismo, modesto. Por lo demás, sé perfectamente que el destino de la humanidad no depende de mí. De todo esto resulta que escribo poco, apenas cuando siento que tengo algo que decir, que comunicar.

ferreira gullar

Cuanto a la manera como hago un poema quiero decirte que no sigo un método. El punto de partida es siempre un impacto, algún hecho, un recuerdo, algo que despierta en mí un estado de inquietud. No tengo apuro en empezar. Como un atleta bien entrenado, sé que soy capaz de saltar a la altura que haga falta, siempre que me empeñe íntegramente en el salto. A veces no tengo ganas y entonces no empiezo. O si empiezo, interrumpo. Si no estoy decidido a entregarme entero, el poema no saldrá. Espero; a veces días, semanas, años. En esos casos, ando con el poema borroneado en el bolsillo, mezclado con dinero, boletas de compra. Escribo mis poemas siempre a mano. En cambio los artículos los escribo a máquina. El poema en estado de esbozo va germinando y, un lindo día, brota una flor de mi bolsillo. Me pongo contento como un chico. Lo escribo y lo guardo. Rara vez se lo muestro a alguien. ¿Será por timidez? No lo sé. Prefiero que lo lean en las revistas o en los libros, como si fuera algo público que ya nada tiene que ver conmigo. Justamente, yo pienso que los poemas deberían ser publicados en los periódicos, como si fueran noticias. Generalmente, después que el poema está escrito lo re-trabajo muy poco. Pongo todo el rigor en el acto de formularlo: cuando llego al final casi siempre tiene el aspecto que deseo. A veces queda algún punto en duda, un verso que podría "rendir más". Descanso; días después vuelvo a leer todo el poema y cambio el verso en cuestión. Mi preocupación principal, cuando escribo, es el ritmo, la intensidad y la palabra exacta, pero siempre la palabra cargada de vida, la palabra sucia del cotidiano. Paradójicamente, no me gusta escribir poesía. Pero cuando concluyo el poema, por el carácter de necesidad vital que tiene para mí el hecho de realizarlo, siento una enorme alegría. Como ves, soy como los demás poetas.

—Una vez me dijiste que Carlos Drummond de Andrade era el más grande de los poetas vivos de Brasil, ¿Por qué?

—Lo dije teniendo en cuenta, principalmente, su obra pasada: *Sentimiento do mundo*, *Rosa do povo*. Después, Drummond se va haciendo cada vez más subjetivista, formalista y hasta "metafísico". En este segundo período logra algunos poemas buenos, sobre todo los líricos. Pero el poeta de antes es más abierto, más vital, trabaja con materia rica y nueva. Habla el idioma común, se expresa como un hombre de su tiempo, conmovido por los problemas de su tiempo y viviendo esos problemas como los demás hombres. Su lenguaje es preciso, creador, denso. El supo darle forma poética al idioma coloquial que los modernistas brasileños recogieron en la calle. Claro que ésa fue una tarea de muchos y no sólo de Drummond: Mario de Andrade, Oswald de Andrade, Murilo Mendes, Jorge de Lima. Pero es Drummond donde este lenguaje adquiere mayor profundidad y rigor.

—¿Y tus lecturas de poesía? ¿Son asiduas? ¿Qué poetas son tus poetas? ¿Hay predilección por la poesía como material de lectura o te atraen más otros géneros?

—De los 19 a los 23 años leí poesía de una forma caudalosa: Manuel Bandeira, Drummond, Raul Bopp, Mario, Oswald de Andrade, Rimbaud, Baudelaire, Mallarmé,

Apollinaire, Eliot, Artaud, Hoelderlin, Rilke, Lautréamont, Maiacovsky y los poetas jóvenes del momento: João Cabral de Melo Neto, Thiago de Melo, Geir Campos, Augusto de Campos, Reynaldo Jardim, además, claro está, de René Char, Francis Ponge, Henri Michaux, Breton.

Posteriormente me interesó más la filosofía, la estética, la historia y la crítica de arte. Siempre fui un mal lector de novelas. En estos últimos años leí mucho sobre economía y teoría política. Leo, actualmente, poca poesía. A veces me fijo en un poema y vuelvo una y otra vez sobre él. Creo que mi interés por la filosofía, la crítica, la economía y la teoría política se explican como resultado de mi necesidad de alcanzar una visión lúcida y objetiva del mundo. Anhele entender las cosas, "agotar el campo de lo posible". La poesía no debe estar antes, sino después del conocimiento objetivo.

—Y el niño que hay en vos, Gullar ¿cómo mira al hombre que responde a estas preguntas? ¿Qué piensa de él? ¿Qué piensa tu infancia de vos, Gullar?

—Mi infancia se empeña en vivir. Es lo mejor de mí. La prueba más grande de amor que puedo darle a alguien es la de ofrecerle, no al hombre castigado, sino a ese niño conmovido, ávido de ternura. Creo que ese niño no condena al hombre que soy. El sabe que he luchado para preservarlo, para no traicionarlo. Y, en el fondo, es él quien impulsa al hombre a trabajar por un mundo más humano.

(entrevista por santiago kovadloff)



Ferreira Gullar por Nadia, Hamburgo, 1972.

ferreira gullar/el camino del poeta

- 1930 Nace el 10 de setiembre en São Luis do Maranhão, Brasil, José Ribamar Ferreira Gullar.
- 1949 Publica *Um pouco acima do chão*, poesía.
- 1951 Se traslada a Rio de Janeiro.
- 1954 Publica *A luta corporal*, poesía.
- 1956-61 Se desempeña como crítico de arte del *Suplemento Literario del Jornal do Brasil*.
- 1958 Publica *Poemas*.
- 1959 Funda y fundamenta el movimiento "Arte Neoconcreta". Da a conocer su ensayo *Teoria do não-objeto*. Escribe y publica en esta misma época *Do cubismo à arte neoconcreta*, ensayo.
- 1962 Publica *João Boa-Morte, cabra marcado pra morrer*, poesía. Ingresa al Centro Popular de Cultura. Publica *Quem matou Aparecida*, poesía.
- 1963 Da a conocer su ensayo *Cultura posta em questão*. Es designado presidente del Centro Popular de Cultura.
- 1964 El gobierno militar brasileño cierra las puertas del Centro Popular de Cultura. Ex-integrantes del mismo, entre los que figura Ferreira Gullar, forman el *Grupo Opinião*, de teatro, que señaló un momento fundamental en la vida cultural del Brasil. Comienza la producción teatral de Ferreira Gullar. Con Oduval de Vianna Filho escribe y estrena *Se correr o bicho pega, se ficar o bicho come*,

- que ese año obtuvo todos los premios teatrales de San Pablo y Rio de Janeiro. Es autor, además, de *A saída, onde fica a saída?* (en colaboración con Armando y Carlos Fontoura) y *Dr. Getúlio. Sua vida e sua glória* (en colaboración con Dias Gomes). Le pertenecen, por fin, dos piezas inéditas; una de ellas sin título aun. La otra se llama *O rubi no umbigo*.
- 1966 Reedita *A luta corporal* en una edición que incluye sus últimos poemas. El volumen se titula *A luta corporal e novos poemas*.
- 1969 Publica un nuevo ensayo: *Vanguarda e subdesenvolvimento, ensaios sobre a arte*. Mediante este ensayo, el autor intenta rectificar las posiciones asumidas en *Cultura posta em questão*. Según declaraciones del propio Gullar, las discrepancias actuales con algunos puntos centrales de *Vanguarda e subdesenvolvimento* requerirían un tercer libro de ensayos.
- 1970 Cuando José Ferreira Gullar salió de Brasil, vivió y trabajó en Francia, Alemania, Bélgica e Italia, desempeñándose como periodista y traductor.
- 1972 Se traslada a Chile de donde parte a principios de octubre, tras el golpe militar que derrocó al gobierno popular de Salvador Allende. Luego de una breve estadía en Buenos Aires, viaja a Lima donde está radicado.

gallo gallo

El gallo
en el zaguán quieto.

Gallo gallo
de alarmante cresta, guerrero,
medieval.

De córneo pico y
espolones, armado
contra la muerte,
pasea.

Mide los pasos. Se detiene.
Inclina la cabeza coronada
dentro del silencio
—¿qué hago entre cosas?
—¿de qué me defiendo?

Anda

por el zaguán.
El cemento olvida
su último paso.

Gallo: las plumas que
florecen en la carne silenciosa
y el duro pico y las uñas y el ojo
sin amor. Grave
solidez.
¿En qué se apoya
tal arquitectura?

¿Sabrá que en el centro
de su cuerpo un grito
se elabora?

¿Cómo, empero, contener,
una vez concluido,
el canto obligatorio?

De pronto golpea las alas, va
a morir, inclina el vertiginoso pescuezo
de donde el canto, rubro, fluye.

Pero la piedra, la tarde,
el propio gallo feroz
son más que el grito.

Se ve: el canto es inútil.

El gallo permanece —pese
a todo su porte marcial—
solo, desamparado,
en un zaguán del mundo.

¡Pobre ave guerrera!

Otro grito crece,
ahora, en el sigilo
de su cuerpo; grito
que sin esas plumas
y espolones y cresta
y sobre todo sin esa mirada
de odio,

no sería tan ronco
y sangriento.

Grito, fruto oscuro
y extremo de ese árbol: gallo.
Pero que, fuera de él,
es mero complemento de auroras.

dentro de la noche veloz

Fragmento

Pero la vida dónde está
nos preguntamos

¿en las tabernas?
¿en las eternas
tardes lentas?

¿en las villas
donde la historia hiede a mierda?

¿en el cine?
¿en la femenina caverna de sueños
y de orina?

¿O en la ingrata
faena del poema?

(la vida
que se evapora
en el estuario del Plata)

¿Seré cantor?
¿seré poeta?

Responde el cobre (de la Anacond Cooper):
serás asaltante
y proxeneta
policia bandolero alcahuete

¿Seré pederasta y homicida?
¿seré adicto?

Responde el hierro (de la Bethlehem Steel):
Serás ministro de estado
y suicida

¿Seré dentista?
¿oftalmólogo?
¿otorinolaringólogo?

Responde la bauxita (de la Kaiser Aluminium):
serás médico abortero
que da más dinero

Seré una mierda
quiero ser una mierda

Quiero, realmente, vivir
¿Pero dónde está esta inmunda
vida —aunque sea inmunda?

¿En el hospicio?

¿en un santo
oficio?

¿en el orificio
del culo?

¿Debo cambiar el mundo,
la República? Tendré
que plantar la vida
como un estandarte
en plaza pública?

la casa

Debajo del piso de la casa
en el talco negro de la tierra prisionera,
¿quién habla?

en aquella
noche menor bajo los pies de la familia
en aquel territorio
sin flor

bajo las viejas tablas
que pisamos pisamos pisamos
cuando el sol iba alto cuando el sol ya moría
cuando el sol ya moría
y yo moría

¿quién habla
quién habló quién hablará
en la lengua de fuego azul del país de abajo de la casa?
Habla tal vez
allí

la moneda que una tarde rodó (la moneda una tarde) rodó y se apagó
[en aquel suelo lunar

Habla
tal vez

una laucha
que nos oía bajo las tablas
y con nosotros aprendió a mentir
y a amar
(en nuestro desamparo en São Luis do Maranhão
en Camboa
dentro del sistema solar
entre constelaciones que desde la ventana veíamos de una ojeada

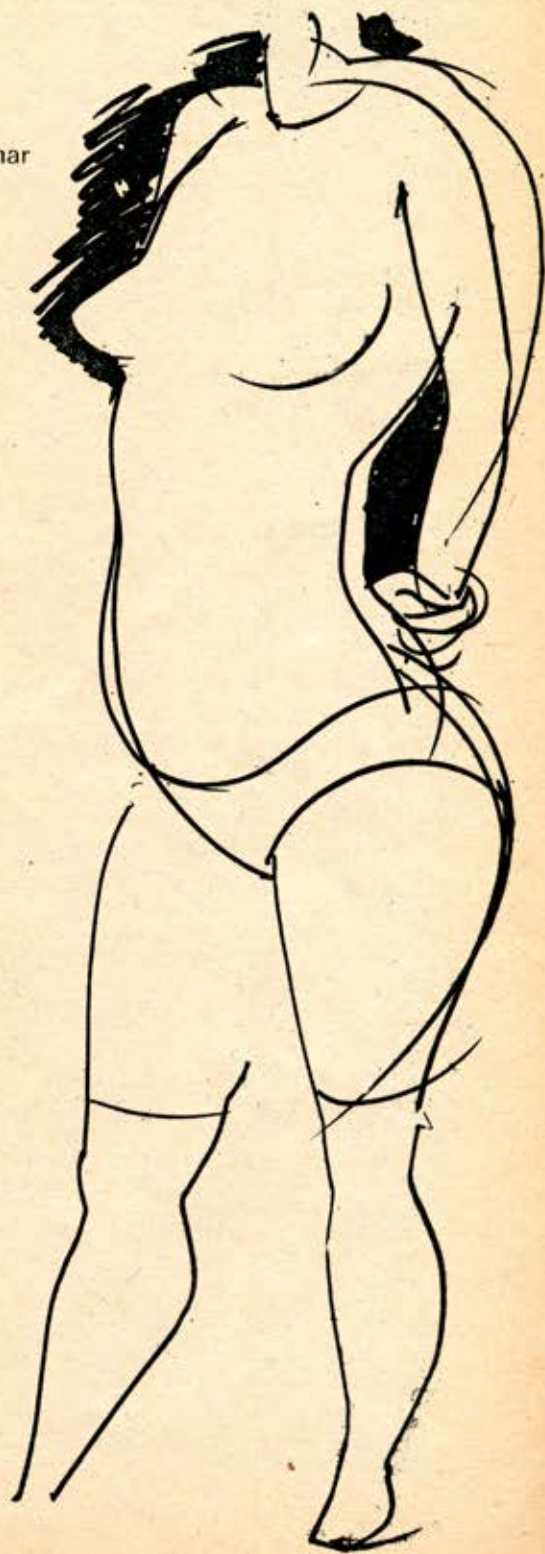
Habla
tal vez esa laucha muerta que hiede hasta secarse
¿Y nadie más?
¿Y el verano? ¿Y las lluvias?

torrenciales? ¿Y la clase
obrera? las pocas
fiestas de cumpleaños
¿no hablan?
La red sucia, el cántaro
en la ventana, el girasol
en el zaguán clamando contra el muro
la hormigas
en el cemento de la cocina
¿no hablan?

Bizuza
muerta
Maria Lúcia, Adí, Papá
muertos
no hablan.

Y gira, planeta, gira
océanos azules de mi vida,
sueños, amores, mis
poemas de hierro,
mi lucha común
gira,
planeta.

Y sobre las tablas
nuestra vida, nuestros muebles,
la silla mecedora, la mesa de cenar,
el ropero
con su espejo donde la tarde bailaba riendo
hecha una niña
y las ventanas
abiertas
por donde el espacio —como un pájaro—
huía
sobrevolaba las casas y rumbeaba
en un sueño
hacia las ciudades del Sur.



la vida late

No se trata del poema y sí del hombre
y su vida
—la mentida, la herida, la consentida
vida, de pronto ganada, de pronto perdida y otra vez
ganada.

No se trata del poema y sí del hambre
de vida,
el ávido pulsar entre constelaciones
y paquetes y náusea.

Algunos viajan, se van
a New York, a Santiago
de Chile. Otros se quedan
hasta en la Rua da Alfândega, detrás
de mostradores y ventanillas
Todos te buscan, fardo
de vida, oscuro y claro,
que eres más que el agua en el pasto,
que el baño de mar, que el beso
en la boca, más
que la pasión en la cama.

Todos te buscan y sólo algunos te encuentran. Algunos
te encuentran y te pierden.

Otros te encuentran y no te reconocen
y están los que buscándote se pierden
oh verdad, oh hambre
oh desatino,

de vida!
El amor es difícil
pero puede brillar en cualquier parte de la ciudad.
Y estamos en la ciudad
bajo las nubes y entre aguas azules.
La ciudad. Vista desde lo alto
es fabril e imaginaria, se entrega entera
como si estuviese acabada.
Vista desde lo alto,
como sus barrios y calles y avenidas, la ciudad
es el refugio del hombre, pertenece a todos y a nadie.

Pero vista
de cerca,
la ciudad revela su turbio presente, su
carnadura de terror: la
gente que va y viene
que sube y baja
que entra y sale y pasa
sin reír, sin hablar, entre gases y pitazos. Ah, la oscura
sangre urbana
movidada a intereses.

Es gente que pasa sin hablar
y está llena de voces
y ruinas. ¿Eres Francisco?
¿Eres Antonio? Eres Mariana?

¿Dónde ocultaste el verde
resplandor de los días? ¿Dónde
ocultaste la vida
que de tus ojos se borra apenas brota?

Y pasamos
cargados de flores sofocadas.
Pero adentro, en el corazón,
yo lo sé,

la vida late. Subterráneamente,
la vida late.

En Caracas, en Harlem, en Nueva Deli,
bajo las penas de la ley
en tu pulso,

la vida late.
Y es esa esperanza clandestina
mezclada a la sal del mar,
quien me sustenta
esta tarde,
asomado a la ventana de mi pieza en Ipanema,
en América Latina.



Caro amigo Santiago Kovadloff,
aceite meu abraço e transmite-o,
por favor, ao pessoal de "CRISIS"
e a seus leitores

¡y Viva CHILE, mi vida!
Guller

LAS
MEJORES
FIESTAS

SABANAS
DE
AMAT

en
monte grande

Onetti en cine

las fuentes
de la
nostalgia
y de la
angustia



Juan Carlos Onetti en cine. Pocos lo hubieran creído, conocida su tradicional hurañía ante entrevistas, visitas protocolares, intervenciones en público, vida cultural, en suma. Cuatro meses atrás, sin embargo, un cineasta y un crítico, Julio Jaimes (37, argentino) y Jorge Ruffinelli (29, uruguayo), dialogaron con Onetti en su pequeño departamento montevideano, ante el trabajo de cámara y fotografía de Félix Monti, la grabación del sonido de Nerio Barberis, la coordinación de Ramón Piqué y la dirección del propio Jaimes, para componer el mediometraje (color, 70 minutos) que se llamará Juan Carlos Onetti, un escritor. El film pretende atrapar y mostrar la personalidad de uno de los mayores novelistas de América Latina a través de su propia imagen, sus testimonios de vida, sus opiniones literarias, el recuento de los años y oficios transcurridos y sobrellevados en ambas márgenes del Río de la Plata. Buscando la formulación de un cine-testimonial, desprovisto de decorados o preparación artificiosa, la espontaneidad se convierte en un protagonista imprescindible del film. Pronto Juan Carlos Onetti, un escritor será exhibido en Buenos Aires y en Montevideo, aparte su destino de distribución por los canales de la televisión europea. Mientras tanto, **crisis** ofrece aquí en exclusividad la entrevista completa que ocupa la parte central del film.

CRIS n.º 20
Entrevisión de Julio Justo (argentino) y Onetti Refonelli (Uruguay) 1974

J. R.: ¿Cuándo fueron los primeros viajes suyos a Buenos Aires, los dos primeros intentos de radicación?

Onetti: El primer intento fue en el año 30, exactamente en el mes de marzo. El 6 de septiembre de ese mismo año vino el golpe de Uriburu aunque, claro, todo esto era una consecuencia de la caída de Wall Street del 29, ¿no?, que estaba coleteando acá. Me acuerdo que una de mis primeras sorpresas —y agradable sorpresa— cuando llegué a Buenos Aires fue ver que todavía quedaban pegados carteles de elecciones que decían: "Yrigoyen, la gran esperanza argentina", y el primer firme era Jorge Luis Borges. Entonces me pareció muy lindo eso. Y después, bueno, llegó el 6 de septiembre, se fue Yrigoyen a Martín García, y parece que el joven Borges cambió de idea y pensó que... José Evaristo Uriburu era la gran esperanza argentina.

J. R.: En 1930 usted tenía 21 años...

Onetti: Se supone.

J. R.: ¿Porqué se fue del Uruguay?

Onetti: Porque no conseguía trabajo aquí, simplemente.

J. R.: ¿Y qué consiguió en Buenos Aires.

Onetti: Nada. Hice de todo. Bueno, ya había hecho de todo acá, pero, en fin... Es decir: trabajé en una gomería —como llaman en Buenos Aires a un taller de reparaciones—, y después pasé a trabajar en una empresa que fabricaba silos para las cooperativas agrarias. Las acciones, me acuerdo, tenían el aval del gobierno de Uriburu; luego aparece Justo como presidente de la República, y los avales se retiran y la empresa se funde. Y bueno, me tuve que ir. Después hice una serie de tareas de toda clase.

J. J.: ¿Es por entonces que empezás a escribir?

Onetti: ¿En ese momento? ... Bueno, en realidad cuando yo empecé a escribir fue en el año 33. Digo, desde el punto de vista de la publicación, porque escribía desde siempre, para mí. Fue en el 33 cuando hubo un concurso en La Prensa, y premiaban diez cuentos con la suma entonces fabulosa de cuatrocientos pesos por cuento. Y ahí apareció mucha gente: algunos que ya estaban concluidos, otros que después desaparecieron, pero el único hombre que me acuerdo —aunque no de su nombre, tal vez tú lo sepas— es el autor de la letra del tango "El Zorro Gris", que también mandó un cuento y ganó uno de los premios.

J. J.: ¿Cómo era el tango? ¿No te acordás?

Onetti: "Cuántas noches fatídicas de vicio..." Si los jóvenes no lo saben, m'hijo, estoy listo.

J. J.: Y estás un poco listo porque no me acuerdo... No lo sé.

J. R.: Como no se lo mencionó, quiero concretar: uno de los diez cuentos premiados es "Avenida de Mayo-Diagonal Avenida de Mayo".

Onetti: Sí señor, sí, exactamente.

J. J.: ¿Ese cuento se publicó?

Onetti: Sí, claro, se publicaron todos, publicaron los diez premiados.

J. J.: ¿Ya entonces eras un buen lector?



Onetti: Sí, es un vicio de la infancia. Yo creo que en parte mi miopía responde a que yo me hacía la rabona, como se dice en Montevideo —hacerse la rata se dice en Buenos Aires— y me encerraba en el Museo Pedagógico que tenía una iluminación pésima, y me tragué todas las obras de Julio Verne. Todo. Me acuerdo que eran unos libracos de tapas rojas. Claro, mi familia creía que yo estaba en la escuela o en el liceo, no me acuerdo, en esa época. Después largué el liceo, sí, porque no pude nunca aprobar dibujo. Nunca: fracasé en todos los intentos que hice. Así por no saber dibujar no pude ser abogado, por ejemplo.

J. J.: ¡Qué curioso! Me acuerdo que se comentó que sos el autor de la tapa de la primera edición de "El pozo", con un falso Picasso...

Onetti: No, no es cierto. Sí que hay un falso Picasso, pero no lo hice yo, lo hizo un amigo que se llama Canel. Y

me divertía en parte el chiste, pero una vez me llegó a ser muy violento. Porque un señor —en aquél tiempo creo que era simplemente diputado, después llegó a ser Ministro del Interior— vino a verme desesperado a la oficina... a la oficina de Reuter, en Montevideo, a preguntarme de dónde había sacado yo ese grabado de Picasso. Que él tenía la colección, estaba seguro, completamente seguro de que tenía todos los Picassos, los grabados —reproducciones, naturalmente— y no sabía de dónde yo había conseguido... Y bueno, para mí fue una situación muy violenta, de vergüenza: no podía decirle al hombre la verdad, porque la verdad era humillante para él. Y, en fin...

J. J.: Juan, ¿me podés decir de tu paso por la publicidad?

Onetti: Mi paso por la publicidad fue muy divertido. Había un señor que tenía una agencia de publicidad en Montevideo y en Buenos Aires. Claro que la base



principal estaba en Buenos Aires. Ahora bien, yo trabajaba en ese tiempo en una revista de publicidad que se llamaba "Impetu"...

J. J.: ¿La dirigías, incluso?

Onetti: Sí, la hacía, la hacía totalmente, y era un trabajo muy cómodo porque la hacía cuando se me daba la gana. Salía una vez por mes, era una revista muy pequeña, yo traducía cosas para allí, hacía sesudos editoriales sobre...

J. J.: Sobre el consumo...

Onetti: Sí, sobre el consumo, casi todos robados... Pero sigo contando: este dueño de la empresa de publicidad me ofreció un sueldo fabuloso para que yo trabajara en las dos agencias de Montevideo y Buenos Aires. La tentación no era tanto la del sueldo, sino la posibilidad de viajar de Montevideo a Buenos Aires regularmente. Acepté y entonces el hombre me disfrazó de publicitario: me acuerdo que me llevó a un sastre, me hizo hacer un sobretodo, dos trajes, la clase de zapatos que te-

¡Diciendo!
¡Sr. Onetti!

nía que usar, unos guantes de pecarí que hoy los tiene una dama —se los regalé. Bueno, sí que era un tipo repugnante... Ahora, sucedió que cuando yo acepté ese puesto con la esperanza de poder venir de Montevideo a Buenos Aires todas las semanas, Perón cortó los viajes al Uruguay. La única vía de llegar acá era viajando a Asunción. Bueno, llegué a Asunción con mi atuendo de publicitario. Había una fila de taxímetros, por supuesto: eran coches para contrabando, indudablemente. Y el que me tocó a mí fue un Cadillac novísimo, que manejaba un hombre con los pies desnudos. Bueno, no sé cuántas vueltas me hizo dar hasta que me llevó al hotel, y quedamos en que a la mañana siguiente me vendría a buscar para ir a la agencia a sacar pasajes. Esa noche me dormí, me defendí de los mosquitos como pude, y al otro día cae el hombre, me lleva a la agencia para sacar pasaje a Montevideo... y cuando estoy pagando, cuando estoy pagando el pasaje, el hombre se me acerca, se me acerca demasiado y se pone a mirar. Claro que yo había hecho cambio de guaraníes a argentinos y a uruguayos, así que estaba mostrando dinero, cuando vi que él se acercaba y miraba demasiado... Bueno, eso me pareció sospechoso. De todas maneras, se arregla el asunto del pasaje y salgo. Y el hombre me dice: "¿No me acompañaría unas cuadritas, patrón?", me dice. Ya estaba anocheciendo; en Asunción el anochecer es muy rápido, muy violento... Y bueno, yo me dije —el hombre era indudablemente indio, no sé a qué tribu pertenecía—, en la primera esquina oscura éste me encaja una cuchillada. Pero no me quise achicar y le contesté: "Sí, cómo no, cómo no lo voy a acompañar, vamos". Entonces caminamos unas cuadras y fuimos a un boliche. El tipo me invitó a entrar, y ahí tomamos varias copas de esa famosa caña paraguaya, de la que no sé el nombre ahora. Cuando fui a pagar —el hombre hablaba en guaraní con el del mostrador—, me dijo "¡No! Ta todo pagao". Y yo me dije: "Bueno, ya éste me tiene liquidado, se convino con el tipo del mostrador..." (Si no me equivoco, ahora me acuerdo, se llamaba "Mariposa" aquella famosa caña paraguaya). Fue entonces que me dijo: "Yo quería decirle una cosa, patroncito". Se levanta la camisa y me muestra, así, todos agujeros de bala: había estado en la guerra del Chaco y había sobrevivido no sabía como... "Lo que yo quería decirle era esto: cuando yo lo vi a usted, por la ropa que traía yo pensé que era porteño. Y entonces había planeado estafarlo en el viaje, pero ahora le voy a devolver toda la plata que le robé dando vueltas por Asunción. Y mañana lo llevo a Campo Grande" —creo que así se llama al aeródromo internacional. "Bueno, yo pensaba darle vueltas y cobrarle miles y miles, pero porque yo creía que usted era porteño. Entonces, cuando yo me acerqué en la agencia de viajes, y usted creyó que yo me acercaba por la plata, no, era por eso... Yo quería ver el

pasaporte suyo. Y cuando vi que era uruguayo, bueno, entonces ya todo cambió... Porque López y Artigas son únicos. Nosotros estamos siempre contra el gobierno de Buenos Aires y ahí nos tenemos que mantener..." Esto lo cuento como algo... así, un poco extraño, de un analfabeto —creo que se llamaba Anacleto Medina—, de un indio analfabeto que manejaba un Cadillac y tenía sus firmes opiniones políticas...

J. R.: Ya que ha hablado de su pasaje por la publicidad, nos importa que diga también algo sobre su pasaje por el periodismo: las incursiones iniciales en Argentina y después los años fundacionales de "Marcha", en Montevideo.

Onetti: En la Argentina trabajé en una revista que no sé si existe todavía: se llamaba "Vea y Lea". Allí era secretario de redacción. Después trabajé en la mencionada "Impetu", que era una revista de publicidad, donde, reitero, estaba muy cómodo, salía una vez por mes y todo el trabajo lo podía hacer en casa si me daba la gana. Más adelante vengo a Montevideo, trabajo en una agencia de automóviles, hasta que Quijano decide fundar "Marcha". Y bueno, Quijano era muy amigo de mi hermano —y mi hermano hasta creo que era adjunto a la cátedra de Estadística de Quijano—, y me ofreció la secretaría de redacción de Marcha. Yo conocía "El Nacional", que había sacado Quijano unos años antes, ¿no?, hasta que lo fundieron, y su posición antimperialista estaba totalmente de acuerdo conmigo. O yo estaba totalmente de acuerdo con ella.

J. R.: ¿Cómo fueron los primeros tiempos de "Marcha"? ¿Es cierto que trabajaba 28 horas por día?

Onetti: Heroicos tiempos de "Marcha"... Bueno, sí, es algo así como una perfrasis decir 28 horas por día, pero en realidad yo seguía hasta el día siguiente, y casi todas las noches me iba a dormir a uno de esos lugares donde te alquilan cama... Creo que pagaba un peso por noche... Y había también un sabotaje en la imprenta. Bueno, me acuerdo de que el primer número de "Marcha" lo terminé con las medias ensangrentadas totalmente, era ya la mañana del otro día y "Marcha" estaba en la calle. Recuerdo que volví a mi casa y andaban los canillitas gritando: "Marcha", "Marcha"!... Violenta carta del doctor Carlos Quijano contra Emilio Frugoni... Todo mentira, ¿no? Nadie sabía qué era en realidad "Marcha", ni siquiera nosotros que la estábamos haciendo. Aquello era un monstruo, no había rumbo ninguno. Y, cierto, también recuerdo que el principal fallador era Despouey, a quien le había encargado una página sobre teatro y cine. Llegaba la madrugada, la una, las dos, las tres, y Despouey no aparecía. Entonces yo le decía a Quijano: "Se acabó, acá metemos cualquier otra cosa, no puede ser... En ese momento aparecía Despouey, le recitaba un poema de Shakespeare a Quijano, Quijano lo reconocía, se abrazaban y chau, entonces había que seguirla, pagar además las ho-

*Larsen
¿was que?*

ras extras de los linotipistas y publicar lo que traía Despouey, que siempre era muy bueno. Otras veces me encontraba con que el material simplemente no llegaba, y tuve que inventar cuentos con apellidos desconocidos, que posiblemente hoy fueran famosos si los mandara a un concurso de "Marcha"...

J. J.: ¿Qué hay de cierto en aquéllo de que la primera versión de "El pozo" se te pierde en Buenos Aires?

Onetti: Sí, la dejé en Buenos Aires.

J. J.: ¿Y después la reescribiste totalmente?

Onetti: Sí, la reescribí porque dos amigos —uno es Cunha Dotti y el otro José Pedro Díaz— habían comprado una máquina, yo no sé, creo que se llama "Minerva", una máquina de imprimir, y querían hacer una editorial. Estaba Canel también en el asunto, y me preguntaron si no tenía algo para editar allí. Mentalmente rehice "El Pozo", y creo que no hay mucha diferencia entre la primera versión perdida y la que di después. La publicaron con el famoso grabado de Picasso, del cual no sé si ya hablamos...

J. R.: Hay algo que me llama la atención y es que "El Pozo" instaura o ayuda a instaurar una literatura urbana, junto con los primeros cuentos del 33, pero ahí aparece también el tema del personaje —el "soñador"— que está siempre buscando paraísos perdidos, la infancia o una naturaleza lejana. ¿Eso es o no una contradicción?

Onetti: ¿Dónde está la contradicción?

J. R.: Me refiero a que el personaje urbano se mostraba como un ser alienado, en busca de la aventura.

Onetti: ¡Ah! Es posible que sí, es posible que sí. Pero no era la aventura folclórica.

J. J.: ¿Qué nos podés decir de tus "amores" literarios, Juan?

Onetti: Ya lo dijeron ustedes: se trata de Céline y de Faulkner... Así que yo me limité a suscribir, rubricar...

J. J.: ¿Cómo fue la historia alrededor de "Para esta noche", tu actitud ante la guerra de España?

Onetti: No, no, yo no tengo actitud ante la guerra de España, porque yo creo que no caben actitudes, ¿no? El individuo que no está a favor de la república española es un hijo de perra.

J. J.: Me refería a un intento tuyo, de irte a España.

Onetti: Sí, hubo un intento de irme y era toda una cosa farsesca. Pero lo que me interesa decir de "Para esta noche" es que la historia básica, real, a mí me la contaron dos anarquistas en el Café Metro. Cuando el gobierno de Negrín se trasladó a Valencia —ya era el final—, mandaron un barco —se había formado un Comité de No Intervención, o algo así— para sacar a los derrotados, a los republicanos. Bueno, algunos vinieron a México, otros a Buenos Aires. Pero en realidad había un truco —según me contaron estos dos anarquistas— que consistía en dar el permiso a todo el mundo, pero el pasaje exclusivamente a comunistas. Eso me lo contaron ellos, y en eso se basó la historia. Uno sé que terminó en Moscú.

Del otro nunca supe más.

J. J.: ¿Qué es para vos el amor? ¿Cómo lo definirías?

Onetti: Yo creo haberte dicho alguna vez que no sé el significado total de la pregunta, el significado profundo. ¿Qué es el amor? ¿A qué te refieres? ¿Al amor físico? ¿A enamorarse de una mujer? ¿O a enamorarse de colecciones de porcelanas? ¿O de libros? ¿Qué es el amor?

J. J.: El amor como una cosa totalizadora...

J. R.: O sencillamente el amor entre hombre y mujer.

Onetti: Eso es para mí, fundamentalmente, un problema de intento de integración. De que dos sean uno. Si se me entiende: si no, pregunte más... Es decir, un intento imposible, condenado al fracaso desde el principio.

J. J.: ¿Porqué se convertiría en un egoísmo de dos?

Onetti: Sí, pero además por la total imposibilidad de la comprensión absoluta. Eso no sucede nunca.

J. J.: ¿Y qué es para vos la literatura?

Onetti: ¿Qué es para mí la literatura? Yo sé. Te diría lo mismo si preguntaras qué es para mí la lectura. Es un vicio. Ahora bien, yo no tengo la menor pretensión de cambiar el mundo, de modificarlo, con lo que escribo. En realidad, tengo que reiterar algo que ya dije varias veces, y que es una anécdota de James Joyce. Una chica francesa consiguió una vez una entrevista con James Joyce, y le preguntó: ¿"Para quién escribe usted?". James Joyce le dijo: "Ah, muy sencillo: yo me siento en una punta del escritorio, en la otra punta está sentado el señor James Joyce, y entonces yo le escribo cartas".

J. J.: ¿Cómo se gestó "La vida breve"?

Onetti: Me parece que la respuesta es imposible, porque la gestación de una novela no puede ser determinada en un tiempo, sino que se va fabricando dentro de uno, y cuando uno empieza a escribirla se vuelve a reproducir, y crece, y aparecen otros personajes, aparecen otros argumentos, aparecen otros climas, aparecen otros tiempos. De modo que a la pregunta "¿Cómo se gestó?", te contestaría: "No sé".

R.: En cambio ¿puede decir algo sobre la creación de Santa María, a partir de "La vida breve"?

Onetti: Santa María sí, podría intentar explicar, sin estar seguro de decir la verdad, que surgió justamente cuando por el gobierno peronista yo no podía venir a Montevideo. Entonces me busqué una ciudad imparcial, digamos, a la que bauticé Santa María y que tiene mucho parecido —geográfico, físico— con la ciudad de Paraná, en Entre Ríos... No olvidemos también que Entre Ríos fue artiguista, ¿no?, pertenecía a la confederación de Artigas, junto con Corrientes y no recuerdo con qué otras provincias que contábamos en aquel tiempo.

J. J.: ¿Alguna vez dibujaste Santa María?

Onetti: No... Una vez mi hijo hizo un mapa hipotético de Santa María, que me ayudó para mover los personajes, para no equivocarme, para no repetir

los modelos de Onetti

calles... Después perdi el mapa, y siguió. Santa María, de cualquier manera.
J. J.: ¿Quién es Larsen? ¿Cuántos son?
Onetti: Y... Larsen son varios tipos. Es el resumen de varias personas que he conocido.

Al primer Larsen que conocí —y ahora, si se pierde tiempo lo voy a lamentar...— yo tendría veintiún años y trabajaba en esa empresa que fabricaba silos para las cooperativas agrarias, lo llamaré Ramonsiño porque era el nombre que le dábamos (y a lo mejor está vivo). El trabajaba de ayudante de tenedor de libros, como... este... el antifaz que usaba para evadir la ley Palacios de deportación de los proxenetas. Y él tenía dos mujeres en los prostibulos. En aquel tiempo —no me acuerdo cuál era el barrio de los prostibulos bonaerenses, pero había, sí, en el límite de la Capital Federal, varias zonas de prostibulos—, este hombre era muy joven, tenía veinte años, como yo, o veintiuno. Me llamó la atención porque cuando salíamos del trabajo él se iba a la peluquería que estaba enfrente, en la calle Defensa, pero después se quejaba siempre de la afeitada que le habían dado: que le quedaba barba, que no era perfecta la afeitada, que el trabajo de la manicura tampoco lo satisfacía... Bueno, esto siempre. Y entonces me asombró que eso le preocupara a un tipo que parecía tan viril. Después él me dijo que tenía a dos mujeres trabajando en los prostibulos. Y me acuerdo, así, fundamentalmente, de un día en que, al salir del trabajo, en el boliche de la esquina me lo encuentro a este hombre llorando. No era el hombre para llorar, y por eso me llamó la atención. Le pregunté qué le pasaba. Y lo que le pasaba era que al "Bebe" lo habían asesinado frente a uno de los prostibulos. Y el "Bebe" era la "gran esperanza argentina" prostibularia frente a los marseleses. Lo habían liquidado... Bueno, el hombre, como dice el tango, "lloró como una mujer".

Pero era un orgullo patriótico, ¿entendés? Porque los marseleses habían ganado en ese golpe, y la gran esperanza de ellos había sido que el "Bebe" los liquidara a los marseleses y los prostibulos volvieran a ser argentinos... Era una ambición muy comprensible ¿no?

J. R.: ¿Los otros modelos de Larsen tenían también relación con los prostibulos?

Onetti: Hubo otro modelo. Hay modelos que me salteo, pero un modelo que me importa es, por ejemplo, el último Larsen que conocí, y que estaba siempre en una zona no exactamente de prostibulos sino de eso que llaman "Dancing". En ese momento se ubicaban en la calle Rincón y 25 de Mayo, ahora están en el puerto, ¿verdad?. Bien. Entonces un día yo estaba en la mesa de uno de esos boliches, y un tipo abre la puerta y le pregunta al mozo o al patrón: "Ché, ¿vino Junta?". "No, todavía no vino". Yo me quedé cavilando con el nombre "Junta": pensé en Buenos Aires, pensé en Primera

menor mal

Santa María



Juntacadáveres

Junta... Bueno, no lo ubicaba. Después volvieron a preguntar por "Junta" y entonces hablé con el mozo, le dije: "Qué nombre raro... ¿quién es "Junta"?" "No, me contestó, le llaman Junta porque le dicen Juntacadáveres. Ahora el hombre está en decadencia y sólo consigue monstruos, mujeres ya pasadas de edad o de gordura, o pasadas de flacura." Ahora bien, una noche, noche de Reyes, un amigo, que es amigo de todos nosotros, no se animaba a volver a su casa porque no tenía un peso para llevarle regalos a sus hijas. Estaba muy preocupado y triste. Por eso, con un amigo de la misma editorial, yo organicé una recorrida por los boliches para manguear a todo el mundo... Entonces lo vi a Juntacadáveres —estaba apoyado en el mostrador— y le expliqué el caso, sin dar nombres: "Hay un amigo que no puede volver a su casa sin llevarle un regalo a sus hijas..." Y, bueno, fue el más generoso de todos, creo que me dio cincuenta pesos, que en aquél tiempo era algo muy importante, y además, además... comprendía el problema del tipo. Es decir, nunca tuvo la menor sospecha de que lo estuviera estafando yo. ¿no? Comprendió.

J. J.: ¿Por eso será que lo ves como un artista?

Onetti: No. Yo lo veo como un artista en su afán del prostíbulo perfecto.

J. J.: ¿Cómo te acordás de Buenos Aires?

Onetti: Ah, ¿ahora querés que te lo cante? "Mi Buenos Aires querido..." ¿Cómo me voy a acordar de Buenos Aires?... Sufro, sufro. La última vez que estuve allí cada desplazamiento era para mí una fuente de nostalgia, porque yo había estado allí, porque yo había hablado en ese boliche, porque había conversado... Una fuente de nostalgia y de angustia.

J. J.: ¿Por qué en tu obra las mujeres oscilan siempre entre adolescentes y prostitutas, sin que exista un lugar para la mujer sana, adulta, compañera?

Onetti: No sé, no sé los porqué. Pero como no puedo contestar a eso con una respuesta totalmente correcta, entonces prefiero, si me lo permitís, contestar con una anécdota. Yo conocí en Buenos Aires a un psicoanalista francés, cuyo apellido no interesa en este momento, y que un día me hizo, ¿cómo te voy a decir?... un psicoanálisis liviano, con los tests de Rorschach, o como se llame. No sé el nombre exacto. Entonces me preguntó: "¿A tí te gustan las adolescentes?" Yo le dije: "Sí, mucho". "Ah, claro. Porque tú tienes el complejo de Edipo con tu madre, y la virginidad de tu madre, etcétera, etcétera..." Bueno, pasaron algunos años, me lo encontré en Montevideo, volvimos a charlar en un café y el tipo me somete a lo mismo y me pregunta: "Tú tienes preferencias por las prostitutas, por la mujer con gran experiencia sexual, etcétera, etcétera..." Y yo le dije: "Sí, me gustan mucho". A lo cual me contestó: "Claro, es porque tú tienes el complejo de Edipo, tu madre es puta..." Bueno, en los dos ca-

... sos la solución era la misma. Mi mamá era virgen o mi mamá era puta.

J. R.: De todas maneras, en uno de sus libros, la opinión de un personaje, por no decir la opinión del autor, es que el espíritu de las muchachas muere o termina a los veinticinco años...

Onetti: Bueno, esa es la opinión de un personaje.

J. R.: ¿Es la opinión personal también?

Onetti: De un personaje, dije.

J. R.: ¿Y no es personal?

Onetti: No... Afortunadamente no.

J. J.: Juan: para vos ¿qué es la adolescencia y por qué te atrae tanto?

Onetti: ¡Ay!... Querido... Me atrae por los mismos motivos que te atrae a tí, ¿no? Y a todos los presentes. Pero, ¿se trata de mi adolescencia personal o de la adolescencia en general?

J. J.: La adolescencia en general.

Onetti: ¡Ah! Porque me parece maravillosa en el sentido de perspectivas, de posibilidades, de esa ceguera ante los desengaños. Es decir, todo eso que yo he perdido, que no tengo más, porque no creo más. Lo tienen ellos y ojalá lo sigan teniendo hasta el fin de los siglos.

J. R.: Se dice que Onetti es pesimista y nihilista.

Onetti: Onetti es nihilista y es pesimista. Onetti ha leído a Schopenhauer, y además leyó el Eclesiastés, en algún momento de distracción... Ahora, si usted puede rebatir el Eclesiastés, yo lo oíría con mucho gusto...

J. J.: ¿Vos te imaginás que sos un escritor por fatalidad, Juan?

Onetti: Sí, pienso que sí. Que es un problema de vocación, ¿no?

J. J.: ¿Creés, como dice Vargas Llosa, que el escritor es un disidente, que no acepta la realidad como es o como él cree que es, y trata siempre de corregirla?

Onetti: Yo creo que sí, que se mueve porque no le satisface la realidad, pero no creo que trate de corregirla. Porque me parece que es una tarea que está fuera de él, que no la va a corregir nunca.

J. J.: ¿Qué dirías sobre la llamada "literatura comprometida"?

Onetti: Contra los que están comprometidos de verdad, sinceramente, y hacen buena literatura, no tengo nada que decir. Me parece muy bien, como me sigue pareciendo genial el libro de Malraux "La condición humana" y es literatura comprometida, ¿no? Pero después, que se le dé el visto bueno a toda clase de literatura, de regular para abajo, por el sólo hecho de estar comprometida, eso me parece injusto y ab-

surdo. La literatura es un arte y hay que ser un artista para hacer buena literatura.

J. R.: ¿No cree pues, que el escritor, como ser social, debe dedicar tiempo y talento para interpretar su tiempo?

Onetti: Eso a mí me parece un absurdo. Porque la vida es demasiado corta para que un escritor la dedique a eso, a interpretar su "tiempo". Tiene que interpretar su "experiencia" de su tiempo, su visión personal de lo que ocurre.

J. J.: Se conoce tu admiración por Juan Rulfo. ¿En qué se basa?

Onetti: Mi relación con Rulfo se basa en un misterio. Un día me llamó Angel Rama diciéndome que Rulfo estaba en su casa con otro señor, delegado del gobierno mejicano, creo, y querían verme para invitarme a un congreso. Y bueno, me bastó verlo a Rulfo para quererlo. Yo había leído anteriormente sus dos libros, y llevé uno, que me dedicó. Y luego ha sido así... Nos hemos visto en Chile, en Caracas tal vez...

J. J.: De Cortázar, ¿qué me podés decir?

Onetti: ¿De Cortázar? Que tiene un talento indudable. ¿Qué más voy a decirte? Soy amigo de Cortázar desde antes de que Cortázar escribiera y publicara. Y he estado recientemente con él en Buenos Aires, y sigo teniendo la misma admiración y la misma amistad.

J. J.: ¿De Gabriel García Márquez?

Onetti: De García Márquez te diría que es el tipo más simpático que he conocido. Con un talento extraordinario, sobre todo en "Cien años de soledad" y en "El coronel no tiene quien le escriba". Pero me siento un poco... yo que sé... temeroso frente al futuro de García Márquez. Porque él anuncia tantas veces su nueva obra, la va contando, la va contando, que tengo miedo de que no la escriba nunca. Lo que lamentaría por él, ya que es una maravillosa persona.

J. J.: ¿De Vargas Llosa?

Onetti: El talento de Vargas Llosa es indudable, también. Se ve en una parte de su narrativa y en lo que escribió sobre García Márquez, ahora, en cuanto a Vargas Llosa "novelista" yo creo que muchas veces usa juegos, juegos de lenguaje, innecesariamente. Pero, en fin, eso ya lo dijo Vargas Llosa de otros novelistas.

J. R.: ¿Porqué, en cambio, no le gusta Lezama Lima?

Onetti: ¿Por qué? Porque lo siento artificioso, siento que es un cuento chino... No, un cuento cubano, mejor dicho. Aunque en Cuba hay muchos chinos, ¿no?

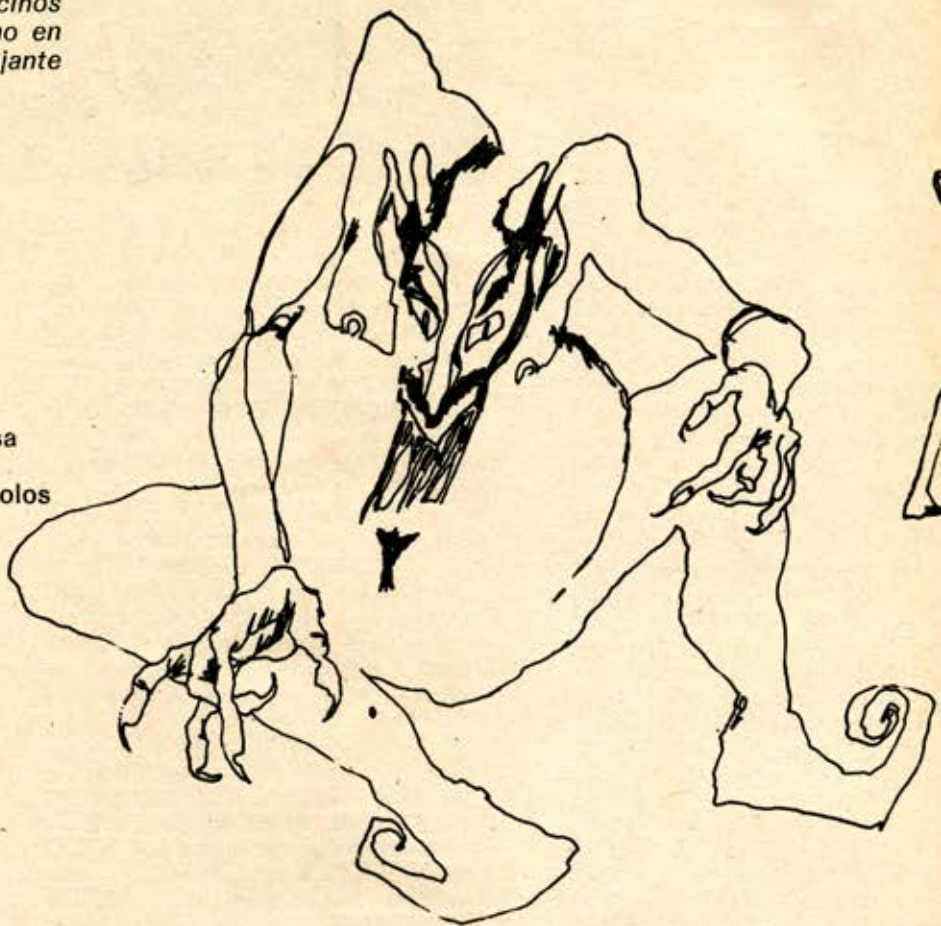
ceguera ante los desengaños

tres poemas de raúl acosta y dos dibujos de fontanarrosa

Acosta y Fontanarrosa, dos santafecinos amigos, suelen trabajar juntos. Como en esta oportunidad en la que el dibujante acompaña al poeta.

mañana vuelve dios

yo sé que algunos
apenas oída la noticia
correrán a esconder
viejas pruebas de faltas cometidas
en el armario más oscuro de la casa
cerrado a doble tranca y olvido
yendo todos a rezar para salvarse solos
pero yo seguiré tomando mate
porque sé
de buena fuente
que es una simple visita de rutina.
mirará
espiará dentro de ese armario
sonreirá al verlo tan en orden
y después partirá como siempre:
sin saludarme.



cambiaron las estructuras

todo empezó de pronto
como suelen empezar estas cosas
de un día para otro el cambio fue notorio
por pequeños detalles
que aquí y allá iban transformando la ciudad
en una gigantesca oruga maloliente
torpe todavía pero que se encaminaba
hacia el río.
como detalle importante convendría acotar
que una bala
una especie de semen
color luna de abril
entre tibia y amiga
fue cubriendo todo aquello que era necesario cubrir
tapó las canaletas los negocios
las galerías los bancos
la luz de mercurio
amamantó a los linyeras debajo del puente
que se sintieron sorprendentemente fuertes
sin perjuicio de taponar
paralelamente
todas las vías de comunicación convencionales.
nosotros
absortos
confusos
extrañamente alegres
salimos a recorrer su lomo
recobrando sombreros y paraguas.
pensábamos
con muy buen criterio
que la lluvia
un viejo juez que nos absuelve
no habría de tardar.



idea vilariño

versos para cantar

Estos textos de la poeta uruguaya tienen música: Alfredo Zitarrosa es autor de la que acompaña a "La canción". José Luis Guerra, uno de los Olimareños, se la puso a "Cada vez", que Idea Vilariño escribió para ser cantada por la actriz Dahd Sfeir.

Cada vez cuando me voy,
cada vez cuando me iba,
siempre le digo hasta luego,
hasta luego le decía.
Hasta ahora, hasta mañana,
hasta la noche, hasta luego,
y nunca sé si habrá noche
ni si vuelvo o si no vuelvo.

Que tal vez todas las veces
tendríamos que abrazarnos,
que mirarnos como dos
que no volverán a verse;
que tal vez siempre debamos
besar como para siempre.

Que uno no va a adivinar
qué encuentra al volver la esquina,
qué gallo le va a cantar,
qué cartas hay en el mazo:
si la volverá a abrazar;
si se encontrará un balazo.

Cada vez cuando me voy,
cada vez cuando me iba,
siempre le digo hasta luego,
hasta luego le decía.
Nunca me quedo mirándola,
nunca le hice esa pregunta,
nunca me vuelvo a abrazarla,
nunca le dije hasta nunca.

Nunca le dije hasta nunca.

Hoy que el tiempo ya pasó,
hoy que ya pasó la vida,
hoy que he perdido si pienso,
hoy que olvidé aquellos días,
no sé por qué me despierto
algunas noches vacías
oyendo una voz que canta
y que tal vez es la mía.

Quisiera morir, ahora,
de amor
para que supieras
cómo y cuánto te quería.
Quisiera morir, quisiera,
de amor
para que supieras.

Algunas noches de paz,
si es que las hay todavía,
pasando como sin mí
por esas calles vacías,
entre la sombra acechante
y un triste olor de glicinas,
escucho una voz que canta
y que tal vez es la mía.

Quisiera morir, ahora,
de amor
para que supieras
cómo y cuánto te quería.
Quisiera morir, quisiera,
de amor
para que supieras.

héctor a. borda leaño

vendedor de fruta

Se traía un olor agridulce
de naranjas podridas,
de frutas desolladas por el tiempo,
con perfumes de pozo,
con fragancia de metales mellados por el fuego.

Se traía tan simplemente
sus arrugas,
sus harapos y un modo de caminar
a saltos cortos
como burro trotón tras su burrita.

Se traía además,
sus frutas corroídas,
sus naranjas, sus plátanos,
sus sueños confundidos con la fruta,
sus sarmentosas manos palpando el cuero dulce de los jugos
y un grito sordo colgando en su garganta
sin poder arribar a sus grandes caninos afilados.

Se traía, además, una mirada de vegetal angustia,
un ademán de fruta comida por los pájaros
y una pobreza de pájaro herido en la mañana.

Se traía una soledad
de fruta cuaresmera, de gajo sorprendido por gusanos,
se traía con él, su fe y su muerte
endulzada con jugos soleados.

self/made/man

A Spiro Agnew los estudiantes le parecían subversivos, justa la guerra de Vietnam, afeminados los intelectuales y homosexuales los periodistas. En cada hora de ocio robaba, término medio, 13 mil dólares al Impuesto a la Renta.

(Sergio Augusto, en un reciente número de "O Pasquim", Rio de Janeiro.)

humor añejo

La noche que en el Liceo debutó la Borgi Mamo y que sirvió de reclamo su belleza, según creo, con refinado interés una de la Compañía preguntó al marqués de Andía: —¿Qué tal la Mamo, marqués?

(En Tesoro epigramático, por Felipe N. Curriols, Barcelona, 1894.)

jugar es algo serio

El n° 159/160 (agosto-setiembre 1973) de "Primer Acto", revista que aparece en Madrid, está casi exclusivamente dedicada al francoargentino Jérôme Savary y su "Gran Magic Circus", un espectáculo que, poco y nada respetuoso de las tradiciones y la ortodoxia teatral, atrae multitudes de personas que frecuentemente no van al teatro (adolescentes, obreros, jubilados).

Desprejuiciado hasta el punto de sostener que "si Brecht viviera todavía, probablemente no haría su teatro sino algo que se acercara al Magic Circus", Savary formuló a la revista arriba mencionada declaraciones que merecen transcribirse. Por ejemplo:

• ¿Qué tratamos de hacer en el Gran Magic Circus? Devolver a la gente el sentido del juego. Ese sentido del juego que nuestra sociedad, enferma, ha perdido.

• A través de cuentos tan burlescos como macabros ("Zartán, el hermano destestado de Tarzán" o "Robinson Crusoe, veinte años de aventuras y de amor"), nos dedicamos a demostrar que el juego en la sociedad, que es para nosotros sinónimo de libertad, es prácticamente imposible, porque todo en la sociedad capitalista de hoy (también en la mayoría

fe de erratas

Al escribir el nombre de M. Pompidou en chino.

escribimos:

debió decir:

(En "L'Express", Paris, 8.14 de octubre de 1973.)

de las sociedades socialistas) está hecho para reprimir la libertad del juego y orientar al hombre hacia un "ocio dirigido".

• Si hay un caso, y pensamos que es el único, donde el teatro podría llegar a ser "revolucionario", es seguramente éste: un teatro que dé la posibilidad a los hombres de reunirse y de jugar (expresarse con toda libertad).

• Lo importante no es hacer teatro político, sino hacer políticamente el teatro. Por ejemplo, el Magic Circus no hace un teatro directamente político, pero el resultado que produce es un resultado de liberación del público; el público sale de ver al Magic Circus habiéndose liberado de algunos complejos, con ganas de hacer cosas; por el mero hecho de haber gritado juntos, de haber estado sentados en el suelo, apretados, con otra gente; de haber visto gente en pelotas a sólo cinco centímetros y el haber vivido esos minutos con otra gente, da un resultado político porque crea una necesidad en el espectador de hacer algo por sí mismo después.

premios

Los franceses acaban de distribuir los que más conmocionan anualmente los ambientes literarios (léase: editores, librerías y lectores).

• El "Fémina" fue acordado a Micnel Dard por su novela **Jean Maldonne**.

• El "Médicis" para autores nativos correspondió a Tony Duvert; **Paysage de fantaisie** es el título de la obra que le valió el codiciado lauro. La misma distinción para autor extranjero la obtuvo el checoslovaco Milan Kundera con **La vida está en otra parte**.

• El siempre discutido "Goncourt" tuvo como destinatario a Jacques Chesse por los méritos de su novela **El ogro**.

• El "Renaudot" fue a parar a manos femeninas: Susanne Prou lo conquistó con **La terrasse des Bernardini**.

inventos

One Billion Dollar Killing es el título de una novela de Paul Erdman recién aparecida en Inglaterra, editada por Hutchinson. El planteo argumental es bastante insólito en narrativa: la crisis monetaria y la desvalorización del dólar. Según los británicos, ese libro inaugura un género literario: la fantaeconomía.

explicaciones

"El libro en el que ahora me ocupo aspira a ser una obra abierta, desplegada en múltiples direcciones como las varillas de un abanico y cuya fuerza centrípeta, el vértice de las diversas líneas narrativas, será simplemente la unidad del murmullo discursivo que empleo."

(Juan Goytisolo, al referirse a su próxima novela **Juan sin Tierra** en un sportaje aparecido en "Plural" n° 24, México, setiembre de 1973.)

había una vez un agujero

Hubo una vez un agujero todo rodeado de alambre.

El agujero, que siempre había vivido libre para contener cualquier cosa, descubrió un día propicio para filosofar que, en verdad, su vida, su existencia misma, toda su razón de ser, dependía como de un hilo, del alambre que lo rodeaba.

Hasta entonces había funcionado muy bien dispuesto para mantener macetas con geranios, paraguas mojados y sombrillas calientes, e incluso para que los niños jugaran a meterse adentro.

La cosa se puso mal cuando en el alambre empezaron a desarrollarse las púas. Y aunque éstas eran pocas y cortas se metían en el agujero, pinchándolo, disminuyéndolo y humillándolo. El psiquiatra le diagnosticó "personalidad simbiótica pasivo-dependiente", sin perspectiva cabal de cura.

Desesperado por el mal pronóstico, el agujero se suicidó hinchándose hasta hacer saltar el alambre.

miguel sorin



★ ★ ★
Le grand Magic Circus ★ ★ ★
 PRESENTE
ZARTAN
 FRERE MAL AIME DE TARZAN
 OPERA TROPICAL EN 29 TABLEAUX
 GALERIE DE LA CITE INTERNATIONALE
 DIRECTION PERINETTI
 21 Bd JOORDAN METRO CITE INTERNATIONALE
 TOUS LES JOURS A 21H. SAUF DIMANCHE
 ET LUNDI. LOCATION 589 6757 ET 58

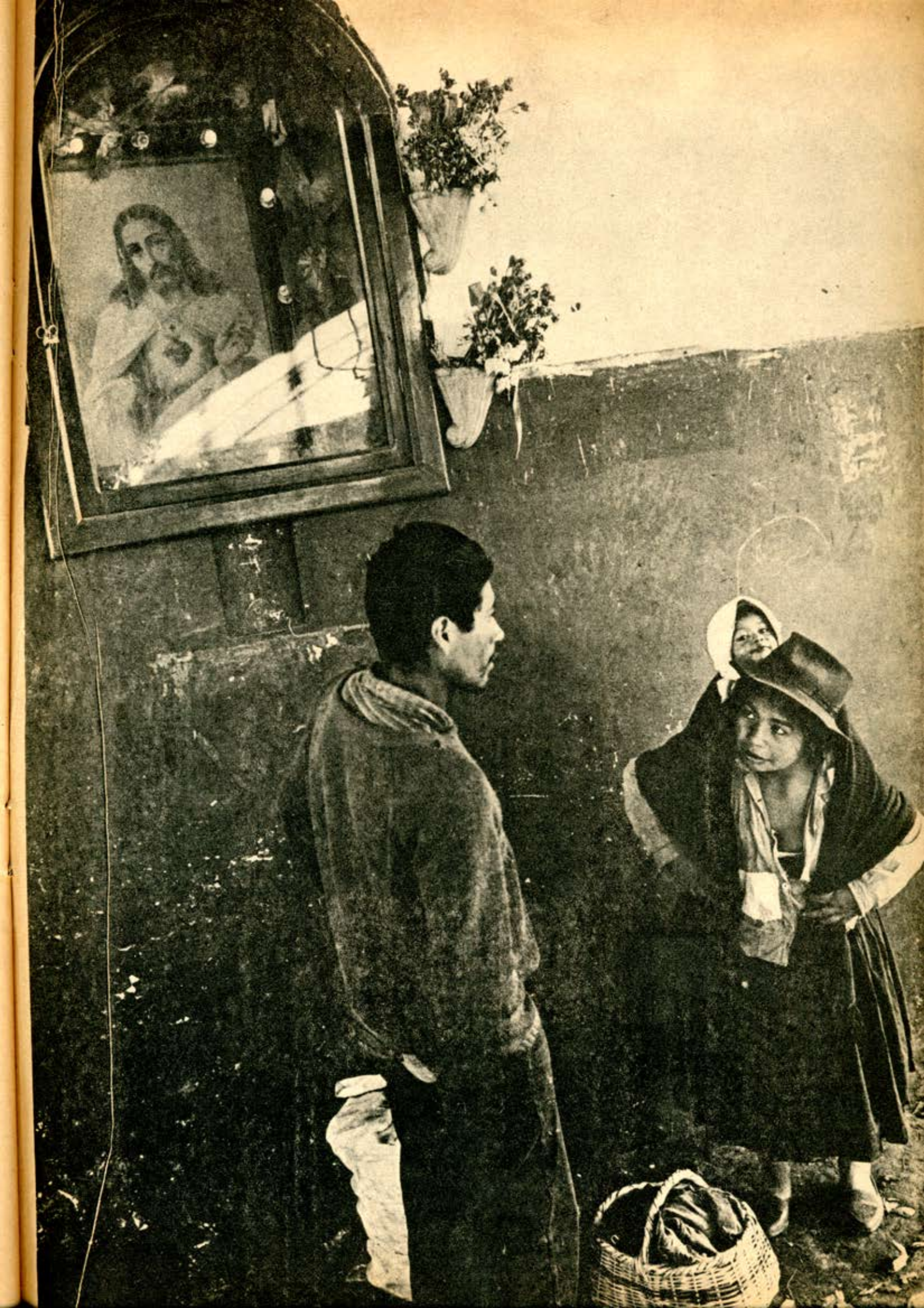
luc chessex

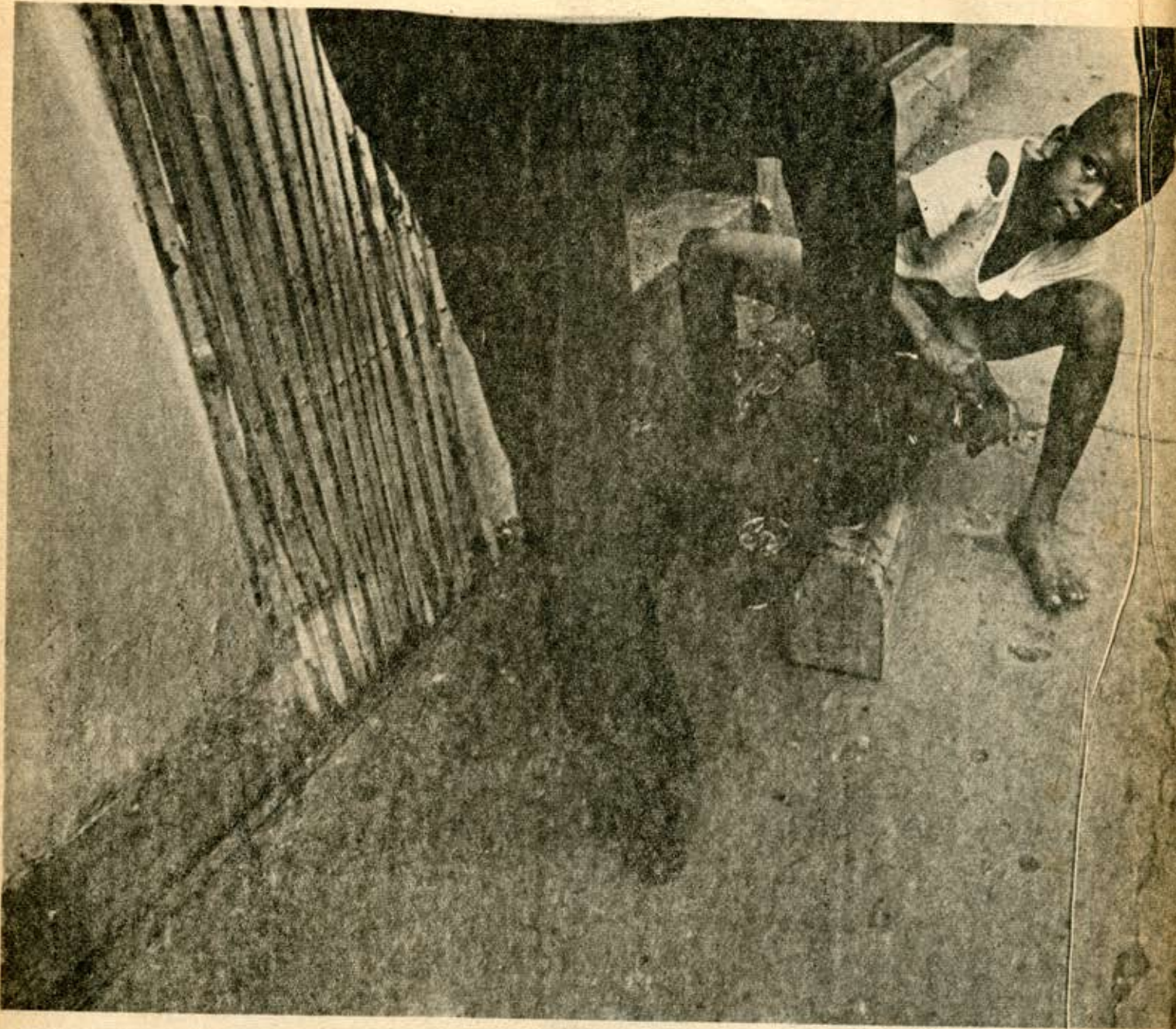
madres e hijos en américa latina

Estas fotografías
fueron tomadas en diversos
países
latinoamericanos:
Nicaragua, República
Dominicana,
Venezuela, Colombia
y Ecuador.
Su autor es el suizo
Luc chessex,
uno de
los mejores fotógrafos
del mundo.
El las envió para que
las publicáramos en
crisis
y nosotros
no
encontramos otras palabras
que agregarles.













de la caída de barcelona a la toma de santiago

El 14 de enero de 1939 el gran poeta francés Max-Pol Fouchet —una de las voces más altas de la poesía francesa, antifascista ejemplar—, escribió este homenaje a la caída de Barcelona, significativo hoy porque no es sólo una bellísima elegía sino, sobre todo, un grito de cólera y de esperanza. La Revolución —ayer y hoy— sólo puede ser suma de derrotas provisionales hasta la victoria defi-

nitiva. Los poetas de Chile, los poetas de la América cantarán la dolrosa exaltación de nuestro combate. Pero hoy que la reprobación internacional señala a los victimarios de Allende quizás es oportuno verter al español este poema que invoca la "justicia ardiente".

M. S.

max-pol fouchet

la caída de barcelona

Ramos de almendros quebrados en la noche
por los merodeadores de huertos
pétalo a pétalo caen almendro tus flores
como los hombres de la libertad ante el paredón
que tus almendras robadas sean balas para los saqueadores
que la cólera sea tu fruto
la cólera sólo la cólera
Venas vaciadas ramas asesinadas
Recuerden Dunsinane avancen
Transfórmense en bosque ustedes son ahora
los signos de nuestra vida
por nuestro olvido se juzgará el perjurio
por nuestra emoria nuestra dignidad
por nuestra fidelidad el orgullo

Orgullo pese a la rapiña
Cuando pienso en ti Pablo
en ti Sánchez en ti Luis
en ti que tocabas el clarín
en las coblas del domingo
en ti txistulari
de los pueblos vascos
en ti que cantabas mal el cante hondo
pero que supiste morir por un canto justo
en ti camarada Fenollar
que fuiste espuma de las balandras
y que ahora duermes bajo las nieves de Asturias
Fenollar con quien brindé y bebí
anís en los mostradores de zinc y con quien compartí
las muchachas del barrio malo
Sardana de hombres libres
florecer de almendros
quien puede interrumpirlos
ustedes vuelven a las playas
ustedes renacen en los huertos
lasmuchachas levantan los brazos al sol
las cortezas se hinchan de leche dura
ustedes maduran flores mustias
cantos más altos
gestos más altivos
una leynda nueva
Ni una lágrima
la cólera

2

Esa cólera
de hermoso rostro

Que un escalofrío recorra a los merodeadores
que sus pelambres de viejos lobos
se ericen bajo el repentino asalto de la nevisca
no pertenecemos a la raza de los gendarmes
pedimos justicia a las estaciones
que el escalofrío hiele a los asesinos
ni las mismas ovejas tienen ya lana
vienen las lluvias estarán desnudos
que el suelo tiemble bajo sus botas
que escapen cual liebres antes del temblor
que miren cómo la tierra se les retira asqueada
sus espuelas se pudren sin estrellas
se yerguen gavillas de acero
el invierno será músculo el otoño racimo
la primavera hoja el verano trigo

El árbol tiene más vergas
que un velero
más patíbulos que un matadero
y el hombre tiene por brazo
el bosque

3

Cólera
justicia ardiente

tu madurez escapa
el cielo no es cierto reconocerá a los suyos
a los que se fortifican el corazón con un padrenuestro
a los que bendicen la sopa en la paz conyugal
a los jugadores de malilla que hablan de ofensiva
el trasero forrado en hule la mano en el bolsillo
la propina lista para el camarero que espera
buena conciencia en lugar de conciencia
cuando dan su óbolo escudilla de miseria
al mendigo bajo el pórtico naranjas el domingo
para los pobres del hospicio
únicamente el domingo día del Señor
a los postas que hacen cocoricó en cada poema
como yo justo como yo
yo no desdeño mis satisfacciones
yo no jadeo por gusto a la luna como un ciervo
yo no ocupo mi lugar entre los que pisotean
las noches de paga los lupanares de los suburbios

No somos tiburones
somos hombres
los niños muertos de España no son nuestros niños
nosotros tenemos médicos para nuestros tuberculosos
si el chino se desgarran la piel en las alambradas japonesas
nada sentimos no es nuestra piel
somos los Blancos la raza superior
los inventores de la ametralladora
somos hombres no tiburones

Lástima no ser
tiburón leal porque el verdadero tiburón
que se sabe tiburón ejerce su oficio de tiburón
en el agua no se finge ángel
es simplemente tiburón
tiburón a secas

Barcelona
Barcelona inolvidable
qué hice por ti
salvo escribir mi odio y mi amor
mi odio por éstos
mi amor por aquellos

Petrificada almendra
República del dolor
no he hecho más que apretar el puño

En nombre de lo que viene
de lo que es ineluctable

perdón

(traducción de manuel scorza)

josé agustín

así son

Su profesión se sabe es muy antigua
y ha perdurado hasta ahora sin variar
a través de los siglos y civilizaciones.

No conocen vergüenza ni reposo
se empernan en su oficio a pesar de las críticas
unas veces cantando
otras sufriendo el odio y la persecución
mas casi siempre bajo tolerancia.

Platón no les dio sitio en su República.

Crean en el amor
a pesar de sus muchas corrupciones y vicios
suelen mitificar bastante la niñez
y poseen medallones o retratos
que miran en silencio cuando se ponen tristes.

Ah curiosas personas que en ocasiones yacen
en lechos lujosísimos y enormes
pero que no desdeñan revolcarse
en los sucios jergones de la concupiscencia
sólo por un capricho.
Le piden a la vida más de lo que ésta ofrece.

Difícilmente llegan a reunir dinero
la previsión no es su característica
y se van marchitando poco a poco
de un modo algo ridículo
si antes no les dan muerte por quién sabe qué cosas.

Así son pues los poetas
las viejas prostitutas de la Historia.

esos locos furiosos increíbles

Llegan apresurados y nunca dicen para qué
ni de dónde proceden
y enseguida te piden dos mil francos
que casi siempre te han de devolver
o te quitan la toalla sin respeto
cuando te estás duchando
se ponen la colonia los polvos el masaje
la loción de tu novio o de tu hija
te arrastran a lugares espantosos o bellos
y ni siquiera piden tu opinión
y beben prodigiosamente se ponen a cantar
en cualquier parte
o arman la del gran dios en un bar miserable
y por motivos nimios
siempre siempre avasallan te compran un sombrero
o unas flores
y un día salen al galope quizás hacia los infiernos
qué desastre.

Señora caballero muchachita asustada
de colegio de monjas progresista:



si se tropieza usted con uno de esos
locos furiosos increíbles
no le deje escapar llévelo a casa
son tiernos como niños
a veces tienen frío quién sabe si es porque
les han pegado duro
duermen poco se lavan todo el rato y son
muy besucones y mirones

pero cuidan los libros sacan todas las noches
el cubo de basura a la escalera
y están sólo pendientes de tener siempre
un cenicero al lado.

Tienen por fin el gran inconveniente
se van mas vuelven pronto
duran toda la vida.

goytisoló

ella dio su voto a nixon

Se llama Katheleen y es rubia
mide cinco pies nueve pulgadas
bien parecida treinta y cuatro años
estudió en el Colegio Presbiteriano de Akron
y se licenció en Literatura Española
por la New York University.

Allí conoció a Ted y se casaron pronto
tienen un niño y una niña
viven en Long Island en una linda casa
el marido es un brillante Ingeniero
que corta el césped y practica yoga
y ella trabaja para una editorial. *

Ama la libertad pero dentro de un orden
opina que los negros no están aún maduros
asiste a los oficios regularmente
recibe a sus amigas los viernes por la tarde
y los martes almuerza
con su Ted en el Rotary Club.

Hace seis días que llegaron a Europa
pues en París se celebra un Congreso de Acústica
y mientras él ultimaba su ponencia
Katheleen partió hacia el Sur
quedando en encontrarse en Málaga los dos
cuando se terminaran las sesiones.

Hoy ella ha amanecido en un cuarto de hotel
junto a un extraño hombre bajito
y mientras busca un Alka-Seltzer
piensa que por la tarde llega Ted
y que el psiquiatra de vuelta en Nueva York
ya aclarará todo este asunto.



PARA LEER AL SOL

CRONICAS DE CINE

Homero Alsina Thevenet

- *Las figuras más significativas del cine contemporáneo presentadas a través de sus obras en análisis originales y claros, accesibles al simple aficionado. Para entender el cine de hoy.*

LAS ESTACIONES DE ANTONIO

Héctor Yánaver

- *A través de cuentos, páginas de un diario y poemas, la soledad y la búsqueda de un provinciano en Buenos Aires.*

MADE IN USA

Ted Córdova-Claure

- *Las claves del deterioro de la sociedad norteamericana a través de "antirrelatos" sorprendentes del lúcido periodista boliviano.*

LA BOLSA & LA VIDA

Carlos Drumond de Andrade

- *La mejor prosa del mayor poeta brasileño del siglo: sus crónicas y cuentos llenos de ingenio y ternura.*

PANTERAS NEGRAS DE ISRAEL

Presentación de Mony Elkaim

- *En la voz de los integrantes del movimiento, la realidad de la clase explotada y colonizada en el "idílico" Israel: los judíos no europeos.*

ABORTO: ¿DERECHO DE LAS MUJERES?

D. Schulder y F. Kennedy

- *En este libro mujeres que quedaron embarazadas cuando no podían o no querían asumir la responsabilidad de criar —durante 21 años!— otro ser humano, cuentan cómo se debatieron en medio de estas dificultades frente a la legislación represiva del aborto.*

EL REVOLUCIONARIO

Hans Koning

- *Los conflictos de un pequeño burgués metido a líder político sin mucha convicción configurando una sátira a los "revolucionarios" de pizarrón.*



EDICIONES
DE LA FLOR

Uruguay 252 - 1° B
Buenos Aires

jaguar

El brasileño jaguar es uno de los mejores dibujantes de humor del mundo contemporáneo. Antes de convertirse en artista, fue una araña llamada Jacy y fue un ratón de nombre Sig; fue también bancario; conocido por Sergio Jaguaribe. Todas estas encarnaciones le llevaron algunos siglos, pero siempre vivió y se castigó en el proletario barrio carioca de Ipanema, cuya estrepitosa banda Jaguar integra (con capa negra y sombrero).

Jaguar gusta mucho de Buenos Aires y es un gran amigo de **crisis** donde siempre viene a robarnos café y ejemplares atrasados de la revista. Pero esta vez, al menos, dejó unos dibujos que le hacemos el favor de publicar pidiendo las correspondientes disculpas a los lectores.



¡ME TERCER MUNDO!



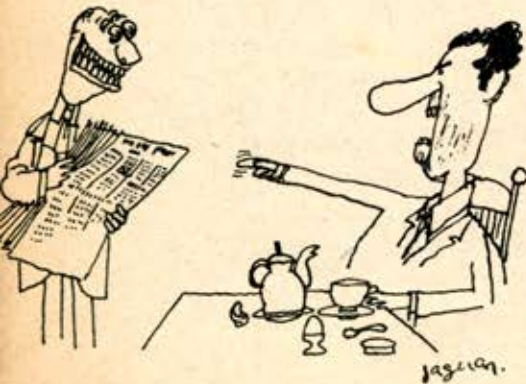
...SON DIRECTORES DE LAS COMPAÑÍAS DE PETRÓLEO, Y PIDEN QUE EL SEÑOR MANDE BOMBARDEAR LIBIA POR ERROR...



YO SOY LA PRINCESA QUE VIVE EN EL CASTILLO DEL DRAGON. EL ME MANDO PEDIRLE PRESTADO EL ABRIDOR DE LATAS

LOS DIARIOS DEL DIA, PRESIDENTE

¡DESMIENTA TODO!



¡NADIE GUSTA DE MÍ!



itinerario/libros

narrativa

EJERCICIO ERÓTICO, por Norberto Firpo. Editorial Nueva Senda. 93 pp. *Once cuentos que discurren en torno a la intimidad del hombre y la mujer.*

Apenas abrió la puerta del dormitorio, el resplandor de la linterna alcanzó el lecho, en donde su mujer dormía plácidamente. Tras oír la respirar, con la cadencia del sueño profundo, extrajo de un mueble la pistola calibre 22 que ella solía llevar en sus giras. Se acercó a la cama (una gruesa gota de sudor garabateaba su lustrosa mejilla) y apoyó suavemente el arma contra el pecho de la mujer.

—¿Duermes, querida? —preguntó—. Era un lujo que se daba. Ella tosizó levemente, lo que precipitó el disparo.

(En p. 56 de **EJERCICIO ERÓTICO**, de Norberto Firpo.)

EL LIBRO BLANCO, por Jean Cocteau. Alonso Editor. 96 pp. \$ 18.

La iniciación homosexual de un adolescente en una novela muy probablemente autobiográfica.

LOS QUE VIVEN POR SUS MANOS..., por Martha Mercader. Editorial Sudamericana. 253 pp. \$ 35.

Los oligopolios: cómo son sus engranajes, quiénes son sus protagonistas, qué intereses los mueven.

Desde ese día John ha tomado la costumbre de llamarme a cualquier hora. Claro que me parece mal, yo le digo que estoy durmiendo y que a la mañana me caigo de sueño, pero me pide y me pide por favor y pone una voz que me ablanda y me levanto y le abro. ¿El regalo especial? 30 dólares.

(En p. 199 de **LOS QUE VIVEN POR SUS MANOS...** de Martha Mercader.)

EN LA CRECIENTE OSCURIDAD, por Eduardo Mallea. Editorial Sudamericana. 160 pp. \$ 26.

La novela más reciente del autor de La bahía de silencio.

LOS MONSTRUOS QUE VENDRAN, por Jean Ray y otros. Trad.: A. F. de Gioia. Alonso Editor. 120 pp. \$ 15.

Ciencia-ficción de terror.

OTROS SERES, OTROS MUNDOS, por Ilya Varshavsky y otros. Alonso Editor. 160 pp. \$ 15.

Ciencia-ficción soviética actual.

LAS AVENTURAS DEL CABALLERO DE LA TRANCA CON POLONIA, LA VIUDA DE VEINTE Y CUATRO MARIDOS. Anónimo. Ediciones Corregidor. 115 pp. \$ 16,50.

Poco conocido texto de la vieja literatura española.

TERESA BATISTA CÁNSADA DE GUERRA, por Jorge Amado. Trad.: Estela dos Santos. Editorial Losada. 508 pp. \$ 45.

Historia de una muchacha nacida para la alegría. Pero que, por su obstinación, su falta de respeto a la autoridad, su comediante y su competencia en el más viejo de los oficios, tuvo que luchar contra la tristeza.

... por apurarme del todo, usó de una maldad diabólica, que fue echar a mediodía unos polvos en el caldo, que tomándolos yo, no obstante mis recelos, a poco rato que acabé de comer me sentí con impulsos de mucha mocedad y vigores terribles, que no me dejaban sosegar.

(En p. 50 de **LAS AVENTURAS DEL CABALLERO DE LA TRANCA CON POLONIA, LA VIUDA DE VEINTE Y CUATRO MARIDOS**. Anónimo.)

LA BOCA DE LA BALLENA, por Héctor Lastra. Ediciones Corregidor. 271 pp. \$ 28. *Historia de una derrota que refleja otra: la de un pueblo acorralado y sin rumbo.*

—Vení, acercate.

Dudé unos segundos.

—¡Dale!, qué esperarás...

Obedecí, ya que mi único deseo era que sucediera cualquier cosa con tal de que no me preguntase algo sobre la marcha. Rodeó mi cuello, presionó apenas con los dedos, increpó:

—Decime, ¿nunca te enseñaron cómo se acogota un pollo?...

(En pág. 174 de **LA BOCA DE LA BALLENA**, de Héctor Lastra.)

LA BOLSA Y LA VIDA, por Carlos Drummond de Andrade. Trad.: María Rosa Oliver. Ediciones de la Flor. 177 pp. \$ 25. *Algunas crónicas aparecidas en la prensa brasileña y una selección de Cuentos de aprendiz.*

Con dulzura, pero un poco mareada, la madre lo llevó de vuelta al dormitorio; lo tapó con las sábanas, apoyó su cara en la de él —perfume y aliento mezclados—, pidió nuevamente a su "pichón adorado" que se durmiera. El año había pasado sin que él lo viese. Su madre le había prevenido que "depende de la manera de mirar". El no había dado con la manera.

(En p. 84 de **LA BOLSA Y LA VIDA**, por Carlos Drummond de Andrade.)

ENTRE EL CIELO Y LA TIERRA - LOS MARAVILLOSOS CUENTOS JASIDICOS. Trad.: María Raquel Bengolea y Mario Giacchino. Editorial Alfa Argentina. 141 pp. \$ 24. *El mensaje del jasidismo en una antología de parábolas, narraciones y anécdotas.*

El Baal-Shem dijo en la hora de su muerte:

—Ahora sé con qué propósito fui creado.

(En p. 53 de **ENTRE EL CIELO Y LA TIERRA - LOS MARAVILLOSOS CUENTOS JASIDICOS**.)

LA HIGUERA, por Víctor Luis Molinari. Librería Hachette S. A. 72 pp.

Diez cuentos, siempre con los mismos personajes, que hacen del todo una cabalgata familiar.

LA MUERTE Y LA NIÑA, por Juan Carlos Onetti. Ediciones Corregidor. 135 pp. \$ 18. *Culpas reales o imaginarias, frutos de un crimen biológico o de un suicidio, agitan*

las vidas de los habitantes de Santa María, la mítica ciudad inventada por Onetti.

Bergner alzó una mano apacible y postergó su sonrisa. A pesar del hambre y el mal tiempo no había hostilidad entre el joven rubio, inquieto y ceñudo y el hombre maduro, casi viejo, con arrugas que no se formaron en su cara para mostrar los años. Mostraban, exhibían una voluntad que atravesaría, ahora y para siempre, el obligado y secreto escepticismo construido por la experiencia. Tantos años de ver y medir.

(En p. 44 de **LA MUERTE Y LA NIÑA**, por Juan Carlos Onetti.)

poesía

LOS MEJORES POEMAS DE LA POESÍA ARGENTINA, por Martini Real. Ediciones Corregidor. 280 pp.

Una antología crítica de los últimos cien años de la poesía argentina.

POEMAS COMPLETOS, por Dylan Thomas. Trad.: Elizabeth Azcona Cranwell. Ediciones Corregidor. 420 pp.

Toda la obra poética de un gran escritor traducida por primera vez en su totalidad.

LA IMAGEN Y LA PALABRA, por Romualdo Brughetti. Editorial Losada. 70 pp. \$ 7,50.

La idea del hombre como materia y programa de la poesía.

ES TEMPRANO, por Osvaldo Ballina. Elepe Ediciones. Sin foliar.

Poemas dedicados "a los que murieron jóvenes por la causa nacional y popular".

HOMENAJE A CASTELAO, por Víctor Luis Molinari. Xilografías de Castro Couso. Edición de 200 ejemplares numerados, los 100 primeros fuera de comercio.

Poemas a la memoria de un poeta gallego muerto en Buenos Aires.

VERSATORIO, por Carlos Pellegrino. Ilustraciones de Yamandú Canosa Pareja. Sin foliar.

Por el autor de Te juego un puñado de perros.

EL MAL DESTINO, por María Cristina Carnelli Despósito. Ediciones La Ventana. 51 pp.

El primer libro de una poetisa joven.

INVENSIONES Y LEYENDAS, por Jorge Alemán. El Ojo Subcutáneo Ediciones. 20 pp.

Un universo íntimo en términos de surrealismo.

LA ROSA SEPARADA, por Pablo Neruda. Editorial Losada. 110 pp. \$ 22.

Un canto a la Isla de Pascua, la antigua Rapa Nui, donde el poeta buscó "el espacio igneo sin pasado..."

EL MAR Y LAS CAMPANAS, por Pablo Neruda. Editorial Losada. 108 pp. \$ 22.

El último de los libros póstumos del gran poeta.

*Señores, no me voy
yo soy de Iquique,
soy de las viñas negras de Parral,
del agua de Temuco,
de la tierra delgada,
soy y estoy.*

(En p. 71 de **EL MAR Y LAS CAMPANAS**, por Pablo Neruda.)

DICCIONES, por Amanda Berenguer. Un disco de Ediciones Ayuí (Montevideo). Seis poemas en la voz de su autora. POETAS ITALIANOS DEL SIGLO XX. Selección, prólogo, traducción y notas de Horacio Armani. Ediciones Librerías Fausto. 317 pp. \$ 46.

Una selección de los mayores poetas italianos del siglo y la obra de creadores menos divulgados. 124 poemas cuyos textos originales se incluyen al pie de página.

*Ellie tenue cuerpo de pecaminosas
[excrecencias
que podemos rodear
y dar vueltas y oler y adorar en el
[tiempo*

*desiderantur (ellos)
analizadores y analizadoras
desiderantur (ellos) personajes
también eróticos y sofisticados
desiderantur desiderantur*

(De un poema de Edoardo Sanguineti incluido en POETAS ITALIANOS DEL SIGLO XX. Trad. de Horacio Armani.)

PERCEPCIONES, por Guillermo Rossi. Ilustraciones de Miguel A. Dente. Sin foliar. Carpeta de "letras" y "formas"; edición limitada de 500 ejemplares.

literatura

INTERPRETACIONES DE LA VIDA, por Will y Ariel Durant. Trad.: Demetrio Núñez. Editorial Sudamericana. 506 pp. \$ 60. Los contenidos filosóficos e ideológicos de la literatura del siglo XX.

La autobiografía de Simone de Beauvoir es la narración sustancial y cuidadosa de la evolución de una señorita burguesa que pasa de la piedad católica a un ateísmo despreocupado, a un socialismo seguido con devoción y a una fama literaria que la consagrará como novelista y como filósofo. No se da en ella la oscuridad sartreana.

(En p. 244 de INTERPRETACIONES DE LA VIDA, por Will y Ariel Durant.)

REALISMO Y TEATRO ARGENTINO, por Néstor Tirri. Ediciones La Bastilla. 213 pp. \$ 25.

Un panorama del teatro argentino de la última década y un análisis de la línea realista-naturalista a través de la producción de Gorostiza, Gené y la llamada Generación del 60 (Cossa, Halac, Rozenmacher, Somigliana y Talesnik).

LITERATURA Y SOCIOLOGIA, por Del-fín Leocadio Garasa. Editorial Troquel. 302 pp. \$ 32.

La relación de la obra literaria con el medio social en que se ha producido o que aspira a expresar.

MUNDO DE ESCRITORES, por Raúl Larra. Ediciones Sílabas. 117 pp.

Enfoque de escritores contemporáneos, en un determinado momento de nuestra realidad histórico-política.

LA EXPERIENCIA AMERICANA DE JOSE MARIA ARGUEDAS, por Gladys C. Marín. Edición de Fernando García Cambeiro. 254 pp. \$ 45.

Análisis de la obra narrativa de uno de los más importantes escritores peruanos y una interpretación de su visión del mundo y de su mensaje.

... a lo largo de la década, cuyo eje político recorre el espectro Frondizi-Onganía, las víctimas de una frustración histórica se sienten incapaces de proponer salidas, y se limitan a testimoniar una experiencia depresiva individual: en 1970 comienza a trascender plenamente un clima de protesta y subversión (estudiantil y sindical), que había estallado un año antes, en el Cordobazo; que movilizará a los creadores hacia pautas de ficción más libres, y orientará el realismo hacia rumbos más imaginativos: la historia se presenta como un proceso susceptible de ser modificado. La rebelión adquirirá, sobre la escena, una forma verosímil.

(En REALISMO Y TEATRO ARGENTINO, pág. 130, de Néstor Tirri.)

nuestro tiempo

ORGANIZACION Y PARTICIPACION POPULAR EN CHILE, por Jorge Giusti. Editorial Flacso. 200 pp. \$ 18.

El mito del "hombre marginal".

TESTIMONIO DE LUCHA, por Carlos Delgado Olivera. Ediciones Peisa. 267 pp.

El carácter procesal de la revolución peruana.

PANTERAS NEGRAS DE ISRAEL. Presentación por Mony Elkaim. Trad.: Víctor Goldstein. Ediciones de la Flor. 152 pp. \$ 21.

La voz de los militantes del aludido movimiento político israelí manifestada en reportajes y en diálogos con las autoridades. MADE IN U.S.A., por Ted Córdoba Clau. Ediciones de la Flor. 132 pp. \$ 19.

LOS DIGNOS

JUAN CARLOS ARBUJO



un libro comprometido.

LATINA SUR EDITORES

Buenos Aires

Sarmiento 1434, 2º piso F. 40/0714 Buenos Aires

y esperamos sus originales si Ud. escribe nosotros editamos lo esperamos

MARCHA



nuevamente en la argentina

colabore con

MARCHA



Bonos de ayuda en venta en **crisis** Pueyrredón 860, 8º piso

itinerario/libros

Crónicas que cuentan el deterioro de la sociedad estadounidense.

LA REVOLUCION DE LA JUVENTUD, por Moisés Ochoa Campos. Editorial Plus Ultra. 144 pp. \$ 15.

Estudio del desequilibrio existente entre los soportes del hombre y de la sociedad para explicar una de las razones de la crisis de nuestro tiempo.

Hay crisis en la Universidad, como en todo el sistema educativo, por el predominio de la función instructiva sobre la formativa; de los sistemas digresivos y teorizantes, sobre la formación de la personalidad individual y social del alumno; por la falta de planeamiento para responder a lo que el país y la actualidad necesitan; por el exceso de burocratismo en los sistemas y en el magisterio; por la falta de maestros, el exceso de alumnos y el abismo que existe entre unos y otros; por la uniformidad de una enseñanza que debe matizarse de acuerdo con la idiosincrasia de cada país...

(En p. 75 de **LA REVOLUCION DE LA JUVENTUD**, de Moisés Ochoa Campos.)

CONTRADICCIONES DEL CAPITALISMO, por Paul M. Sweezy y otros. Ediciones Referia. 144 pp. \$ 23.

Las formas que asumen las contradicciones del capitalismo en el seno de la sociedad moderna.

SISTEMA SOCIOECONOMICO Y ESTRUCTURA REGIONAL EN LA ARGENTINA, por A. B. Rofman y Luis A. Romero. Amorrortu Editores 232 pp.

Propuesta de un nuevo modelo para describir el proceso de estructural espacial de un país, aplicándolo a la evolución histórica de la Argentina.

LA REVOLUCION CHINA, por Nicolás Bujarin y León Trotsky. Prólogo de Richard Thornton. Ed. Crisis. 297 pp. \$ 30.

Encuadre, según dos contextos diferentes pero complementarios, para una nueva evaluación de la estrategia del Comitern en China.

POLITICA INTERNACIONAL CONTEMPORANEA, por J. Leo Cefkin. Trad.: Flora Cetaro. Editorial Troquel. 438 pp. \$ 52.

Los rasgos que caracterizan hoy el acontecer internacional.

EL TERCER MUNDO Y EL FUTURO DE LA HUMANIDAD, por Fidel Castro. Editorial Encuadre. 185 pp.

Discursos pronunciados por el Primer Ministro cubano entre mayo de 1972 y julio de 1973.

LETRAS DE EMERGENCIA, por Mario Benedetti. Editorial Alfa Argentina. 156 pp. \$ 18.

Literatura de militancia política en una orgánica combinación de poesía y prosa.

LA CONSPIRACION CONTRA CHILE, por Salvador Allende. Ediciones Corregidor. 412 pp. \$ 30.

Mensajes y discursos del asesinado presidente chileno; el libro se completa con un discurso pronunciado en setiembre de 1973 por Fidel Castro.

La creación cortazariana tiene mucho de literatura de evasión, se integra dentro del género fantástico. Su universo, en su conjunto, se sustenta en raíces ideales, supuesto que se nutre de sí mismo. Como Borges, del que desciende en sus orígenes, Cortázar nos dice que el mundo existente es el que uno mismo se crea, con lo cual, por oposición, está negando la existencia de un mundo objetivo. Pero, a diferencia de Borges, que nos brinda un circuito cerrado, apoyado en una ideología también cerrada, Cortázar está abierto a nuevas experiencias humanas y artísticas y nadie puede predecir el rumbo final de su labor futura.

(En p. 24 de **MUNDO DE ESCRITORES**, por Raúl Larra.)

La conciencia de clases se desarrolló en forma inusitada. Bien pronto los obreros, los campesinos, los estudiantes, los intelectuales revolucionarios, tuvieron que empuñar las armas para defender sus conquistas frente al enemigo imperialista y sus cómplices reaccionarios; bien pronto tuvieron que derramar su sangre generosa luchando contra la CIA y los bandidos; bien pronto tuvieron que ponerse todos en pie de guerra frente al peligro exterior, bien pronto tuvieron que combatir en las costas de Girón y de Playa Larga contra los invasores mercenarios.

(En p. 167 de **EL TERCER MUNDO Y EL FUTURO DE LA HUMANIDAD**, discursos de Fidel Castro.)

¿Qué Gobierno podría reemplazar al nuestro? ¿Podría haber un Gobierno más amplio, más democrático? ¿O tendría que haber una dictadura implacable?

(En p. 302 de **LA CONSPIRACION CONTRA CHILE**, de Salvador Allende.)

EL VERDADERO CUENTO DEL TIO SAM, por Ezequiel Martínez Estrada. Dibujos de Siné. Schapire Editor. 122 pp. \$ 23.

Una historia infantil para ser contada a los adultos.

MI CAMPAÑA CON EL CHE. Por Inti Peredo. Schapire Editor. 152 pp. \$ 23.

El testimonio de quienes continuaron, en la década del '60, la lucha del Che en Bolivia.

TEORIA DE LA DESCOLONIZACION, por Georges Balandier. Trad.: Rafael Di Muro. Editorial Tiempo Contemporáneo. 261 pp. \$ 36.

El Tercer Mundo y sus problemáticas estructurales en el proceso de descolonización.

RETRATOS Y AUTORRETRATOS, por Sara Facio y Alicia D'Amico. 192 pp. \$ 25.

Cómo se ven a sí mismos los más importantes autores latinoamericanos y la ratificación o la rectificación de esa imagen a través de una cámara fotográfica manejada por la penetración y sagacidad de dos mujeres.

*La corregí, en vano, minuciosamente juntándole las cejas
agregándole lágrimas
adornándola con levisima sonrisa
tirándole la lengua para volverla
[graciosa
mordiéndole los labios para volverla
[cruel
alejándola inclinada para volverla
[misteriosa.*

(Fragmento de "La cara", poema de Silvina Ocampo; **RETRATOS Y AUTORRETRATOS**, por Sara Facio y Alicia D'Amico.)

HISTORIA DEL MOVIMIENTO OBRERO, por Julio Godio. Editorial Tiempo Contemporáneo. 288 pp.

La determinación de los nexos entre las diferentes prácticas sociales y las ideologías que las sistematizaron.

LOS GORILAS ESTABAN ENTRE NOSOTROS, por Helios Prieto. Editorial Tiempo Contemporáneo.

La última etapa del proceso chileno.

QUÉ SON LAS LIGAS AGRARIAS, por Francisco Ferrara. Siglo Veintiuno Argentina Editores. 487 pp.

El proceso de construcción de las organizaciones campesinas del nordeste argentino.

La otra cuestión llamativa es la cientificación que reflejaban los estribillos y los cartelones esgrimidos por los manifestantes. "Patria sí, yanquis no", se leía en las telas de varios carteles portados por las delegaciones, en tanto uno muy grande se cubría con la siguiente leyenda: "Miedo. Ya no somos nosotros los que lo tenemos, sino los explotadores. Varios veces lo hemos demostrado. Sólo así salvaremos el campo. Venceremos".

(En p. 147 de **QUÉ SON LAS LIGAS AGRARIAS**, por Francisco Ferrara.)

economía

EL RETORNO OLIGARQUICO, por Clara Budeisky. Schapire Editor. 172 pp. \$ 22.

La caída de Perón, los gobiernos de Leó nardi y Aramburu, la partidocracia liberal, las luchas de la clase trabajadora, el desarrollismo trigerista.

ACUMULACION Y CENTRALIZACION DEL CAPITAL EN LA INDUSTRIA ARGENTINA, por Elsa Cimillo y otros. Editorial Tiempo Contemporáneo. 191 pp. \$ 34.

Revisión del desarrollo del capitalismo como sistema mundial de producción y de la forma en que se inserta el capitalismo argentino.

AUTOMATIZACION Y CRECIMIENTO ECONOMICO, por H. R. Bowen - G. L. Mangum. Trad.: José Clementi y Fernando Lida García. Editorial Troquel. 232 pp. \$ 21.

Un examen de los problemas de diversa índole y gravedad relacionados con la tecnología que afronta el hombre contemporáneo.

ADMINISTRACION Y CONDUCCION DE EMPRESAS, por Earl P. Strong. Trad.: José Clementi. Editorial Troquel. 636 pp. \$ 49.

Los caracteres dominantes en la empresa moderna y un espectro de sus temas fundamentales.

TEORIA DEL CAPITAL Y LA DISTRIBUCION, por Alfredo Monza y otros. Selección de Oscar Braun. Editorial Tiempo Contemporáneo. 384 pp.

Los determinantes de la tasa de acumulación, la propensión a ahorrar de los capitalistas y otras variables que influyen en el nivel de la tasa de ganancia.

historia

CARTAS DEL EXILIO, por Juan Manuel de Rosas. Selección, prólogo y notas de José Raed. Alonso Editor. 144 pp. \$ 19.

Las cartas que Rosas envió desde su exilio en Inglaterra, entre 1853 y 1875, a su "embajadora" Josefa Gómez.

QUÉ FUE ALBERDI, por Miguel Angel Speroni. Editorial Plus Ultra. 304 páginas e índices. \$ 30.

Intento de despojar a la imagen del prócer de cuanto le han agregado los hombres (con buena o mala fe).

Alberdi, como Marx, se sirvió de mucha gente, muchos libros, muchos autores. (Incluso algunos desconocidos.) Se sirvió de todos, pero no se hipotecó: uno y otro quedaron dueños de la plaza. Juntaron, cosecharon, limaron, pulieron, masacraron y fundieron. Pero una vez en la marmita llegaron, como dos brujos a síntesis poderosas: El Capital, y El Fragmento y Las Bases, cuando el recipiente estaba al rojo. Fueron el resultado de un sitio largo y paciente y de un golpe de comando perfecto, a lo Rommel.

JUAN FELIPE IBARRA, EL CAUDILLO DE LA SELVA, por Jorge Newton. Editorial Plus Ultra. 175 pp. \$ 32,50.

El caudillo que gobernó durante más de treinta años a Santiago del Estero estudiado desde su iniciación en las invasio-

MI PUEBLO, por Abba Eban. Trad.: León Miras. Editorial Losada. 470 pp. \$ 160.

Una narración épica sobre un pueblo cuya historia ha ejercido profunda influencia en el desarrollo de la humanidad. El autor es canciller del estado de Israel.

Al terminar la guerra en mayo de 1945, Europa era un caos, política, económica, moral y espiritualmente. La situación de los judíos era insegura aún en todas partes, no sólo en el sentido físico, sino también en el psicológico. Los judíos nunca se habían sentido tan expuestos a los caprichos de la depravación humana. La conmoción fue más intensa aún cuando concluyó el baño de sangre, cuando hubo tiempo para digerir y meditar en lo que había sucedido.

(En p. 372 de MI PUEBLO, de Abba Eban.)

estética

LA METAFORA Y LO SAGRADO, por H. A. Murena. Editorial Tiempo Nuevo. 109 pp. \$ 12.

Los problemas fundamentales del arte encarados en relación con sus fuentes, con sus orígenes religiosos.

La poesía es humilde. De la humildad extrae las fuerzas para su gesto osado. La poesía acepta la multivocidad de cada palabra, acepta la imprecisa indole humana. Sabe que la precisión con que algunos sueñan no sólo resulta imposible sino que, eco del primer pecado, si se logra evocar su espectro únicamente se conseguirá envenenar con irrealidad la realidad.

(En p. 62 de LA METAFORA Y LO SAGRADO, de H. A. Murena.)

ANÁLISIS FILOSOFICO DEL ARTE DEL PRESENTE, por Walter Biemel. Versión castellana de Emiliano del Carril. Ed. Sur. 170 pp. \$ 28.

Un intento de comprender el arte desde la filosofía y a través de Proust, Picasso y el Pop-art.

infantiles

EL PAIS DEL MAGO DE OZ, por L. Frank Baum. Trad.: Lucrecia Castagnino de Mathé. Alonso Editor. 160 pp. \$ 16.

Continuación de las andanzas de los personajes de El mago de Oz. Con ilustraciones.

CUENTOS PARA CHICOS TRAVIESOS. Por Jacques Prévert. Dibujos de Elsa Henríquez. Trad.: María Irene Bordaberry. 71 pp. Ediciones Librerías Fausto. \$ 39.

Una bella edición de algunos de los cuentos "para niños" escritos por uno de los más difundidos poetas franceses contemporáneos.

psiquiatría

EL CASO DE LALY, por Héctor Lahitte y Emilio Dupetit. Editorial Plus Ultra. 61 pp. \$ 8.

El conjunto de problemas que plantea la incorporación de ciertos útiles metodológicos al discurso terapéutico basado en la teoría psicoanalítica freudiana.

Redacción

DIRECTOR HUGO GAMBINI

LA REVISTA DE ACTUALIDAD MEJOR INFORMADA

LA REVISTA DE ACTUALIDAD

LA REVISTA DE ACTUALIDAD
MEJOR INFORMADA LA REVISTA
DE ACTUALIDAD MEJOR
INFORMADA LA REVISTA DE ACTUALIDAD
MEJOR INFORMADA

EL ABONO POR 12 NUMEROS CUESTA \$ 50.-
Y USTED PUEDE SUSCRIBIRSE CON ESTE CUPON

Sres.
Editorial Réplica SRL
25 de Mayo 489 (7°)
Buenos Aires

Adjunto cheque N° contra banco
por valor de pesos, a la orden de Editorial Réplica SRL,
en concepto de suscripción a partir del número de Redacción.
Nombre:
Domicilio:
Localidad:

cine

EL CINE COMO PROPAGANDA POLITICA, por Alexander Medvedkin. Trad.: Vera Makarova y Nora Cúneo de Geraldo. Presentación: Edgardo Cozarinsky. Siglo Veintiuno Editores. 109 pp. \$ 16.

La historia del "cinetrón", estudio cinematográfico soviético sobre ruedas completamente equipado para producir films.

CRONICAS DE CINE, por Homero Alsina Thevenet. Ediciones de la Flor. 336 pp.

Las obras más significativas de las figuras más importantes del cine de hoy analizadas por el renombrado crítico uruguayo.

pedagogía

LA PEDAGOGIA ARGENTINA EN LA ENCRUCIJADA - CONCIENCIACION O DEPENDENCIA, por Ethel M. Manganiello. Librería del Colegio. 122 pp. \$ 17.

La Argentina de hoy y su desafío a la Pedagogía; la Pedagogía Argentina y sus fundamentos filosóficos.

PROFESORES Y ALUMNOS: ¿COMUNICACION O CONFLICTO?, por Lidia N. C. de Loughlin. Librería del Colegio. 300 pp. \$ 28.

Análisis del actual conflicto generacional y la necesidad de esclarecer la relación educando-educador.

ESCRITOS SOBRE LENGUAJE, por Karl Marx y Friedrich Engels. Recopilación, prefacio y apéndice de Hugo Acevedo. Alonso Editor. 81 pp. \$ 17.

Observaciones que parten del punto de vista del antropólogo (uno y otro autor lo fueron) y no del lingüista.

bibliohistoriografía

INDICE HISTORIOGRAFICO ARGENTINO 1970. Edición del Instituto Bibliográfico "Antonio Zinny". 338 pp.

Una bibliografía comprensiva de todos los trabajos de género historiográfico aparecidos en nuestro país y el exterior en el decurso de 1970. La tarea de clasificación se integra con un amplísimo índice de materias y otro de autores. Los asientos bibliográficos responden a normas catalográficas simplificadas y van seguidos de una breve relación del contenido cuyo propósito es orientar al investigador en su búsqueda.

humor

EL LIBRO DE HORTENSIA. Siglo Veintiuno Argentina Editores. Sin foliar. \$ 25.

Una selección del material aparecido durante dos años y medio en la popular revista cordobesa.

Pasaba el hombre con su carro:

—Compro botellas vacías; trapos viejos; diariossss; palos de escobaaaas...!

—Señor; seré curiosa...

—Diga seora.

—¿Qué hace con todo eso que compra?

—Tengo una butique.

(En EL LIBRO DE HORTENSIA. Ed. Siglo XXI.)

datos para una ficha rodolfo puiggrós

Un decimoquinto piso cerca de Congreso (por teléfono nos han prevenido: "Si el ascensor no funciona, cosa que suele ocurrir, también hay escalera"). En el departamento B, total ausencia de lujo. Sólo lo imprescindible para que el ámbito resulte decoroso y cómodo. Sillones, muchas plantas de interior y paredes pobladas de libros (allí conviven, sin disputas, Tomás de Aquino y su **Suma teológica** con Marx y su **Capital**, y alternan, aunque en silencio, Toynbee y la *British Cyclopaedia*, Fourier y De Gandía).

Un amplio ventanal se abre sobre los techos de Buenos Aires y deja ver, con intermitencias, el río "de sueñera y de barro". Hay también un canario. Rojo y trinidad. Su voz se suma a ratos a la del dueño de casa, Rodolfo Puiggrós.

—Profesor, este mes aparecen tres libros suyos, ¿no es así?

—En efecto. La cuarta edición de mi ensayo **El yrigoyenismo**, en Corregidor, la segunda de **Libre empresa y monopolio en la industria de la carne**, en Eudeba, y la primera, con el sello de CRISIS. **La universidad del pueblo**.

—El momento nos parece oportuno para recordar su trayectoria política.

—Yo milité en el Partido Comunista desde muy joven, más o menos desde 1928/1929, hasta 1945. En diciembre de este último año, con motivo de los acontecimientos, de los cambios que se produjeron en el movimiento obrero a partir del 17 de octubre, expresé públicamente, en una conferencia del partido, mi absoluta discrepancia con la interpretación que se hacía del movimiento que después se llamó Peronista. Expresé mi discrepancia con la organización de la Unión Democrática y la alianza del PC con otros partidos políticos, y en particular con el acercamiento del PC a los países imperialistas, que en la Argentina de entonces tienen su máxima expresión en la presencia del embajador Spruille Braden.

—Esa actitud suya, ¿qué consecuencias tuvo?

—Mi separación del PC. En realidad, el peronismo resultó de la confluencia de militantes de diferentes corrientes políticas e ideológicas que se alejaban de los viejos partidos. Salvo los recién iniciados, el resto procedía de otros partidos: pero con otros objetivos, con objetivos distintos de los de la Unión Democrática. Ese fue el momento de mi ruptura con el PC y el comienzo de una labor de interpretación de las causas que determinaron la imprevista aparición, en la arena de la historia argentina, de un coronel desconocido y de una mujer, también descono-

cida, que en poco tiempo, un tiempo que ni siquiera podemos medir por años, sino por meses, por semanas y hasta por días, se transformaron en líderes de un viejo movimiento sindical.

—¿Un viejo movimiento sindical...?

—Sí. Que existía desde fines del siglo pasado y estaba dirigido, en gran parte, por inmigrantes o hijos de inmigrantes con una concepción del país y de sus problemas que era nada más que la réplica o la repetición del modelo de los países europeos. Esa gente, esos hombres, cumplieron una función en tanto organizaron el movimiento obrero. Y en tanto lucharon por las reivindicaciones inmediatas de los obreros. Pero no comprendieron ni la historia ni la realidad de la República Argentina.

—En la década del 40, ¿conocía usted ya a Perón?

—Sí. Y a otros militares que fueron muy amigos míos (también eso fue una de las causas de mi ruptura con el partido) y que me hicieron comprender que no existe en las Fuerzas Armadas la pretendida homogeneidad. Exteriormente, las Fuerzas Armadas aparecen como un todo monolítico debido a su carácter jerárquico y disciplinario. Pero he conocido a militares que estaban en una línea anti-imperialista, nacionalista, industrialista, que comprendían que la defensa nacional (su profesión) resultaba absolutamente utópica si la Argentina no tenía en sus manos los controles de los instrumentos fundamentales de su soberanía, como los transportes, el comercio exterior, los bancos, y si no desarrollaba una industria propia que le permitiera, en el caso eventual de una guerra, actuar sin depender de las condiciones de compra en el extranjero. Hay muchos trabajos, algunos muy importantes, desgraciadamente olvidados, en los cuales militares estudiosos analizaron el problema de los transportes, de los combustibles, del comercio exterior, y hay también hechos concretos como el apoyo dado por el Ejército a YPF en su nacimiento, al nacimiento de la Fábrica Militar de Acero que está al lado del Riachuelo y al plan Savio posteriormente: toda una política impulsada por sectores militares tendiente a transformar a la Argentina en una potencia industrial. Esa política, naturalmente, chocaba con los intereses de la oligarquía agroexportadora que quería que la Argentina siguiera siendo, como en los tiempos de la reina Victoria, como en el tiempo del Centenario, una granja de Inglaterra. Esa política de industrialización y nacionalización compartida por la incipiente burguesía industrial que aparece en los trabajos

del señor Alejandro Bunge y del señor Colombo, que fue presidente de la Unión Industrial, tenía una enorme debilidad por cuanto era antiobrera. Ellos pretendían capitalizar e industrializar el país sobre la base de la explotación de la fuerza de trabajo. Por eso se oponían a los sindicatos, a los contratos de trabajo. Entonces quedaba aislada: por un lado estaba la oligarquía terrateniente comercial, que se oponía a esa política y quería que la Argentina, como dije hace un momento, fuese agroexportadora, la granja de Gran Bretaña; y por otro lado estaba la oposición del movimiento sindical. Por eso, la genialidad del general Perón, lo que le permitió transformarse en líder, fue comprender que la gran base de apoyo para iniciar las nacionalizaciones de los bancos, del comercio exterior, de los transportes, de los seguros y otros renglones de la economía y las finanzas y darle impulso a la industrialización, tenía que ser movimiento obrero organizado. Si no, era imposible. De ahí la política obrerista que inició a fines de 1943, cuando se hizo cargo del Departamento Nacional del Trabajo, luego transformado en Secretaría de Trabajo y Previsión. Eso le permitió superar las contradicciones del planteo y empezar a desarrollar una política que contó en sus comienzos no solamente con la clase obrera organizada y con la transformación de las direcciones obreras, cuyos viejos cuadros fueron substituidos por nuevos dirigentes, "cabecitas negras" muchos de ellos, surgidos de las nuevas capas obreras que se incorporaron al proceso de industrialización, sino también con sectores industriales (uno de ellos estaba representado por el señor Miguel Miranda, que fue quien intervino en la compra de los ferrocarriles). Esto le permitió unir todas esas fuerzas y, durante diez años, gobernar al país.

—Pero en el país había también otras fuerzas.

—Perón siempre buscó el acuerdo con otros políticos. Decir que es en este momento, después de su vuelta al país y de un exilio de dieciocho años, que Perón se preocupa de acercarse a los radicales y a otras fuerzas políticas por primera vez, es totalmente falso. Perón siempre buscó ese encuentro. La prueba está en que en las elecciones del año 1946 participó un sector de la Unión Cívica Radical, la Junta Renovadora, y fue vicepresidente un hombre de extracción radical como Quijano. Lo que pasa es que fue al revés: que fueron las otras fuerzas políticas las que apuntaron con todos sus cañones contra el peronismo. Ese acercamiento de Perón a las otras fuerzas políticas no se limitó a los partidos que podemos llamar de la burguesía o, por lo menos, partidos tradicionales, sino también a la izquierda, a los socialistas y a los comunistas, a gente que había roto con esos partidos y que

había comprendido que el advenimiento del peronismo era un acontecimiento de gran trascendencia. Y fue partiendo de esa comprobación que se fundó el Movimiento de Hombres de Buena Voluntad, del que participaron ex socialistas y ex comunistas. No los partidos en sí, sino gente que provenía de esos partidos. El Movimiento de Hombres de Buena Voluntad realizó un acto en el salón Príncipe Jorge; hablaron varios oradores: habló John Cooke, habló Ernesto Palacio, Juan Unamuno, que acaba de fallecer, habló yo y habló también el general Perón. Fue un acto de mucha importancia tendiente precisamente a congregar todas esas fuerzas, a congregar a los hombres de buena voluntad. Reitero: la tendencia de Perón a tratar de que el movimiento peronista se ampliara con la participación de militantes de otras tendencias no es de ahora, sino que viene desde el comienzo mismo.

—Profesor, si desde el 46 al 55, mientras Perón estuvo en el gobierno, los partidos de la oposición no se avinieron a un entendimiento, ¿cómo se explica que, dieciocho años después, esos mismos partidos parezcan acceder al acuerdo?

—Las condiciones han cambiado en el mundo y en el país. En 1955, la oposición creyó que el peronismo estaba terminado. Los dirigentes de los partidos opositores presentaban al peronismo como una anomalía de la vida argentina, como algo extraño al país. Por eso llegaron a llamarlo naziperonismo, como un reflejo, como una réplica de los regímenes existentes anteriormente en Alemania e Italia. Creyeron que así como Mussolini y el fascismo y Hitler y el nacionalsocialismo habían sido extinguidos en Italia y Alemania, lo mismo iba a suceder en la Argentina con Perón y el peronismo, sin comprender que el fenómeno peronista era estrictamente argentino. Nacional. Ellos creyeron que derrotado el peronismo e intervenidos los sindicatos, que legalizado el movimiento peronista y cambiada la orientación en las escuelas mediante una materia llamada educación democrática, quedaría extirpado el peronismo como una especie de enfermedad nacional y el país volvería a ser, como dijo en varias oportunidades Federico Pinedo, "el país del Centenario". Pero en dieciocho años la experiencia demostró que no era así. El peronismo no podía calificarse como una simple réplica de regímenes foráneos, sino que era un resultado de causas internas y mantenía su vigencia. Y en cambio ellos, pasando por la experiencia de los gobiernos militares y de tres gobiernos civiles respaldados por los militares, experiencia orientada a restablecer el régimen liberal dependiente concebido en 1853/1880, demostraron que no se podía restablecer ese régimen, que era imposible. No se trata de juzgar a ese régimen, pero se trata de decir que ese régimen correspondía al pasado, que era

arcaico. Que estaba divorciado de la nueva realidad nacional. La realidad de un país con un movimiento obrero muy desarrollado, con una intelectualidad con clara conciencia de los problemas nacionales. Algo que a mí, desde el punto de vista universitario me conmueve mucho, es el cambio que se opera en la mentalidad de los estudiantes en los últimos años, especialmente en la última década: los estudiantes, así como los profesionales, que no comprendieron al yrigoyenismo, que estuvieron contra él y contribuyeron a su derrocamiento, y que, posteriormente, sin sacar una lección de lo que pasó en el año 30, volvieron a colocarse en la vereda de enfrente del peronismo al nacer el peronismo, durante la década peronista y aún después, los estudiantes, repito, en su inmensa mayoría yo no diría que se hicieron peronistas pero sí que comprendieron al peronismo como una realidad nacional. A la que, por lo tanto, había que aceptar.

—De paso, profesor, ya que usted mencionó a los estudiantes, ¿puede explicar su alejamiento del rectorado de la Universidad de Buenos Aires?

—En estos momentos no me interesa explicarlo. Y no creo que sea conveniente explicarlo. Lo único que le puedo decir es que me siento satisfecho, feliz, por la comprobación de que mi alejamiento del rectorado no ha significado de ningún modo mi alejamiento de los estudiantes, de los profesores y de los docentes que están en una línea nacional. Inclusive de aquellos que no son peronistas. Porque nosotros, durante los cuatro meses que estuvimos en el rectorado, contamos naturalmente con el apoyo fundamental de los peronistas, pero también con el de otros sectores, como los sectores radicales de Franja Morada, como los socialistas populares, como los trozkocomunistas, que habían estado, desde la época de la Reforma, en contra de los movimientos nacionales y populares, en contra del yrigoyenismo y el peronismo. Factores puramente circunstanciales fueron los que determinaron mi alejamiento. Y la situación universitaria sigue siendo todavía un problema no resuelto en cuanto al rector, pero creo que bien encaminado en cuanto a la orientación.

Ya es de noche. El canario sigue trinando. Más allá del ventanal, Buenos Aires enciende sus luces. Es tiempo de irnos. Aunque todavía el profesor Puiggrós no nos haya hablado de los tres libros suyos que aparecen este mes. Acaso, para hablar de libros, tengamos una oportunidad más adelante. Quizá en octubre. Cuando aparezca la **Historia social del pueblo argentino**, obra en varios tomos que será la recopilación de las obras completas del ex rector de la Universidad Nacional y Popular de Buenos Aires.

herman mario cueva

leopoldo

la isla de fidel

"¡Cuba, qué linda es Cuba! Quien la defiende la quiere más." Esta canción popular nos siguió, a mi mujer y a mí, durante los 40 días en que fuimos huéspedes de la isla de Fidel Castro, donde transcurre la experiencia económicosocial más fascinante de esta segunda mitad del siglo.

Cuando la "Casa de las Américas" me invitó a visitar la patria de Martí, como jurado de su certamen anual de literatura, me asombré:

—¿Cómo puede ser —me dije— que un Estado marxista-leninista invite a un cristiano viejo, como yo, que además es un antiguo "justicialista", hombre de tercera posición?

Y decidí viajar a la isla en busca de respuestas a esa pregunta, y a otras que yo me había formulado acerca de un pequeño país del Caribe sobre el cual gravitan leyendas negras y leyendas blancas, miedos y amores tal vez prefabricados. Entre las cosas de mi equipaje llevaba dos aforismos de mi cosecha, útiles para estos casos: 1º "Hombre soy, y nada que sea humano me asusta", y 2º "El miedo nace de la ignorancia: es necesario conocer para no temer".

Cuba, nación bloqueada, tiene aún dos puertas exteriores de acceso a su territorio: una es Praga y la otra México. Las "Líneas Cubanas de Aviación" cumplen el esfuerzo heroico de unir la isla con esos dos puntos; dispone de sólo cuatro aviones Britannia, de 1958, que hacen prodigios con sus cuatro turbohélices, evitando los cielos hostiles del "mundo libre".

A mí me tocó entrar por México. En el aeropuerto de la capital azteca, tras esperar algunos días el azaroso avión de la Cubana, me topo con un colega del Perú y otro de Guatemala que también se dirigen a Cuba. Un agente del aeropuerto adorna nuestros pasaportes con un gran sello que dice: **Salió a Cuba**, inscripción insólita que atribuyo a un bizantinismo de la burocracia. Otro agente, lleno de cordialidad, nos toma fotografías individuales, hecho que confundo con un rasgo de la proverbial donosura mexicana.

—Esas fotografías —me aclara el guatemalteco— son para el F.B.I. de los Estados Unidos.

—Ignoraba que el F.B.I. se interesase tanto por un certamen de literatura —comento.

Y ya estamos en vuelo, sobre el Golfo de México, rumbo a una isla sospechada, sospechosa. Es, sin duda, un país socialista, sudoroso de planes quinquenales, con músculos tensos y frentes deslustradas por el materialismo histórico. Una de las azafatas distribuye bocadillos de caviar: ¿no es una referencia evidente a la Cortina de Hierro? Pero, a manera de un des-

A fines de 1966 Leopoldo Marechal viajó a Cuba para integrar el jurado del Concurso Literario de Casa de las Américas. La revista Primera Plana, le encargó entonces un reportaje sobre la vida en la isla. El texto de Marechal, una prueba más de su espíritu de cristiano viejo revolucionario, de su honda solidaridad con las luchas por la liberación de América latina, sobrepasó los límites de la censura impuesta por la dictadura militar y fue levantado de la revista cuando ya estaba impreso.

Crisis lo publica ahora íntegro como parte de esa necesaria y constante vuelta a la obra de quién fuera una de las figuras fundamentales del peronismo. / J. C. y A. F.

mentido, vienen los daiquirí espirituosos y la fragante caja de habanos.

¡Cuba, qué linda es Cuba! Y, mirándolo bien, ¿las mismas azafatas no tienen el ritmo cimbreado de las palmeras y la frescura de los bananos en flor?

Horas más tarde aterrizamos en el aeropuerto José Martí. En el atardecer de invierno, advertimos cierto calor y cierta humedad de trópico. Nos aguardan allá Ricardo y Norma, jóvenes, eficientes y plácidos en cierta madurez acelerada: se anuncia en ellos la "efebocracia" o gobierno de los jóvenes; así me definió más tarde don Pedro González, profesor jubilado de la Universidad de California, el régimen de Cuba revolucionaria, régimen sin ancianos visibles, de jóvenes, adolescentes y niños.

Los "carros" nos conducen a La Habana por un camino bordeado de palmeras: la ciudad no está lejos, y poco después vemos erguirse sus grandes monobloques, en cuyas ventanas empiezan a brillar las luces de la noche. Llegamos, por fin, al Hotel Nacional, que será nuestra casa durante cuarenta días. Es un edificio monumental, concebido por la imaginación lujosa que requerían los fines a que se lo destinaba, lugar de **week end** para millonarios en exaltación, tahúres internacionales, actores famosos de la cinematografía. Lo asombroso es que la revolución lo

haya conservado, como los demás hoteles, restaurantes y cabarets de Cuba, en la plenitud de sus actividades, con personal y servicios completos.

Ya en nuestra habitación, abrimos las ventanas que dan al mar y vemos la bahía de La Habana, con su antiguo morro, a cuyos pies festonea la espuma. En otra parte del hotel, y entre palmeras, una gran piscina de natación que abandonan ya unos bañistas corridos por la noche.

Pero, ¿qué formas se yerguen allá, en aquel terreno vecino al parque? Son dos pequeñas baterías antiaéreas, cuyas bocas de fuego apuntan al Norte.

La mucama de nuestro piso, joven y hermosa, entra en nuestra habitación y lo prepara todo con una meticulosidad tranquila de mansión solariega.

—Mercedes es mi nombre —le dice a Elbiamor con un despunte de risa—. ¿De dónde eres tú?

—De la Argentina —responde.

—¡La patria del Ché! —recuerda Mercedes.

Nos pide que cuidemos los materiales del hotel. Ahora son del pueblo todo: ella lo sabe porque no hace mucho que fue "alfabetizada" y ya tiene una "conciencia social".

—Antes de la revolución —aclara—, yo no podía entrar en este hotel.

—¿Por qué no? —interrogo.

—Soy una mujer de color.

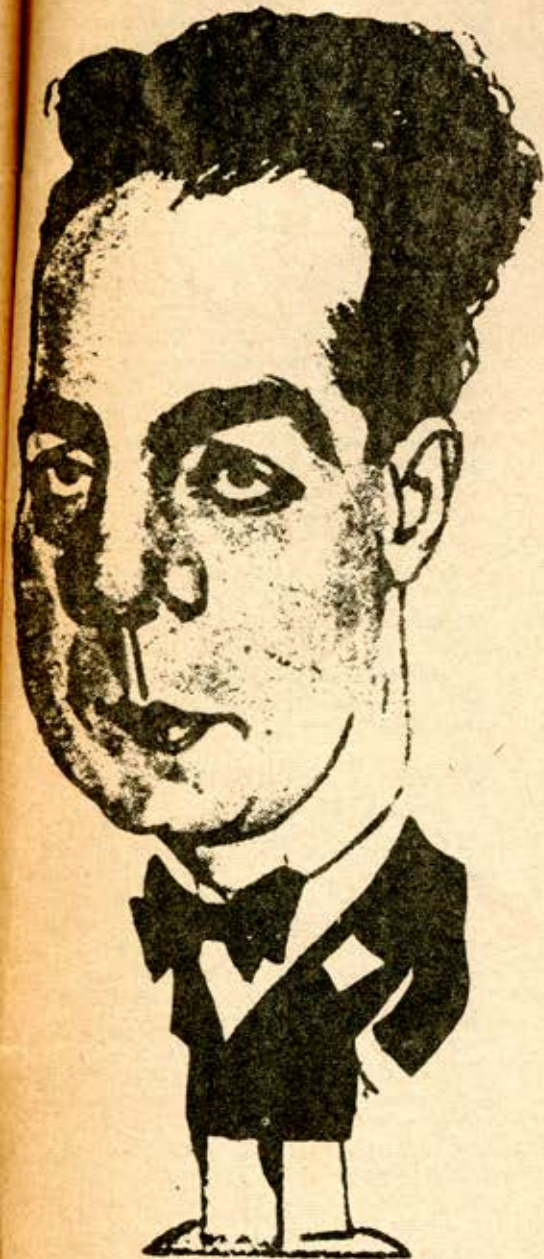
Vuelve a reír con su blanca dentadura de choclo. Elbiamor, entre lágrimas, besa su mejilla de ébano.

Bajamos al comedor. Luego de la cena nos llevarán a Varadero, donde se realiza la última sesión del Encuentro de Poetas, organizado en homenaje a Rubén Darío al cumplirse el centenario de su nacimiento. En el comedor me encuentro con Julio Cortázar: hace veinte años que no nos vemos. Abrazo su fuerte y magro esqueleto de alambre. Su melena y sus patillas le dan el aspecto de un **beatle**. Hemos de actuar en el mismo jurado de novela. Antes de separarnos me anuncia, en voz baja, con cierto humor perverso:

—Han llegado cuarenta y dos originales de gran envergadura.

Arañas de cristal, manteles lujosos, vajillas resplandecientes, flores y músicas, evocan en el gran comedor los esplendores del antiguo régimen. Son los mismos camareros de ayer, con los mismos **smokings** y la misma eficiencia; sirven **cocktails** de frutas tropicales, langostas y otros manjares, a una concurrencia visiblemente internacional, de la que formamos parte. Sí, son los mismos; pero ahora trabajan en una revolución. No tardaremos en tutearnos con ellos y llamarnos "compañeros", diferentes en la función social que cumplimos, iguales en cierta dignidad niveladora.

omarechal



En los días que seguirán, repetiremos esa experiencia extraña con todos los hombres de la isla; la aprenderemos y sabremos que la palabra "humanidad" puede recobrar aún su antiguo calor solidario.

Esa misma noche, en una suite fantástica, llegamos a las playas de Varadero, a ciento cincuenta kilómetros de la capital. ¿A quién se le ocurrió la idea de reunir allí a una pléyade de poetas iberoamericanos con el solo fin de celebrar a Rubén Darío? ¿Se perseguía un objetivo puramente poético? ¿Por qué no?, me dije antes de llegar. Cuba fue siempre vivero de poetas.

Y recordé aquellos versos de Darío que figuran en su poema dedicado a Roosevelt: "Eres los Estados Unidos./eres el futuro invasor/de la América ingenua que tiene sangre indígena./que aún reza a Jesucristo y aún habla en español". ¡Qué resonancia profética tenían esos versos del nicara-

guense, junto al mar de las Antillas, y en Cuba, que aún tiene la pretensión exorbitante de ser libre, de edificar en libertad sus estructuras nacionales!

Varadero está de fiesta por un poeta muerto y una nación viva. Entre las mesas ubicadas al aire libre, veo de pronto a Nicolás Guillén: también él me ha reconocido, y éste es mi segundo abrazo demorado, en una noche de iniciación. Después correrá el buen ron de la isla, cantarán los improvisadores de décimas, bailarán los litúrgicos danzarines afrocubanos, y la señora del poeta Fernández Retamar ha de brindarle a Elbiamor una enorme caracola del Caribe.

diálogo con guayaberas

A la mañana siguiente nos bañamos en aquel mar de colores cambiantes, o discurrimos con los compañeros, en blancas y finísimas arenas, como vidrio molido. Por la noche, dando fin al Encuentro de Poetas, cenamos en la gran morada que fue de mister Dupont, el financista internacional que apuraba en ella sus **week end** para contrarrestar el frío de sus computadoras instaladas en Nueva York. Cierzo, la casa es monumental, con su embarcadero propio, su piscina y su jungla; pero adolece de un mal gusto que parecería insanable en la mentalidad de los Cresos. El hall, verbigracia, en conjunto inarmónico, reúne un piano de cola, un órgano Hammond, muebles en anarquía, cuadros y tapices anónimos que parecen salidos de una casa de remate.

Afortunadamente, aquella noche una revolución socialista consigue hacer el milagro de dignificar la casa y sus tristes objetos: poetas y escritores de Iberoamérica están sentados a la mesa de los pericitados banqueros: nalgas líricas o filológicas sustituyen en los sillones dorados a las nalgas macizas del capitalismo. Se come, se bebe, se recita, se canta. Por un instante me asalta la idea curiosa de que me estoy bebiendo los estacionados vinos del opulento y alegre pirata. Mister Dupont, disculpe: la Historia no se detiene.

Han entrado los danzarines negros y los cantores que eternizan su África. Discutimos o bailamos, ¿qué importa la distinción en esta primera noche del mundo? Desde su mesa, un grupo de cubanos entona en mi honor "Los muchachos peronistas".

Lo peor es el regreso, claro está. Entre un poeta de guayabera blanca y un sociólogo de guayabera gris, camino junto al mar feérico, bajo el plenilunio. Y mi inquietud toma la forma de un remordimiento: ¿seremos nosotros, una minoría, los

únicos usufructuantes de una herencia reciente? El de guayabera blanca me responde:

—Tranquilízate, alma buena. En Cuba no hay ahora ningún hambriento; no hay desnudos ni descalzos; no hay desocupación, ni despidos, ni embargos; no hay mendigos ni analfabetos.

En cuarenta días de viajes, estudios e inquisiciones, pude comprobar, más tarde, la verdad que había en las aseveraciones del poeta, y lo fácil que es resolver un problema de justicia social cuando un pueblo se decide a tomar el toro por las astas. Pero en aquella noche de Varadero las preguntas afluyen a mis labios de recién venido:

—¿Pero el marxismo-leninismo es esto? ¿Nada más que esto?

El sociólogo se vuelve al poeta y le dice con ese tono inimitable de la travesura cubana:

—No creo que Fidel haya leído ni ochenta páginas de **El Capital**.

—¿Es que pueden leerse más de ochenta páginas? —reflexiona el poeta.

—Sin embargo —insisto—, el propio Fidel se ha declarado marxista.

—¿Y por qué no? —argumenta el sociólogo—. A juzgar por algunas Encíclicas, más de un Papa está en ese riesgo. ¿Y sabes por qué? Porque el marxismo se resuelve al fin en una "dialéctica" que se adapta muy bien a cualquier forma de lo contingente social. Quiero decir que sirve tanto para un barrido como para un fregado, si se trata de barrer o fregar en una vieja estructura político económica.

Yo me río:

—El viejo Marx —arguyo— ha prolongado su gloria merced a esa flexibilidad de su dialéctica. Pero, en cambio, lanzó al mundo una "logofobia" retardante de muchos procesos revolucionarios.

—¿Qué es una "logofobia"? —inquire el de la guayabera blanca.

—Logofobia —respondo— es el terror a ciertas palabras. Y el término "marxismo", una de las más actuales.

—¡Eso merece un extra seco en las rocas! —ruge el sociólogo entusiasmado.

—Lo tomaremos en cuanto exponga mi enseñanza paralela sobre la "logolatría".

—¿Y qué diablo es una "logolatría"?

—Es una adoración de la palabra por la palabra misma —le contestó—. Generalmente, se toma una logolatría para defenderse de una logofobia.

—¿Ejemplos de logolatrías?

—Los términos "democracia", "liberalismo", "civilización occidental y cristiana" o "defender nuestro estilo de vida", esto último, naturalmente, a costa de los estilos ajenos.

—¿No es ésa una muletilla del Tío Sam?

—El Tío Sam, ¡qué tío!

Suenan tres carcajadas en la noche del trópico. Pero el sociólogo de guayabera gris tiende una mano al horizonte marítimo:

—¡Silencio! —dice—. El Tío Sam está desvelado, a noventa millas náuticas de aquí.

—¿Qué hace?

—Está revisando su cuadragésimo submarino atómico.

—¿Con qué fin?

—Le quita el sueño, entre otras cosas, una isleta de siete millones de habitantes que ha tenido el tupé de ensayar un régimen socialista en sus propias barbas.

la madre del borrego

De regreso en La Habana, es necesario leer los voluminosos originales del concurso. Así lo hago, y así lo hacen conmigo el guatemalteco Mario Monteforte Toledo, el argentino Julio Cortázar, el joven español Juan Marsé, y el veterano escritor de Cuba, José Lezama Lima. Pero hay que cumplir otras actividades paralelas: visitar institutos, conceder reportajes, dialogar con estudiantes y obreros, asistir a teatros y cines, donde se cumple una actividad febril.

Cuba, en su bloqueo, necesita mostrar lo que hizo en ocho años de revolución; porque sabe que el mejor alegato en favor de la revolución cubana es Cuba misma. Esos trajines y contactos me han permitido conocer a la gente de pueblo en su intimidad.

El pueblo cubano es de la más pura fibra española (casi andaluza, yo diría), entretrejida con más que abundantes hebras africanas, que le añaden una soltura de ritmos y una sensibilidad en lo mágico, por la cual ha de convertir en "rituales" casi todos sus gestos, desde un baile folklórico a una revolución. Libre ya de opresiones de "factoría" —y de sus "mimicis" consiguientes—, reintegrado a su natural esencia, el hombre cubano es un ser extrovertido y alegre, con imaginación creadora y voluntad para los combates necesarios, incapaz de resentimientos, fácil a los olvidos, propenso al diálogo y a la autocrítica.

Todo esto deberán tener muy en cuenta los que intenten alargar un brazo amenazador sobre la tierra de Martí; porque no es difícil advertir allá que si el cubano entona pacíficamente una copla en la Bodega del Medio, o baila displicentemente una guaracha en El Rancho, de Santiago, tiene siempre en una mano el machete de cortar caña de azúcar y en la otra la culata invisible de una metrallera.

Cierta mañana, y a mi pedido, un arquitecto arqueólogo, joven como todo el mundo en la isla, me hace recorrer la vieja Habana: su catedral, en el más puro estilo de la colonia, es la más bella que conozco, incluyendo la de México; los palacios condales, al enmarcar la plaza de la catedral, integran un conjunto arquitectónico de sobria pureza.

Mi acompañante y mentor me conduce luego al Castillo de la Fuerza, reducto castrense que los españoles erigieron antaño contra los invasores de la isla, reales algunos y hasta hoy siempre posibles. Cruzamos el puente levadizo, recorremos los oscuros pasillos, nos asomamos a las troneras y almenares.

—Esta fortaleza —dice mi guía— es un símbolo perfecto de Cuba.

—¿Por qué?

—Sus constructores y defensores representaron al colonialismo; sus atacantes representaron a la piratería. Y, hasta Fidel, Cuba se ha debatido entre colonialistas y piratas.

—¿Ya no? —insisto.

—El riesgo subsiste en potencia. ¿Tú eres argentino?

—Sí.

—Entonces has de saber, en carne propia, que hay nuevas formas de colonialismo y nuevas formas de piratería.

"¡Tocado!", me digo en mi alma. Y el arqueólogo concluye:

—La revolución cubana sólo tiene su

explicación entera en la Historia Nacional de Cuba.

Regreso al hotel, en cuyos ámbitos empiezo a conocer la naturaleza de sus huéspedes. Ya me topé con los tenistas polacos, tan elegantes con sus conjuntos rojos de pantalón y remera. Eludo ahora a los ciclistas hispanoamericanos que han de correr la Vuelta de Cuba: llevan siempre consigo sus bicicletas, en el comedor y en los ascensores; Cortázar me comunica su sospecha de que los corredores duermen con sus máquinas y tienen con ellas relaciones extraconyugales (¡diablo de novelista!).

Luego me voy a la piscina: es un gran espejo de agua entre palmeras y bajo el sol de Cáncer, que acaricia y muerde a la vez como un ungüento. ¿Quiénes han invadido la piscina, tan solitaria otras veces? Porque la gente de Cuba sólo nada en verano, y la isla está en la mitad de su invierno.

Estudio a los invasores: no hay duda, son caras y pelambres del mundo eslavo. Y al fin identifico a los deportistas soviéticos, entre los cuales alza su mole ciclópica el campeón olímpico de levantamiento de pesas. Paseándose en torno de la piscina muy a lo peripatético, Dalmiro Sáenz jury en el certamen de cuento, lee originales con toda la gravedad que le conviene su pantalón de baño.

—¿Qué hacen aquí los rusos? —me pregunta, indicando a los invasores.

—Vienen a descansar, después de su zafra —le respondo.

—¿Qué zafra?

—La del Uranio 235.

Dalmiro estudia mi respuesta. Y, sin embargo, su atención está fija en el cíclope ruso.

—Un gran levantador —me dice.

—No hay duda —le contesto—: ahora me crucé con él en la cafetería, y lo estudié en el fondo de los ojos.

—¿Qué viste?

—Una caverna del paleolítico y un gran desfile de brontosaurios.

Naturalmente, hay rusos en Cuba, y checos, y búlgaros, y polacos, técnicos, hombres de deportes y hasta turistas. ¿Por qué "naturalmente"? Se dice que cuando, triunfante su revolución, Fidel Castro se dirigía a la capital, llevaba in mente dos preocupaciones: evitar que la burguesía local, dúctil actriz de la historia cubana, intentase usufructuar *pro domo sua*, como lo hizo tantas veces desde la colonia, un triunfo que había costado sangre y lágrimas; y evitar que hiciese lo propio el marxismo intelectual y minoritario, que también alentaba en la isla, como sucede aquí y en todas partes. Fácil es deducir que una "tercera posición" equilibrante maduraba en la cabeza del líder. Y se produjo entonces la intervención y bloqueo contra una pequeña y esforzada nación que sólo buscaba una reforma de sus estructuras para lograr su propio estilo de vida.

Claro está, bloqueada y amenazada, la isla de Fidel, sin combustibles, sin industrias básicas y sin comunicaciones, habría tenido que declinar su revolución; los norteamericanos, que no tienen experiencia ni prudencia históricas, la arrojaron a la órbita de Rusia, que tiene todo eso y, además, un estilo y método revolucionarios.

Por aquellos días, los cubanos entonaban el estribillo siguiente: "Los rusos nos dan, / los yanquis nos quitan: / por eso lo queremos a Nikita". Cierta es que más tarde, cuando los rusos, movidos por la estrategia de la hora, retiraron los cohetes cedidos a Cuba, se cantó este estri-

billo: "Nikita, Nikita, / lo que se da no se quita".

Un oyente que escuchaba esta explicación, me dijo:

—No puede ser: es demasiado ingenuo, demasiado "simplista".

—Compañero —intervine yo—, ahí está la madre del borrego, como decimos en Argentina. Desde hace muchos años observo una tendencia universal a desconfiar de las explicaciones "simplistas"; en cambio, se prefiere complicar los esquemas en lo político, en lo social, en lo económico, y hacer una metafísica inextricable de lo que es naturalmente "simple". A mi entender, toda esa complejomanía proviene de los interesados en "enturbiar las aguas".

Pero, impuesta o no por las circunstancias, es de imaginar lo que una teoría filosófica social, como el marxismo, logra o puede lograr en un pueblo que, como el cubano, tiene toda la soltura, toda la imaginación y, además, todas las alegres contradicciones del mundo latino. Está dándose aquí, evidentemente, un comunismo *sui generis*, o más bien una empresa nacional "comunitaria" que deja perplejos a los otros Estados marxistas, en razón de su originalidad fuera de serie.

Un soviético, un checoslovaco, un búlgaro, de los que frecuentemente visitan a Cuba, no dejan de preguntarse, vista la espontánea y confesa "heterodoxia" cubana:

—¿Qué desconcertante flor latina estará brotando en las viejas y teóricas barbas de Marx?

la "primera" y la "segunda"

De pronto nos anuncian que Fidel Castro ha de asistir, en San Andrés, provincia de Pinar del Río, a la inauguración de una comunidad erigida en plena montaña.

Llegamos al atardecer en un ómnibus (allá le dicen *guagua*) de construcción checa, atravesando villas coloreadas y paisajes de sueño. Una concentración multitudinaria se ha instalado allá: son hombres y mujeres de toda la isla, que quieren oír a Fidel. Además, está jugándose allí mismo un trascendente partido de *baseball*, el de los "industriales" contra los "granjeros": el *baseball* es el deporte nacional, como el fútbol entre nosotros, y suscita en las tribunas populares las mismas discusiones y trompadas que se dan en la "bombonera", por ejemplo; el mismo Fidel Castro es un "bateador" satisfactorio. El partido concluye: ganaron los "industriales". Risas y broncas. Pero la noche ha caído; se oye un helicóptero; y poco después una gran figura barbada sube a la plataforma.

Déjenme ahora esbozar un retrato del líder.

Fidel Castro es un hombre joven, apenas cuarentón, fuerte y sólido en su uniforme verdeoliva; cariñosamente lo llaman El Caballo, en razón de su fortaleza militante. Bien plantado en la tribuna, deja oír, su alocución directa, con una voz resonante y a la vez culta, que traiciona en él al universitario metido por las circunstancias en un uniforme castrense. Al hablar acaricia los micrófonos; y en algún instante de pausa dubitativa se rasca la cabeza con un índice crítico, lo cual hace sonreír a sus oyentes.

Reúne a los "compañeros", les habla de asuntos concretos: planes de trabajo, aná-

lisis y crítica de lo ya realizado, exhortaciones de conducta civil, palabras de aliento y de censura según el caso. Nunca se dirige a ellos en primera persona del singular —"yo"—, sino en la primera y segunda del plural —"nosotros" y "ustedes"—, lo cual le confiere un tono de entrecasa, humano y familiar, que borra en él cualquier arista de demagogia o se resuelve en una demagogia tan sutil que nadie la advierte. Dialoga con el pueblo que lo interroga y le sirve de coro, lo cual me trae algunas reminiscencias argentinas: "Oye, Fidel, ¿y esto? Oye, Fidel, ¿y aquello?" Y Fidel Castro recoge las preguntas en el aire y las contesta, rápido, certero y a menudo incisivo.

Una de sus preocupaciones actuales es el "burocratismo" en que suelen aletargarse y morir las revoluciones. Informa en un discurso que se ha creado la Comisión Nacional contra el Burocratismo; y una quincena más tarde anunciará en otro:

—Compañeros, la Comisión Nacional contra el Burocratismo se ha burocratizado.

Conoce a fondo los problemas generales de su pueblo, y hasta los particulares de sus individuos, tanto en el bien como en el mal. Durante el huracán "Flora", que asoló a la isla, condujo un tanque anfibio de salvataje y estuvo a punto de morir ahogado. En el corte de caña de azúcar, empresa nacional que moviliza hoy a todos los habitantes, Fidel Castro interviene, como todos, y no cortando algunas cañas simbólicas, sino trabajando jornadas enteras a razón de ocho horas cada una.

Esta noche lo escucho en San Andrés: hace frío en la montaña, vinimos desprevénidos y nos abrigamos con mantas del ejército. Fidel no es ya el orador "larguero" y teatral, imagen con la que aún se lo ridiculiza fuera: sus apariciones en público son cada vez más escasas y sus discursos cada vez más cortos. En esta oportunidad, además de referirse al asunto concreto de la reunión, toca dos puntos que me interesan como escucha foráneo: define a la suya como a la "primera revolución socialista de América", y es verdad que lo ha dicho muchas veces. Pero, a continuación, la identifica con una "segunda independencia de Cuba", y me acuerdo entonces de lo que dijo el arqueólogo en el Castillo de la Fuerza: "La revolución cubana sólo tiene su explicación entera en la Historia Nacional de Cuba".

Ya en el ómnibus o guagua, que a través de la noche nos devuelve a la capital, y mientras Ricardo y Ernesto cantan aquello de "¿Cuándo volveré al bohío?", sin duda para que no se duerma el compañero chofer en el volante, doy cuenta de mis observaciones al sociólogo en guayabera gris que compartió con nosotros la bodega ilustre de mister Dupont.

—Evidentemente —me dice—, el movimiento revolucionario de Fidel en pro de la "segunda independencia" no es más ni menos que una continuación inevitable del movimiento de José Martí en favor de la "primera".

—Es tan verdad —asiento yo—, que la figura de Martí está hoy en Cuba tan presente y es tan actual como la del mismo Fidel, y los escritos de Martí abundan en la formulación teórica del movimiento castro-

Los cantantes del ómnibus han pasado en este momento a la canción "No la llores", y el de la guayabera gris insiste:

—Esa continuidad revolucionaria está favorecida por el hecho de que la pasada historia de Cuba y la presente casi se tocan. Y si no, recapitemos: la gesta de Martí comienza en 1895; el primer Presidente de Cuba, Tomás Estrada Cabrera, es reconocido por "ellos" en 1902; luego, dos Gobernadores norteamericanos, con el pretexto de pacificar la isla, se mantienen en el poder hasta 1909; después, una serie de gobiernos, electos o dictatoriales, que duran o no según el apoyo de los Estados Unidos, cuyos intereses económicos en la isla son cada vez más fuertes. La primera independencia (José Martí) y la segunda (Fidel Castro) se parecen como dos gotas de agua. Tienen los mismos opositores: un imperialismo exterior, ávido y prepotente, y una oligarquía local en colaboración con el primero. Uno y otro líder se parecen hasta en el *modus operandi* que utilizan: desembarco furtivos en la costa cubana, internación en los montes, actividad de guerrillas. Lo único que añade Fidel a esa empresa insistente de Cuba es el acento de lo social económico, que, por otra parte, resuena hoy universalmente.

Las luces de La Habana se nos vienen encima. En el recibimiento del hotel (que allá se llama "carpetá") encuentro una nota de *Granma*, órgano del Partido, en la cual se me solicita un reportaje. *Granma* es el nombre del yate que, en 1956, trajo a Fidel Castro y a sus 82 compañeros desde México a la provincia de Oriente, donde la Sierra Maestra ofrecía un camino ya histórico de operaciones.

Al día siguiente respondo a las dos preguntas del reportaje:

—Usted —inquire mi repórter—, que ha sido testigo y participe de la historia de nuestro continente a lo largo de este siglo, ¿cómo definiría este momento de América latina?

—Desde hace tiempo —respondo—, América latina vive en estado "agónico", vale decir de lucha, según el significado etimológico de la palabra. Y esa lucha tiene, o debe tender, a lo que Fidel Castro llamó anoche "segunda independencia". Yo diría que nuestro continente pugna por entrar en su verdadero "tiempo histórico": lo que vivió hasta hoy es una suerte de prehistoria.

—¿Qué impresiones tiene usted de su primer viaje a Cuba?

—A primera vista, y mirada con ojos imparciales, Cuba me parece un laboratorio donde se plasma la primera experiencia socialista de Iberoamérica. Por encima de cualquier "parnaso teórico" de ideas, entiendo que Cuba está realizando una revolución nacional y popular, típicamente cubana e iberoamericana, que puede servir no de patrón, sino de ejemplo a otras que, sin duda, se darán en nuestro continente, cada una con su estilo propio y su propia originalidad.

Resuelto ya el certamen literario de La Casa de las Américas, hemos de viajar al interior de la isla con el propósito de visitar la base militar de Guantánamo y después Minas de Frío.

Desde la ventana de mi cuarto estudio las dos pequeñas baterías antiaéreas que, según dije, apuntan al norte marino. Porque a 90 millas de aquí está un ene-

migo al que no se odia ni se teme, pero se lo vigila en un tranquilo alerta. Esas dos baterías tienen, ante mis ojos, la puerilidad de la honda de David ante la cara inmensa de un Goliath en acecho. Reglamentariamente, el crucero "Oxford" entra en las aguas territoriales de Cuba, y su blanca silueta se recorta en el horizonte marítimo.

Desde Miami, las emisoras difunden noticias truculentas: el malecón de La Habana está lleno de fusilados que hieden al sol; faltan alimentos en la isla; Fidel Castro ha desaparecido misteriosamente. Yo estoy ahora observando el malecón lleno de paseantes alegres y de tranquilos pescadores; todos comen bien en la isla, y hace unas horas vi a Fidel Castro en una reunión de metalúrgicos.

Pero en otro lugar del territorio, el enemigo está más cerca y se hace visible. ¿Dónde? En Guantánamo. Yo estoy en Guantánamo, junto al mar del Caribe, donde los norteamericanos tienen la base conocida, separados de los cubanos por una cortina de alambre tejido. Ese límite somero es el lugar de las "provocaciones". Converso con la tropa del destacamento cubano, miro fotografías y documentales cinematográficos.

—A veces —me dice un oficial—, los marines yanquis arrojan piedras al destacamento, con las mismas actitudes y el furor de un *peacher* de *baseball*; otras, en son de burla, parodian ante los centinelas de Cuba los movimientos de los bailes afrocaribanos, u orinan ostensiblemente cuando izamos nuestra bandera.

—¿Y ustedes qué hacen? —pregunto.

La consigna es no responder a las provocaciones. Uno de nuestros centinelas les volvió la espalda, sólo para no verlos.

—¿Y ellos qué hicieron?

—Lo mataron de un tiro en la nuca. Vea usted las fotografías del cadáver.

Desde Guantánamo, tras regresar a nuestra base de Santiago de Cuba, nos dirigimos a la Sierra Maestra con el propósito de subir a Minas de Frío, cumbre donde el comandante Ernesto *Ché* Guevara tuvo su cuartel de operaciones. Siguiendo la norma revolucionaria de instalar escuelas donde hubo cuarteles y escenarios de lucha, se ha fundado un centro educacional, donde se preparan los maestros del futuro.

La subida es difícil, ya que se hace por una cuesta empinada, rica en torrenteras y despeñaderos, que hasta no hace mucho sólo era transitable a pie o a lomo de mula. Nosotros la franqueamos en un camión de guerra soviético, que en dos horas de trajín, sacudones y patinadas nos deja en la cima, algo así como un altiplano donde conviven 7.000 aluminos, muchachos y muchachos de todas las pieles, bien alojados y guarnecidos.

—¿Por qué instalar esa escuela en una cumbre sometida a todos los rigores climáticos?

—Para fortalecer y templar —respondo— a los jóvenes que han de ejercer el magisterio en los más duros rincones de la isla. Nuestra campaña de alfabetización, iniciada en 1961, redujo el índice de analfabetos a un 3,5 por ciento. Ahora, Fidel quiere que toda Cuba sea una escuela.

Y abordamos a los alumnos, con su ropa y zapatos de montaña (ellas, naturalmente, con rulos en la cabeza). Blancos, negros y mulatos tienen la conversación fá-

cil y una seguridad alegre que anula toda ostentación o dramatismo. Quieren saber de nosotros: los fascinan nuestros diversos tonos del idioma español. Al fin piden que cantemos; yo berreo una vidalita sureña, y Juan Marsé arriesga una sardana de su terruño catalán.

a la caña

¡Tendría tantas cosas que referir! Sólo puedo hacerlo en síntesis rapsódicas o en pantallazos de cinematografía. Estamos ahora en un grande y viejo taller metalúrgico, donde Fidel Castro reúne a trabajadores y estudiantes de escuelas tecnológicas.

Tras un intento inicial de industrialización, la isla entera se vuelca hoy a los afanes de la agricultura. Pero hay que pensar en el futuro, y el conductor habla: se refiere a la explotación de los minerales que abundan en las sierras, a sus aleaciones posibles, a los futuros altos hornos y acerías, a la perfección técnica de los obreros. Un químico visitante, que tengo a mi costado, musita:

—¡Sueña! ¡Está soñando en alta voz!

—¿Qué importa? —le contesto—. ¿Qué importa, si todo este pueblo que lo escucha está soñando con él? Al fin y al cabo, ¿qué sueña? La ilusión de una felicidad en la soberanía, siempre posible y siempre demorada. ¿No están, acaso, en ese mismo sueño todas las otras repúblicas de Iberoamérica?

Y Fidel sigue hablando, frente a los rostros encendidos, Fidel está soñando: ¡pobre del que se ría!

Esta mañana, Elbiamor y yo estamos a solas con Haydée Santamaría, heroína de la revolución cubana en sus preparativos y combates. Su hermano y su prometido fueron torturados hasta morir, frente a ella misma, para que revelara el paradero de los jefes. Toda revolución cruenta deja siempre como posible y hasta inevitable el juego numeral de las víctimas, de modo tal que uno y otro bando puedan sentarse a la mesa y barajar en el tapete sus propios muertos. Haydée no lo hace, aunque tal vez en sus sueños perdure una pesadilla de ojos arrancados. Perdonar y olvidar —nos ha dicho ella—, y sobre todo combatir por un orden humano y una sociedad que hagan imposibles, en adelante, los horrores de la jungla.

Detrás de ese afán, ella trabaja día y noche, como si fuese la madre, la hermana y la novia del movimiento. De pronto recuerda mi cristianismo y el de Elbiamor:

—Antes de la revolución —nos dice—, yo era creyente, como todos los míos. Después entendí que, si deseaba trabajar por un orden nuevo, debía prescindir de Dios, olvidarlo.

No entendemos el por qué de tal resolución, romántica, y callamos.

—El otro día —refiere de pronto—, mi hija de cuatro años me preguntó quién era Dios.

—¿Y qué le respondió usted?

—Le dije que Dios era todo lo hermoso, lo bueno y lo verdadero que nos gustaba en la naturaleza.

La miramos con ternura.

—Belleza, Bondad y Verdad —le dije al



año 1930. marechal maestro de escuela.

fin—: son, justamente, tres nombres y tres atributos de lo Divino.

Haydée calla. Luego se dirige a su escritorio y me trae como obsequio una caja de habanos construida con maderas preciosas de Cuba.

¿Y el ambiente religioso de la isla? Puedo decir que actualmente se oficia con regularidad en los templos católicos y protestantes. En las santerías se ofrece al público el acervo iconográfico tradicional, junto con la utilería de las magias africanas, que conservan en la isla una tradición semejante. Fidel Castro, en una campaña contra las malezas rurales, aconsejó, no sin humorismo, respetar las hierbas rituales de los brujos. En realidad, no se manifiesta en Cuba ni menor ni mayor religiosidad verdadera que en muchos otros países del orbe cristiano, incluido el nuestro.

Sé, de muy buena fuente, que en el Comité Central del Partido hay católicos viejos y católicos de reciente conversión, además de algunos marxistas puros, uno de los cuales, en su inocencia, me confesó haber bautizado a un niño con champagne y en el nombre de Marx, de Lenin y de Fidel. Y digo "en su inocencia", porque aquel hombre, fundamentalmente bueno, "no sabía lo que hacía", dicho evangélicamente.

Triunfante la gesta revolucionaria, tuvo un despunte de oposición en algunos sacerdotes de nacionalidad española y algunos pastores protestantes de nacionalidad estadounidense, que obraban, sin duda, por razones "patrióticas". Fidel Castro dijo, entonces, que todo cristiano debería ser, por definición, un revolucionario. Recuerdo que hace ya muchos años, en cierto debate sobre el comunismo realizado en París, alguien (creo que Jacques Maritain) definió al comunismo como una "ver-

sión materialista del Evangelio". Pensé yo en aquel entonces que era preferible tener y practicar una versión materialista del Evangelio a no tener ni practicar ninguna.

Y me digo ahora, con más ciencia y experiencia, que toda realización en el orden amoroso de la caridad, sea consciente o inconsciente, entraña en sí misma una "petición" de Jesucristo.

Terminó para nosotros la Misión Cuba. Una tarde respondemos a los alumnos, en la Escuela de Letras. Uno me pregunta por el **Facundo**, de Sarmiento, y le aclaro algunas nociones. Otro interroga sobre **El Matadero**, de Echeverría, y César Fernández Moreno se encarga de las respuestas. Pero todos los cubanos acuden al corte de caña: gobernantes y gobernados, obreros y estudiantes, artistas y técnicos.

Se ha iniciado la Séptima Zafra de la Revolución, que promete ser la más cuantiosa del siglo. Los contingentes están saliendo a la tierra (o a la caña, como dicen allá): todos van alegres, porque el trabajo ya no es una "maldición antigua", sino un esfuerzo que hace doler las manos en el machete, los tres primeros días, y concluye por mudarse en una felicidad virgiliana.

Estamos en el aeropuerto José Martí, como a nuestra llegada; el cuatrimotor Britannia nos espera, trajinado y temible a los ojos de Elbiamor. Nuestros compañeros de Cuba nos despiden: hay calor en sus manos y esperanza en sus voces. El avión toma la pista: ellos quedan allá, con su ensueño acunado entre peligros, y sin otro sostén que su líder y los símbolos de su enseña nacional, enumerados en la misma canción con que inició esta crónica: "Un Fidel que vive en las montañas, un rubí, cinco franjas y una estrella".

leopoldo marechal

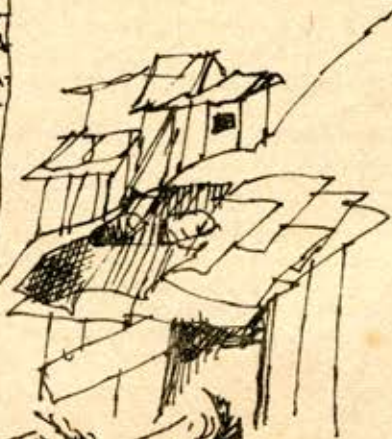
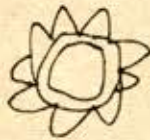
pancho

GRAN JEFE DECIR
QUE ESTAR MUY CON-
TENTO AL SABER QUE
HOMBRE BLANCO VENIR
CON INTENCIONES DE
PRESERVAR MEDIO
AMBIENTE...

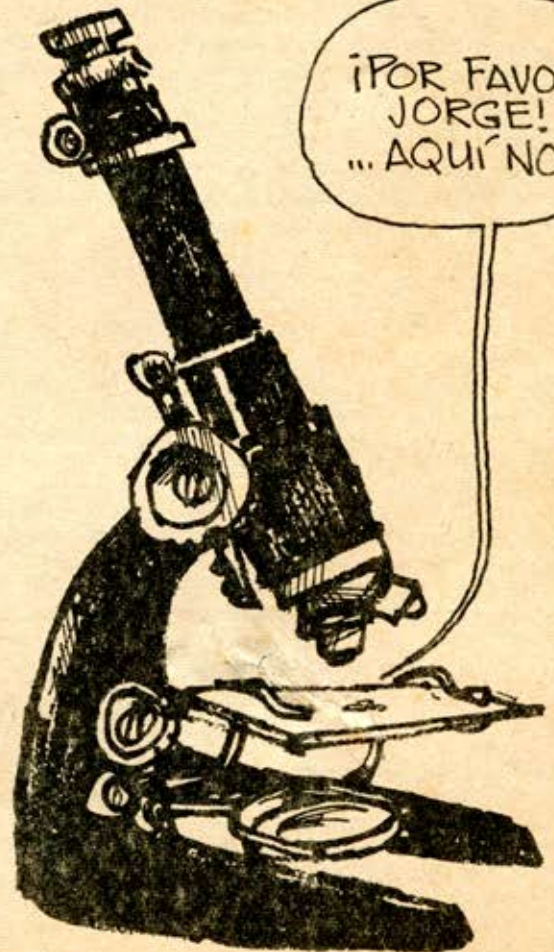


PANCHO

...Y EN EL TÉ CANAS
TA QUE HICIMOS A BE-
NEFICIO DE USTEDES
RECAUDAMOS CASI
MEDIO MILLÓN DE PE-
SOS DE LOS QUE HAY
QUE DESCONTAR, LÓ-
GICAMENTE, SETENTA
Y CINCO MIL DE SAND-
WICHES SURTIDOS, CUA-
RENTA Y OCHO DE MA-
SITAS SECAS Y CRE-
MOSAS, LAS VEINTI-
TRES TORTAS DE
CHOCOLATE, FRUTI-
LLAS Y ANANA, LOS
CATORCE QUILOS
DE HELADOS, LOS
CACHENTA PESOS



¡POR FAVOR,
JORGE!
... AQUÍ NO!!



llamado a concurso

biblioteca f. v.

INSTITUTO DE ESTUDIOS HISTORIOGRAFICOS

PREMIO

R. P. GUILLERMO FURLONG S. J.

disposiciones generales

1. El Instituto de Estudios Historiográficos establece el Premio "R. P. Guillermo Furlong S. J.", que de Historia sobre un periodo o tema a indicarse en cada oportunidad.
sobre un periodo o tema a indicarse en cada oportunidad.
2. Al establecer este premio el Instituto de Estudios Historiográficos aspira contribuir al enriquecimiento de las fuentes de información llevado por la convicción de que el progreso de la disciplina, en nuestro país, estará ligado en buena parte a su perfeccionamiento.
3. Para la valoración de los trabajos presentados se tendrán en cuenta los siguientes requisitos: a) cantidad de asientos bibliográficos; b) rigurosidad científica en la catalogación; c) calidad de las notas especiales e índices.
4. El jurado estará integrado por miembros del Instituto y especialistas en la materia invitados especialmente por el mismo. El premio será otorgado por fallo de la mayoría y podrá ser declarado desierto.
5. El premio consistirá en una suma en efectivo, medalla de oro y publicación del trabajo.
6. Se editará la bibliografía sobre la base del trabajo premiado, complementándola, si fuere necesario, con datos proporcionados por otros trabajos concursantes.
7. Los autores de los trabajos utilizados complementariamente figurarán como colaboradores del autor del trabajo premiado, sea cual fuere su aporte a la bibliografía básica. Entre ellos, se distribuirá un importe en proporción a los datos utilizados para complementar la obra premiada.
8. El trabajo deberá entregarse en original y cuatro copias mecanográficas a espacio doble, firmadas con seudónimo. Aparte, en sobre cerrado y lacrado, se consignarán el nombre, domicilio y número de documentos de identidad del autor. En la parte exterior del sobre se escribirá solamente el seudónimo.
9. La decisión del jurado será dada a conocer 180 días después del cierre del concurso.
10. Los participantes no premiados podrán retirar sus trabajos hasta 180 días después de conocido el veredicto del jurado, luego de lo cual pasarán a ser propiedad del Instituto, que les dará el destino científico que merezcan.

I

premio correspondiente a 1974

1. Será otorgado a la mejor contribución bibliográfica inédita comprensiva de libros, folletos, periódicos, bandos, proclamas, etc., aparecidos entre 1820 y 1828 en el Río de la Plata.
2. Los concursantes deberán fijarse como modelo de trabajo la "Historia y bibliografía de las primeras imprentas rioplatenses", de Guillermo Furlong S. J., y tendrán en cuenta los requisitos exigidos en el punto 3 de las disposiciones generales.
3. El premio consistirá en \$ 1.200.000 m/n. en efectivo, medalla de oro y publicación del trabajo y, conforme a lo establecido en el punto 7 de las disposiciones generales, se destinarán \$ 600.000 m/n. a distribuirse proporcionalmente entre los concursantes que aporten datos para complementar la obra premiada.
4. Los trabajos deberán ser entregados antes del 30 de noviembre de 1974, en la sede del Instituto, Reconquista 986, 2° piso, 16, donde se podrán recabar más datos.

II

premio correspondiente a 1975

1. Será otorgado a la mejor contribución bibliográfica inédita comprensiva de libros, folletos, periódicos, bandos, proclamas, etc., aparecidos entre 1852 y 1862 en Argentina.
2. Los concursantes deberán fijarse como modelo de trabajo la "Historia y bibliografía de las primeras imprentas rioplatenses", de Guillermo Furlong S. J., y tendrán en cuenta los requisitos exigidos en el punto 3 de las disposiciones generales.
3. El premio consistirá en \$ 1.200.000 m/n. en efectivo, medalla de oro y publicación del trabajo y, conforme a lo establecido en el punto 7 de las disposiciones generales, se destinarán \$ 600.000 m/n. a distribuirse proporcionalmente entre los concursantes que aporten datos para complementar la obra premiada.
4. Los trabajos deberán ser entregados antes del 30 de noviembre de 1975, en la sede del Instituto, Reconquista 986, 2° piso, 16, donde se podrán recabar más datos.



**una
obra
bien
nacida**

empieza con

PLAKOBRA

nuevo panel laminado para encofrados de hormigón

PLAKOBRA es el nuevo panel laminado que fabrica DECOPAL S.A. para reemplazar con ventajas a los tradicionales encofrados de madera. Entre sus cualidades más destacadas, merecen señalarse su facilidad de desmolde, la eliminación de revoque grueso, la gran rapidez de aplicación, y la diferencia de espesores que permiten encarar obras de todo tipo.

PLAKOBRA

es un producto de **decopal**
S.A.C.F.F.

fabricantes de **NIKKO**® y **magno**
Japan®

YA APARECIO

Sara Facio Alicia D'Amico

RETRATOS Y AUTORRETRATOS

ASTURIAS - BIOY CASARES - BORGES - CABRERA INFANTE - CARPENTIER -
CORTAZAR - FUENTES - GARCIA MARQUEZ - GIRRI - MALLEA - MOLINARI -
MUJICA LAINEZ - NERUDA - OCAMPO - ONETTI - PARRA - ROA BASTOS - PAZ -
RULFO - SABATO - VARGAS LLOSA ~



Claro está que no reniego de mi cara; y los lazos sanguíneos y legales que nos unen me obligarán siempre a salir en su defensa, con justicia o no.

Juan Carlos Onetti

Si, ahí lo tienen: con cruel y delicada exactitud, en estos retratos está, como un condenado entre rejas, mi propio espíritu: el rostro con que observo el universo.

Ernesto Sábato

En definitiva ésta es la cara que tengo. Procuraré no agravarla con ruindades, para investir algún día, siquiera protegido por el acartonamiento inevitable, la plena responsabilidad que de un tiempo a esta parte simulo ante mis amigos los fotógrafos.

Adolfo Bioy Casares